EL

EVANGELIO MEDITADO.

VI.

PARIS, IMPRENTA DE MOQUET Y COMP.,
Calle de la Harpe, 90.

EL

EVANGELIO MEDITADO

Ó

MEDITACIONES

PARA TODOS LOS DIAS DEL AÑO.

COMPUESTAS EN FRANCES

POR

EL ABATE DUQUESNE.

Nueva Edicion

revista y notablemente enmendada.

TOMO SEXTO.

MADRID,

EN LA LIBRERIA DE RAZOLA.

PARIS,

LECOINTE, QUAI DES AUGUSTINS, 49.

—

1837.

3803

Digitized by the Internet Archive
in 2025

https://archive.org/details/elevangeliomedit0000elab_r8h8

EL

EVANGELIO MEDITADO.

MEDITACION CLI.

UNA CIUDAD DE SAMARIA NIEGA LA ENTRADA A JESUCRISTO.

S. Luc, c. IX, v, LI, LVI.

Consideremos primero lo que precede : segundo, lo que acompaña : tercero, lo que sigue á esta repulsa.

PUNTO PRIMERO.

De lo que precede esta repulsa.

« Y sucedió que acercándose el tiempo de su Asuncion *, se mostró resuelto á ir á Jerusalen... » No estaban lejos los dias de la Pasion, y de la

* La palabra *Asuncion* significa, como la de *partida*, el tiempo en que Jesucristo quitado del mundo por la Pasion, y la muerte, debia volver al Cielo. Con esta palabra nota S. Lucas la muerte del Salvador, porque es un vocablo conveniente á la dignidad y magestad de Jesucristo, para quien la muerte era un pasage del mundo al Padre.

muerte de Jesucristo, y no faltaban ya mas que cerca de seis meses, hasta el tiempo en que debia cumplir su sacrificio. Aunque no fuese este el último viage que debia hacer á Jerusalen, con todo, no miraba ya esta Ciudad sino como el teatro de sus dolores, y de su pasion; mas la firmeza de su alma no le dejaba temer este lugar de su sacrificio. Partió, pues, de Cafarnaun, para ir á la Capital, con un ánimo tan franco, que daba bien á entender cuán superior era á todos los acaecimientos que le esperaban. Esta fuerza, y esta firmeza de Jesus debe formar la nuestra contra las afrentas, contra los suplicios, y contra la muerte. — Vamos donde el orden de Dios nos llama, aunque tengamos que sostener los mas fieros combates, y aunque se nos preparen los mas viles oprobios, y los mas crueles tormentos; animémonos, y encaminémonos con firmeza. Cuando se acerque el tiempo de nuestra partida de este mundo, estemos fuertes con la fortaleza de Jesucristo, contra los dolores de la muerte, y contra los temores del Juicio. Dejarse abatir y acobardarse del temor en aquellos últimos momentos, seria faltar á la confianza que debemos tener en Jesucristo. Arrojémonos entonces á sus brazos; pongamos en sus manos nuestra suerte, y estemos ciertos que él sabrá sostenernos, hacernos triunfar de todas las cosas, y conducirnos por medio de una santa muerte, á la mansion eterna de la gloria, donde él mismo ha entrado para llamarnos á su seguimiento.

PUNTO II.

Repulsa injusta.

«Y envió delante de sí sus Nuncios, y ellos fueron, y entraron en una ciudad de Samaritanos, para prepararle el hospedage; pero no quisieron recibirlo, porque daba á conocer que iba á Jerusalen...»

Los Samaritanos no podian sufrir que los Judíos, con desprecio del nuevo Templo de Samaria, fuesen adictos al que Salomon habia fabricado en Jerusalen por orden de Dios, y que Esdras habia renovado por el mismo orden, y con los mismos prodigios. — Del mismo modo el mundo desprecia, desecha, y persigue á los que ve adictos á las obligaciones de la piedad, á las máximas antiguas, á la Iglesia, y á la fe de nuestros padres; pero el verdadero fiel no debe quedar sorprendido ni ofendido de estos desprecios, y mucho menos dejarse abatir.

Primero. *Repulsa injuriosa á Jesucristo*, porque no pedia otra cosa que el alojamiento que tambien habria pagado; cosa que ninguna ciudad ha negado jamas á alguno; porque esta repulsa vino hecha verosimilmente en nombre de toda la ciudad, de los habitantes, y de los magistrados; porque vino hecha á Jesus, acompañado de todos sus discípulos, y en presencia de muchos testigos; y finalmente, porque vino hecha despues de haber usado

Jesus la atencion de avisarles, participando que él mismo pedia el alojamiento: de manera que ninguno podia excusarse bajo de algun pretexto de ignorancia ó de desprecio; y así esta afrenta se le hizo á él, reconocido por tal. La pretension de los Samaritanos era injusta en sí misma, respecto á los Judíos; y lo era mucho mas respecto á Jesucristo, á quien por su doctrina y sus milagros se debia mirar como el Mesías, igualmente esperado de los Judíos y de los Samaritanos... ¡O Jesus, á qué cosas os exponeis. Vos para nuestra instruccion, y para servirnos de modelo! ¡Ay de mí! ¡Cuántas veces os he hecho esta misma afrenta¡ ¿Cuántas veces os he cerrado la entrada en mi corazon para dejar reinar en él el pecado, mis pasiones, y todas las falsas máximas del mundo! No ignoraba, por cierto, que fuéseis Vos; me lo habia enseñado una educacion cristiana; mil avisos recibidos de vuestra parte me habian anunciado vuestra llegada; pero yo los temia, porque Vos queríais salvarme, y yo queria perderme. Pero ¡Ah! Señor, perdonad ahora mi ceguedad: venid á mí, o Divino Jesus: venid á hospedaros en mi corazon: estableced en él vuestra morada, y no me abandoneis jamas.

Segundo. *Repulsa infinitamente perjudicial á esta Ciudad.* — Aunque Jesucristo partiese de Cafarnaun para ir á Jerusalen, su intencion no era de ir tan presto, ni de celebrar allí todas las fiestas que estaban próximas. Puede ser que si los Samaritanos lo hubiesen recibido, hubiera estado en su

Ciudad algun tiempo, y la hubiera hecho centro de la mision que meditaba, y aun cuando allí solo hubiera estado de paso ¿qué beneficios no les hubiera traido su presencia? ¡Ah, de cuántos bienes se priva el que niega á Jesucristo la entrada en su corazon, y quien lo echa fuera por el pecado despues de haberlo recibido por medio de su gracia!

PUNTO III.

De las consecuencias de esta repulsa.

Primero. *Indignacion de los Apóstoles.*—«Y viendo esto sus discípulos, Santiago y Juan dijeron: ¿Señor, quieres que digamos que llueva fuego del cielo, y los consuma...?»

Jesus habia ya dado á estos dos discípulos el nombre de hijos del trueno *, y ellos sostienen aquí todo su significado. Conocen la potencia de su Maestro, muy superior á la de Elías, el cual habia hecho bajar fuego del cielo sobre los que lo habian insultado, pero no conocian el espíritu de Jesucristo, que en este punto era del todo opuesto al de Elías... ¡O y cuántos hay aun ahora de estos hijos del trueno, los cuales viendo los ultrages que cada dia se hacen á Jesucristo, á su religion y á su Iglesia, querrian milagros de potencia para vengar la causa de Dios, mientras Jesucristo exige de sus

* S. Marc, c. III, v. XVII.

siervos, para hacerles triunfar, milagros de humildad, de paciencia y de dulzura! ¡Ah, dónde estaria yo, o Señor, si Vos os hubiéseis armado de vuestro trueno luego que yo lo merecí! Vuestra paciencia ha vencido mi resistencia, vuestra dulzura ha triunfado de mi malicia. Seais para siempre bendito: de vos solo es digno este triunfo. Reinad, pues, o Rey benéfico, reinad sobre un corazon, que habiendo merecido por lo pasado solo vuestros rayos, se ha rendido á vos vencido por vuestros beneficios.

Segundo. *Respuesta de Jesucristo á los dos Apóstoles.* — «Pero él volviéndose á ellos los reprendió diciendo: no sabeis de qué espíritu sois...»

El espíritu de la nueva ley á que pertenecian Santiago y Juan, lejos de permitir hacer mal á los que rehusan hacernos bien, nos manda hacer bien á los que nos hacen mal, y esto no lo debian ignorar los Apóstoles, ni tampoco un verdadero Cristiano... Jesucristo añadió: «El hijo del hombre no ha venido á perder las almas, sino á salvarlas...» ¡O palabras llenas de dulzura y de amor! ¡Y cuán amable es el que solo viene para salvarnos! Corazones ingratos, ¿cómo es posible que no podamos amarlo? Insensato ¿por qué rehuso yo seguir al que quiere solamente salvarme, mientras que me complazco en servir al que quiere únicamente mi perdicion y mi condenacion?

Tercero. *Va Jesus á otro lugar.* — «Y fueron á otro lugar...» Jesus dejó la Samaria, y se retiró á

otra Aldea de la Galilea. — ¡O dichoso Lugar que te aprovechaste de la infidelidad de una Ciudad orgullosa, y tuviste la fortuna de poseer á Jesus!

Peticion y coloquio.

¡Ay de mí! ¿qué sirven á una Ciudad, á un Reino, á un Estado la gloria, sus riquezas, y su esplendor, si allí no eres conocido, o Jesus, si vuestra Religion está desterrada de allí? Ah, quiero mas, o Salvador mio, habitar la mas vil y mas despreciada choza, el mas pobre rincon, donde seais conocido, amado y servido. ¿Qué sirve á un hombre ser grande, sabio, rico, poderoso, si no tiene la fe; si no tiene, o Señor, vuestra gracia, y vuestro amor? Me alegraré de ser el último, y el mas despreciado entre los hombres, con tal que os posea en mi corazon... O divino Jesus, no me abandoneis para ir á otra parte, y si alguno os desecha, venid á mi, duplicadme vuestros favores, para que siempre se aumente en mí el fervor y el amor para vos. Amen.

MEDITACION CLII.

DE LA VOCACION AL APOSTOLADO, AL ESTADO ECLESIASTICO, Ó RELIGIOSO.

S. Lucas, c. IX, v. LVII, LXII.

Primera. Las dificultades de la empresa, y el medio de vencerlas. Segunda. Los peligros de faltar á los designios de Dios, y el medio de evitarlos. Tercera. La perseverancia que se debe tener en la propia vocacion, y el medio de perseverar en ella.

PUNTO PRIMERO.

De las dificultades de la empresa, y el medio de vencerlas.

« Y sucedió que mientras hacian su camino le dijo uno: Yo te seguiré á cualquiera parte que vayas. Y Jesus le respondió: Las zorras tienen sus cuevas, y los pájaros del aire sus nidos; pero el hijo de hombre no tiene donde reclinar la cabeza... » Si alguno se siente inclinado á los trabajos Apostólicos; si se siente llamado á abrazar el estado Eclesiástico, ó Religioso, es necesario que esté bien instruido en las verdades siguientes.

Primera. *Antes de empeñarse, debe pensar con madurez las penas del estado que quiere abrazar.*— Penas de cuerpo: muchas veces debereis experimentrr falta de muchas cosas: no podreis tener cosa alguna de cuanto os podrá agradar, y tal vez ni aun podreis tener lo necesario. Se requieren vigilias, ayunos, mortificaciones, fatigas y trabajos.— Penas de espíritu. Un estudio serio; una aplicacion continua, cuidados, inquietudes, tedio, disgustos, humillaciones y contradiciones.— Penas de la voluntad. Obediencia general, y obediencia particular; la cual independientemente de vuestra inclinacion, y muchas veces contra vuestro gusto determinará vuestro domicilio, vuestro empleo, vuestra compañía, vuestras ocupaciones, y tambien vuestras recreaciones, y todos los momentos de nuestra vida. He aquí á lo que es necesario disponeros: porque entrar en estos estados con miras de ambicion, por procuraros una cómoda subsistencia, y la abundancia; por pasaros la vida en el reposo, y en la tranquilidad; esto es un exponeros á vivir allí miserablemente, á profanar la santidad, y á perderos. Todos vosotros, ó jóvenes que estais inclinados á abrazar estos estados, si no os sentis con bastante ánimo para soportar estas penas, ¡ah! no os empeñeis: contentaos de vivir cristianamente en el mundo: este estado es menos perfecto, será á lo menos para vosotros mas seguro.

Segunda. *Despues de haberos empeñado, debeis soportar con buen ánimo las penas del estado que habeis*

abrazado. — Estas penas son tambien mucho menores de lo que os las han representado. ¿Qué cosa es, pues, lo que ahora excita vuestras quejas, y vuestras murmuraciones? una bagatela, una cosa de nada en comparacion de cuanto esperábais sufrir. Estas penas no son superiores á vuestras fuerzas; vos las habeis hallado soportables, cuando las mirásteis antes de empeñaros; las habeis escogido, y las aceptásteis al empeñaros; las habeis soportado con alegría en los primeros tiempos de vuestro empeño; ¿tendreis acaso ahora menos valor que entonces? llamad á vuestra memoria vuestro primer fervor; y se hallará vuestro ánimo superior á vuestras penas.

Tercero. *Antes y despues de haberse empeñado, el medio de vencer todas las dificultades, es, considerar y jamas olvidarse que en todas las penas que tenemos que sufrir, es Jesus nuestro modelo, nuestro apoyo, y nuestra recompensa.* — Él es nuestro modelo: nada sufrimos nosotros, que no haya sufrido él por nosotros, y mucho mas aun. Él va siempre delante de nosotros; ¿no debe por ventura su ejemplo sublevarnos sobre nosotros mismos, y sobre todas las dificultades? Él es nuestro apoyo: el mundo ve las cruces de los que siguen al Salvador; pero no ve despues la uncion de la gracia que sostiene su valor, y les hace hallar en sus mismas penas delicias inefables. Él es nuestra recompensa: las penas son de breve duracion; la muerte les pondrá fin. Esta muerte tan terrible á los mundanos, será para

quien se ha consagrado á Jesucristo una muerte llena de consolacion, á que seguirá una eterna felicidad. ¡O esperanza! ¡Cuál es tu poder! ¡Qué fuerza, qué generosidad no has inspirado á millones de almas que lo han sufrido todo por Jesucristo! — El mundo al contrario tiene sus cruces, y cruces muchas veces mayores que las de la Religion; pero el mundo agravándonos de penas no nos enseña la manera de llevarlas con paciencia y humildad. Lo que se sufre en el mundo, y por el mundo se sufre sin motivo, sin gusto, y sin esperanza.

PUNTO II.

De los peligros de faltar á los designios de Dios, y medio de evitarlos.

«Y dijo á otro; sígueme: y él le respondió, Señor, déjame que primero vaya á enterrar á mi padre *. Y Jesus le dijo, deja que los muertos en-

* Comparando lo que aquí se dice, con lo que se ha dicho en S Mateo, c. VIII, v. XIX, XXII en la Meditacion LXIII se ve. Primero. Que los dos Personages de quienes habla S. Lucas son los mismos, que los dos de quienes habla S. Mateo. Segundo. Que la ocasion en que hablan á Jesucristo es diferente en S. Lucas, y en S. Mateo. Tercero. Que S. Lucas habla de un tercer Personage de quien no habla S. Mateo. Para conciliar, pues, los dos Evangelistas, podemos pensar que los dos Personages se presentaron á Jesus en la ocasion que nota S. Mateo, y que solo el tercero se presentase en la ocasion de que habla S. Lucas, y que S. Lucas haya añadido los otros

tierren á sus muertos: y tú ve y anuncia el Reino de Dios...»

Primero. *Peligro antes de empeñarse.* — Uno de los primeros peligros viene de la disipacion del espíritu, la cual impide oir la voz de Dios; aquel á quien Jesucristo dijo, *sígueme*, estaba cerca de él, era del número de sus discípulos, y hacia profesion de estar unido á él... ¿Cómo sabré yo lo que Dios quiere de mí, si jamas lo consulto, si estoy siempre lejos de él, en una continua disipacion, sin entrar en mí mismo, sin orar, sin frecuentar los Sacramentos? — El segundo peligro viene de la ocupacion en los negocios, que nos sirve de pretexto para desobedecer la voz de Dios. ¡Funesta dilacion, cuando procede, como ordinariamente acaece, de una voluntad flaca, y vacilante...! Aquel, á quien Jesucristo llamó, pidió solo tiempo para enterrar á su Padre, ya sea que su padre estuviese solamente viejo, enfermo, lánguido, y quisiese diferirlo hasta despues de su muerte, ó sea que hubiese ya muerto, y pidiese solo tiempo para asistir á su funeral, pero no le concedió Jesus esta dilacion... ¡Afortunado, si fue docil, y si obedeció sin dilatarlo! — El tercer peligro viene del afecto al mundo, el cual es causa de que se sofoque la voz de Dios. ¿Cuántos han oido esta voz de Jesucristo,

dos, de quienes no habia tenido ocasion de hablar; no queriendo privar sus Lectores de una instruccion tan util, y que se hace mas sorprendente con la reunion de estos tres Personages.

sígueme: esto es, *sígueme* en el retiro, *sígueme* en penitencia, *sígueme* en los trabajos evangélicos; pero el mundo ha alzado otra voz contraria, y mas lisongera, *sígueme* en el reposo, *sígueme* en los placeres, *sígueme* en los honores? Y los miserables han sofocado la primera voz, para escuchar solamente la segunda, han seguido esta, y se han encontrado engañados: Ahora ¿cómo corregirán este error, y repararán su culpa?

Segundo. *Despues de habernos empeñado, corremos riesgo tambien de faltar al espíritu, y á las obligaciones de nuestra vocacion.* — El primer peligro viene de la relajacion, de la desidia que nos impide el instruirnos de nuestras propias obligaciones, y el hacernos capaces, y tener la voluntad de cumplirlas, por temor de que la pena y los trabajos, que ellas piden, turben el vergonzoso reposo, que acariciamos, y á que nos abandonamos. — El segundo peligro viene de la distraccion y de las ocupaciones vanas; ó ajenas de nuestro estado, á las cuales atendemos con gusto, contra las órdenes de la obediencia, tal vez tambien contra las leyes de la conveniencia, y siempre con menoscabo de las ocupaciones mas serias, mas útiles, mas convenientes, y aun mas esenciales de nuestro estado... ¡Ah! dejad, que los muertos entierren á los muertos: dejad al siglo los negocios, las ocupaciones y los entretenimientos del siglo, y atended al negocio serio, de que estais encargados, que es el de seguir á Jesucristo, de adquirir y de anunciar su Reino. —

El tercer peligro procede de la timidez y de la desconfianza... ¿Qué temeis vosotros? ¿Pensais que buscando únicamente á Dios, no os dará él la fuerza para llevar el peso que os carga? Él es el que os dice: *andad*; ¿Pues por qué os deteneis aun? Él es el que os dice: *anunciad el Reino de Dios*; ¿por qué callais vosotros? Anunciadlo, predicando, y exhortando; anunciadlo toda vuestra vida; muevan, persuadan, edifiquen todas vuestras acciones, vuestras palabras, vuestro aire y vuestra compostura. Lo pide así vuestro estado, y el mundo lo pretende tambien de vosotros. — Dejad que los muertos entierren á sus muertos, dejad aquellos entretenimientos frívolos y de pura curiosidad, aquellos discursos mundanos y de pura disipacion: dejadlos al mundo y á sus sequaces, y en orden á vosotros, vuestro pensamiento y vuestra ocupacion sea por el Reino de Dios: sea vuestro cuidado el anunciarlo y el hacerlo gustar. ¡Ay de mí! cuántas faltas sobre este particular tenemos que llorar, y que corregir!

Tercero. *O sea antes, ó sea despues de habernos empeñado, el medio de evitar todos estos peligros, es considerar, y no olvidar jamas el beneficio, la gloria y la felicidad de vuestra vocacion.* — Primero. Considerad, sin cesar, el beneficio singular de la particular predileccion que Dios os ha mostrado, sin que vosotros lo hayais podido merecer, eligiéndoos entre otros muchos, que le hubieran sido mas fieles, que vosotros; á aquellos los ha dejado, y á vos-

otros ha enderezado la palabra, diciéndoos: *seguidme.* — ¿Qué reconocimiento no pide de vosotros un tan gran beneficio? Si por desgracia rehusais corresponder á un tal amor, ¡ah! temed que Jesus os abandone, y que por vuestra desobediencia, llame á otros mas fieles que vosotros. — Segundo. Meditad la gloria de vuestra vocacion. — En todo lo que se hace en el mundo ¿qué cosa hay mas gloriosa, que estar consagrados particularmente á Jesucristo; estar á él unidos, destinados únicamente á servirlo, y asociados á su ministerio y á sus trabajos! ¿Qué vergüenza, pues, no quereros aplicar á un destino tan glorioso, por atender solamente á cosas viles, que delante de Dios no son de algun precio? — Tercero. Llamad continuamente á vuestra memoria la felicidad de vuestra vocacion. ¡O y cuán grande es la diferencia entre dos personas de la misma edad, de la misma condicion, de las cuales una queda en el mundo, y la otra lo deja por obedecer á su vocacion! Al fin de una vida igualmente larga, ¡qué diferencia entre estas dos personas! ¡Cuántos defectos, cuántas imperfecciones, y acaso, cuántos pecados en la vida de la una! ¡Cuántas buenas obras, cuántas virtudes, cuántos méritos en la otra! La misma diferencia se halla entre dos personas, que han abrazado el mismo estado de perfeccion, de las cuales la una ha sido exacta, y la otra negligente en el cumplimiento de sus obligaciones. ¡Pero ay de aquel que habrá rehusado obedecer á una vocacion manifiesta de Dios! Su vida no

podrá ser alegre jamas. La idea de su infidelidad seguirá por todas partes, para atormentarlo, lo seguirá en sus placeres y en sus desórdenes, en sus venturas y en sus desgracias, lo turbará, lo oprimirá en el último momento. Y ojalá que á lo menos llegue á llorar su iniquidad, para no ser condenado despues de muerto.

PUNTO III.

De la perseverancia en la propia vocacion, y el medio de perseverar.

« Y otro le dijo: Señor, y te seguiré; pero permíteme que antes vaya á dar disposicion de lo que tengo en mi casa. Y Jesus le dijo: ninguno, que despues de haber puesto la mano al arado, vuelve á mirar hacia atras, es bueno para el Reino de Dios .. »

Primero. *Antes de empeñaros, debeis renunciar cuanto teneis.* —Renuncia entera; bienes, riquezas, placeres, compañías, pais, familias, finalmente el mundo, con todo lo que tiene y con todo lo que promete. Vosotros, conforme al espíritu y al fin de vuestra vocacion, lo debeis dejar todo, por obedecer á la voz de Dios, que os llama. — Renuncia pronta; andad, pues, á vuestra casa, si teneis necesidad para disponer de todo; pero si este paso y estas disposiciones no son necesarias, no formeis de ellas un pretesto para diferir el obedecer. — Re-

nuncia animosa. No se os prohibe el sentir repugnancia en dejarlo todo, ni tampoco el tener sentimiento de ternura por las personas amadas, á quienes todo lo debeis; pero se os manda el hacer de vosotros mismos y de todos vuestros sentimientos un generoso sacrificio, que os haga capaces de seguir á Jesucristo, de uniros á él, y de vivir en adelante solo por él.

Segundo. *Despues de haberos empeñado, ya no podeis volver atras la vista, para considerar los objetos, que habeis renunciado.* — Una sola mirada puede hacer caer á tierra toda vuestra constancia, quitaros la corona de la perseverancia y privaros del fruto de cuanto habeis hecho ya. — Mirada de accion, por la que se vuelve á coger una parte de lo que se ha dejado, se empieza á tratar con los parientes y con los amigos; se vuelve á entrar en el mundo y en sus compañías; se participa de sus alegrías; se gustan sus placeres y viene á hacerse desabrido el propio estado. — Mirada de pensamiento, por la que frecuentemente se llama á la mente lo que se ha dejado, ó sea para fomentar la vanidad, exigiendo respetos y atenciones con el fin de ensalzarse sobre los otros, ó sea para persuadirse que ya se ha hecho mucho y que nada queda que hacer. — Mirada de afecto; por la que se suspira lo que se ha dejado, se creen felices los que gozan de estos bienes, de que vosotros os habeis despojado; se siente pena de haberlos renunciado; retrata el corazon su sacrificio, y cae en una especie de apostasía.

Tercero. *O sea antes, ó sea despues de haberse empeñado, para perseverar debeis fijar la vista delante de vosotros.* — Cuando el agricultor ha puesto ya la mano al arado, no piensa á otra cosa, que á dirigir y á adelantar su labor. A su ejemplo, mirad delante de vosotros y ved el trabajo, que habeis emprendido: vuestra santificacion y la de otros, pasiones que mortificar, vicios que desarraigar, virtudes que practicar, la perfeccion y la union con Dios, que habeis de adquirir. ¡Qué noble, qué santa ocupacion!... Mirad delante de vosotros y vereis aquel, que vosotros seguís, que habeis tomado por modelo y por guia; él no os desviará, ni os abandonará jamas. Mirad delante de vosotros, y ved el fin de trabajo que se acerca, la muerte que bien presto lo destruirá todo, la eternidad que lo castigará y recompensará todo. Con esta mira fija y continua, no os extraviareis, no os desanimareis, ni os cansareis.

Peticion y coloquio.

¡Ah! qué consolacion, si puedo llegar á este punto, antes que el mundo se acabe para mí! ¡Feliz y mil veces feliz, si reducido á este término, encuentro haber pasado mi vida en el servicio del Señor! Concededme esta gracia, o divino Jesus. Amen.

MEDITACION CLIII.

ELECCION, Y MISION DE LOS SETENTA Y DOS DISCIPULOS.
S. Luc, c. X, v. 1, XVI.

Aprendamos aquí de Jesucristo primero qué cosa es la predicacion Evangélica Segundo. Cuál es la desgracia de aquellos que la han desechado. Tercero. Cuál es su pecado.

PUNTO PRIMERO.

De la predicacion Evangelica.

Primero. *Cuáles son los medios empleados por los discípulos de Jesucristo, para convertir el mundo al Cristianismo?* -- « Y despues señaló el Señor otros setenta y dos; y los envió de dos en dos delante de sí á todas las ciudades y lugares donde él estaba para ir : y les decia : La mies ciertamente es mucha, mas los operarios pocos. Rogad pues al Señor de la mies, que envie operarios para su mies. Id ; mirad que yo os envio, como corderos entre lobos. No lleveis ni bolsa, alforja, ni calzado ; y á ninguno saludareis por el camino. En cualquiera casa que

entrareis, decid primero: Paz sea en esta casa. Y si allí hubiese un hijo de la paz, desconsará sobre él vuestra paz, y si no, se volverá á vosotros, y permaneced en la misma casa, comiendo y bebiendo de lo que tienen; porque es debida al operario su merced. No paseis de casa en casa. Y en cualquiera ciudad en que entrareis y os recibieren, comed lo que os pondrá delante, y curad los enfermos que en ella hubiere, y decidles: Se ha acercado á vosotros el Reino de Dios...»

La mision de que aquí encarga Jesucristo á sus discípulos, como tambien aquella de que en otra ocasion habia encargado á sus Apóstoles, era solo un pequeño diseño de cuanto los unos y los otros debian hacer en el mundo entero despues de su Resurreccion. Consideremos primero. *Su número.* — Ellos eran en corto número, y tambien se separan, quedando juntos dos solamente. En esto no hay cosa que pueda dar sospecha, ocasionar temor ó hacer violencia. — Segundo. *Su fuerza.* — Esta es la de los corderos en medio de los lobos, esto es, una paciencia y una dulzura que se expone á todo, que á nada resiste, y que no solo sufre sin defenderse, sino tambien sin lamentarse. — Tercero. *Sus riquezas.*—Ellos estan despojados absolutamente de todas las cosas, no teniendo ni alforjas, ni bolsa, y vestidos simplemente.—Cuarto. *Su crédito.*—Ni tienen amigos, ni protectores, ni deben pensar en procurárselos. — Quinto. *Su entrada en una ciudad ó en una casa.* — Ella es toda pacífica, no anuncian

otra cosa que la paz, y la dan á los que la aman.— Sexto. *Su manera de vivir.* — Ella es tan simple, cuanto sus vestidos, sin andar buscando buenas comidas, y sin afectar austeridad. — Séptimo. *Sus talentos.* — No tienen otra ciencia, que la de Jesucristo, ni otra elocuencia, que el decir que el Reino de Dios está ya cercano ; que el Mesías ha venido, y que es necesario hacer penitencia y abrazar la ley. — Finalmente. *Sus obras.* — ¡Ah! estas son superiores á toda la naturaleza y pueden venir solamente de un poder divino : sanar enfermos de cualquier genero de enfermedad, aunque sean oprimidos del demonio, y sanarlos en un instante, sin algun remedio, con una sola palabra, y en solo el nombre de Jesucristo.

Segundo. *¿ Qué efecto han producido estos medios?* — Con estos medios ha sido conocido sobre la tierra el solo Dios verdadero, y ha sido adorado su Hijo, como un Dios solo con el Padre y con el Espíritu Santo : han sido creidos todos los misterios de su santa humanidad; han sido recibidos todos los dogmas que ha enseñado ; se han abrazado todos los puntos de su moral, y se ha establecido el Cristianismo en el universo y reina en él ya ha muchos siglos en el estado en que lo vemos. — ¿ En qué ha venido á parar aquella multitud de dioses adorados en todas las naciones? ¿ Qué se han hecho sus templos, sus sacerdotes, sus altares? ¿ Qué sus protectores y sus defensores, los tiranos y los filósofos? Todo se ha desvanecido, y solos discípulos de Jesucristo

son los que han obrado este cambiamiento, y con solos los medios que Jesucristo ha puesto aquí en sus manos. El hecho habla, subsiste, y no se puede negar. Si se han empleado algunos milagros, la obra es divina; si despues se niegan los milagros, ¿cómo se explica el hecho? Seria él mismo el mas maravilloso y el mas grande de todos milagros. — ¡Ah! qué felicidad estar en una religion tan santa, conocer su Divinidad, practicar sus dogmas, y esperar sus recompensas!

Tercero. *¿Qué sentimientos nos debe inspirar el estado en que hoy dia se halla la Iglesia de Jesucristo, comparado con el que tuvo al principio?* — Conviene armarse aquí contra un falso escándalo, que puede acaso turbar la piedad... Hay espíritus de un carácter duro, de un celo escesivo é inconsiderado, tal vez tambien enemigos secretos del Cristianismo, que procuran continuamente oprimirlo. Se oyen estos siempre dar nuevas quejas y lamentarse de la prosperidad y del estado florido en que se halla la Iglesia. El honor, las riquezas y la pompa que rodean el solio de los sucesores de los Apóstoles, los ofuscan y excitan sus lamentos. No comprenden que permaneciendo siempre el mismo espíritu de humildad y de despego de las riquezas, ha debido necesariamente mudarse el exterior. No distinguen ellos el estado de principio y de fundacion, del de un perfecto y cumplido establecimiento. No comparan la gloria actual de la Iglesia con los medios por los que ha llegado á ella. Se hacen motivo de

escándalo lo que los debia arrebatar de admiracion. Quisieran ver hoy dia las cabezas de la Iglesia en el mismo abatimiento y en la misma desnudez exterior que los Apóstoles : deberian , pues , desear que fueran perseguidos , que estuvieran sin nombre, sin letras y sin cultura. ¡ Qué absurdo ! Por mí, cuando veo la cabeza de los Cristianos, el sucesor de San Pedro sentado sobre el trono de los Césares, reinar en Roma, y de esta capital del mundo cristiano hacer oir su voz pastoral á todos los pueblos del universo ; cuando reflexiono sobre la manera con que se ha obrado este prodigioso cambiamiento, no puedo contenerme sin exclamar : Este es el dedo de Dios. Cuando confronto el esplendor y la magnificencia del Vaticano * con la oscuridad y con el horror de las prisiones Mamertinas ** ; cuando voy entre mí diciendo : El que ha gemido en estas horrendas cárceles está honrado en aquella soberbia basílica , y su sucesor habita en aquellos suntuosos palacios : la religion misma que conducia secretamente algunos fieles á los pies del Santo Apostol, humillado debajo de las cadenas, ahora conduce públicamente todos los pueblos del mundo á los pies del Santo Padre, su sucesor , brillante bajo el trirreino ; un tal aspecto, lo confieso, me arrebata, me trasporta y me penetra de respeto, de

* Lugar en que está la Iglesia de S. Pedro , y el palacio mas grande del Papa.

** Bajo del Capitolio donde estuvieron presos S. Pedro y S. Pablo, y muchos de los primeros Papas.

alegría y de reconocimiento : á este acontecimiento no temo de aplicar las palabras de la Santa Virgen en su cántico : «Hizo obras de potencia con su brazo: disipó los soberbios con los pensamientos de su corazon: ha depuesto del trono los poderosos, y ha exaltado los humildes... » ¡Ah ! triunfad , Santa Iglesia, y toda la gloria sea para vuestro celestial Esposo, que ha obrado tan grandes prodigios sobre la tierra, y hagan tambien fiesta , y triunfen con Vos vuestros verdaderos hijos.

PUNTO II.

De la suerte infeliz de aquellos que han desechado la predicacion Evángelica.

En el abuso que se hace de las luces y de las gracias de Dios, ó en el poco aprovechamiento que de ellas se saca, se pueden distinguir tres grados de malicia, á que corresponden tres grados de castigos.

Primero. *El primer grado de malicia está representado en una ciudad que no quiere recibir los discípulos de Jesucristo.* — « Pero en cualquier ciudad en que entrareis , y no os recibieren , saliendo por las plazas , decid : Hemos sacudido contra vosotros hasta el polvo que se nos ha pegado de vuestra ciudad : con todo esto, sabed que el Reino de Dios está próximo. Os digo que en aquel dia habrá menos rigor para Sodoma, que para aquella ciudad... »

Este primer grado de castigo está reservado para aquellos que no quieren ser instruidos en la Fe, y en sus obligaciones : que estan lejos para no oir los predicadores : que jamas meditan, ni leen un libro espiritual, y que sofocan tambien en su corazon todas las luces, y todos los buenos movimientos que excita la gracia en él. Mirad aquí cuál es el castigo que les está reservado ; se retirará la luz de ellos : quedarán en su ignorancia : en sus prevenciones : en el olvido de Dios, y aun fuera de la Iglesia, si no han recibido, ó si han abjurado la Fe; y en el grande dia Sodoma será tratada con menos rigor, y los mas enormes pecados serán castigados menos severamente que esta repulsa de la luz, que este desprecio de la gracia, y que el pecado que se halla en esta voluntaria ceguedad.

Segundo. *El segundo grado de malicia está representado en las ciudades de Corozain, y de Betsaida, en que Jesus habia hecho tantos milagros.* — « ¡Ay de tí Corozain! ¡Ay de tí Betsaida! Porque si en Tiro, y en Sidon se hubiesen hecho los prodigios que se han hecho en vosotras, ya de gran tiempo sentados en cilicio y en ceniza, habrian hecho penitencia. Pero en verdad, con menor severidad serán tratadas en el Juicio, Tiro, y Sidon, que vosotras.

Este segundo grado de castigo está reservado para aquellos, que instruidos á pesar de su repugnancia, y colocados en medio de la luz, no ignoran la ley, ni las obligaciones que esta les impone ;

y con todo eso viven como si no supiesen en qué manera deben vivir : se abandonan á sus pasiones, y á los deseos desarreglados de su corazon : tienen á lo mas una fe muerta, y sin obras ; y conservan solamente de la devocion y de la piedad, algunas apariencias postizas, y algunas prácticas de ceremonia. No conocen estos ni mortificacion, ni penitencia: braman al solo oirlas nombrar, y se imaginan que estas virtudes no se han hecho para ellos; pero en el gran dia, Tiro, y Sidon, los paganos, y los idólatras les darán en rostro con su propia ingratitud, y con su propia necedad; y su castigo será infinitamente mas severo que el de estas Ciudades Paganas.

Tercero. *El tercer grado de malicia está representado en la ciudad de Cafarnaum, en que Jesus hizo su ordinaria demora por todo el tiempo de su predicacion.* — « Y tú Cafarnaun, ensalzada hasta el Cielo, serás sumergida hasta el infierno... »

Este tercer grado de castigo es el propio de aquellos, que favorecidos de gracias mas singulares, llamados á un estado mas perfecto, olvidan la santidad de sus empeños, por pasar una vida del todo profana. Exaltados hasta el Cielo por la excelencia de su vocacion, se arrastran sobre la tierra, con costumbres, en nada diferentes de las de los mundanos; y estos serán precipitados en el infierno, bajo los mas grandes pecadores. Soberbios por la elevacion de su estado, piensan solo en mantener su vanidad, sin tener cuidado alguno de corresponder á su vocacion, ó de cumplir fielmente sus obligacio-

nes. No advierten el abismo que se van cavando, y que será tanto mas profundo, cuanto mas elevado era su estado. ¡Ah! ¡Ay de mí! que he recusado tantas gracias, y de otras tantas he abusado! Ciudades ingratas, endurecidas, impenitentes, ¡vosotras sois mas culpadas que las Ciudades Paganas, y más aun que vosotras lo soy yo! Penitencia, pues, alma mia; penitencia en el saco, y en la ceniza; penitencia exterior, penitencia interna; este es el solo camino que te queda para calmar la cólera de tu Dios, justamente irritado contra tí.

PUNTO III.

Del pecado de aquellos que han desechado la predicacion Evangélica.

« El que os escucha á vosotros, me escucha á mí, y el que á vosotros desprecia, me desprecia á mí, y el que me desprecia á mí, desprecia á aquel que me envió...»

Esta sentencia de Jesucristo se extiende á todos los tiempos; ella mira la sucesion de la mision, como la mision misma, y es igualmente verdadera, aplicada á los que presentemente nos enseñan, como cuando la aplicó él mismo á los que entonces envió á enseñar. Tal es, pues, el orden de la fe; tal es la consolacion de los fieles; tal es el pecado de aquellos que desprecian la voz de los que Dios les ha dado por guia.

Lo primero. *Este es el pecado del Impío y del Deista.* — Él no quiere otra religion que la natural, va inmediatamente á Dios, lo adora, y desprecia todo lo demas como supersticion. ¿Pero toca á él, por ventura, el regular el culto debido á Dios? ¡Si Dios quiere ser honrado en su Hijo, no es un despreciar al Padre, el despreciar al Hijo? Por eso es despreciado del Impío que desprecia al Hijo: queda sumergido en una profunda ignorancia; no sabe lo que deba hacer ó evitar en este mundo, ni lo que deba temer ó esperar en el otro; es incesantemente el ludibrio de sus propios pensamientos, que se mudan á cada momento, y no cesarán de atormentarlo, hasta que caiga en las manos vengadoras del Dios que ha despreciado.

Lo segundo. *Este es el pecado del Judío*, el cual cerrando los ojos á los prodigios de la venida de Jesucristo, y del establecimiento de su Iglesia, hace profesion de creer á las promesas de Dios, y rehusa creer el cumplimiento que ve con sus ojos. Espera al Mesías que Dios ha prometido, y desecha al que Dios le ha dado. — ¿Este no es un despreciar al Dios mismo, que se gloría de adorar?

Lo tercero. *Este es el pecado del Cismático y del Hereje.* Estan ellos al presente sujetos á sus Pastores; se glorian de conocer á Jesucristo, y por medio de él, de adorar al Padre; pero suban hasta el origen de su secta, y encontrarán por cabezas, hombres, que han despreciado la enseñanza de la Iglesia, y la voz de los legítimos Pastores, que tambien

han despreciado á Jesucristo, y el orden del culto que ha establecido él sobre la tierra, y que por consiguiente han despreciado á Dios de quien ha sido enviado Jesucristo. Los que al principio se unieron á estas cabezas se hicieron cómplices de su desprecio; los que presentemente los siguen no hacen otra cosa que continuar y perpetuar este desprecio, y hacerse culpables de todos los delitos que incluye.

Pero nosotros Católicos, seguros de la fe que profesamos, de la disciplina que seguimos, del culto que tributamos, subiendo hasta nuestro origen, llegamos hasta los Apóstoles, hasta Jesucristo, hasta Dios, cuya voz escuchamos, escuchando la de nuestros Pastores. Gozan los fieles de esta consolacion en el orden de la fe, escuchando sus Pastores; en el orden natural, escuchando á sus padres y á sus madres, maestros, y demas que los gobiernan; en el orden religioso, escuchando sus superiores; en el orden civil y político, con obedecer al Príncipe ó Gefe del Estado á los Magistrados, y á las Leyes.

Peticion y Coloquio.

O Dios mio; ¿qué sumision he tenido hasta ahora á las órdenes de aquellos que Vos habeis establecido para que me manden? ¿No soy yo culpable de este desprecio que racae sobre vuestro divino Hijo, y hasta sobre Vos mismo? ¡Ah! Señor; dadme Vos aquella confianza, y aquella simplicidad, aquella docilidad, y aquella fidelidad tan necesarias para sacar provecho de las verdades que Vos me habeis enseñado, ó que se me han enseñado de parte vuestra. Amen.

MEDITACION CLIV.

VUELVEN LOS SETENTA Y DOS DISCIPULOS.

S. Luc, c. X, v. xvii, xxiv.

El Evangelio nos enseña aquí primero : cuál fue el júbilo de los Discípulos. Segundo, Cuál fue el júbilo de Jesucristo. Tercero. Cuál debe ser el júbilo de los Cristianos,

PUNTO PRIMERO.

Del júbilo de los Discípulos.

Primero. *Júbilo justo.* — « Y los setenta y dos Discípulos se volvieron alegremente, diciendo : Señor, aun los demonios se nos sujetan en tu nombre... »

¿No era, de hecho, cosa verdaderamente admirable, que hombres, cuales eran los Discípulos, tuviesen autoridad para mandar á los demonios, y que estos espíritus orgullosos se hallasen obligados á obedecer á solo el nombre de Jesus? Los que trabajan en la salvacion de las almas con celo, con fervor, y en el nombre de Jesus, experimentan fre-

cuentemente esta santa alegría que recompensa abundantemente sus fatigas. Ven con admiracion y con humildad los demonios mas obstinados ceder al nombre de Jesus, los corazones mas endurecidos convertirse, reconciliarse, restituir los bienes agenos, y renunciar los placeres de la carne, por abrazar el rigor de la penitencia.

Segundo. *Júbilo aumentado con la revelacion de Jesucristo.* — « Y les digo : Yo veia á Satanás caer del cielo como un rayo... »

Con esta figura declara Jesucristo á sus discípulos, que la potestad del demonio está ya destruida, que su reino se acabó ya, y que le sucede el reino de Dios. Con esto les anunciaba, por mas que ellos no lo conociesen entonces, que el culto de los demonios se debia aniquilar, y se habia de desterrar de la tierra la idolatría, que el culto del verdadero Dios seria recibido en todos los lugares, y el nombre de Jesus conocido, adorado, é invocado de todas las naciones. — ¡Qué júbilo para nosotros el ver el cumplimiento de esta prediccion! ¡Qué confianza no debemos tener en el santo nombre de Jesus, contra la potencia de los demonios! ¿Pero cuál seria nuestra desgracia, si el demonio echado del cielo y de la tierra hallase un asilo en nuestro corazon; si destruidos sus templos y sus altares, los encontrase hoy en nosotros; si viniese á ser adorado en el secreto de nuestra alma; si detestándolo con la boca, lo sirviésemos aun con nuestras obras, con nuestros pensamientos, y con nuestros deseos?

Tercero. *Júbilo confirmado para en adelante.* — « Veis aquí que yo os he dado potestad de pisar las serpientes y los escorpiones, y sobre todo el poder del enemigo, y ninguna cosa os hará mal...»

Muchos Santos, como San Pablo, se han servido de este poder literalmente. La Iglesia tambien se sirve de él por medio del agua bendita en sus exorcismos, y en sus bendiciones. Pero este poder, tomado de este modo, es solo la figura de un poder mas sublime, que pone en seguro la Iglesia de Jesucristo de todos los asaltos del demonio, sin que jamas, ni la persecucion, ni el libertinage, ni el cisma, ni la heregía puedan conmover los fundamentos sobre que está edificada. Todos sus hijos participan tambien de este poder, en cuanto que ni las tentaciones de la carne, ni las insidias del demonio, ni los escándalos de los hombres podrán dañar á aquellos que invocan el nombre de Jesus, y colocan en él toda su confianza.

Cuarto. *Júbilo dirigido hácia otro objeto.* — « Con todo eso no querais alegraros porque estan sujetos á vosotros los espíritus, sino alegraos porque vuestros nombres estan escritos en los cielos... »

Es laudable el júbilo que produce el éxito feliz de lo que se emprende por Dios, pero puede ser peligroso, si nos paramos demasiadamente en él. Debemos reflexionar mas á lo que Dios ha hecho por nosotros, y á lo que ha padecido por nuestra

* Actor. Ap., c. XXVIII. v. III.

salvacion; que á lo que hace por nuestro medio para la salvacion de otras. Debemos con mayor razon desterrar de nuestro corazon todo júbilo frívolo, ó pecaminoso, que vendria excitado solamente de acaecimientos humanos, de felicidades temporales, ó de culpas afortunadas. — ¡Ah! no os alegreis porque vuestros nombres esten escritos entre los grandes, entre los sabios, entre los ricos del siglo, porque esten escritos en la lista de los honores, de las dignidades, del favor de los Príncipes de la tierra; sino alegraos, y llenad vuestro corazon, y vuestro espíritu de un júbilo inefable, porque vuestros nombres estan escritos en el cielo, porque vosotros estais en la lista de los Cristianos, de los Católicos, de los Sacerdotes, de los Religiosos, de los Penitentes, de los amigos de Dios, de los hijos de María; en esto debeis ocupar continuamente vuestro espíritu. Suerte infinitamente dichosa, si fieles á vuestra vocacion, sabeis manteneros y conservaros en el libro de la vida, y no hacer cosa por la que merezcais ser vergonzosamente borrados.

PUNTO II.

Júbilo de Jesucristo.

Primero. — *Su júbilo es en Dios su padre, cuyos juicios adora y alaba.* — « En la misma hora, se regocijó por el Espíritu Santo, y dijo, gloria á tí, o Padre, Señor del cielo y de la tierra; porque has escondido estas cosas á los sabios, y á los prudentes, y las has manifestado á los pequeñitos. Así es, o Padre, porque así te agradó... »

Jesucristo estaba siempre animado del Espíritu Santo, cuya plenitud habia recibido, como hombre, y del cual como Dios era principio juntamente con Dios Padre. Quiso en este momento manifestar á sus Apóstoles, y á sus Discípulos, y por ellos tambien á nosotros los mas íntimos movimientos de su corazon. Se abandonó por esto, á un Santo trasporte del Espíritu que lo animaba; y manifestando los sentimientos de su júbilo, exclamó, como ya habia hecho en una ocasion, casi semejetante *, o Dios mio, Señor absoluto del cielo y de la tierra, reconozco que vos escondeis, y habeis escondido vuestras santas verdades á los sabios, y á los prudentes del siglo, para revelarlas á los pequeños, á las almas humildes, é inocentes. Si, o Padre mio; adoro vuestros jucios, y reconozco la equidad, y la

* S. Mat., c. XII, v. xxvi.

sabiduría de ellos. Vos así lo habeis querido, así lo habeis ordenado, así será. Yo consiento, y lo ratificó. Seais para siempre bendito... ¡Ah! entremos tambien nosotros en los sentimientos del corazon de Jesus; porque para esto justamente nos los manifiesta; alabemos á Dios: bendigamos á Dios por la justicia que ejercita sobre los orgullosos, y por la bondad que usa para con los humildes. Hagámonos nosotros humildes, y con la inocencia de nuestras costumbres, con la simplicidad de nuestra fe, merezcamos entrar en el número de aquellos pequeños, á quienes quiere Dios comunicarse.

Segundo. — *El júbilo de Jesucristo está en su Santa humanidad, reconociendo que todos sus dones vienen de Dios su Padre.* — « Todas las cosas me son entregadas por mi Padre. Y ninguno sabe quien es el Hijo, sino el Padre: ni quien sea el Padre, sino el Hijo, y aquel á quien lo quisiese revelar el Hijo...»

Los dones que ha recibido Jesucristo de Dios su Padre, son. — Primero. Un poder ilimitado sobre todas las criaturas. — Segundo. Una dignidad que hace que él sea Dios, subsistente en la persona del Verbo, verdadero Hijo de Dios, no teniendo otro que á Dios por Padre en el tiempo, y en la eternidad, dignidad tan sublime, que solamente Dios mismo es el que conoce este misterio, y toda la grandeza de Jesucristo su hijo. — Tercero. Luces proporcionadas á su dignidad; y á su poder, por las cuales tiene imágenes secretas, y conocimientos ta-

les de Dios su Padre, que ningun otro puede tener fuera de él. Por esto la ciencia de los Profetas, el poder de Moises, la dignidad de Aaron, de los Reyes, y de los Patriarcas, todo esto es nada en comparacion de la dignidad, del poder, y de los conocimientos de Jesucristo: aquellos eran siervos; este es el Hijo de Dios. Cuanto á los Angeles del cielo, Dios ha dicho; este es mi Hijo; todos lo adoren. ¡Ah! ¡Y cuál debe ser nuestro júbilo, por tener una cabeza tal; un tal Maestro, un tal Salvad!

Tercero. — *El júbilo de Jesucristo está en su Iglesia, á la cual comunica todos sus dones.....* « Sino á aquel á quien lo quisiese revelar el Hijo...»

Jesucristo comunica á su Iglesia todos los dones que ha recibido de Dios su Padre, como si solo los hubiese recibido por nosotros, y para nosotros. Le comunica su poder, concediéndole el don de los milagros, y la potestad de atar y desatar. — Sus luces, dándole el don de la fe. — Su grandeza, humillándose y sacrificándose por nosotros, uniéndose á nosotros, hasta hacer que seamos adoptados por su padre *, hasta llamarnos sus hermanos; hasta querer hacerse una misma cosa con nosotros, y esto lo obra en nosotros por medio de los Sacramentos, y principalmente por el del Bautismo, y el de la Eucaristía. Esto es lo que hace el júbilo de Jesucristo; esto es, podernos comunicar todos

* Ad Hebr., c, II, v. xi.

sus bienes. Esto es lo que la hace regocijarse en el Espíritu Santo... ¡O y cuán grande es Jesus! ¡o y cuán amable por este duplicado título¡ ¿Cómo podremos nosotros agradecer bastantemente á Dios el habernos dado su Hijo; y dándonoslo habernos dado todas las cosas con él *? ¿Cómo podremos agradecer dignamente á este amable Hijo haberse dado todo de este modo á nosotros?

Cuarto. *El júbilo de Jesucristo está en cada alma fiel que se dispone á estas divinas comunicaciones.* — « Sino aquel á quien lo quisiese revelar el Hijo...»

Jesus es Señor de sus dones; los comunica á quien le agrada, en el tiempo, y en el modo que le agrada. — Pero muchas veces sucede, que nosotros mismos nos privamos de estas íntimas comunicaciones por nuestra culpa, por nuestra inconstancia, por nuestra disipacion. ¡Ah! reconozcamos por lo menos ahora nuestro defecto, y lloremos las pérdidas que hemos hecho; volvamos á nuestro Salvador, supliquémosle, y procuremos serle en adelante un motivo de júbilo, y de triunfo.

* Ad Rom., c. VIII, v. XXXII.

PUNTO III.

Del júbilo de los Cristianos.

« Y vuelto á sus discípulos, dijo, bienaventurados los ojos que ven lo que vosotros veis. Porque os digo que muchos Profetas y Reyes, desearon ver lo que vosotros veis, y no lo vieron, y oir lo que oís, y no lo oyeron... »

Nuestro júbilo debe estar en el beneficio especial de nuestra vocacion para comprenderlo bien, y sentir todo su precio. No dejemos de compararnos á tantos otros menos favorecidos de Dios, porque esta comparacion bien lejos de ensoberbecernos sirve muchísimo para aumentar nuestro reconocimiento, excitar nuestra vigilancia, y humillarnos.

Primero. *Respecto de nuestro nacimiento, comparémonos con aquellos que nacieron, y que vivieron antes de la venida de Jesucristo.* — La tierra entonces cubierta de tinieblas, manchada de pecados y de idolatría, presentaba solo un espectáculo espantoso. El conocimiento del verdadero Dios, estaba como desterrado en un ángulo de la tierra, y en sola la nacion de los Judíos. Los Justos, los Patriarcas, los Profetas y los Santos Reyes de este Pueblo escogido, suspiraban la venida de aquel, por el cual el mundo entero debia ser rescatado, instruido y santificado. Ahora: lo que estos Santos no pudieron ver, lo vemos nosotros con

nuestros ojos; el culto de Dios y de su Cristo, establecido en todas las naciones; el Cristianismo esparcido en toda la tierra, haciendo cada dia nuevos progresos, anunciado á los pueblos mas remotos y mas bárbaros. Lo ve el Judío mismo; pero con ojos, que ninguna cosa es capaz de abrirlos: lo ve; pero como vió al Mesías que crucificó: lo ve, no para rendirse á la verdad, sino para ser una prueba de ella, y confirmarla al mismo tiempo que la combate.

Segundo. *Respecto al lugar de nuestro nacimiento, comparémonos con aquellos que han nacido en paises de infieles.* — Hay aun muchos pueblos sumergidos en la mas deplorable ceguedad; de los cuales unos no quieren oir hablar del Cristianismo, en medio del cual viven, como los Mahometanos; otros lo sufren algunas veces, y otras lo persiguen, como el Reino del Oriente; otros finalmente lo ignoran aun, y si no se les puede anunciar sino con el andar del tiempo; como son muchas naciones desconocidas y salvages. ¿Cuál es, pues, nuestra dicha de haber nacido en el Cristianismo, en un pais en que reina; y donde, por decirlo así, hemos mamado con la leche las instrucciones saludables? El impío en vez de tomar de aquí un motivo de reconocimiento, por un beneficio tan singular, toma un motivo de escándalo, un motivo de incredulidad: en vez de aprovecharse de él, y agradecerlo al Señor, se sirve de él, como de un pretexto, para acusar al Criador, y desechar el

don que le presenta. ¡Insensato! ¿Te toca á tí por ventura, penetrar los secretos de la Divina Providencia? ¿Temes, acaso, que el Señor no pueda justificar la equidad de sus juicios? ¿Es, acaso, tal tu conducta en la abundancia de los bienes temporales? ¿Te privas tú, acaso, de ellos, porque otros muchos estan privados? ¿Abusarás tú siempre de tu razon, y seguirás solo el instinto que te es comun con las bestias? ¡Ah! nosotros somos mas fieles; damos gracias á Dios, con una santa alegría, y con el mas sincero reconocimiento.

Tercero. *Respecto de la familia de que hemos nacido, comparándonos con aquellos que no han nacido Católicos.* — Muchas familias, y aun muchos Estados, reteniendo el nombre de cristianos, han roto la union con la Iglesia, y han desechado la fe. ¡Qué favor para nosotros haber nacido en su seno! Nosotros vemos esta Iglesia fundada por Jesucristo y por sus Apóstoles, subsistir ya casi por dos mil años, siempre la misma, siempre reunida bajo la misma cabeza, siempre asaltada, y siempre victoriosa. Nosotros vemos la cruz de Jesucristo enarbolada y adorada públicamente: el sacrificio de su muerte, cada dia renovado; administrado el Sacramento de su cuerpo y de su sangre. Nosotros lo vemos á él mismo, bajo las Santas especies, presente á nuestra fe, expuesto á nuestra vista, presentado á nuestra boca, reposar sobre nuestra lengua, y comunicarse á nuestro corazon... ¡O bienaventurados los ojos que aclarados con la luz

de la fe, gozan de un tan tierno espectáculo!

Cuarto. *Respecto á nuestra particular vocacion, comparándonos con aquellos que han recibido solamente la vocacion comun.* — Si Dios nos ha hecho la gracia de llamarnos, y hacernos entrar en el estado Eclesiástico ó Religioso, en alguna comunidad, ó casa separada del mundo: si en el mundo mismo nos hace seguir una vida retirada, regular, distante del mundo y de su corrupcion, ¡cuál debe ser nuestro júbilo, y por cuán dichosos nos debemos reputar! ¡Cuántas instrucciones oimos, cuántas luces recibimos, que no oyen ni reciben la comun y mayor parte de los hombres! ¡Cuántos ejercicios piadosos, cuántos ejemplos virtuosos vemos nosotros, que los mundanos no ven! ¡Cuántas verdades de que nos sustentamos, cuántos misterios que gustamos, y que el mundo muestra ignorar enteramente! ¡Qué bondad de Dios, para con nosotros! Alegrémonos de tantos beneficios; démosle infinitas gracias á aquel que es el autor; pero no nos olvidemos de que un dia se nos pedirá rigurosísima cuenta.

Peticion y Coloquio.

Sí, o Señor: yo os rendiré un continuo homenage de amor, y de reconocimiento por todos los beneficios de que me ha favorecido vuestra misericordia del todo gratuita, y especialmente, porque me habeis descubierto los misterios de vuestro Reino. ¡O y cuán grande es esta gracia! ¡Cuán perfecta! Vos, o Jesus mio, la habeis pedido en particular por mí, y para mí la habeis obtenido; Vos habeis dado las gracias á vuestro Padre por habérmela preparado y concedido. A las vuestras uniré yo las mias: agradeceré por medio de Vos á Dios el Padre, que todo me lo ha concedido en Vos. Hacedme gustar de tal suerte las cosas santas que Vos me habeis revelado, que en adelante no busque ya otra consolacion, que las que ellas inspiran. Amen.

MEDITACION CLV.

DE LA LEY DE DIOS.

JESUS ES PREGUNTADO POR UN DOCTOR DE LA LEY.
S. Luc, c. X, v. XXV, XXIX.

Nosotros vemos aquí, en qué consisten el estudio, el compendio, la práctica, y la dificultad de la ley de Dios.

PUNTO PRIMERO.

Estudio de la ley de Dios.

« Y alzándose un cierto Doctor de la ley, para tentarlo, le dijo, Maestro, ¿qué haré para poseer la vida eterna?... »

Viendo este Doctor la alta reputacion, que se habia adquirido Jesucristo en toda la Palestina, quiso ponerlo á la prueba; examinar á fondo su capacidad, y procurar el modo, ó de hacerle decir alguna cosa, que pudiese volverse contra él... Fue justamente en dia de Sábado, y en ocasion, que

Jesus enseñaba al Pueblo en la Sinagoga, cuando este Doctor se alzó en medio de la Asamblea, y propuso una pregunta indeterminada, y general, á la cual no era tan facil dar una respuesta cumplida, y precisa. Pero Jesus, por no empeñarse con él, y para dejar, que su mismo adversario propusiese « le respondió ; ¿Qué es lo que está escrito » en la ley? ¿Cómo lees tú?... » ¡Cuántos hacen aun ahora la misma pregunta de este Doctor de la ley! Se les oye decir algunas veces; quisiera yo ciertamente saber, qué cosa se deba hacer para salvarme. ¿Qué es lo que se debe hacer, para ser salvo? ¡Preguntas vanas, abusivas! ¡como si no lo supiésemos, como si Dios nos lo dejase ignorar, como si no tuviésemos su ley! Pero respecto de esta Santa ley, he aquí nuestra culpa.

Lo primero. *Nosotros no la leemos.* Ni menos vamos á oir á aquellos, que estan encargados de anunciárnosla, y de explicárnosla. De hecho, pregúntese á algunos ¿qué se necesita hacer para salvarse? ¿Qué es lo que está escrito en la ley de Dios á este propósito? ¿Qué dice el Evangelio sobre esta importante pregunta? ¿Qué os dicen las reglas de vuestro estado? ¿Qué dicen los padres, maestros de la vida espiritual? ¡Ay de mí¡ Nada se sabe, nada se lee, y con todo eso se trata de obtener una vida eterna; de evitar una muerte eterna; y entre tanto se vive en indiferencia. Se leerá un libro, que trate de la manera de conservar la propia salud, de mantener la propia belleza, ó que progonga medios

de enriquecerse; y se omiten despues aquellos, que tratan de la salvacion, y que enseñan los medios de procurarse una vida, y una felicidad eterna. Jamas cae en las manos de algunos el gran libro de la Doctrina Cristiana, y muchos, porque estan ya en una edad avanzada, creen hacerse una grave injuria, en volver á leerlo; y llegan despues al fin de su vida, doctos en otras muchas materias, pero ignorantes hasta de los principales misterios de la Religion Católica: para con otros muchos es como una muestra de ánimo vil, de un humor tétrico, y una propiedad de personas ociosas, el atender á la leccion de los libros espirituales, y de las máximas Evangélicas. ¡O funesto olvido! ¡O deplorable ceguedad! ¡Ah! comencemos desde ahora á señalar algun tiempo en la distribucion de nuestra vida, para la leccion espiritual; no pasemos dia alguno sin leerla: elijamos, con el consejo de un director iluminado, los libros, que convienen á nuestra situacion, y á nuestro estado, y que no esten prohibidos por la Iglesia. Vosotros, entre tanto, padres y madres, advertid la obligacion gravísima, en que Dios os ha puesto, de instruir á vuestros hijos en la Religion, no desdeñándoos de estudiar la ley de Dios, para enseñarla á ellos: de este modo, será cristiana la educacion, que les dareis, y no solo se criarán dignos hijos de la Santa Iglesia, sino tambien fieles, y honestos ciudadanos.

Lo segundo. *Nosotros leemos mal la ley de Dios.* « ¿Cómo lees tú...? » Esta es una pregunta, que

se nos puede hacer, en un sentido diverso del que Jesucristo la hace al Doctor. Si se lee la ley de Dios, se lee por uso, por costumbre, con negligencia, con precipitacion, con náusea, y únicamente por dar á entender haberla leido, y haber satisfecho á esta obligacion. Se recorren rápidamente algunas páginas, sin reflexionar lo que se lee, y sin aplicárselo, sin pensar en las ocasiones, y en la manera de practicarlo. Se lee por vanidad, para saber lo que contienen los libros santos, y los libros de piedad, y poder hablar de ellos, para adquirir conocimientos, y adornar su espíritu, y para recoger hechos, y pensamientos, con que poder lucir presentándose la ocasion : esto es lo que se busca en estos libros, y no ya el instruirse en sus propias obligaciones, y en la voluntad de Dios. Se lee por impiedad, con espíritu de crítica, y de censura; se desprecia el estilo, se van buscando dificultades, y contradiciones : se fomentan las propias dudas, la irreligion echa profundas raices, y los propios prejuicios se confirman : todo se interpreta segun el propio capricho, todo se aplica en favor del error, de que se está prevenido, y solo se retiene lo que parece propio para combatir la religion, y la Iglesia. ¡Lecciones estériles, profanas é impías!

Lo tercero. *Nosotros leemos todo lo que es contrario á la ley de Dios.* — « ¿ Qué es lo que está escrito en la ley ? ¿ Cómo lees tú ?... » Si se trata de la ley de Dios : nosotros nada sabemos ; pero si se

trata de todo aquello, que es contrario á la ley de Dios, lo sabemos todo; romances, comedias, tragedias, libelos satíricos, é infamatorios, obras de impiedad, y de impudicicia, libros contra la Religion, y las costumbres, contra la Iglesia, contra los Príncipes, contra el Estado: he aquí, los libros, que cada dia, ahora mas que nunca corren por las manos de toda suerte de personas, sin que el ejemplo, y la autoridad del Príncipe, y la vigilancia de las leyes puedan contener su curso. Para leerlos se halla siempre tiempo, para comprarlos hay siempre medios, para encontrarlos se usa toda la diligencia, y la industria posible; pero para los libros de piedad todo esto falta. ¡Ah! ¿y nos ha puesto Dios sobre la tierra para esto? ¿es este el uso, que hacemos de la vida, que Dios nos ha dado? ¡Pero ay de mí! ¡Cuando citados á su tribunal nos haga él mismo esta pregunta! ¿*Qué has leido*? ¡Cuál será nuestra sorpresa, nuestra desesperacion, y nuestra verguenza!

PUNTO II.

Compendio de la ley de Dios.

« Él respondiendo, dijo: amarás al Señor tu Dios, con todo tu corazon, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas, y con todo tu espíritu, y á tu prójimo como á tí mismo...»Tal fue la respuesta que el Doctor dió á Jesucristo, y que Jesucristo

aprobó : tal es el compendio de la ley de Dios, en que todo se incluye.

Primero. *Aquel ama á Dios con todo su corazon*, que nada ama mas, que á Dios, nada igualmente, que á Dios, nada sino con la mira á Dios, y por Dios : que está dispuesto á perder, á dejar, y á sacrificarlo todo por agradar á Dios, y antes que ofender á Dios. El que no tiene en su corazon otro deseo, ó temor, otra inclinacion, ó aversion, que por respeto á Dios, y segun Dios.

Segundo. *Aquel ama á Dios con toda su alma*, que está dispuesto á dar su vida por Dios, á sufrir toda suerte de tormentos, y á privarse de toda suerte de placeres, antes que perder la gracia de Dios : el que por agradar á Dios cierra, en cuanto le es posible, la entrada en su alma á las impresiones, que le pueden hacer los sentidos, el que desecha todas aquellas, que podian desagradar á Dios, y regula todas las que en sí recibe segun la voluntad, y el agrado de Dios.

Tercero. *Aquel ama á Dios con todas sus fuerzas*, que por la gloria de Dios no perdona á fatiga, á trabajos, á penas; el que le sacrifica su tiempo, su cuerpo, su salud, su reposo; el que emplea en el servicio de Dios sus bienes, y sus talentos, su poder, su crédito, y su autoridad.

Cuarto. *Aquel ama á Dios con todo su espíritu*, que se aplica á conocer á Dios, y su voluntad; el que recibe con respeto, y sumision las verdades, que Dios ha revelado á los hombres, y nos enseña

la Iglesia ; el que estudia la ley de Dios medita en ella los misterios, los preceptos, y las recompensas; el que no estudia las ciencias profanas, sino cuanto es necesario para el servicio de Dios ; el que no forma proyectos, ó designios sino en orden á Dios, y por los intereses de su gloria; el que desecha de su espíritu, de su imaginacion, de su memoria todo pensamiento inutil, y peligroso, toda idea capaz de mancharlo, ó alejarle de Dios, y llena todas sus potencias de todo lo que puede llevarlo á Dios, y acrecentar su amor; el que no ve sino á Dios ; no estima sino á Dios; no desea pensar en otra cosa, que en Dios, ni entretenerse sino con Dios. — ¡Ay de mí! ¡Y cuán lejos estoy yo de esta perfeccion del amor divino! En mí todo está manchado, y corrompido del amor de mí mismo, y del amor de las criaturas. — ¡Cuándo vendrá aquel tiempo, o Dios mio, en que os amaré á vos solo; en que mi corazon, mi alma, mi cuerpo, y mi espíritu os estarán perfectamente sumisos, y podrán responderos, que os amo!

Quinto. *Aquel ama á su prójimo, como á sí mismo*, que tiene por su prójimo aquella estima, aquel respeto, aquel amor, aquella benevolencia, aquellas miras segun su proporcion, y su clase que querria, que otros tuviesen por él mismo; el que habla al prójimo, ó del prójimo, como querria, que otros hablasen de él mismo, ó á él mismo : el que sufre sus defectos; esconde, y escusa sus culpas; alaba lo que es laudable : sostiene sus intere-

ses, y los defiende, como querria que otros lo hiciesen por su respeto; y el que finalmente, le hace todos los servicios efectivos, que desearia, que á él mismo le hiciesen. — ¡Vasta materia de examen, y de reforma! ¡Grande motivo de dolor, y de confusion!

PUNTO III.

Práctica de la ley de Dios.

Primero. *Cuanto sea esta necesaria.* — « Y (Jesus) le dijo : bien has respondido; haz esto, y vivirás... » No basta, pues, responder bien, saber bien, enseñar bien, hablar y escribir bien; es necesario hacer bien. Ah ¡cuántos se engañan en este punto! No soy yo, por ventura de aquellos, á quienes dice San Pablo : Vosotros, que enseñais á otros, no enseñareis tambien á vosotros mismos? ¿Vosotros haceis lo que decís, que está prohibido, y no haceis lo que decís, que está mandado.

Segundo. — *En qué consista esta práctica.* — En los ejercicios de la vida espiritual... Todo lo que despues del Evangelio, nos enseñan los maestros de la vida espiritual; todos los ejercicios, que estos nos ordenan, y todas las virtudes, que nos mandan adquirir, se enderezan á hacernos practicar el gran precepto del amor de Dios, y del prójimo. Oracion, meditacion, leccion espiritual, frecuencia

de Sacramentos, victoria de las pasiones, mortificacion de los sentidos, maceracion de la carne, humi dad, obediencia, despego de las cosas del mundo, dulzura, resignacion, paciencia, todo va dirigido á este punto de formar en nosotros el amor de Dios, de aumentarlo, y de perfeccionarlo siempre mas, y hacernos familiar la caridad del prójimo. Este es el fin, que debemos proponernos, y al que debemos aspirar en todas las cosas ¿Ahora; cómo nos aplicamos nosotros á estos santos ejercicios? Si los omitimos; ¡ah! no nos admiremos, que este amor de Dios, y del prójimo no esten en nosotros, ó que si estan, sean tan débiles, y tan lánguidos, y cada dia mas próximos á apagarse. Pongamos, pues, mano á la obra, hagamos, obremos, comencemos.

Tercero. — *Cuál sea su recompensa.* — « Haz esto, y vivirás... Vivirás en este mundo una vida espiritual, vivirás de una vida interior, de una vida de amor, de una vida deliciosa, que recompensará abundantemente todas tus penas: de una vida, que el mundo no conoce, y que tal vez es desconocida á los mismos, que han abandonado el mundo; porque despues de haberlo abandonado, no se han abandonado á sí mismos, para amar á Dios solo... En la muerte misma vivirás; y cuando te será anunciada tu última hora, vivirás por un aumento de júbilo, y de consolacion, y por los dulces trasportes de una esperanza llena de inmortalidad, finalmente vivirás en la feliz eternidad,

en las delicias del amor divino, perfecto, y consumado. ¿ Ahora, puede nuestro corazon estar frio, é indiferente á la proposicion de una recompensa tan noble, tan deliciosa, y tan duradera ?

PUNTO IV.

Dificultades sobre la ley de Dios.

Viendo el Doctor, que Jesucristo le habia hecho responder á él mismo á la pregunta, que propuso, se halló cogido, y embarazado; y para no mostrarlo, y hacer ver, que él habia tenido razon de proponer esta pregunta... « queriendo justificarse á sí mismo... » Se empeñó en examinar este punto, proponiendo una nueva dificultad, como si fuese una cosa muy grave, y dificil en la ley de Dios... « Dijo á Jesus, y quién es mi prójimo?... » ¡ O y cómo en esta salida se declara, y echa bien de ver el espíritu de orgullo, y de indocilidad, de antipatía, y de celos ; de disputa, y de sutileza! ¡ Ay de mí! ¿ cuántas disputas se mueven entre nosotros sobre este precepto del amor de Dios! disputas, que han iluminado menos el espíritu, que ofendido el amor de Dios mismo, y el del prójimo. ¿ No se podria decir á estos eternos habladores, dejad de una vez todas vuestras sutilezas, y aplicaos á amar á Dios con todo vuestro corazon, á esto en cuanto os será posible, inducid, y exhortad, y animad á los otros?

Pero no : Quieren disputar , y hacerse valer, embrollando los unos y los otros. Piden , que en esta ley se les distinga lo que es de precepto , y de consejo : lo que es de precisa necesidad, y lo que es de perfeccion , y si alguno lo emprende ¡ o y cuantas , y cuán vanas , é insidiosas preguntas le van echando en cara estos temerarios ! Si les respondeis, que vos sobre esto, os ateneis á las decisiones de la Iglesia : que aprobais lo que ella aprueba, y condenais lo que ella condena : no obstante , que este sea el camino mas breve , y mas seguro ; el mas tranquilo, é iluminado , no callarán aun : os preguntarán ¿ quién es esta Iglesia ? ¿ dónde se halla : en quién reside , y en qué consiste ? Ah ! no es dificil ver la Iglesia á los que no cierran los ojos : pero *queriendo justificarse á sí mismos* , no quieren jamas someterse ; quieren disputar . ¡ Ah ! evitemos esta suerte de espíritus , que solo se deleitan en altercaciones , en disputas , y en discordias. Vamos á Dios, con simplicidad , y sirvámoslo con alegría. Pidámosle su santo amor , y trabajemos por adelantarnos en él todos los dias.

Peticion y Coloquio.

¡ Ah ! Dios mio ; infundid en mi corazon este espíritu de amor, sin el cual , no puedo ser verdaderamente justo, ni eternamente feliz ; sin el cual no podré jamas agradaros en este mundo , ni poseeros en el otro. Haced , que sean consagrados todos mis pensamientos, y todas mis acciones á vuestro divino amor. Amen.

MEDITACION CLVI.

PARABOLA DEL SAMARITANO.

S. Luc, c. X, v. XXX, XXXVII.

DE LA CARIDAD CON EL PROJIMO.

Consideremos aquí primero la falta de caridad, y cuál es su origen. Segundo. La caridad del Samaritano, y cuál fue su caracter. Tercero. La caridad de Jesus para con nosotros, y cuál fue su profusion.

PUNTO PRIMERO.

Del defecto de caridad, y cuál es su principio.

Habiendo el Doctor de la ley preguntado á Jesucristo, quién fuese el prójimo, y quién se debiese entender bajo de este nombre, le respondió Jesus con esta parábola, la cual instruyendo á este Doctor de muchas verdades, lo forzó por la segunda vez á responder tambien él mismo á su propia pregunta..... « Y Jesus tomando la palabra, dijo : un hombre bajaba de Jerusalen á Jericó, y dió en po-

der de unos ladrones, los cuales lo despojaron; y habiéndole herido, se fueron, dejándolo medio muerto; y sucedió, que pasó por el mismo camino un Sacerdote, y habiéndolo visto, pasó adelante; del mismo modo un Levita llegando cerca de aquel lugar, y viéndolo, tiró adelante...» Pintura natural de la poca caridad que reinaba entonces aun entre los Sacerdotes y Levitas del pueblo Judáico. ¿Pero en esta pintura no nos reconocemos, por ventura, á nosotros mismos? ¿La causa de la poca humanidad en nosotros, y de nuestra falta de caridad, no proviene, acaso, de los mismos principios, ó antes bien de los mismos vicios, que se reducen á los siguientes?

Primero. *El orgullo.* — Este hombre cubierto de llagas, y moribundo era Judío, de la misma nacion, de su misma ciudad; era su paisano. ¡Cuántos títulos unidos al de la naturaleza, para empeñarlos á socorrerlo, y aliviarlo! Pero este era un simple hombre, un hombre comun, desconocido, sin título y sin calidad; y ellos eran Sacerdotes, Levitas, de una Tribu honrada, y distinguida entre las otras. Por tanto lo miraron todo á lo mas por un momento, y por curiosidad. Hubiera sido envilecer su estado el detenerse mas, y siguieron su camino. — No se ven por ventura con ojo igualmente soberbio, la miseria, la desnudez, las llagas; en una palabra, las necesidades de los pobres? Algunos ni aun se dignan de acercarse á estos miserables, y aliviarlos á lo menos con palabras... ¿Qué, si fuese un

grande, un hombre de distincion quien implorase nuestra asistencia? volariamos en su ayuda, en su socorro, y tendriamos á mucho honor el serles generosos; ¿mas para aquel hombre de la hez del pueblo, qué gloria no nos vendria de haberlo socorrido en su necesidad? ¡Ay de mí! ¿Cuántas veces nos ha impedido el orgullo ejercitar obras de caridad, para consolar un espíritu afligido, un corazon lleno de dolor, y para sanar llagas que acaso nosotros mismos hemos hecho?

Segundo. *El interes.* — Este hombre habia sido robado, despojado, y no le quedaba ya cosa alguna. No podian aliviarlo de otro modo, que á su propia costa, y sin esperar de él, ni paga, ni recompensa alguna; ¡oh! á este precio no se hace servicio alguno. Si se trata de una persona, de quien se pueda esperar alguna cosa, cada uno solícito, afectuoso, liberal, generoso, y aun pródigo, se ofrece á socorrerla. ¿Pero no hay cosa que esperar? Entonces nada se puede, nada se tiene, ni siquiera el tiempo, y la comodidad de detenerse un momento. — ¡Cuantás obras de caridad decimos nosotros que no podemos hacer, y que hiciéramos de buena gana, si se tratase de una persona, de quien dependiese nuestra fortuna...! Un semblante afable, una manera cortés, palabras dulces, servicios obligantes: nada de todo esto nos seria costoso, si encontrásemos allí nuestro interes; pero siendo sola la caridad, la que nos lo manda; todo nos es imposible.

Tercero. *La dureza del corazon.* — El estado de

este hombre era verdaderamente digno de compasion. ¿Quién habria que pudiese verlo, sin enternecerse? Pero fuera de que el orgullo y el interes hacen los hombres duros é insensibles á la miseria agena, hay corazones que se han formado un hábito cruel de no enternecerse de cosa alguna. Nosotros no somos de cierto de este género, y en la presente ocasion nos habriamos movido á compasion; ¿pero en otras ocasiones no mostramos una semejante insensibilidad, y dureza de corazon? ¿No vemos á nuestro prójimo en la afliccion, en la inquietud, y nosotros hacemos de esto befa; en la enfermedad, en los dolores, y nosotros lo motejamos; en el abatimiento, y en la opresion, y nosotros lo insultamos; nuestras befas, nuestros motes satíricos lo ofenden, lo hieren, lo desesperan, y nosotros continuamos á afligirlo; y lejos de curarlo, como acaso nos seria facil, añadimos llagas sobre llagas, sin darnos por sentidos, y aun nos gloriamos. ¡Ah! temamos esta insensibilidad que esta dureza que tenemos para con nuestro prójimo, no recaigan sobre nosotros, y cierren para nosotros las entrañas de la misericordia de Dios, el cual ha prometido tratarnos, como tratásemos á los otros.

Cuarto. *El amor propio.* — Este hombre no solo estaba en un estado bien digno de compasion, sino que tambien causaba horror; medio muerto; cubierto de sangre y de heridas. ¡Qué espectáculo para hombres llenos de amor propio, y de delicadeza! Todo lo que cada uno de ellos pudo hacer,

fue sufrir por un momento aquella vista, y pasar adelante. — Los que se hallan necesitados de nuestro socorro, ofenden nuestra delicadeza, y nos inspiran náusea: tienen los miserables enfermedades corporales y espirituales, son de humor melancólico y triste, tienen defectos, tienen modales que nos desagradan, y que nos disgustan. Pues estos defectos son los que es necesario sufrir; estas repugnancias son las que conviene vencer, para ser verdaderamente caritativos. El tener celo y solicitud solo para aquellos que nos agradan, y para aquellos con quienes tenemos simpatía, no se llama caridad, es amor propio.

PUNTO II.

De la caridad del Samaritano, y cuál fue su caracter.

« Pero un Samaritano, que hacia su viage, llegó cerca de él; y viéndolo se movió á compasion. Y se le acercó, le vendó las heridas, esparciendo sobre ellas aceite y vino, y poniéndolo sobre su jumento, lo condujo á la posada, y tuvo cuidado de él. El dia siguiente sacó dos denarios, y los dió al huesped, y le dijo: ten cuidado de él, y todo lo que gastares de mas, te lo daré á mi vuelta... »

¡Admirable caridad! Recojamos todos sus caracteres, compendiados aquí por Jesucristo, con tanta complacencia, para presentárnoslos en esta Parábola.

Primero. *Caridad universal.* — No considera que este hombre miserable es un Judío ; no atiende á la antipatía que ocasionaba, y ordinariamente ocasiona la diversidad de la Nacion, de Pais y de Religion : es un hombre, y esto basta para él.

Segundo. *Caridad compasiva.* — No puede resistir al espectáculo de este Judío herido y abandonado, sin moverse á compasion de él.

Tercero. *Caridad operante.* — No se contenta con concebir estériles sentimientos, con hacer inútiles votos, y con desearle, ó pedir para él la asistencia de Dios. No obstante cualquiera precision que podia tener, se baja de su caballo; y á pesar de cualquiera repugnancia que podia sentir, se acerca al miserable, lava sus llagas, le mitiga y endulza el dolor, y le restaña la sangre.

Cuarto. *Caridad generosa.* — Este Samaritano se habia provisto de vino y de aceite, ciertamente para su uso; pero su caridad le hace olvidar las propias necesidades, y se juzga afortunado por hallar en su abundancia con qué socorrer la necesidad de un infeliz.

Quinto. *Caridad laboriosa.* — No solo sacrifica lo que tiene para su propio uso, sino que se incomoda aun, y se fatiga : pone al enfermo en su propia caballería, lo sigue á pie, y él mismo lo conduce hasta encontrar un alojamiento.

Sexto. *Caridad perseverante.* — Aquí no lo abandona. O súfranlo, ó no lo sufran sus intereses, la necesidad de este desgraciado ha venido á ser su

único interes. Toma de él un nuevo cuidado, le hace administrar cuanto necesita, y se está con él todo lo restante del dia, y toda la noche siguiente.

Séptimo. *Caridad próvida.* — ¿Quién no creeria que este caritativo Samaritano habia empleado toda su caridad, y cumplido con todas las obligaciones que podia ella señalarle? No, no está contento con esto, piensa aun para en adelante. La mañana siguiente estando obligado á partirse, deja dineros al dueño del alojamiento, para que tenga cuidado del herido... Le encarga que nada se ahorre, y que si lo que deja no basta, supla lo que faltare, prometiéndole que á su vuelta se harán las cuentas, y le pagará cuanto haya gastado de mas.

Despues de esta tierna pintura de la caridad, y que ciertamente le debió dar golpe al mismo Doctor de la Ley, le preguntó Jesucristo: « ¿Quién de estos tres te parece que ha sido el prójimo de aquel que dió en manos de los ladrones?... » No habia peligro de errar; el Doctor se halló en la precision de responder... « Aquel que usó con él misericordia. » Y Jesus le dijo: « Ves, y haz tú tambien del mismo modo... » Tambien nos endereza á nosotros Jesucristo estas palabras: vamos nosotros, pues, y hagamos como este piadoso Samaritano. Seamos caritativos y benéficos con todo el mundo, sin distincion de pais, y de culto; porque en su necesidad todo el mundo es nuestro prójimo, y tiene derecho á nuestra asistencia.

PUNTO III.

De la caridad de Jesucristo para con nosotros, y cuál ha sido su profusion.

No se puede leer la Parábola del Samaritano, sin ver en ella el retrato del corazon de Jesus pintado por él mismo, bajo los mas amables caracteres.

Primero. *¿En qué manera ha venido á nosotros Jesucristo?* — El amor, no el acaso, fue el que le ha conducido. Si ha sido caminante sobre la tierra, este gran viage lo emprendió por nosotros. Sabia dónde estábamos, y desde lo alto del cielo bajó á nosotros. Sabia en qué estado estábamos, con qué crueldad nos habia tratado el demonio, de qué tesoros nos habia despojado, de cuántas llagas nos habia cargado, y que sin él íbamos á perecer en una muerte eterna. Sabia quién éramos nosotros, esto es, mas reos que miserables, que habiamos caido en un tan miserable estado solo por nuestra culpa, y ofendiéndolo, que éramos esclavos fugitivos y rebeldes, que actualmente teniamos las armas en la mano contra él, y que solamente pensábamos en mantenernos en nuestra rebelion. Entonces justamente vino á nosotros, no para castigarnos, sino para salvarnos. No solo bajó del cielo á la tierra haciéndose hombre, sino tambien este Dios hombre ha sujetado su humanidad á todas

nuestras flaquezas, y á todas nuestras miserias, para traernos un socorro mas pronto, y mas eficaz. Ha sanado nuestras llagas cargándose él de ellas; con tomar sobre sí nuestros débitos, los ha pagado; y con cargarse de nuestros pecados, los ha expiado, y los ha purgado. — ¡O Amor divino, quién os podrá comprender!

Segundo. *¿Cómo nos trató Jesucristo mientras estuvo con nosotros?* — No ya por solo un dia, sino toda su vida trabajó por nosotros: no perdonó diligencias, fatigas ni dones. Sacrificó su reposo, sus bienes, su reputacion: llegó hasta darnos su sangre, y finalmente hasta quedar oprimido del peso de su caridad; hasta morir por librarnos de la muerte. ¿Podemos nosotros pensar en todo esto, sin morirnos de amor por él? ¡Ah! vivamos á lo menos por él, y empleemos toda nuestra vida solamente en servirlo, y en amarlo.

Tercero. *¿Dónde nos colocó Jesucristo antes de separarse de nosotros?* — En su Iglesia, fundada por él, y bañada con su sangre para la salvacion de todos. Y ¡o qué abundancia de bienes no ha acumulado él en esta Iglesia! En ella se nos han comunicado sus gracias y sus méritos, y el precio de su muerte y de su sangre por medio de los Sacramentos. ¡Cuántos remedios contra todos nuestros males! ¡Cuántos preservativos contra todos los peligros! ¡Qué mesa pura y deliciosa! ¡Qué pan, qué vino para nuestro sustento! ¡Qué abundancia de luces para nuestra instruccion! A todo esto añade el espíritu de ver-

tunado en servirlos y en emplear todas las cosas por ellos, y daros, de este modo, una prueba sincera de reconocimiento? ¡Ah! Comunicadme Vos mismo, o Jesus; comunicadme esta caridad, que no olvida alguna necesidad, algun deber, ni algun hombre! Amen.

MEDITACION CLVII.

JESUS EN CASA DE MARTA, Y DE MARIA.
S. Luc, c. X, v. XXXVIII, XLII.

Observemos lo primero la fortuna de Marta, y de María su hermana. Segundo. Las quejas de Marta contra María. Tercero. La decision de Jesucristo entre Marta, y María.

PUNTO PRIMERO.

Fortuna de Marta, y de María su hermana.

« Y sucedió, que yendo de viage, entró él en una cierta aldea, y una muger, que se llamaba Marta, lo recibió en su casa, y esta tenia una hermana llamada María, la cual tambien sentada á los pies del Señor, escuchaba sus palabras; pero Marta se afanaba entre los muchos cuidados de la casa... »

Primero. *¿Cuál fue la fortuna comun de estas dos hermanas?* — Esta consistia en su union. *Union fundada en la proximidad de la sangre*, porque eran hermanas y vivian de amigas. ¡O y cuán dulce es

dad que nos asegura la posesion real de todos estos bienes hasta la consumacion de los siglos... Ah, con que si no sanamos, si no vivimos, la culpa no es suya, es toda nuestra.

Cuarto. *¿Qué cosa ha prometido Jesucristo hacer cuando vuelva?* — No solamente ha prometido tener cuenta de cuanto se hará á favor nuestro, sino que nos ha recomendado á las cabezas de su Iglesia, mandándoles que no dejen que nos falte cosa alguna; que nos provean abundantemente de todo: les declara que mirará como hecho á él mismo lo que habrán hecho en favor, y contra nosotros; que su descuido en un punto que tanto le interesa, será castigado con un suplicio eterno; y que sus atenciones y sus penas tendrán por recompensa una eterna felicidad. Lo que dice á las cabezas, lo dice tambien á los particulares, que deben tener el mismo cuidado por socorrerse y por ayudarse los unos á los otros, para que la union, la paz y la caridad reinen en toda su Iglesia, y hallando cada uno aquí su propia utilidad, tenga tambien ocasion de merecer lo que ha prometido cuando vuelva... ¡O vuelta, tanto y tan fácilmente olvidada! ¡O divina caridad, bajad hácia nosotros, y del corazon de Jesus extendeos sobre nuestros corazones, para que todos nos amemos, como nos ha amado él mismo!

¿Cuál debe ser nuestro reconocimiento? — La Parábola no dice ni una palabra de reconocimiento del desgraciado Judío, que fue tan generosamente asistido; no era entonces ocasion de hablar de él,

porque Jesucristo queria solo tratar con nosotros del amor que nos tenia : pero continuando la Parábola reflexionemos el amor que le debemos. ¿Cuáles deberian ser los sentimientos de este desgraciado , cuando vió las solícitas y generosas atenciones , que usaba por él un hombre , á quien por ningun título pertenecia ; al que era antes bien , como Judío , un objeto de aversion y de odio , y que nada tenia que esperar de él? ¿ Habria hecho acaso mucho en darse todo á él, en consagrarle una vida , que solo reconocia de él? ¿ Podemos nosotros creer que se haya olvidado jamas de este beneficio, que no lo haya publicado , y que no haya buscado todas las ocasiones de darle pruebas de su mas vivo reconocimiento...?

Peticion y Coloquio.

¡ Ah Señor ! tales son los sentimientos, que me habria dictado á mí mismo , en semejante ocasion , mi corazon , y de que me parece , que seria penetrado. Pero ¡ o cuánto mas debo tenerlo por Vos , Salvador mio , que me habeis propuesto esta Parábola , y cuyo amor ha sido mucho mas generoso y mas señalados los beneficios , que los que Vos en ella exponeis. ¿ Qué , si amándoos como debo , no puedo hacer cosa alguna por Vos , rehusaré de servir á mis hermanos , los que Vos quereis, que esten reconocidos en lugar vuestro, y no me juzgaré afor-

una tal union! Pero ¡o y cuán digno es de compasion el ver, que haya venido á ser tan rara la amistad entre hermanos, y hermanas, cuando llegan á una cierta edad! — *Union fortificada por la piedad.* Eran las dos fervorosas Israelitas; esperaban al Mesías; estaban atentas á todo cuanto se contaba de Jesucristo, y conmovidas de ello... sin la piedad no puede haber una union sólida. — *Union constante, no obstante la diversidad de caracteres.* — Las dos hermanas, aunque entre sí unidas, no tenian la misma inclinacion. Marta encargada del cuidado, y del gobierno de la casa, amaba la accion, y el trabajo, y no estaba jamas desocupada. María, dejando el cuidado de todo á su hermana mayor, amaba la contemplacion, la meditacion, la oracion y los ejercicios de la vida interior. Cada una seguia su gusto y su vocacion, y esta diversidad, lejos de alterar la union, mantenia la armonía y causaba una mutua edificacion y una estimacion recíproca. — ¡Feliz aquella familia, y aquella comunidad, en que reina una tal union!

Lo segundo. *¿ Cuál fue la fortuna particular de Marta?* — Fue de recibir á Jesus en su casa, y de emplear toda su actividad en servirlo. Por esto, ella es el modelo y la protectora de las personas encargadas de los cuidados domésticos; ocupadas en servir, alimentar y mantener los miembros de Jesucristo y en trabajar por él trabajando por ellos. Estas personas así ocupadas deben imitar el fervor del trabajo y la pureza de intencion de Marta.

Tercero. *¿Cuál fue la fortuna particular de María?* — Fue estar al lado de Jesucristo y escucharlo. Si Marta lo recibió en su casa, y trabajó par él, María no solo participó de esta buena obra, sino que procuró tambien aprovecharse de la presencia de un tal huesped, escuchando sus varias lecciones. Para no perder nada de ellas estuvo tambien sentada á sus pies, en la postura exterior mas humilde, y en el mas profundo, é interior recogimiento. Por eso mereció ella ser mirada de la Iglesia, como figura de María, Madre de Jesus, que conservaba con tanto cuidado en su corazon todo lo que oia decirse de Jesus, ó lo que oia hablar al mismo.

¿Quién nos impide gozar los mismos favores, que Marta y María? Nosotros podemos, como la primera, recibir á Jesucristo en nuestra casa, por medio de una fervorosa comunion; y podemos, como María, ó sea en la comunion, ó sea en otro tiempo, estarnos á sus pies, escucharlo y alimentarnos de su celestial doctrina. ¡Ah si nosotros le fuésemos fieles, cuántos felices momentos no pasariamos en ellos, y cuántas delicias gustariamos!

PUNTO II.

Quejas de Marta contra María su hermana.

Lo primero. *Quejas, que se enderezan solo á Jesus.* — «Marta pues se afanaba entre los ministerios de la casa, y se presentó y dijo; Señor ¿Tú no reparas, que mi hermana me ha dejado sola en los negocios de la casa? Dile, pues, que me ayude...»

Lejos de tener esta queja enderezada á Jesus mismo con alguna aspereza, ó amargura, se ve al contrario, en ella la expresion de su amor por el Señor, y de su amistad, para con su hermana... Si fueran tales todas nuestras quejas; si las enderezásemos únicamente á Jesucristo mismo; si de él solo y por su orden esperáramos el efecto, serian mucho mas raras, y no turbarian jamas la caridad, y la paz.

Lo segundo. *Quejas, que apartan á Marta de su trabajo.* — María está sentada á los pies de Jesus; pero Marta se presenta en pie delante de él; viene de trabajar; está pronta á volver á la accion y hay apariencia, de que aun hablando, no cesaba de obrar. Habla; pero para ejercitar á otros á obrar, y acaso, para animarse á sí misma. — Nuestras quejas son bien diferentes; ellas nos abaten, nos desaniman, nos reducen á la desesperacion y muchas veces son causa, que lo abandonemos todo. ¡Ah si pensásemos, que trabajamos por Jesus, que el tra-

bajo en nuestra vocacion y nuestro deber, nuestra penitencia, nuestro mérito y nuestro provecho, no nos lamentariamos, que se nos deja todo el trabajo; ó nos lamentariamos como Marta, con amor: sin cesar, y sin enfadarnos del trabajo, y con intencion de proseguir con un nuevo fervor nuestra ocupacion.

Tercero. *Quejas que no ofenden á María.* — María conoce bien á su hermana; ve muy bien el motivo que la anima; no da á sus palabras una falsa interpretacion; no echa de ver en ellas defecto de respeto á Jesucristo, ni ofensa alguna contra sí misma; no advierte otra cosa, que el amable caracter de su hermana, siempre viva, activa y celosa por servir á los otros. María guarda silencio, no un silencio nacido de un mal humor ó de disgusto; ó como el silencio de una persona que muestra hacerse violencia, para no prorumpir en resentimientos y para sufrir con paciencia; silencio á las veces mas ofensivo que una respuesta; sino un silencio lleno de dulzura, de amistad y de respeto. Está esperando, que aquel, que la sufre á sus pies, y á quien se endereza la queja, se digne de responder por ella. — Si nosotros nos quejásemos y nos lamentásemos de los otros de la manera que lo hizo Marta, no ofenderiamos jamas á nadie, y si las quejas que de nosotros se dan, las tomásemos en aquel sentido, en que las tomó María, conservariamos la paz del corazon, y Jesus mismo haria nuestra defensa

PUNTO III.

Decision de Jesucristo entre Marta y María.

«Pero el Señor le respondió, y dijo, Marta, Marta, tú te afanas y te inquietas en muchas cosas, y ciertamente una sola es necesaria. María ha eligido la mejor parte, que no le será quitada...» Observemos con qué dulzura, con qué gravedad, con qué destreza vuelve Jesucristo la queja de Marta en una de las importantes instrucciones.

Lo primero. *Observemos la inquietud de Marta.* — «Marta, Marta, tú te afanas y te inquietas por un gran número de cosas.» Mucho mas que á Marta, nos conviene á nosotros esta reprension. Nosotros nos inquietamos; porque ocupamos nuestro espíritu en una infinidad de cosas que no nos pertenecen, que no son segun nuestro estado, que no son propias de nuestro empleo. — Nos inquietamos en nuestro empleo y en lo que debemos hacer, ó sea por efecto de una actividad natural, que nos hace obrar con demasiada priesa, que emprendamos cosas superiores á nuestras fuerzas, y que queramos hacer las cosas de otro modo del que podemos; ó sea por un espíritu de vanidad, que nos hace temer el desprecio y la vergüenza de no salir bien en cualquiera cosa, y que busquemos la estima, la alabanza y la aprobacion,

ó sea por efecto de amor propio, que nos tiene muy satisfechos de nosotros mismos, y con deseo de que tambien lo esten los otros. — Nos inquietamos en nuestras devociones, por miedos quiméricos y vanos escrúpulos, que no sirven de otra cosa que alejarnos de Dios. Si renunciásemos á todas las cosas y á todos los cuidados inútiles; si buscásemos únicamente á Dios, su gloria y nuestra salvacion, nuestro trabajo seria mas tranquilo y mas util, no secaria nuestro espíritu, y mucho menos nuestro corazon, y nos dejaria todo el tiempo necesario para atender á la oracion y á los otros ejercicios espirituales.

Lo segundo. *Meditemos este único necesario, de que habla Jesucristo.* — «Y ciertamente una sola es necesaria...» Sentencia y máxima importante: palabra divina, espada de dos filos, que de una parte corta todos los cuidados superfluos de la vida presente, y de la otra nos aficiona únicamente á los bienes reales de la vida futura.— «Una sola es necesaria...» Si en el mundo nosotros nos atuviésemos al puro necesario, para nuestra ocupacion, para la comida y el vestido, ¡o cuántos cuidados nos ahorrariamos! ¡Cuántas quejas sofocariamos! ¡Cuán pocas cosas bastarian para nuestras necesidades! Pero queremos la abundancia, queremos las delicias, y la codicia nunca dice *basta*. — «Una sola es necesaria...» y es la salvacion: *necesaria*, porque sin ella no podemos evitar el ser sumamente y eternamente infelices: *sola necesaria*, por-

que todas las otras en nada pueden contribuir á nuestra felicidad, y ella sola puede hacernos sumamente y eternamente felices, y por otra parte es la sola que todos podemos adquirir; y acaso, ¡ay de mí, la sola que los hombres no adquieren y por la que no trabajan! ¡O locura, o necedad de los hombres! ¿No soy, por ventura, yo tambien del número de estos insensatos? ¿He trabajado por el negocio de mi salvacion, mas que por ningun otro? ¿Refiero todos los otros á este?

Lo tercero. *Consideremos cuál es esta mejor parte, que María elige.* — « María ha elegido la mejor parte... » Esta mejor parte es el cuidado de la propia salvacion, el buscar el único necesario, el aplicarse á la oracion, á la contemplacion, á la meditacion y á la renuncia entera de las cosas temporales. — Ha elegido la mejor parte aquel joven, que renuncia el mundo, entra en el estado eclesiástico ó religioso, para servir á Dios solo, y pensar únicamente su propia salvacion. — Ha elegido la mejor parte aquella hija, que renunciando las vanidades del siglo, los bienes de la tierra, las esperanzas del mundo, se consagra enteramente á los rigores de la penitencia y á las dulzuras de la contemplacion. — ¡Sabio y afortunado el que ha hecho tan buena eleccion! ¿Podria él jamas arrepentirse y abandonar esta parte, por desear ó volver á tomar la otra? No murmuren sus parientes; no se duelan sus amigos, y tú, o mundo maligno, si no quieres imitarlo, ¡ah! á lo menos no quieras

criticarlo, no quieras perseguirlo ; antes bien, alábalo, anímalo y confiesa,que él ha hecho una buena eleccion.

« María ha elegido la mejor parte, que no le será quitada... » ¡O bienes frágiles del mundo, por grande que sea el amor, y fuerte el apego que tenemos á vosotros , de vosotros nos privarán , sereis arrancados de nuestras manos, y estaremos separados de vosotros para siempre. Riquezas, placeres, gloria, honores, artes y ciencias, cetros y coronas, un dia vendrá que de todo nos despojarán, todo será perdido para nosotros , nada quedará en nuestras manos!

Peticion y coloquio.

¡ O María! la parte que habeis elegido no se os quitará jamas. De ella gozareis con vuestro celestial Esposo, con la Reina de los Angeles y de los hombres, con todas las almas santas, que habrán tenido el valor de imitaros. ¡ Ay de mí! ¿Por qué no seré yo de este número? ¡ O Señor ! dadme un espíritu de recogimiento, que preceda, acompañe y siga todas mis acciones, concededme una caridad viva y operante , que produzca en mi corazon los frutos saludables de la accion y de la contemplacion. Amen.

MEDITACION CLVIII.

DISCURSO DE JESUCRISTO AL PUEBLO SOBRE VARIOS PUNTOS DE MORAL, EN QUE SE REPITE LO QUE HABIA ENSEÑADO EN OTRAS PARTES.

S. Luc., c. XII, v. 1, XII.

Aquí explica Jesucristo primero qué cosa es la hipocresía: segundo, cuál debe ser el temor del cristiano: tercero, en qué consiste su obligacion de confesar á Jesucristo.

PUNTO PRIMERO.

De la hipocresía.

Habiendo salido Jesucristo de Betania (si la serie de los sucesos es tal como la presumimos), volvió á entrar en la Galilea. « Entre tanto, juntándose al rededor una gran multitud de gente, de suerte que unos á otros se atropellaban; comenzó á decir á sus discípulos: Guardaos del fermento de los Fariseos, que es la hipocresía. Porque ninguna cosa hay oculta, que no se haya de revelar, ni escondida, que no se sepa...»

Consideremos primero *la hipocresía en las obras malas que se tienen escondidas con toda la diligencia posible.*— ¡ Vanas precauciones ! Muchas veces aun en esta vida se descubren los mas vergonzosos misterios ; y ¡ o cüánta consternacion y amargura mezcla con los placeres este temor ! Al contrario, una virtud pura é inocente goza una paz inalterable y deliciosa. Pero aun cuando pudiésemos ahora esconder toda nuestra vida, vendrá el gran dia en que se revelará todo. Y ¡ o cuál será nuestra verguenza y nuestra confusion ! Si usamos tanta cautela para esconder nuestros desórdenes en este mundo, usemos de otras mayores tambien, para que queden ocultos en el otro, abrazando los rigores de la penitencia.

Lo segundo. *Consideremos la hipocresía en las buenas obras exteriores, corrompidas por defectos secretos.* — Protestas de amistad, y ofertas de servicios, sin sinceridad : buenos oficios y mucha solicitud, sin efecto : frecuencia de la Iglesia y de los Sacramentos , sin devocion ; con el cuerpo postrados en tierra, y rezando oraciones, sin atencion interna: ¿quién podrá contar tantos motivos desarreglados, é intenciones perversas, que son el alma de nuestras acciones ; vanidad, amor propio, interes ? ¡ Ah! es difícil preservarse de esta levadura farisáica que corrompe nuestras mejores obras , y las muda en tantos actos de hipocresía. Pues todos estos defectos, todos estos motivos, estas intenciones, estos mas íntimos y profundos pensamientos de nuestro co-

razon, que con tanta destreza ocultamos, que cubrimos con tan bellas apariencias, y que aun á veces los escondemos á nuestra propia vista, serán un dia descubiertos y manifestados; y ¡o con qué sorpresa y confusion nuestra!

Lo tercero. *Consideremos la hipocresía en la doctrina que se va esparciendo secretamente.* — « Porque las cosas que dijísteis al oscuro, se dirán á la luz: y lo que habeis dicho á la oreja en vuestras estancias, será publicado sobre los techos... »

Los libertinos, los impíos, los novatores, á ejemplo de los Fariseos, despachan en las tinieblas, por medio de confidencias pecaminosas, en los corrillos de personas fáciles á ser engañadas y ya medio corrompidas, máximas abominables, y principios que se ordenan á extinguir todo remordimiento y toda verguenza. Se guardan de producirlos en público, ó si lo hacen, los despachan en libros tenebrosos y anónimos, con expresiones equívocas, las cuales despues, delante de la autoridad legítima, ó en presencia de aquellos que parece se han escandalizado, explican en una manera ortodoxa; pero en presencia de los que estan dedicados al mismo partido, saben explicarlas de un modo muy diferente. ¡Ah! no es así de la doctrina cristiana y católica. Conforme se dice á la oreja en el sagrado tribunal, en el aposento, en las casas particulares, se dice tambien y se publica sobre los techos, en los libros aprobados y firmados de sus autores, en las públicas cátedras, y hasta en los mismos palcos. El que no está

pronto á firmarla con su nombre, y á sostenerla delante del mundo en general, y delante de cada uno en particular, no es digno de ella, y no es reconocido por tal. Este es el ejemplo que nos han dejado los Apóstoles y los Mártires, y que tendrá sus imitadores hasta la fin de los siglos, á pesar de la prevaricacion de muchos.

PUNTO II.

Del temor del Cristiano.

Lo primero. *No teme la persecucion de los hombres.* — « A vosotros, pues, amigos mios, digo: No tengais miedo de aquellos que matan el cuerpo, y despues no pueden hacer otra cosa... »

El cristiano no teme la persecucion de los hombres, porque los bienes que posee y los que espera, estan fuera de su poder, y ellos solamente pueden cebarse en los bienes que él desprecia. Pueden despojarlo de sus cargos y de sus empleos; privarlo de sus rentas, quitarlo de su patria, coartarle la libertad, atormentarlo y hacerlo morir: despues de esto, su potestad espira, y la felicidad del cristiano comienza entonces para no acabarse jamas. ¡Ah! y cuán lejos estamos de esta intrepidez cristiana nosotros, que temblamos á una sola palabra, á una sola mirada, y que por temor de desagradar á un hombre, faltamos á nuestras mas sagradas obligaciones,

quebrantamos la ley de Dios, y abandonamos vilmente la causa de Jesucristo, y el partido de la virtud!

Lo segundo. *Teme á Dios.* — « Pero yo (añade Jesucristo) os mostraré á quien habeis de temer: temed á aquel que despues de haber quitado la vida, tiene potestad de enviar al infierno: así os digo, temed á este... »

Temed aquel Dios, cuya potencia es eterna, y que despues de haber tal vez castigado en este mundo con una muerte anticipada, puede tambien precipitar en el infierno por una eternidad. — ¡Ah! este sí; este debeis temer. El temor de Dios es el fundamento de la sabiduría, y de la virtud. Guardaos de hacer caer este fundamento con las máximas de una falsa doctrina, no reconocida del Evangelio. Los mas grandes Santos en las tentaciones violentas, los Mártires mismos á la vista de sus suplicios, han fortificado su valor con el pensamiento del infierno. Amad á Dios, observad su Ley, servidlo con amor: ¿Quién jamas lo mereció como él? Y se os representa algun objeto capaz de apartaros de este amor, advertid, que este Dios no es menos terrible, que amable; y que un solo pecado mortal basta para traer sobre vosotros todo el rigor de su justicia. ¡Ah! si estuviéramos bien penetrados de este temor, las tentaciones quedarian sin atractivo; el mundo sin encanto; el demonio sin poder; sin fuerza las pasiones; sin rigor la penitencia, y la piedad sin obstáculos. Cuando el impío se esfuerza

á sofocar el temor de Dios en los corazones ¿pensamos nosotros que hable en favor de la virtud? No. En esto él es el fautor de todos los vicios, y de todos los pecados. El que hace profesion de no temer á Dios, presentándose la ocasion, se declara dispuesto á otros mayores delitos.

Lo tercero. *No teme nada los accidentes mas desagradables de la vida.* — « No se venden cinco pájaros por dos cuartos; y ni uno de ellos está en olvido delante de Dios? Y tambien estan contados todos los cabellos de vuestra cabeza... No temais, pues, porque vosotros sois mucho mas que muchos pájaros... »

El Cristiano tranquilo en el seno de la Providencia sabe que Dios gobierna todas las cosas; que tiene cuidado de todas sus criaturas, y que ni siquiera un pájaro está exceptuado, ¿cómo pues, se olvidará del hombre formado á su semejanza, y por quien se ha hecho todo lo restante? No solo el hombre en general; no solo cada hombre en particular, sino tambien todo lo que le pertenece al hombre está presente á su conocimiento. Vuestros bienes, vuestra reputacion, vuestra salud, vuestro cuerpo, y vuestra alma, todo está debajo de su proteccion; estan contados hasta los cabellos de vuestra cabeza; ninguna cosa puede sucedernos sino por su permision, y nada nos sucederá, si quisiésemos usar bien de estas cosas, sino para nuestra mayor utilidad. ¿Qué podemos nosotros temer bajo un Dios tan grande? ¡Ah! alejemos de nosotros

aquellos temores, y aquellas desconfianzas que ultrajan su grandeza, y su bondad. Aceptemos de su mano, con reconocimiento, los males, como los bienes de la vida presente. Sometámonos con respeto á su santa voluntad, y estemos ciertos; que la abundancia de su socorro corresponderá siempre á la grandeza de nuestra confianza.

PUNTO III.

De la obligacion de confesar á Jesucristo.

Lo primero. *Recompensa ó castigo de los que habrán cumplido, ó faltado á esta obligacion.* « Y tambien os digo : que todo aquel que me habrá confesado delante de los hombres, el Hijo del Hombre lo confesará tambien á él delante de los Angeles de Dios. Mas el que me negare delante de los hombres, será negado delante de los Angeles de Dios. »

Confesar á Jesucristo, quiere decir llamarse Cristiano, mostrarse Católico delante de aquel que combate el Cristianismo, y el Catolicismo. Ya no existen los Príncipes perseguidores; pero en su lugar, se van levantando en el mundo pequeños tiranos, que plantan su tribunal en las conversaciones : allí citan á todos los presentes, y les hacen firmar los errores que esparcen. Los Mártires no estaban encargados de confutar los perseguidores, de convencerlos, ni de convertirlos, sino solamente

de confesar á Jesucristo, de declarar que lo adoraban; y que seguian su ley, y renunciaban los Idolos. Tal es todavía nuestra obligacion. No está, pues, el comun de los Fieles obligado á disputar con aquellos que blasfeman contra Jesucristo, ó ultrajan la Santa Iglesia; pero seria hacer traicion á su propio deber, y autorizar los malvados, el guardar delante de ellos un profundo silencio. Una muger la menos sabia, y una Virgen la mas tímida, puede decir con toda libertad, sin salir de las reglas de la conveniencia; que en todo está sujeta á las decisiones de la Iglesia. — Vendrá el dia en que Jesucristo, acompañado de sus Angeles, juzgará los vivos y los muertos. ¡Qué gloria entonces, qué felicidad haberse declarado en su favor! ¡Qué verguenza, qué desventura no haberse atrevido á hacerlo!

Lo segundo. *Diferencia entre los que habrán faltado á esta obligacion.* — « Y todo el que habrá hablado contra el Hijo del Hombre, le será perdonado; pero al que blasfemare contra el Espíritu Santo, no le será perdonado... »

Hay algunos, cuyo pecado, por enorme que sea, no está sin esperanza de perdon. Estos son los que hablan, y obran contra Jesucristo, sin conocerlo bastante, y sin tener ocasion de conocerlo. Tales eran muchos Judíos, que lo conocian solamente por un puro hombre, y tal vez hablaban con poca atencion, y respeto: tales fueron los verdugos mismos que lo crucificaron. A estos se pueden juntar los que

hoy en dia, sin dejar de conocer á Jesucristo, lo ofenden por flaqueza, arrebatados de las pasiones, engañados del mal ejemplo, de la ocasion, y de la tentacion. Esto es lo que aquí llama Jesucristo hablar contra el Hijo del Hombre. No es cosa rara que estos se reconozcan, se arrepientan de su pecado, lloren su culpa, se corrijan de ella, y obtengan el perdon. Pero negar el misterio de la Encarnacion, esta primitiva obra del Espíritu Santo; combatir la Religion Cristiana, y la Iglesia Católica, establecida, enseñada, y gobernada por el Espíritu Santo; persistir en esta impiedad, no obstante las pruebas mas evidentes, y luminosas del Espíritu Santo: persistir en esta impiedad, obstinándose contra las propias luces, y remordimientos, que son el lenguage del Espíritu Santo, por escuchar, y tener el lenguage de la heregía, y de la impiedad; esto es lo que Jesucristo llama blasfemar contra el Espíritu Santo; y este es un pecado, de que casi jamas se ve un sincero arrepentimiento. Fueron muchos los que contribuyeron á la muerte de Jesucristo, y de estos hubo un gran número que se convirtieron; hubo tambien entre estos algunos de los verdugos; pero entre aquellos, que despues de haberse voluntariamente cegado; despues de haber interpretado sus palabras, y sus acciones, conforme á su obstinada incredulidad, emplearon tambien el fraude, y la violencia, la calumnia, y los enredos, ninguno se sabe, ni se conoce que se haya convertido. — O vosotros, que entrais en

el mundo despues de haber recibido una educacion cristiana, sostened vuestra virtud, conservaos en la inocencia, y en la práctica de la Ley de Dios; no ofendais al Señor; pero si por vuestra desgracia lo ofendeis, no os cerreis todos los caminos para volver á él; no os arrojeis de desesperados en el abismo, que podeis aun evitar; no os acompañeis con los blasfemadores, y con los incrédulos: no busqueis la paz en la mas espantosa, y mas insensata desesperacion; reconoced que sois pecadores, y servios del remedio que aun os queda en vuestra fe, y en la penitencia.

Lo tercero. *Socorro del Espíritu Santo para cumplir está obligacion.* — « Cuando os llevaren, pues, á las sinagogas, y á los Magistrados, y á los Príncipes, no paseis, pena del que, ó del cómo habeis de responder, ó decir. Porque el Espíritu Santo os enseñará en aquella hora lo que debeis decir... »

No os perdais de ánimo al pensar en vuestra debilidad; en vuestras pocas luces, y talentos; estad bien unidos á Jesucristo, y siendo necesario, no os faltarán las palabras: el Espíritu Santo os sugerirá en aquel momento lo que debeis decir. ¿Ha faltado, por ventura, á los Mártires este socorro? Citados en las asambleas de un pueblo furioso; delante de los Magistrados, revestidos de poder, y de autoridad: delante de los Gobernadores, cercados de ministros; delante tambien de los Emperadores, sentados sobre el trono, con todo el aparato de la mas terrible magestad: en estas circunstancias,

hombres simples, mugeres tímidas, virgencitas débiles, han hablado, han confundido los tiranos, desconcertado toda su sabiduría, y cansado todo su poder. ¿Y vosotros delante de qué Tribunal habeis de comparecer? ¿Quién es aquel que se atreve á blasfemar delante de vosotros? Un enfadoso motejador : un desacreditado libertino : un hipócrita, conocido por tal. ¡O, y cuán poco se hacen temer estos tiranos! Una muger la menos sabia, si es fervorosa cristiana, y sólidamente Católica, bastará para confundirlos y despreciarlos.

Peticion y coloquio.

Concededme la gracia, o Dios mio, de confesaros, aun con menoscabo de todas las cosas; sin buscar la gloria, que viene de los hombres; sin temer su poder; sin oponer á sus artificios del todo humanos; y sin querer otra sabiduría que la que viene de Vos, y conduce á Vos. Amen.

MEDITACION CLIX.

SOBRE LAS RIQUEZAS.

PRIMERA CONTINUACION DEL DISCURSO DE JESUS A LA PRESENCIA DEL PUEBLO.

S. Luc, c. XII, v. XIII, XXI.

Primero. El deseo de las riquezas persuade su necesidad. Segundo. La posesion de las riquezas hace sentir su vanidad. Tercero. La muerte en las riquezas hace conocer su necedad.

PUNTO PRIMERO.

El deseo de las riquezas persuade su necesidad.

Primero. *Los efectos de esta persuasion.*—«Y uno de la turba, le dijo; Maestro, di á mi hermano que parta conmigo la herencia...» Este hermano queria sin duda usurpar para sí solo la herencia de su familia, y no dar parte á su hermano... Cuando el deseo de las riquezas ha tomado posesion de un corazon, se miran como la sola cosa necesaria, á que todo se

debe sacrificar. El primer efecto de esta persuasion es la injusticia. — El que quiere enriquecerse no teme ser injusto, cuando tiene el poder, y encuentra la ocasion para ello : jamas es Juez justo entre sí, y el prójimo. Jamas le falta pretexto para apropiarse, y retener el bien ageno cuando puede hacerlo; y cuando no encuentra pretextos, no se avergüenza de una injusta retencion, de usar la fuerza, y la violencia. Tal era este hermano que retenia para sí solo, un bien que habria debido dividir con su hermano. — El segundo efecto de esta persuasion es la division de las familias; los lamentos, las quejas, los pleitos, los odios, las enemistades aun entre hermanos, y hermanas, entre aquellos que la naturaleza unió con ligaduras las mas estrechas, y las mas sagradas, y que debieran poner su gloria en su misma union, y hallar en ella la propia consolacion. — El tercer efecto de esta persuasion es el olvido de Dios, y de la salvacion. No hay que buscar entre esta multitud del Pueblo, que con tanto gusto y ansia escucha al Salvador, el hermano usurpador. — No se busquen en nuestros templos en las horas del Sacrificio, ó de la pública instruccion, en los ejercicios de una mision, ó de un retiro, estos hombres deseosos de riquezas; estan ocupados en otros cuidados; y mirarian como tiempo perdido, el que empleasen en pensar en Dios, ó en suplicarle. — El cuarto efecto de esta persuasion es la ocupacion del espíritu.

El hermano agraviado era del número de los

oyentes de Jesucristo, ¿pero aun cuando lo escuchase, de qué objeto tenia él lleno el espíritu?—¡O amor de las riquezas! á los que estan llenos de tí, los persigues hasta los pies de los altares; hasta los pies de Jesucristo; hasta los pies de sus Ministros! Este hombre le habló á Jesucristo, ¿pero de qué cosa discurre con él? Le pide una gracia, ¿pero de qué gracia se trata? ¡ah! no piensa otra cosa que en las riquezas; no habla otra cosa que de riquezas; y hasta con Dios, no discurre de otra cosa que de este único objeto de sus deseos.

Lo segundo. *Ejemplo opuesto á esta persuasion.* — « Pero él le respondió: ¿hombre, quién me ha constituido á mí Juez, ó repartidor entre vosotros..?» Pertenece á los Ministros de Jesucristo exhortarnos al desinteres, á la paz, á la concordia, á los caminos de la dulzura, y de la reconciliacion; pero por lo regular no deben mezclarse en nuestros negocios, en nuestros intereses, en nuestras divisiones, en nuestras pretensiones. Ademas del tiempo que les robaria un tal examen, correrian riesgo de perder la confianza, y aun de acarrearse el odio de alguna de las dos partes. — Para esto hay Jueces, á quienes se puede recurrir; hay árbitros, á que cada uno puede remitirse.

Lo tercero. *Confutacion de esta persuasion.* — Enderezando de aquí Jesucristo la palabra á todo su auditorio, « dijo: mirad, y guardaos de toda avaricia, porque no está la vida de cada uno en la abundancia de las cosas que posee...»

La abundancia, ó lo superfluo de nada sirve para el mantenimiento de la vida, porque ninguno se sirve de lo superfluo, y cada uno está obligado á dejarlo luego que estan satisfechas todas las necesidades. Este superfluo no sirve para la sanidad, ni para la dulzura de la vida, antes bien podria dañarle, representándonos necesidades imaginarias, y haciéndonos cometer muchos excesos, fuera de lo que verdaderamente necesitamos. Este superfluo no sirve para alargar la vida: cuando llega la hora de la muerte, no nos libra de ella este superfluo. ¡O y cuán dichoso es aquel que en su estado sabe contentarse con lo necesario para sí, y para su familia, y para la educacion de sus hijos! ¡cuántos pecados evitados; cuántos cuidados ahorrados; cuántas buenas obras practicadas! ¡qué tranquilidad en su corazon; qué júbilo en su alma; qué dulzura en su vida! Escuchemos, pues, la leccion de nuestro divino Maestro: pongamos todas nuestras atenciones en preservarnos de la avaricia: esto es, del amor de las riquezas, del cuidado excesivo de aumentar nuestros bienes, y nuestras rentas; del deseo de salir de nuestro estado, y de adelantarnos siempre mas; de igualarnos con aquellos que son mas que nosotros, y aun de sobrepujarles, cuando creamos haberlos igualado. — Con razon nos advierte Jesucristo que nos guardemos; que estemos atentos, porque este deseo se halla naturalmente en nosotros, é imperceptiblemente penetra en nuestro corazon. Todos los discursos, todas las máximas del mundo, y los ejem-

plos que este nos da, no tiran á otra cosa que á excitar en nosotros este funesto deseo de que poquísimos saben preservarse.

PUNTO II.

La posesion de las riquezas hace conocer su vanidad.

Lo primero. *Por las inquietudes que ocasiona.* — Jesucristo continuando á hablar á su auditorio; «les dijo una similitud : la posesion de un hombre rico habia llevado abundantes frutos...» ¿Qué provecho sacó él de esta abundancia? no otro que el aumento de inquietudes... « Y andaba discurriendo dentro de sí, diciendo : qué haré que no tengo en donde encerrar mis frutos...? » Míralo, pues, inquieto en el espíritu, por los pensamientos de que está agitado.. « Andaba discurriendo dentro de sí..» Si hubiese sido un hombre de bien, y timorato de Dios, á la vista de esta bendicion del cielo, se habria alegrado en el Señor, lo habria alabado y bendecido, habria recibido todos aquellos bienes, como un don de su divina bondad; pero es un hombre rico, y porque este año es su cosecha de una abundancia extraordinaria, helo aquí pensativo, triste, abstraido; huye el comercio de los hombres; se reconcentra en sí mismo, y se da en presa á los diversos pensamientos de que se hace un desgraciado juguete. ¿Se ve acaso en su rostro una alegría sincera y serena, aun cuando se ha aumentado su fortuna

próspera? El del Evangelio inquieto en sus acciones, embarazado, é indeciso, decia, *¿qué haré?* Cuando una persona se halla en una medianía, no puede concebir este embarazo de las riquezas; le parece que ninguna cosa embaraza menos, cada uno dice entre sí, que sabria hacer uso de ellas; pero la experiencia muestra, que nada hay que traiga consigo mayores cuidados.—Aquel solamente no encuentra embarazo, que no las ama, que no las estima, que no las busca, que no las desea, y que de Dios solo las recibe, cuando se las envia, y para servirse de ellas segun su voluntad. — Pero esta no es la situacion del rico: él está inquieto; no sabe qué es lo que deba hacer, ni á qué resolverse. Su abundancia, ¿quién lo creeria? lo pone en necesidad. ¿En qué, pues, piensa él tan profundamente? ¿sobre qué cosa delibera con tanta seriedad? ¿qué cosa es la que lo inquieta tan cruelmente? Es una sola cosa que le falta... «Andaba diciendo dentro de sí; qué haré yo ahora que no tengo...» ¿Qué es lo que no tienes? ¡Ah! ¿No tienes tú mas de lo que esperabas? ¿mas de aquello que puedes consumir? Y tú estas embarazado, y vas diciendo que no tienes... Sí; esta misma abundancia es la que me embaraza, la que me molesta, la que me pone en estrechura, porque no tengo lugar donde ponerla; mis graneros son demasiadamente pequeños... O miserable rico, que piensas solo á tí; tú no tienes donde poner tu cosecha, ¿pues por ventura no hay pobres que sustentar, desgraciados á quien socorrer, familias necesi-

tadas que aliviar, deudores en las cárceles que librar? ¿los templos, los altares, el culto de Dios, nada piden á tu reconocimiento? ¡Ah! rico insaciable y cruel, éstate, pues, en poder de tus inquietudes, que este es el primer castigo de tu avaricia; y si te libras de este, sabe que caerás en otro aun mucho mas.

Lo segundo. *La posesion de las riquezas hace conocer su vanidad, porque pone al rico en excesivas ocupaciones.* — Finalmente el rico sale de su perplejidad, y toma su partido... « Y dijo: haré esto; destruiré mis graneros, y fabricaré otros mayores, y allí juntaré todos mis frutos y mis bienes... » ¿No es esta por ventura la primera ocupacion de los ricos; esto es, de los amadores de las riquezas? — *Primera ocupacion de fausto y orgullo.* La casa de sus padres, donde ellos han nacido, y en que se han criado, ya no les basta; ella los humilla, ella los deshonra: el padre habitaba en una casa modesta; para el hijo se necesita un palacio soberbio. El piensa con esto engañar al mundo, y hacer olvidar la mediania de su primera fortuna, y esconder la oscuridad de su nacimiento; se imagina que á proporcion de tanta extension á su fama y á su lustre, cuanta les dé á las fábricas; pero muchas veces no hace otra, que excitar contra sí el desprecio ó el odio. Cada uno se complace en refrescar la memoria de su primer estado, y tiene cuidado de dejarla á la posteridad. — *Segunda ocupacion disipante y contradictoria.* Este hombre ama sus riquezas, y para

conservarlas las gasta. Hace demoler lo que ya está fabricado, y levantar mas grandes edificios... Ves aquí, entre tanto, que lo que causaba tanto temor á este rico avariento; esto es, la pérdida de su superfluo, es cabalmente á lo que se determina. — ¡Cuántos se han visto, que despues de haber hecho construir grandes graneros, no han tenido con que llenarlos, ni que poner en ellos! ¡Cuántos, que despues de haber hecho levantar, y adornar magníficas habitaciones, no han podido tener la satisfaccion de vivir en ellas, y han sido obligados á cederlas á sus herederos! — *Tercera ocupacion llena de distraccion y de irreligion.* Mientras que el rico está ocupado en sus fábricas, nadie se atreva á hablarle de oracion, de leccion espiritual, de confesion, de comunion: él no tiene tiempo, no se le hable de obras buenas, de limosnas, de caridad; él no puede. ¿Quién, pues, podrá salir por fiador de que no cometerá alguna injusticia, de que pagará exactamente á los que emplea, de que no hará perder el salario á los operarios, y de que no suscitará algunos pleitos con aquellos que estan encargados de llevar al fin la obra comenzada? ¡O vanas y engañadoras riquezas! ¡Es posible que nosotros hayamos de estar siempre deslumbrados con vuestro falso esplendor.

Lo tercero. *La posesion de las riquezas hace conocer su vanidad por los proyectos que hace formar.* — Proyectos quiméricos, que sirven de continuo pasto á la vida, y de que no ve jamas la ejecucion...

Cuando habré acabado mis fábricas, decia este rico, y habré juntado toda mi cosecha, y todos mis bienes... « diré á mi alma : o alma, tienes puestos muchos bienes para muchísimos años ; descansa, come y bebe, y date buena vida... » He aquí cuáles son los proyectos de los ricos avarientos, y con los que se prometen al principio una abundancia de bienes, que pueda satisfacer toda la inquietud de sus deseos. — Ahora vosotros los veis deseosos de ganancias, solícitos por acumular, atentos á servirse de todos los caminos para enriquecerse, ocupados en menudencias, teniendo el ojo sobre todo, inquietos al mas mínimo accidente, é inconsolables á cualquiera pequeña pérdida, ó por haberles faltado la mas mínima ocasion ; pero todo esto debe durar solo por un cierto tiempo, y hasta que hayan juntado un cierto patrimonio, despues del cual dirán entre sí mismos, he : ya tenemos bastante ; ya tengo para lo que necesito lo restante de mis dias ; ya no tengo miedo de cosa alguna ; ya no tengo alguna pena... Pero ¡ah! ¿dónde estan aquellos, que contentos de su fortuna, y satisfechos de cuanto han adquirido, hayan puesto límites á su codicia? Se prometen estos en adelante un perfecto reposo, exentos de toda solicitud y de todo cuidado. Ahora los veis en perpetuo movimiento, ir, venir, siempre trabajar, velar de noche, anticipar la aurora, no tomar algun reposo, ni algun alivio; y todo esto únicamente para buscar un perfecto reposo, en el cual no tendrán ya nada que hacer, y gozarán á su

gusto el fruto de sus pasados trabajos. Pero ¡ ah ! ¿se han visto por ventura muchos que hayan llegado á este estado de reposo , y de tranquilidad? Finalmente, se prometen una vida larga, y deliciosa. — Ahora ya los veis hacer unos ahorros indecentes , negarse lo necesario, y llorar aun aquello poco que en sí gastan; pero cuando habrán juntado tanto , que baste, se recompensarán de sus ahorros, y de cuanto se privan; se abandonarán á una vida alegre y deliciosa ; y nada ahorrarán para satisfacerse. He aquí el último término de las esperanzas del rico, y el mas noble objeto de sus votos , *beber y comer*. ¡O vanidad de las riquezas! ¿Son necesarias, acaso , tantas tentaciones , y tantas penas , para llegar á este término? El pobre , en su medianía, ya ha mucho tiempo que goza de estas utilidades y tanto mas deliciosamente las goza, cuanto está mas lejos de poner en esto su suma felicidad.

PUNTO III.

La muerte en las riquezas hace conocer su necedad.

« Pero Dios le dijo : Necio , en esta noche te vuelven á pedir el alma ; ¿y aquello que has guardado de quién será? Así le sucede al que atesora para sí mismo , y no es rico para Dios... » El rico

se alimentaba de sus ideas lisongeras, cuando Dios, de quien él vivia olvidado, y con quien nunca contaba en sus vastos proyectos, le desconcertó todo su sietema. Y veis aquí lo que para nuestro mayor provecho podemos ir recorriendo con nuestra mente.

Lo primero. *La locura del rico en haber juntado tantos bienes que es forzoso dejar.* — Seguros de que debemos morir; de que hemos de estar poquísimo tiempo en este mundo; de que de este pasaremos á otro para estar allí eternamente, y de que al otro mundo llevaremos solamente nuestra alma, sus pecados y sus virtudes; de que la hora de nuestra partida es incierta, y puede llegar en cada instante; de que cuando llegue esta hora, y Dios hable, es necesario obedecer sin dilacion, para comparecer delante de él: ¿no es una locura, una necedad vivir tanto tiempo ocupados en los bienes de este mundo; tener tanto ardor; darnos tan malos ratos, para procurar riquezas que debemos dejar, que no podemos llevar con nosotros, y que desde punto ya nada nos servirán?

Lo segundo. *Locura del rico en no saber á quien deje sus bienes, que ciertamente debe dejar.* — ¿Cuántas veces sucede que un rico ha juntado un grande tesoro, y únicamente lo ha guardado para dejarlo á extraños, que ni siquiera conocia; para dejarlo á herederos tan ingratos, que llegan hasta insultar y motejar su memoria; á hijos litigiosos, que mútuamente se consumen en pleitos; á hijos pródigos

y disipadores que gastan los tesoros, enagenan las casas y las tierras; á hijos disolutos y libertinos, que se condenan en la abundancia de los bienes que les dejó su padre avaro, y que se hubieran salvado, si su padre virtuoso, juntamente con una herencia mediana de sus abuelos, les hubiese dejado buenos ejemplos? ¡Qué locura, qué necedad haber devorado tantas penas para acumular bienes tan funestos!

Lo tercero. *Locura y necedad del rico en deber dejar bienes que le han impedido el juntar aquellos que podria llevar consigo.* — Tal es, pues, la suerte de cualquiera que acumula solo para sí, sin pensar en dar parte á los pobres de los bienes que Dios le da, ni á emplearlos en buenas obras. Muerto rico delante de los hombres, y pobre delante de Dios: rico de bienes que está obligado á dejar; y pobre de bienes, que habria podido llevar consigo. ¡O locura que no se puede llorar bastantemente!

Peticion y Coloquio.

¡Ah! ¿si esta noche vos me pidiéseis el alma, o Dios mio, me hallaria yo delante de vos, rico en buenas obras, en gracia, en méritos? ¿En qué, pues, he pensado hasta ahora? ¡Ay de mí! Si el cuidado de acumular, ó cualquiera otro pensamiento frívolo me ha impedido enriquecerme de los bienes celestiales, ¿no es por ventura igual mi cura? Ah Señor; he errado, lo confieso, pero en

adelante tomaré al Rico avariento por mi modelo; y será cambiando la especie de los bienes. Tendré por los bienes celestiales el mismo ardor que él tenia por los bienes de la tierra. Sostened con vuestra gracia, o Dios mio, esta resolucion; haced que yo trabaje, que proyecte, y que espere, como el Rico del Evangelio, para vivir feliz, y morir contento, entrar rico en el sepulcro, y hallarme por toda la eternidad en las riquezas, en la abundancia, en las delicias que teneis preparadas en el cielo para los que os temen. Amen.

MEDITACION CLX.

DE LA CONFIANZA EN DIOS SOBRE LAS COSAS NECESARIAS A LA VIDA.

SEGUNDA CONTINUACION DEL DISCURSO DE JESUCRISTO A LA PRESENCIA DEL PUEBLO.

S. Luc, c. XII, v. xxii, xxxi.

Esta confianza debe estar fundada primero sobre la Sabiduría. Segundo, sobre la Potencia. Tercero, sobre la Bondad infinita de Dios.

PUNTO PRIMERO.

De la Sabiduría infinita de Dios.

Esta dispone todas las cosas proporcionadamente, y nosotros debemos admirarla... » Y dijo á sus discípulos; por tanto os dijo : no querais estar solícitos ni del comer respecto á vuestro vivir, ni del vestir en orden al cuerpo *. »

* S. Mat, c. VI, v, xxv; Meditac. LVII.

Aunque esta parte del discurso de Jesucristo, fue dirigida particularmente á los Apóstoles, y á los discípulos, que debian practicar literalmente toda la perfeccion, no dejaba de ser util al Pueblo, que lo escuchaba, y nosotros debemos tambien aprovecharnos de ella, aplicándonosla á proporcion, y segun la diferencia de nuestro estado. No obstante que el Redentor solo hable aquí de la confianza en Dios en orden al alimento, y al vestido, debemos con mayor razon entenderla de todas las otras necesidades de la vida. Mas para establecernos firmemente en esta confianza, consideremos, con qué sabiduría infinita gobierna Dios el mundo, conserva todas las criaturas; y dispone con proporcion de todas sus partes.

Primero. *Consideremos, pues, primeramente á nosotros mismos.* — « La vida vale mas que la comida; y el cuerpo mas que el vestido... » Dios nos ha dado el cuerpo, y el alma, el ser, y la vida. ¿Lo que nos falta; aquello, de que mas necesitamos, que forma la materia de nuestro temor, y de nuestra inquietud, es acaso en sí mas considerable, y mas precioso, que cuanto ya hemos recibido? ¿No es por ventura una consecuencia de nuestra naturaleza, un subsidio conveniente á nuestro estado, y una destinacion de la misma providencia? ¿Cómo, pues, podemos temer, que se nos niegue por esta sabiduría infinita?

Segundo. *Consideremos los animales.* — « Considerad, los cuervos, que no siembran, ni siegan;

y no tienen despensa, ni granero, y Dios los alimenta : ¿pues cuánto mas valeis vosotros, que ellos... ? »

De la consideracion de nosotros mismos, pasemos á la de los animales, que Dios ha criado; pongamos la vista en aquellos, que vuelan por el aire, que se arrastran por la tierra, ó que nadan en las aguas. No obstante la prodigiosa diferencia, que hay entre ellos, entre su naturaleza, entre sus necesidades, y entre la cualidad de su alimento proporcionado, y conveniente, ¿no encuentran ellos por ventura cuanto han menester para su mantenimiento? ¿La sabiduría infinita de Dios no les ha preparado todo lo necesario? ¿Y bien que no posean artes, ni ciencias; aunque esten privados de toda razon, de juicio, de providencia, esta sabiduría misma no encuentra el medio de hacer llegar, á cada uno de ellos, cuanto le es necesario? Ahora pues, ¿hay alguna comparacion entre nosotros, y los animales? ¿Cómo, pues, podemos creer, que esta sabiduría infinita, que provee á todas sus necesidades, no proveerá á las nuestras?

Tercero. *Consideremos las flores.* — « Mirad los lirios, como crecen; no trabajan, y no hilan; y yo os dijo, que ni Salomon, con toda su magnificencia, ha estado vestido, como uno de estos. ¿Pues, si la yerba, que hoy está en el campo, y mañana se echa en el horno, Dios la viste así, cuánto mas á vosotros de poca fe... ? »

De los animales descendemos á las plantas, y á

las flores, que produce la tierra... ¿Qué espectáculo mas gracioso puede jamas representarse á los ojos humanos, que una bella campaña, cuando los árboles, y los céspedes, los prados, y las flores hacen á porfía pompa de cuanto hay en la naturaleza de mas maravilloso, y que mas encante? ¡Qué olor suave! ¿qué magnificencia! ¡qué golpe de vista! Y si consideramos mas menudamente los objetos ¡qué vivacidad de colores! ¡qué delicadeza de líneas, y pinturas! ¡qué variedad de espectáculos! ¡qué encanto!¡ ¡qué gallardía! No: ni el mas sabio de los hombres, el mas rico, y el mas espléndido de los Reyes, en sus ropas de oro, enriquecidas de piedras preciosas, ha encontrado un vestido, que pueda compararse con el de una flor. O flores brillantes; no sois ya vosotras las que os los habeis formado; ni tampoco es vuestra industria la que os los ha procurado; es sí aquella sabiduría infinita, la que extendiendo á larga mano su magnificencia hasta sobre las sustancias mas débiles, exige de nosotros el tributo de nuestra admiracion, y de nuestra confianza. ¿Y qué seria, pues, si de la superficie, que os adorna á vosotras, y á nosotros nos deslumbra, pasásemos á considerar el arte divina, que os hace nacer, que os multiplica, os despliega, os abre? O Dios ¡tánto gasto, tántos preparativos, tántas atenciones por una yerba que hoy florece, y que mañana se arranca del suelo, para arrojarla!—O hombres de poca fe. ¿Cómo podeis todavía temer que la sabiduría, que os ha producido, os abandone; á

vosotros, por quienes ella ha criado el mundo, y á quienes destina el Cielo?

PUNTO II.

De la potencia infinita de Dios.

Ella hace todas las cosas, y nosotros debemos confesarle nuestra debilidad.— Para convencernos de la inutilidad de nuestros pensamientos y de nuestras inquietudes, hagamos las siguientes reflexiones.

Primero. *Hagamos prueba sobre nosotros mismos de nuestras fuerzas.* — « ¿Pero quién de vosotros, dice Jesucristo, es el que á fuerza de pensar, puede añadir á su estatura un codo?..» Probemos, si á fuerza de pensar, de calcular, de meditar, ó si por medio de alguna invencion, ó de cualquier industria, podremos, por ejemplo, acrecentar nuestra estatura de algunos cuatro dedos. ¡Ah! ni siquiera, por tentacion, hemos jamas pensado hacer tal experiencia, y tachariamos de necio á cualquiera, que seriamente se lo imaginase. Estemos pues una vez bien persuadidos y convencidos de nuestra debilidad y de nuestra impotencia.

Segundo. *Discurramos de lo menos á lo mas.* — « Pues si (añade Jesucristo) no podeis hacer lo menos, ¿por qué teneis inquietud por otras cosas?» ¿Si con nuestros pensamientos nada podemos sobre nuestro cuerpo, que es una parte de nosotros

mismos : si estamos obligados á confesar que seria suma necesidad nuestra el fijarnos seriamente en estos pensamientos, qué sabiduria, qué provecho, qué eficacia se puede esperar en aquellos pensamientos que se ordenan á objetos distantes de nosotros, superiores á nosotros, y que no son desconocidos? ¿Sobre aquellas necesidades, que nos ocasionan inquietudes tan inútiles y sin fundamento, las cuales para ser y quedar satisfechas, requieren el concurso de mil causas diferentes, que ni siquiera conocemos, y sobre que nada nos importa el poder, ó no alguna cosa? Y con todo eso... el nombre es lleno de hombres, que creyéndose sabios, no cesan de estar continuamente ocupados en sí mismos, y de tener serios discursos los unos con los otros, sobre las estaciones del año, sobre los vientos, sobre las lluvias, sobre las tempestades, sobre terremotos, sobre la ocasion de las guerras, de las pérdidas y de las carestías; como si estos pensamientos no fuesen igualmente vanos, insensatos é ineptos, que los otros sobre la estatura y sobre la grandeza da su cuerpo.

Tercero. *Concluyamos de esto, y resolvamos no inquietarnos ya mas en adelante, por lo que mira á las necesidades de la vida...* « Y vosotros, concluye Jesucristo, no andais afanados por lo que habeis de comer ó beber : y no querais elevaros demasiadamente hácia arriba...» No estemos pensando en lo que vendrá, que no está en nuestro poder : no nos levantemos sobre nosotros mismos, y no

pensemos en regular los acontecimientos que dependen solo de la omnipotencia de Dios. Estémonos circunscriptos, en un nuestro estado, en el giro de ocupaciones diarias, que pide de nosotros la providencia, y sin querer remontar el vuelo mas alto, abandonemos lo restante á aquella potencia infinita, que mueve el cielo y la tierra, y gobierna todas las cosas con soberano Imperio. En esta perfecta sumision, en esta confesion de nuestra debilidad, encontraremos nuestro respeto y nuestra consolacion.

PUNTO III.

De la bondad infinita de Dios.

Esta bondad lo abraza todo; y nosotros le debemos toda nuestra confianza... « Porque todas estas cosas buscan las gentes del mundo: y vuestro padre sabe que de estas teneis necesidad...»

Primero. *De la idea que debemos tener de Dios.* — Debemos mirar á Dios, como nuestro padre, y como un tierno padre que nos ama y quiere nuestro bien: como un padre atento, á quien nada se esconde, que conoce todas nuestras necesidades, y sabe lo que nos es util; como padre omnipotente que hace servir á sus designios las acciones de las sustancias animadas, y la voluntad de las libres. ¿Bajo la providencia de un tal padre, por qué inquietarnos? ?No tiene él derecho de exigir

nuestra confianza? ¿No seria ultrajarlo gravemente el negársela?

Segundo. *Del ejemplo del mundo que debemos huir.* — «Porque detras de tales cosas van los hombres del mundo...»

En materia de providencia se halla aun entre los Cristianos la idea que tenian los Gentiles, ó por decirlo mejor, se ven aun muchos Cristianos que piensan de Dios como los Gentiles, que no reconocen alguna providencia, no tienen otra cosa en mira que este mundo visible, y en él reconocen solamente una naturaleza ciega, de la cual no tienen que esperar algun interes, alguna atencion, algun beneficio; antes tienen siempre que temerlo todo. ¡Ah! Avergoncémonos de pensar como el mundo, cuando vemos que piensa como los Paganos.

Lo tercero. *Del objeto á que debemos aplicar nuestros primeros cuidados.* — «Buscad, por tanto, (acaba Jesucristo) primeramente de reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas...» Lo que debemos buscar, antes de todas las cosas, es el reino de Dios y su justicia, la gloria de Dios, y nuestra salvacion. Estudiemos la ley de Dios; apliquémonos á observarla; practiquemos las obras de caridad; frecuentemos los Sacramentos, atendamos á la oracion; trabajemos por adquirir las virtudes, por la victoria de las pasiones, y no temamos que nos pueda faltar lo restante. Es nuestro Dios mismo; es nuestro Padre el que nos da la

palabra. Confiemos en sus promesas; reposemos sobre su infinita bondad en todo aquello que necesitamos para la vida y para la muerte.

Peticion y Coloquio.

Alma mia, avergüénzate de una inquietud vana y desconfiada bajo el gobierno de una sabiduría infinita en sus miras, en sus designios, en sus medidas, en sus medios, y en la justa proporcion que hace resplandecer en sus obras. ¡Ah! vive quieta y tranquila sobre la potencia infinita de tu Dios, sin cesar jamas de trabajar bajo su diestra en espíritu de paz y de sumision. Entre los medios naturales que nos conservan la vida, y procuran el vestido, ten siempre delante de tus ojos su mano bienhechora. Y Vos, o Dios mio, dirigid mis miras y mis cuidados solo hácia los bienes sólidos y eternos: haced que ante todas cosas busque vuestro reino y vuestra justicia: haced que yo solo á Vos ame aquí en la tierra, y que á Vos solo eternamente posea. Amen.

MEDITACION CLXI.

JESUS ANIMA SUS APOSTOLES.

TERCERA CONTINUACION DEL DISCURSO DEL REDENTOR EN LA PRESENCIA DEL PUEBLO.

S. Luc, c. XII. v. XXXII, XXXIV.

Primero. Jesucristo les pone á la vista una sólida consolacion. Segundo. Les da un aviso esencial. Tercero. Les propone una máxima importante.

PUNTO PRIMERO.

Jesucristo pone bajo los ojos de sus Apóstoles una consolacion sólida.

Lo primero. *Por la confianza á que los anima.* — « No temais... » Esto es, no temais que os falten las cosas necesarias á la vida; no temais la potencia de los hombres, ni el furor de los demonios; no temais vuestra debilidad, cuando no os expondreis temerariamente; y poned en Dios toda vuestra confianza. — Tal debe ser la seguridad de un alma

verdaderamente cristiana. Pero ¡ay de mí! si nos examinamos seriamente, veremos que estamos muy lejos de esto. ¡O cuántos objetos de temores pueriles y funestos se presentan continuamente á nuestra alma, la descomponen y la inquietan!

Lo segundo. *Jesucristo pone á los ojos de sus Apóstoles una consolacion sólida, por el nombre con que los llama.*—«No temais, pequeño rebaño... » Este nombre indicaba el número actual de aquellos que componian su Iglesia, que era bien pequeño; pero este pequeño número debia un dia llegar á ser bien grande, y á abrazar todos los pueblos del mundo... Mas aunque esta Iglesia está bien extendida, ¡o y cuán pequeño es el número de los Cristianos fervorosos en comparacion de los Cristianos perezosos y pecadores! ¡Ah! unámonos á este pequeño número, si queremos tener parte en los favores que se le prometen... Este nombre indicaba tambien las principales virtudes de los verdaderos hijos de la Iglesia, como son la humildad, la paciencia, y la dulzura. Con estas ha triunfado del mundo entero este pequeño rebaño. ¿Tenemos nosotros estas virtudes...? Finalmente este nombre declaraba la ternura de Jesucristo para con su Iglesia. El es el Pastor, y ella es su amado rebaño. En este sabe distinguir las almas generosas que le sirven con fervor, y con toda la pureza de su corazon. ¡O y cuán grande es el afecto y la ternura que él tiene á este rebaño! Esforcémonos á ser de este número, y nada omitamos por conseguirlo.

Lo tercero. *Jesucristo presenta á sus Apóstoles una consolacion por la recompensa de que los asegura.* — «No temais, pequeño rebaño, porque ha sido complacido vuestro Padre de daros el Reino.» Examinemos todas estas palabras. *Ha sido complacido...* él os ha llamado á una suerte tan dichosa, por un favor del todo gratuito, por un efecto de su amor, y con complacencia nos pondrá en su posesion. *Ha sido complacido vuestro padre.* ¿Y quién es este Padre es el mismo Dios; aquel Señor Soberano, absoluto y omnipotente, á quien nada resiste, y que nada puede impedirle poner en ejecucion su voluntad, y en exacto cumplimiento sus promesas, con tal que nosotros no nos hagamos indignos de ellas. *Ha sido complacido vuestro Padre de daros*, no lo que vosotros mereceis. Vuestros méritos mismos son dones de su gracia, y coronando en vosotros vuestros méritos, corona sus propios dones. ¡Qué desgracia para vosotros si viniéseis á perder este don de la gloria, por haber desechado los dones de la gracia! «*Ha sido complacido vuestro Padre de daros á vosotros el Reino...*» ¿Y qué reino? ¡Ah! si fuese un reino sobre la tierra, todo lo sacrificaríais por obtenerlo, y no perderlo: dia y noche pensaríais en él: seria este el solo objeto de vuestros deseos; continuamente suspiraríais el dichoso momento que deberia poneros en su posesion; cualquiera otra fortuna os pareceria vil y despreciable; en vuestro espíritu maquinaríais solo proyectos dignos del trono, y alimentaríais siempre vuestro corazon de

afectos convenientes á vuestro alto destino. Mas el Reino á que estais destinados, es un Reino celestial, es un Reino eterno. ¡Ah!, no querais, pues, arrastraros sobre la tierra, no querais envileceros, no querais degradaros. Excitad en vosotros pensamientos dignos de vuestro Padre, y dignos del Reino que os ha preparado.

PUNTO II.

Jesucristo da á sus Apóstoles un aviso esencial.

Lo primero. *De renunciar á los tesoros de la tierra.* — «Vended lo que poseeis, y dad limosna...»

Los primeros fieles siguieron, y muchos en nuestros dias siguen este consejo. Pero, ó llamados, ó no llamados á este grado de perfeccion, tenemos siempre en este mismo consejo un precepto esencial. Este consiste en despegar nuestro corazon de todo lo que poseemos, y en no tener algun tesoro sobre la tierra. Lo que el Salvador dice del tesoro de las riquezas, se debe entender de todo otro tesoro, á que se pega nuestro corazon. Fuera del tesoro de las riquezas, hay otros de muchas especies, y cada uno se forma el suyo. Tesoro de ciencia y de erudicion, tesoro de amistad y de reconocimiento, tesoro de favor y de proteccion, tesoro de comodidades, de placeres, y de sensualidad. Sigamos el aviso del Salvador: renunciemos á todo esto, ó re-

tengamos solamente lo que la caridad, y las obligaciones esenciales de nuestro estado no nos permiten abandonar. Cuanto mas nos adelantemos en este despego del corazon, y en esta renuncia efectiva de las cosas de la tierra, tanto mas gozaremos la paz interna, la libertad de hijos de Dios. Contrato ventajoso, en que damos cosas despreciables por bienes de un precio infinito. ¡Ah, no con otro que con Dios solo se puede hacer un tan afortunado comercio! ¡Insensato, pues, el que no lo hace!

Lo segundo. *Jesucristo da á sus Apóstoles el aviso esencial de hacerse un tesoro en el cielo.* — « Haceos bolsas que no se envejecen; un tesoro inexhausto en el cielo, donde el ladron no se acerca, ni lo roe la polilla...» Las riquezas distribuidas á los pobres son un tesoro en el cielo. Las buenas obras, y las virtudes practicadas en la presencia de Dios, y por agradarle, son un tesoro en el Cielo. El conocimiento de los Santos, y de sus acciones, y de sus combates; la invocacion de su intercesion; la confianza en su poder; el deseo de verlos, y de vivir con ellos, son un tesoro en el Cielo. El tiempo, que robamos á nuestros gustos, y placeres por atender á la oracion, por frecuentar los Sacramentos y por practicar el ayuno y la mortificacion; todas estas obras santas son un tesoro en el cielo. Veis aquí los tesoros, que conviene acumular, juntar y aumentar cada dia.

Lo tercero. *Cuál es la razon de este aviso del Redentor.* — ¡Ay de mí! ¿No la sabemos aun por ventu-

ra? ¿Es necesario repetírnosla siempre, y á pesar de todo lo que se nos dice, seremos tan inconsiderados y tan insensatos, que luego nos olvidemos? Los tesoros de la tierra nada tienen de noble y digno de nosotros; son bajos, viles y despreciables; lejos de saciarnos y de satisfacernos, nos degradan, nos empobrecen, nos afligen y nos atormentan. Los tesoros de la tierra nada tienen de seguro, ni de sólido: mil suertes de enemigos buscan y prenden robárnoslos y otras tantas veces hemos sido despojados de ellos; nuestros sentimientos, nuestra desesperacion, y la miseria, que experimentamos, son el primer castigo de nuestra imprudencia. Finalmente nada tienen de permanentes y duraderos, la muerte todo nos lo quita y nada nos queda. No es así de los tesoros que acumulamos en el cielo. Ellos son nobles, satisfacen, engrandecen, alivian y llenan nuestro corazon: estan seguros, no puede el enemigo robárnoslos y nada puede destruirlo, son duraderos y eternos; la muerte misma nos pone en su posesion y seremos para siempre señores y dueños de ellos.

PUNTO III.

Jesucristo propone á sus Apóstoles una máxima importante.

« Porque donde está vuestro tesoro, allí estará tambien vuestro corazon...»

Lo primero. Aprendamos de esta máxima á co-

nocernos á nosotros mismos... ¿Queremos nosotros saber dónde está nuestro corazon? Veamos dónde está nuestro tesoro. Veamos dónde juntamos, dónde acumulamos, y dónde trabajamos, si sobre la tierra, ó en el cielo. ¿Queremos saber dónde está nuestro tesoro? Veamos dónde está nuestro corazon, dónde estan nuestros afectos, nuestros deseos y nuestros pensamientos, á qué parte se vuelve habitualmente y casi sin reflexion nuestro corazon si hácia la tierra, ó hácia el cielo, porque estas dos cosas estan entre sí encadenadas y necesariamente juntas, aunque nosotros queramos tal vez disimulárnoslo, pero en vano: donde está nuestro corazon, allí tambien está nuestro tesoro, y donde está nuestro tesoro, allí infaliblemente estará tambien nuestro corazon.

Lo segundo. *Aprendamos de esta máxima á regularnos nosotros mismos.* — Comprendamos, cuan importante es para nosotros no engañarnos en este negocio, esto es, en colocar bien nuestro tesoro y nuestro corazon. Estando estas dos cosas tan estrechamente unidas entre sí, el yerro, que cometieremos en la una, recaerá igualmente en la otra. Si hacemos consistir nuestro tesoro en cosas terrenas y caducas, en estas estará tambien nuestro corazon: de donde se seguirá, que perecerá nuestro tesoro y eternamente será con él despedazado nuestro corazon. Si al opuesto, nuestro tesoro es celestial, y eterno, eternamente gozará de él nuestro corazon con seguridad, y felicidad. Estemos, pues,

bien en vela sobre este punto, y no nos engañemos.

Lo tercero. *Aprendamos de esta máxima á cambiarnos á nosotros mismos.* —No pretendamos ya cambiar nuestro corazon, sin cambiar nuestro tesoro; ni cambiar nuestro tesoro, sin cambiar nuestro corazon. Estas dos cosas son inseparables. Trabajemos en cambiar el uno, y el otro al mismo tiempo. Para revolver nuestro corazon hácia el Cielo, pongamos en el Cielo nuestro tesoro, enviemos allá limosnas, obras de caridad, actos de humildad, de paciencia y de mortificacion. Para reponer nuestro tesoro en el cielo, revolvamos hasta el cielo los pensamientos de nuestro corazon, sus deseos y sus afectos. Pensemos con frecuencia en aquella beata habitacion, en aquella gloria inmortal, en aquella eterna felicidad.

Peticion y Coloquio.

¡Ay de mí, y cuán necesario es en mí este cambiamiento, porque mi tesoro y mi corazon estan del todo sobre la tierra! Ayudadme, o Señor, porque sin Vos no me puedo cambiar, ó por mejor decir, cambiadme vos mismo y esta mutacion será el efecto de vuestra diestra. ¡O Dios mio; si vos fuéseis mi tesoro, cuán afortunado seria! No tendria dificultad en estarme recogido, no estaria distraido en la oracion y la oracion no me causaria tedio, ni fastidio. ¡O Jesus, si Vos fuéseis mi tesoro, con qué

frecuencia, con qué respeto me hallaria yo en vuestra presencia! Mas frecuentes y mas fervorosas serian mis Comuniones, en ellas no experimentaria aquella frialdad, aquella disipacion que tanto me abaten, me desaniman, y me acongojan ¡O Salvador mio! ¡O Divino Jesus! Sed Vos en adelante mi único tesoro y sea todo vuestro en adelante mi corazon. Amen.

MEDITACION CLXII.

PARABOLA SOBRE LA MUERTE.
S. Luc., c. XII, v. XXXV, XLI.

CUARTA CONTINUACION DEL DISCURSO DEL SALVADOR EN LA PRESENCIA DEL PUEBLO.

Bajo el velo de esta parábola, nos enseña el Redentor : primero, en qué consista la preparacion á la muerte : segundo, cuál sea la felicidad de una muerte, á la que el Cristiano se halla preparado : tercero, cuán grande sea la necesidad de estar siempre dispuestos á morir.

PUNTO PRIMERO.

En qué consiste la preparacion para la muerte.

Lo primero. *En el despego de las cosas de este mundo.* — « Esten ceñidos vuestros lomos... »

Los Judíos llevaban un hábito largo, y para no hallarse embarazados, lo tenian levantado con un cíngulo, cuando habian de trabajar ó hacer algun viage... La primera preparacion para la muerte

consiste en ponerse en este estado, en que nada nos detenga, nada nos impida, nada nos embarace. Los vestidos que nos embarazan son los bienes de la tierra, nuestras pasiones, nuestros desarreglados afectos, el amor del placer y de las cosas sensibles. Ahora esto es justamente lo que se debe restringir, reprimir, y hablando propiamente, sujetar con el cíngulo de la mortificacion y del despego. Ciñamos, pues, con este cíngulo nuestros lomos, despeguémonos de todas las cosas de la tierra; estemos siempre prontos á dejarla. — ¿Estamos en esta disposicion? ¿Vivimos despegados de esta manera?

Lo segundo. *La preparacion para la muerte consiste en la práctica de las virtudes.* — «Y en vuestras manos lámparas encendidas...»

Este mundo está cubierto de espesas tinieblas, y la muerte es como un viage que se hace en una noche oscura... La lámpara que debe iluminarnos es la fe y la religion. El que no tiene fe ni religion, no tiene esta lámpara en la mano; no sabe dónde va, y corre peligro cierto de caer en el precipicio: el que tiene una fe y una religion que no es verdadera, ni establecida por Jesucristo, sigue un falso vislumbre, y se precipita igualmente: el que tiene una fe muerta, lánguida, ó poco asegurada, lleva una lámpara sin luz, y corre tambien al precipicio. Tengamos, pues, esta lámpara encendida por medio de una entera sumision, á cuanto la Iglesia ha decidido, por medio de un estudio continuo y de una profunda meditacion de los misterios y de las verdades

que ella enseña.—La lámpara encendida, y que debe arder, es el amor de Dios y del prójimo en nuestro corazon. Guardemos de que este fuego se apague, ó venga á faltar ; antes , por el contrario , procuremos que cada dia esté mas vivo y mas ardiente. El oleo que debe mantener siempre encendida nuestra lámpara, son nuestras buenas obras y los actos frecuentes de todas las virtudes propias de nuestro estado ; las cuales santificándonos á nosotros mismos, iluminarán y edificarán á los otros. ¿Las tenemos nosotros en las manos? ¿Tenemos encendidas estas lámparas?

Lo tercero. *La preparacion para la muerte consiste en una expectacion continua del dia del Señor.* — « Y sed vosotros semejantes á los hombres que esperan á su Señor cuando vuelva de las bodas, para abrirle luego que llegue y toque á la puerta... »

Jesucristo está en el cielo en el convite eterno de la Iglesia triunfante : sin abandonarlo debe venir á nosotros, y nosotros debemos esperarlo y estar prontos para abrirle. Él toca con la enfermedad, y nosotros le abrimos , si estamos dispuestos por medio de una pronta resignacion y del júbilo de unirnos con él. ¡ Ay de mí ! Vivimos sobre la tierra en continuas expectaciones, pero no en la expectacion del Señor. Se esperan las edades, la salud y las fuerzas ; se esperan dignidades y empleos ; se espera la muerte de otros ; que vaque un empleo, se esperan herencias ; y ¡ o cuántas cosas se esperan ! se espera sobre todo una larga vida ; algunos años

mas de vida, y siempre una dilacion infinita de vida, pero entre estas frívolas expectaciones viene el Señor que no se esperaba, llama á la puerta, y lejos de abrirle prontamente, nos esforzamos á cerrarle la entrada y á tenerlo lejos; pero con todo esto, y no obstante nuestra repugnancia, entra, y nada encuentra preparado; todo lo halla en desorden ¡o qué infelicidad! ¡o vanas esperanzas, vanas expectaciones, cuántos corazones habeis engañado! ¿No seré engañado yo mismo? no lo permitais, Señor; estoy resuelto: Vos solo en adelante sereis el objeto de mi expectacion. Sí, Dios mio, á Vos esperaré: no espero sino á Vos; ninguna cosa del mundo espero sino á Vos solo. Todo lo que hago, todo lo que proyecto, y todo aquello en que me ocupo, todo se endereza á esperaros á Vos; yo no me apego á cosa alguna; luego que Vos llameis, todo lo dejaré; correré á Vos, ¡o Salvador mio! os abriré con júbilo de mi corazon y con deseo ardiente de unirme siempre á Vos.

PUNTO II.

De la felicidad de la muerte, á la que un Cristiano se ha preparado.

« Bienaventurados aquellos siervos que viniendo el Señor, los encontrará velando; en verdad os digo, que se ceñirá y los hará sentar á la mesa, y pasando, los servirá. Y si llegase á la segunda vigilia,

y si llegase á la tercera, y los hallase así (velando), bienaventurados son los tales siervos...»

Primero. *Felicidad primera del instante de la muerte.* — ¡De qué consolacion no se hallará llena un alma fervorosa en el lecho de su muerte! Bien presto se han pasado sus penas, se han acabado sus combates; y se ve cercana á la recompensa y al eterno reposo. En este momento todo mortal experimenta la espantosa caducidad de las cosas de la tierra, y la obligacion en que está el hombre de unirse únicamente á Dios. Pero para el alma justa, ¡o y qué consuelo es haber sabido despreciar todos estos bienes de que la muerte la separa, y haber buscado el agradar á solo aquel Dios que á ella viene! ¡Con qué alegría ve ella á Jesucristo entre las manos del Sacerdote que viene aun á ella una vez, á darle la prenda segura de una bienaventurada inmortalidad! Esta es la última vez en que lo ve bajo los velos misteriosos que lo esconden: bien presto lo verá á cara descubierta en el estado de su gloria. ¡O cuánto se alegra de haberlo servido y de haberse consagrado á él! No le sucede así al alma mundana, perezosa, disipada, cuyo corazon jamas ha estado enteramente en Dios, ¡o qué pensar al opuesto en este momento! ¡cuántos remordimientos, cuántos temores!

Segundo. *Felicidad en el momento de la muerte.* — La felicidad de un justo moribundo resalta hasta los que estan presentes. Es una verdadera felicidad ser testigos de la muerte de un fervoroso cristiano.

O sea que la muerte lo corte en la flor de su edad, y cuando el mundo le ofrece las mas lisongeras esperanzas; ó sea que lo lleve en una edad avanzada y cuando el corazon está ordinariamente mas apegado á la vida, el júbilo que brilla sobre su frente, el ardor con que pide los Sacramentos, el fervor con que los recibe, las palabras de consolacion que dice á los que lo acompañan, todo edifica, todo encanta. El semblante de alegría con que espira anuncia los sentimientos llenos de fe, de esperanza y de amor divino de que está encendido su corazon. Parece que al rededor de él se esparce un olor de santidad. El fuego sagrado que lo consume calienta los corazones mas frios, y les hace desear el morir con una muerte tan santa y tan dichosa. — Es bien diferente la muerte de los mundanos: se han visto jóvenes y viejos dar espantosos gritos al primer anuncio de una próxima muerte, y determinarse despues con una pena infinita á hablar á un Ministro de la reconciliacion; tambien se han visto algunos obstinados en no querer rendirse, echar de sí á los que les hablaban de Dios, arrojar tambien el crucifijo que se les presentaba, y morir ó en endurecimiento, en una insensibilidad, en una insensatez propia de bestia, que ponia los circunstantes en la mayor consternacion; ó morir con las blasfemias en la boca trasportados de furor y desesperacion que hacian temblar á los presentes, huyendo cada uno con el corazon lleno de terror y de espanto.

Tercero. *Felicidad despues de la muerte.* — Ha

espirado ya : aquella alma justa y fiel, ya no está mas en este mundo: solo ha quedado sobre la tierra el cuerpo que ella ha animado, y que volverá otra vez a tomar en el último dia. ¡Ah ¡ ¿Qué es lo que ella encuentra en el momento en que se ve libre de las ligaduras del cuerpo? Encuentra en un Dios, el Señor, á quien ha servido, amado, y deseado : un Señor lleno de bondad y de ternura, un Señor que ya no exige de ella algun servicio, y qne al contrario, quiere servirla él mismo; que la introduce al celestial convite de la mansion de su gloria, y emplea su Omnipotencia en hacerla feliz, y colmar todos sus deseos. ¡Ah! Es ciertamente bueno y tierno el Señor, á quien nosotros servimos, y que se pinta á sí mismo bajo de estos tan admirables colores. ¡Felices, sí : felices los siervos que él encuentra en su servicio fieles, y vigilantes á su retorno! ¿Para servir á un tal Señor, es por ventura demasiado larga la vida? ¿Son acaso demasiado duras las penas, las cruces, las penitencias, y las mortificaciones, para la felicidad tan grande que nos procuran? O almas fieles que os habeis consagrado al servicio de Jesucristo, no os dejeis abatir del temor de la muerte, como los amadores del mundo. Esperad el dia de la venida de vuestro Señor, con una santa impaciencia; pensad en ella con júbilo, y con demostraciones de alegría. No: los pecados de la vida pasada que habeis lavado en su sangre, y las culpas ligeras que se escapan á vuestra fragilidad, y de que le pedís cada dia perdon, no

inquieten, ni atemoricen vuestro corazon; ni lleguen á haceros perder una tan dulce esperanza. Una estable confianza en las misericordias del Señor, y un deseo ardiente de ir á él, son mas propios para animaros en su servicio, y le son mas aceptos, que aquel temor estéril, á que os abandonais, y que hace injuria á su bondad, y no sirve, sino de alejaros de él, y de afligiros, aun con riesgo de desanimaros. Decid, pues, frecuentemente á vosotras mismas; ¡bienaventurados los siervos que el Señor hallará vigilantes á su retorno! ¡Ah! con la gracia de mi Dios, espero ser de este número... ¡O qué fortuna será esta para mí!

PUNTO III.

De la necesidad de estar siempre prontos para morir.

Lo primero. *Comprendamos esta necesidad con un ejemplo familiar.* — « Mas sabed esto, que si el padre de familias supiera la hora en que vendria el ladron, velaria sin duda; y no dejaria minar su casa... »

Si él supiese el tiempo, en aquel tiempo velaria, ¿pero no sabiéndolo, qué es lo que hace? tiene cuidado que su casa esté siempre en buen estado, y con esta precaucion, reposa tranquilamente... Si nosotros supiésemos el tiempo en que debemos morir, podriamos dejar para él nuestra preparacion; pero no sabiéndolo, imitemos este padre de fami-

lias. —Mantengamos nuestra conciencia en seguridad, y siempre en buen estado : no dejemos entrar en ella, y mucho menos mantenerse algun tiempo al demonio, nuestro enemigo, y al pecado : no nos hallemos jamas en un estado en que no querriamos morir. Regulada de este modo nuestra conciencia, y no remordiéndole cosa alguna, podemos dormir tranquilamente; podrá entónces sucedernos morir de una muerte repentina; pero no moriremos de una muerte improvisa. ¡Ay de mí! cuando se trata de la conservacion de nuestros bienes, usamos de una atencion infinita, ninguna cosa fiamos al acaso, ninguna precaucion nos parece que está por demas ; y cuando se trata de nuestra alma, de su conservacion, de su eterna salud, lo arriesgamos todo, y no tomamos seguridad alguna. ¡Dios inmortal; estamos todos los dias á la vigilia de ser eternamente reprobados, y vivimos tranquilos!

Lo segundo. *Comprendamos la necesidad de estar siempre dispuestos á morir con una cotidiana experiencia.* — « Y vosotros estad preparados, porque en la hora que no pensais, vendrá el Hijo del hombre... »

La muerte sorprende con mil accidentes improvisos. Uno es sumergido en el agua ; otro consumido de las llamas; este cae y se hace pedazos; aquel queda oprimido debajo de las ruinas, bajo de un peso que lo aterra : quién es muerto por su enemigo, ó por accidente : quién muere por un

golpe de sangre, ó de una apoplegía. En un mismo dia los habeis visto llenos de sanidad, y privados de vida; y estos accidentes sorprenden á los otros en sus casas; á unos de dia, y á otros de noche. ¿Cuántos hemos conocido nosotros, que han muerto de este modo? ¿Estaban estos dispuestos para morir? ¿Estaban ellos en estado de gracia? ¡Ah, gran Dios, y cuán terrible es una tal muerte para personas ocupadas en los negocios del siglo, y que apenas se veian ocuparse en el negocio de la salud! — La muerte nos sorprende por enfermedad. Estábamos ocupados en mil negocios, proyectos, é ideas inútiles; viviamos en los placeres, y acaso en malos hábitos, y cuando menos pensábamos, nos hallamos detenidos en medio del curso de la enfermedad... ¿Y qué tiempo es este para disponernos á morir?.. Se ignora la naturaleza del mal... Nos lisongeamos que esto será nada, hemos salido ya otras veces de enfermedades mas graves, otros han sanado de esta misma enfermedad; y con esta esperanza nada se hace; se difiere en la enfermedad como en la sanidad, y en tanto la muerte viene... Se ignoran sus progresos.. Despues de algunos temores de la muerte, y despues de haber hecho algunos preparativos; el mal va cesando; renace la esperanza de la vida, y con ella muchas veces reviven todas las pasiones; y cuando ya nos creiamos fuera de peligro, todo de un golpe recaemos y morimos. ¡Ah! estemos preparados: estemos preparados. ¿Es posible que no queramos ja-

mas comprender la importancia de este aviso? ¿La experiencia de todos los dias no bastará jamas para desengañarnos? Se muere á la hora que menos se piensa en ello. ¿Esta advertencia tantas veces repetida y confirmada, no hará jamas sobre nosotros impresion alguna? Si fuésemos sorprendidos sin estar dispuestos, la culpa será infaliblemente nuestra, y será culpa que jamas podremos reparar.

Lo tercero. *Comprendamos la necesidad de estar siempre dispuestos á morir con la aplicacion que debemos hacer á nosotros mismos de esta verdad.* — « Y Pedro le dijo : ¿Señor, esta parábola la has » dicho por nosotros, ó por todos?... »

Da compasion el ver el uso que se hace de una verdad tan terrible, como es la incertidumbre de la muerte; y ver la manera con que se aplica. Primeramente se aplica á los negocios temporales, usando toda la exactitud y puntualidad. Ninguna cosa se hace de cualquiera importancia que sea, sin tomar las precauciones necesarias contra las sorpresas de la muerte. Se tiene cuidado de decirlo todo; de escribir, ó hacer escribir, y firmarlo todo; porque no se sabe, se va diciendo, qué cosa puede ocurrir; el hombre puede morir en cualquier hora. ¿Y por la salvacion no hay que temer alguna sorpresa? ¿ó acaso, este negocio no es de tanta importancia? ¡Ah!... La aplicamos tambien de buena gana á los otros, la anunciamos, la predicamos, la inculcamos á los otros, y despues no la aplicamos á nosotros. Conocemos el debil temperamento, la

quebrantada salud de aquel joven; vemos la edad avanzada del otro, y vamos diciendo: debieran ciertamente este y aquel pensar en morir bien; ¿y nosotros no debemos, por ventura, pensar en esto...? Tambien la aplicamos á nosotros, pero en una manera indeterminada, indecisa, é ineficaz. Hacemos alguna vez esta reflexion, que no sabemos cuando moriremos, y despues nos nos quedamos tranquilos, como si á lo menos supiésemos cuando nos moriremos; y sucede al fin, que despues de tantas advertencias y de tantas reflexiones, morimos tambien sin estar preparados.

Peticion y Coloquio.

A mí, en particular, se endereza esta instruccion. Sin mas diferirlo, quiero comenzar hoy á ponerme en el estado en que querré morir, con la práctica de las virtudes, de las mortificaciones, y de los ejercicios de piedad en que querré morir y acabar mis dias; en una palabra, á hacer aquello que quisiera haber hecho á la hora de la muerte. Diferirlo mas, es exponerme á un grande mal. ¡Ah! Vos, Dios mio, avalorad con vuestra gracia este propósito. Amen.

MEDITACION CLXIII.

PARABOLA DEL ADMINISTRADOR.

QUINTA CONTINUACION DEL DISCURSO DE JESUCRISTO EN LA PRESENCIA DEL PUEBLO.

S. Luc., c. XII, v. XLII, XLVIII.

Consideremos primero el Administrador fiel. Segundo. El Administrador infiel. Tercero. La diferencia que hay entre los siervos infieles.

PUNTO PRIMERO.

Del Administrador fiel.

Lo primero, *Sus obligaciones.* — Y el Señor dijo : ¿quién crees tú que sea el dispensador fiel y prudente, propuesto por el Señor á su familia, para dar al tiempo debido á uno su medida de trigo... ? »

Bajo la Parábola de este Administrador estan representadas todas las personas que tienen alguna autoridad ó potestad sobre los otros. Tales son los

Padres de familia, los Señores, los Magistrados, Príncipes y principalmente los Pastores y Superiores Eclesiásticos, y directores de almas. — La primera obligacion del Administrador es la fidelidad, que consiste en no apropiarse alguno de los bienes que le ha confiado el Señor, en no considerarse él mismo dueño de ellos; en no buscar en esto su gloria, su placer, y su particular provecho; sino la gloria, la voluntad, y el interes de su Señor. — La segunda es la prudencia, ó sea la ciencia propia de su estado. Debe saber todo lo que es necesario para el beneficio y adelantamientos de su Señor; debe conocer los trabajos que se han de hacer; debe repartirlos á aquellos á quienes manda, y dar á cada uno de ellos un trabajo proporcionado á sus talentos y á sus fuerzas. — La tercera es la exactitud en proveer á las necesidades de aquellos que emplea, dándoles en el tiempo destinado la medida necesaria para su sustento; esto es, suministrándoles todos los medios, todas las comodidades, todas las instrucciones, y todas las exhortaciones, en una palabra, todo aquello que puede empeñarlos y animarlos á cumplir exactamente sus obligaciones; y estos socorros los debe suministrar, no en el tiempo, que á él le acomode y agrade, sino en el tiempo señalado, y cuando ellos tengan necesidad. — ¿Ahora, pues, cómo cumplimos nosotros, en nuestro estado, estas obligaciones, respecto de aquellos cuya conducta nos ha fiado Dios? ¡Ah! ¿dónde se halla aquel Administrador fiel, prudente y atento? ¡O,

y cuán pequeño es su número, en comparacion de aquellos que son infieles, imprudentes y negligentes! ¿No soy yo, por ventura del número de estos últimos?

Lo segundo. *La felicidad del Administrador fiel.*— Bienaventurado aquel Siervo, que viniendo el Señor lo hallará así haciendo... »

Esto es si lo halla en el actual cumplimiento de todas sus obligaciones; pero para esto las debe cumplir, primero con constancia, y sin interrupcion. No debe dejarse vencer de las dificultades, no se debe dejar abatir del tedio; no se debe dejar llevar de la pereza, ni distraer de cuidados extraños. — Segundo. Con aplicacion, y sin negligencia. Es necesario que continúe á trabajar incesantemente, y sin tomar reposo. Debe continuar con celo, con el mismo ardor, y con la misma solicitud con que ha comenzado; para que viniendo el Señor, no halle, ó que nada hace, ó que no lo hace todo, ó que hace mal lo que hace. — Tercero. Con perseverancia, y sin omitir jamas cosa alguna. Debe continuar á trabajar con teson hasta la última respiracion, sin dejar jamas el puesto en que lo ha colocado Dios, ó por flojedad, por tedio, ó por amor propio: y si ya no estuviese en estado de guardarlo, porque la enfermedad ó la edad lo hagan incapaz de cumplir sus funciones, debe en esto reconocer y seguir la voluntad del Señor, el cual sin duda, á su arribo, seria mal contento de hallarlo

en un puesto en que no podia ya serle util, y que lo habria solo guardado para gozar las utilidades anejas, sin poder cumplir sus obligaciones.

Lo tercero. *La recompensa del Administrador fiel.* — « Os digo verdaderamente, que lo pondrá sobre todo lo que posee... »

El Señor, que á su arribo encontrara al Administrador de su casa exacto en el cumplimiento de sus obligaciones, se le mostrará agradecido, le dará á entender su satisfaccion, y por recompensa de su fidelidad, y prudencia, lo elevará á un puesto superior, y le dará la administracion general de todos los bienes, que posee. He aquí la recompensa, que pueden dar los Señores de la tierra; y que pueden esperar aquellos, á quienes han fiado una parte de su patrimonio. ¿Pero, qué es lo que hará el Señor del Cielo? ¿Qué nos promete él debajo de esta figura, sino la posesion de todos sus bienes, de su Reino, y de sí mismo? ¡O recompensa bien digna de nuestros deseos, de nuestros trabajos, y de nuestra perseverancia!

PUNTO II.

Del Administrador infiel.

Lo primero. *Su delito.* — «Mas si el tal siervo dice en su corazon: Mi Señor, se tarda en venir, y empezase á maltratar á los siervos, y á comer, y beber, y embriagarse...»

El delito de este administrador infiel, para con su Señor es, de olvidarse de que tiene un Señor, y que este debe volver; y de persuadirse, que no volverá tan presto... La negligencia en los ejercicios espirituales; la omision de la oracion, de la meditacion, de la leccion espiritual, el olvido de Dios, de la muerte, de sus sorpresas, y de sus consecuencias son la primera culpa, que nosotros cometemos, y el origen de todas las demas. Vivimos como si no debiésemos morir, ó vivimos, como si la muerte estuviese siempre para nosotros en la misma distancia... El delito de este Administrador infiel respecto de los otros siervos es de maltratarlos. El que ha olvidado á Dios; y la cuenta, que debe dar, no sigue ya otra regla, para con el prójimo, que la pasion. El uso, que hace de su autoridad, y de su poder es entonces una continua injusticia: sostiene, favorece, colma de bienes á aquellos, que lo adulan, y despues no teme inquietar, afligir, humillar, y molestar de mil maneras á aquellos, que le desagradan: Pero el Señor ve la injusticia, que se hace á estos, oye sus gemidos, y tomará venganza de los desprecios, de los ultrages, y de los malos tratamientos, que habrán recibido del Administrador infiel... Finalmente el delito de este siervo malvado hácia sí mismo, es de abandonarse al lujo, y al ocio; al juego, á la destemplanza, á la embriaguez, y á la disolucion, y de emplear para satisfacer sus pasiones, los bienes, que el Señor le habia confiado, destinándolos á bien diferentes usos.

Lo segundo. *La infelicidad del administrador infiel.* — «Vendrá el Señor de este siervo el dia que no espera : y á la hora que no sabe.»

Este Señor vendrá ; es inevitable su retorno : y ¡o cuán terrible será para aquel, que habrá de dar cuenta de tantos golpes!—Este Señor vendrá en un dia no esperado; en una edad, en que se creia, que no habia nada que temer; en un tiempo, en que se formaban todavía varios, y vastos proyectos de fortuna, de placeres, y de adelantamientos... Este Señor vendrá en una hora incierta, en que nos abandonamos con mayor seguridad á lo que nos debe atraer los mas rigurosos castigos.—He aquí, pues, la respuesta á la pregunta de San Pedro. Todos deben velar, y estar continuamente atentos. Esta verdad va enderezada á todo el Pueblo, y mas particularmente á los Pastores del Pueblo. ¡Ah! seria ciertamente cosa dolorosa, y desgraciada, para quien debe animar á los otros á estar preparados, y que muchas veces los ha exhortado, no haberse él mismo preparado, y haberse dejado sorprender.

Lo tercero. *El castigo de este administrador infiel.* — «Y lo separará, y pondrá su parte con los (siervos) infieles...»

Su castigo será primero, ser separado para siempre de la compañía de los bienaventurados, donde hubiera ocupado un puesto distinguido entre tantos celosos Pastores, que han tenido parte en los trabajos, y que ahora la tienen en la gloria de los primeros Apóstoles.. Será despues desterrado, y

confundido con los siervos infieles, con los malos cristianos, con los hereges, con los judíos, con los idólatras, y con los demonios. ¡Ah! ¡qué compañía, para un ministro de Jesucristo, para un sucesor de los Apóstoles! tendrá finalmente parte en los mismos suplicios, y aun sufrirá otros mayores en el mismo fuego, en la misma eternidad.

PUNTO III.

Diferencia entre los siervos infieles.

Primero. *Del mas culpado.* — « Y aquel siervo, que conoció la voluntad de su Señor, y no se preparó, y no hizo conforme á su voluntad, recibirá muchos azotes...»

Aquel sin duda es el mas culpado, que habiendo sido admitido á la confianza del Señor, estando instruido de sus designios; sabiendo sus intenciones, y conociendo sus voluntades, no ha hecho de ellas caso alguno; nada ha hecho de cuanto se le habia ordenado, y ha despreciado igualmente la autoridad del Señor, sus recompensas, y sus amenazas; por eso este será castigado con mayor rigor, y severidad. Tales eran los Judíos al tiempo del Redentor en comparacion de los Gentiles. Estaban instruidos en la ley de Dios, y bien informados de la promesa, que les habia hecho de enviar al mundo un Salvador; y en vez de prepararse á recibirlo, lo han cru-

cificado... Tales son hoy en dia los Cristianos comparados con los infieles... Tales son entre los Cristianos los Eclesiásticos, los Religiosos, las personas educadas con mayor cuidado, y mejor instruidas; en comparacion del pueblo grosero, y poco capaz de instrucciones: con que si nos descuidamos en ejecutar la voluntad de nuestro Señor, que nos es tan manifiesta, confesemos, que somos del número de los mas culpados, y que nos son debidos los mas rigurosos castigos.

Segundo. *Del siervo menos culpado.* — « Aquel siervo, pues, que no la conoció, y ha hecho cosas dignas de castigo, recibirá pocos azotes...»

Aquel ciertamente es menos culpado que no habiendo sido admitido á los secretos de su Señor, y no sabiendo menudamente sus intenciones, y sus voluntades, no deja de hacer cosas dignas de castigo: este será castigado, pero menos rigurosamente que el primero. Tales eran al tiempo del Redentor los Gentiles, en comparacion de los Judíos. Tales son hoy dia los Infieles, en comparacion de los Cristianos. Si Jesucristo no se les ha anunciado, no serán castigados por no haberlo conocido y adorado; pero serán castigados por haber obrado contra la luz natural de su razon y de su conciencia. En su ignorancia son dignos de compasion, y este es un misterio de la profundidad de la ciencia, y de la sabiduría de Dios; mas son culpables en sus desórdenes. Pero nosotros mas favorecidos que ellos por una gracia que no hemos podido merecer, y que jamas

la apreciaremos como se debe, si no nos aprovechamos seremos infinitamente culpables, y nuestro castigo será á proporcion mas riguroso que el suyo. ¡Ah! ¡Qué desgracia para mí, si despues de haber recibido las luces de la Fe viniese á ser condenado con los Gentiles, y mil veces mas atormentado que ellos!

Tercero. *Regla general del Juicio de Dios.*—«Mucho se pedirá á aquél á quien mucho se ha dado; y mas pedirán á aquel á quien se le ha fiado lo mucho...»

O que se nos haya dado mucho, ó que se nos haya dado poco, se nos pedirá cuenta del uso, del empleo, y del provecho de todos los bienes que se nos han dado, naturales y sobrenaturales; y del tiempo que los hemos gozado. La cuenta que hemos de dar será tanto mas rigurosa, cuanto mas habremos recibido... Tal es la respuesta cumplida que dió el Salvador á la pregunta de San Pedro: respuesta que ha hecho temblar los mas grandes Santos: que les ha hecho huir, y esconderse cuando se trataba de elevarlos á cualquiera dignidad, y que no les permitió aceptarla sino por obediencia, y por no resistir á la voluntad de Dios; pero no sin gemir, sin temblar. ¡Ah! El que de otra manera la acepta, no penetra, y no considera profundamente la cuenta rigurosa que deberá dar.

Peticion y Coloquio.

O Dios mio ¡qué cuenta tan terrible habré yo de daros cuando compareceré delante de Vos! Tened piedad de mí : quiero desde ahora aplicarme y prepararme seriamente para vuestra venida, y para que no me sorprenda. Quiero de hoy en adelante observar todos mis pasos , pesar todas mis acciones, contar todas mis palabras , para hacer un santo uso de las luces, de los talentos, de la autoridad, y de todos los bienes que he recibido de Vos. Amen.

MEDITACION CLXIV.

DE LA VENIDA DE JESUCRISTO.

S. Luc., c, XII, v. XLIX, LIX.

SEXTA CONTINUACION DEL DISCURSO DEL REDENTOR EN LA PRESENCIA DEL PUEBLO.

El Divino Salvador nos instruye aquí primero de los efectos: segundo, del conocimiento de su venida: tercero, del Juicio particular que ejercitará.

PUNTO PRIMERO.

De los efectos de la venida de Jesucristo.

Lo primero. *Del fuego que Jesucristo ha traido sobre la tierra.* — « He venido á traer fuego sobre la tierra, ¿y qué quiero yo sino que se encienda? »

¿Qué fuego ha traido Jesucristo sobre la tierra? El fuego del amor divino para inflamar los corazones: el fuego del celo de la gloria de Dios, para la

conversion de los pecadores, y para la santificacion de las almas : y el fuego de la persecucion, para purificar y perfeccionar la virtud.

Primero. *El fuego del amor divino.* — O Jesus, Vos habeis traido este fuego sobre la tierra; Vos quereis que en ella arda, que inflame los corazones: ¿Por qué, pues, está tan frio y tan lánguido mi corazon? ¿Por qué no penetra dentro de él este sagrado fuego, y lo consume? Vos quereis que en él se encienda; con que soy yo el que no quiero. ¡Ah, miserable! estimo mas abandonar mi corazon á mil objetos terrenos que lo envilecen, lo degradan, y lo consumen; á mil amores profanos que lo corrompen, lo atormentan, y lo despedazan: que dejarlo encender del amor de Dios, que formaria su gloria, su júbilo, y su felicidad. ¡Ah! reconozco mi pecado y mi necedad. Sufrid, o Salvador mio, que hoy os ofrezca este corazon en el estado de corrupcion en que se halla : sufrid que os suplique lo purifiqueis de todo lo que os puede desagradar, y que lo encendais en aquel fuego celestial que habeis venido á traer sobre la tierra. Vos lo quereis, yo tambien lo quiero : sostened la voluntad que Vos me inspirais, y en la que quiero morir; esto es, de ser enteramente vuestro; y la resolucion en que estoy de arrancar de mi corazon todo lo que puede ser contrario á los proyectos de vuestro amor. — Segundo. *El fuego de celo.* El que no tiene este celo por el prójimo, no tiene el amor de Dios : ¿Pues ahora cómo lo ejercitamos nosotros cada uno

segun nuestro estado? El celo es un fuego ardiente que abrasa por todas partes; que vence todos los obstáculos, que no se disminuye ni se apaga; que crece, y se fortifica continuamente. — Tercero. *El fuego de la persecucion.* Si la piedad de que hacemos profesion: si el celo que ejercitamos nos acarrea persecuciones injustas, alegrémonos con ellas. Este fuego nos es necesario, y es voluntad del Señor que se encienda, y nos purifique: guardémonos de buscar y procurar apagarlo, con faltar á nuestras obligaciones.

Lo segundo. *Del Bautismo, con que fue bautizado Jesucristo.* — « Pero yo tengo un bautismo, con él cual debo ser bautizado. ¿Y qué pena es la mia hasta que se cumpla...?»

Primero. ¿Cuál ha sido este bautismo? El bautismo de su sangre, de que fue inundado: un diluvio de dolores de todas las especies, en que fue sumergido. ¡O Jesus! ¿Cómo podemos nosotros pensar jamas en él, sin quedar enternecidos y sin amaros! Segundo. ¿Porqué ha recibido él este bautismo? Por ser el primero consumido del fuego, que habia venido á traer sobre la tierra y mostrarnos, como deberemos nosotros tambien ser consumidos. En su pasion y en su muerte ha sido la víctima del amor, que tenia á Dios su Padre, cuya ofensa queria reparar: la víctima de su celo por nosotros; que queria librar del infierno; la víctima del odio de sus enemigos, porque nos queria enseñar á padecer como él. Tercero. ¿De dónde viene esta especie de

violencia, que Jesucristo sufrió, hasta que se cumplió este bautismo? Procedia de su amor y del ardiente deseo, que tenia de cumplir su sacrificio, para nuestra redencion. Aquel poco tiempo, que debia esperar, le parecia demasiado largo al ardor de su caridad, y esta dilacion era para él un continuado suplicio. ¡Ah qué amor, que celo! ¡O y cuán amable es Jesus! ¿Por qué no nos abrasamos nosotros de amor por él y de celo por su gloria?

Lo tercero. *De la division, que Jesucristo ha traido sobre la tierra.* — « ¿Pensais, que he venido á traer paz sobre la tierra? No os digo la paz; sino la division: porque de ahora en adelante estarán cinco en una casa divididos, tres contra dos, y dos contra tres. El padre estará dividido del hijo, y el hijo de su padre, y la madre de su hija, y la hija de la madre, la suegra de la nuera, y la nuera de la suegra... »

Los Apóstoles y los Cristianos de los primeros siglos fueron los víctimas de esta division. A ejemplo de Jesucristo encendidos de amor de Dios y de celo de las almas, como él debieron quedar debajo del hierro de la persecucion. En la misma familia compuesta de cinco personas, se vieron tres contra dos y dos contra tres; y todo esto, que aquí dice el Redentor, es solamente la prediccion de los hechos, que encontramos en la historia. Se han acabado los tiempos de esta sanguinosa persecucion. El mundo, por una maravilla inaudita, á fuerza de destrozar cristianos se hizo él mismo cristiano, y

con la sangre de los Mártires se han bañado los materiales de los fundamentos de la Religion, por que ellos murieron. Hoy en dia, en el universo se profesa el cristianismo; no hay en él ya division sobre este punto. ¿Pero el que ama á Dios y se emplea con celo por el prójimo no se engañaria, si esperase gozar una paz entera? ¡Ah! Es aun necesaria la division y la separacion. Deben los buenos declararse animosamente por la Religion y á veces separarse tambien del mundo. Los malos por su parte, no dejan casi jamas de perseguir los buenos y de separarse de ellos. Terrible separacion, que será una imagen y el principio de la que se consumará en el último dia y será eterna! No nos espantemos, pues, de esta separacion; no temamos, que los pecadores se separen de nosotros: y si es necesario para nuestra salvacion, separémonos nosotros de ellos.

PUNTO II.

Del conocimiento de la venida de Jesucristo.

Lo primero. *De la aplicacion de los hombres á las cosas transitorias de este mundo.* — «Y decia tambien á las turbas: cuando habeis visto alzarse del Ocaso una nube, luego decís viene tempestad, y así sucede; y cuando sopla el Austro, vosotros decís, hará calor, y así sucede, hipócritas, sabeis distinguir los aspectos del cielo y de la tierra, ¿y cómo no distinguís el tiempo presente...?

Somos prudentes en los negocios temporales, somos hábiles en las cosas humanas, conocemos el cielo y la tierra en orden á los intereses, ó á los divertimientos del siglo; examinamos el curso de las estrellas, anunciamos sus encuentros, pronosticamos las estaciones y otros acaecimientos, discurrimos sobre todo y nos hacemos honor de nuestra ciencia y de nuestras luces. ¡O y cuántos conocimientos inútiles! ¡Cuántos cuidados superfluos! ¡O hombres vanos y superficiales! ¿Os ocupareis siempre en quimeras y depreciareis siempre las verdades esenciales?

Lo segundo. *Desaplicacion de los hombres á las cosas de Dios.* — «¿Cómo no distinguís el tiempo presente...?»

Este tiempo, para los Judíos, era el de la venida del Mesías. Los milagros, que Jesucristo obraba; los oráculos de los Profetas, que en él se cumplian, la data de los acontecimientos menudamente señalada en los libros santos, la expectacion en que estaban ellos mismos de la próxima venida de su Libertador; todo los conducia á reflexionar en lo que actualmente ocurria, á examinar lo que estaba escrito, y á reconocer que habian llegado al término feliz de su libertad, y que Jesucristo era su Salvador. Pero á nada de esto pensaban; no reconocieron el Mesías, que hacian profesion de esperar, lo persiguieron y lo crucificaron... Este tiempo, que el Redentor nos avisa, que distingamos, y sobre que nos exhorta á reflexionar, es todavía para nos-

otros el tiempo de su primera venida, el de su gracia y de su misericordia; el tiempo en que nos solicita á volvernos á él, en que nos ofrece sus méritos, y el precio de nuestra redencion. Este tiempo es el de nuestra vida presente. ¿Pero en qué empleamos nosotros este tiempo precioso que se nos ha dado para conocer á Dios y servirlo; para acumular tesoros de virtud y de méritos; este tiempo tan breve, de cuyo uso depende la eternidad?

Lo tercero. *De la manera de reparar nuestra negligencia.*—«¿Y por qué (añade Jesucristo) no juzgais por vosotros mismos lo que es justo...?

En vez de ocuparnos en objetos extraños, ¡ah, volvamos los ojos á nosotros mismos. Comencemos por examinarnos; despues juzguémonos con justicia, y finalmente ejecutemos sobre nosotros mismos el justo juicio que habremos formado... ¿Conocemos á Jesucristo? ¿Creemos en él? ¿Estamos en su Iglesia! ¿En aquella Iglesia que con una no interrumpida sucesion sube hasta él mismo? ¿Nuestra vida es conforme á nuestra fe? ¿Somos justos para con Dios? ¿Quisiéramos nosotros ser servidos, como Dios es servido por nosotros? ¿Somos justos para con el prójimo? ¿Querríamos ser tratados de él, como nosotros lo tratamos? ¿Somos justos para con nosotros mismos? Juzguémoslo por nosotros mismos, de nuestra conciencia, de nuestros remordimientos. ¡Ay de mí! soy injusto, o Señor; soy pecador, y debo mas que otro alguno hacer penitencia; una penitencia que corresponda al número

y á la enormidad de mis pecados. Ves aquí el justo juicio que debemos hacer y ejecutar contra nosotros mismos. En vano ocultamos á los hombres nuestros desórdenes; en vano nos alejamos de las sendas de la justicia; si rehusamos entrar en ellas por nosotros mismos, entraremos por fuerza obligados del justo Juez. Descubrirá nuestra hipocresía; manifestará nuestros delitos, los juzgará en su justicia, y los castigará con un justo suplicio, de que los habrá juzgado dignos; que será el fuego del infierno.—¡Ah! por piedad; prevengamos este terrible juicio, mientras que tenemos tiempo, recurramos á su misericordia y á la penitencia, y volvámonos á poner por nosotros mismos en el orden de su justicia.

PUNTO III.

Del juicio particular que ejercitará Jesucristo.

Jesucristo nos lo anuncia aquí debajo de una parábola, de que no se puede comprender bien el sentido, si no se conocen todos los personages...

«Cuando vas con tu contrario al Príncipe, haz por el camino cuanto puedas para librarte de él, á fin de que no te lleve delante del Juez, y el Juez no te entregue en manos del ministro, y el ministro te ponga en la carcel. Te digo que no saldrás de allí hasta que hayas pagado aun la cosa mas mínima...»

Lo primero. *Del Príncipe, y de los que van á él.* — Este Príncipe es Dios que nos llama á su corte: todos nosotros somos los que vamos delante de él. Vamos para ser admitidos en el número de sus cortesanos, y reinar eternamente con él. No es otra cosa nuestra vida que un continuado camino hácia la corte de este Rey inmortal de los siglos. Cada dia y cada momento en que vivimos, es un paso que damos hácia ella, sin que sepamos de modo alguno si estamos aun lejos, ó si estamos ya cercanos. Pero lo que se debe considerar bien es que nosotros vamos con nuestro adversario, y que al llegar nos puede cerrar la entrada en la corte, y echar por tierra todas nuestras esperanzas.

Lo segundo. *Del Juez y del ejecutor.* — El Juez es el Hijo del Príncipe, el Hijo de Dios. El ejecutor, ó sea el ministro de la justicia es el demonio. Es, pues, Jesucristo mismo el que al momento de nuestra muerte juzgará de nuestra suerte eterna. Juez iluminado, á quien ninguna cosa se le escapará: Juez severo, que no se podrá doblar con cosa alguna: Juez poderoso á quien nadie resistirá: Juez justo, que dará á la virtud la recompensa que ha prometido, y á los pecados el castigo con que nos ha amenazado; al pecado venial un castigo temporal, y al pecado mortal un castigo eterno. ¡Ay de mí, me acerco ya al momento en que me deberé presentar á mi Juez! ¿Qué será de mí, el mayor de los pecadores, deudor impotente á pagar, y cubierto de mil iniquidades?

Tercero. *Del adversario.* —Nuestro adversario es nuestra conciencia, es el prójimo, es el Príncipe, y el mismo Juez que hemos ofendido. En este juicio Jesucristo lo será todo juntamente, Juez, testigo, acusador y el adversario ofendido. ¡Cuán terrible debe ser para los pecadores este juicio! Pero, o bondad infinita de Dios; Jesus mismo nos enseña el medio de evitar el rigor. Este consiste en acomodarnos con él mientras vamos por el camino, mientras gozamos de esta vida. Él mismo nos convida á esto, nos solicita; y ademas de esto, nos ofrece él mismo los medios de satisfacerle enteramente; su sangre, su muerte, sus méritos, sus gracias, sus Sacramentos y sus misericordias.— ¡O hombres insensatos, qué pensais pues vosotros, no queriendo aprovecharos de una oferta tan generosa, tan ventajosa, tan llena de ternura y de amor, y que solo se dirige á abriros las puertas del cielo, para que luego inmediatamente despues de vuestro último pasage podais entrar en él sin obstáculo, y recibir un juicio favorable.

Peticion y Coloquio.

Hagamos la paz, o Señor, antes que yo haya de comparecer delante de Vos. Voy á acusarme á vuestro ministro, y purificarme en vuestra sangre: Voy á restituir á mi próximo cuanto le debo, á reconciliarme con aquel que he ofendido, ó que me ha ofendido: quiero vivir una vida casta, hu-

milde, piadosa y paciente: quiero regular mi conducta segun las obligaciones de mi estado, y los preceptos de vuestra santa ley: quiero caminar á vuestra presencia, y con vos, no como mi adversario, sino como mi Señor, á quien amo tiernamente, y quiero servir con ardor; á fin de encontrar un dia en Vos, o Dios mio y Juez mio, un mediador y un Salvador. Amen.

MEDITACION CLXV.

PARABOLA DE LA HIGUERA.

S. Luc, c. XIII, v. 1, IX,

FIN DEL DISCURSO DEL REDENTOR A LA PRESENCIA DEL PUEBLO.

La Justicia de Dios nos solicita á hacer penitencia. Primero. Nos solicita por medio de efectos sensibles que Dios nos muestra. Segundo. Nos solicita por caminos secretos que Jesucristo nos revela.

PUNTO PRIMERO.

La Justicia de Dios nos solicita á hacer penitencia, por medio de efectos sensibles que Dios nos muestra.

Primero. *Examinemos cuan frecuentes sean estos efectos.* — «Y en el mismo tiempo vinieron algunos á darle parte de los Galileos, cuya sangre habia mezclado Pilato con los sacrificios de ellos, y les respondió, y dijo: ¿pensais que aquellos Galileos fueron mas pecadores que los otros Galileos, por

haber padecido tales cosas? Os digo que no; pero si no haceis penitencia, perecereis todos del mismo modo. Así como tambien aquellos diez y ocho hombres, sobre quienes cayó la torre cerca de Siloe, y los mató: ¿creeis que ellos fuesen mas deudores que todos los hombres que habitaban en Jerusalen? os digo que no: pero sino hiciéreis penitencia, perecereis todos del mismo modo...»

Mientras hablaba al pueblo Jesucristo, se le anunció que Pilato habia hecho matar en el templo de Jerusalen, un cierto número de Galileos, que habian ido á ofrecer sus Sacrificios. A la relacion de este trágico suceso, añadió Jesucristo otro, é hizo memoria del que habia acaecido en la misma Ciudad, cuando una torre de la fuente de Siloe se arruinó, y aplastó con su caida diez y ocho personas... ¡Cuántos accidentes semejantes han llegado á nuestra noticia, ó que han sucedido á personas particulares, ó á millares, de solo un golpe! Acordémonos bien de ellos, y digámonos á nosotros mismos, ¿sobre qué pues se funda la seguridad en que vivo? ¿Lo que ha sucedido á tantos otros, no me puede suceder á mí en cada momento? Ellos no lo esperaban mas que yo. Vivian, como yo, en seguridad; y con todo eso fueron sorprendidos, y murieron sin haber tenido ni siquiera un momento para reconocerse. ¿Pues cómo en medio de tantos peligros que me rodean, puedo determinarme á pecar? ¿Cómo puedo vivir en pecado, y permanecer en él un solo momento..?

Pero dirá alguno: no muere todo el mundo de accidente. No; pero yo puedo morir en él; y qué me importa que los otros mueran diversamente, si yo puedo morir de tal muerte?

Segundo. *Observemos cuán terribles sean estos efectos.* — Cuando se cuentan semejantes sucesos, cada uno discurre segun su genio. Unos hablan de una manera propia de un Gentil, otra cosa no ven en esto, que un concurso de causas naturales, y un efecto de acaso, sin pensar que todo está subordinado y sujeto á la Providencia de Dios, y que nada sucede acaso: que en todas las cosas se ejecuta la voluntad del Señor, y que estan llenos de equidad todos sus juicios. Otros lo consideran en una manera del todo humana, se compadecen de los que han perecido así miserablemente; piensan en la ruina de su fortuna, y en la desolacion de su familia, sin pensar á su alma y á la eternidad. ¡Ay de mí! ¿en qué estado estaba entonces esta alma? ¿Estaba en estado de gracia, ó en estado de pecado mortal? He aquí decidida en un momento su suerte, y he aquí lo que hace temblar. ¿Y si yo hubiese perecido en su lugar, en qué estado me habria hallado? ¿Cuántas veces me he hallado en tal estado, que si me hubiese sucedido el mismo accidente, á esta hora seria perdido, seria condenado? Dios no lo ha permitido, ¿y cuál es ahora mi reconocimiento? Estoy aun incierto de lo que me sucederá, ¿y con todo eso, cuál es mi temor, cuáles son mis precauciones? ¡Ah! ¿si al-

guna vez quedo sorprendido, á quien echaré la culpa, sino á mí mismo? ¿Y qué me quedará entonces, sino una eterna desesperacion..? Otros finalmente discurren sobre esto, en una manera supersticiosa; y este era el defecto de los Judíos. Se imaginaban que los que perecian de este modo, eran siempre los mayores pecadores de una Ciudad ó de una nacion; pero el Salvador les muestra el error. ¡Ah! no juzguemos á ninguno, y temamos para nosotros. Dios con el mismo accidente castiga al impío, y recompensa al justo. Todo depende del estado en que cada uno se halla, y toca á cada uno de nosotros mantener siempre nuestra conciencia en el estado en que querriamos morir.

Tercero. *Consideremos cuán instructivos son estos efectos.* — No reflexionemos sobre lo que sucede á los otros, sino para sacar instruccion para nosotros mismos. Por el divino Maestro despues de haber destruido el falso prejuicio del Pueblo sobre estas suertes de accidentes, añadió. «Si no haceis penitencia, pereceréis todos del mismo modo...» Todos tendreis una misma suerte. Estas palabras eran para los Judíos una prediccion que por su impenitencia se cumplió bien presto, cuando toda esta pérfida nacion pereció bajo la espada de los Romanos, y que ó sepultada debajo de las ruinas de la Ciudad y del templo de Jerusalen.— ¡O cuántas desgracias públicas y particulares pudiera tener lejos de nosotros la penitencia! To-

menos ejemplo de los otros. Nosotros, acaso, somos mas culpados que ellos, y á la suya será semejante nuestra suerte. Tomemos ejemplo, por lo menos de nosotros mismos, y si ya sentimos sobre nosotros los efectos de la cólera de Dios, démonos priesa á pacificarlo con la penitencia, y á alejar de nuestras cabezas las últimas desgracias que estan ya próximas á caer sobre ellas. Si los hombres estan sordos á esta voz, y crecen cada dia en maldad, nosotros por lo menos estemos prontos á hacer penitencia por nosotros y por ellos. Dios perdona á las veces los culpados, por respeto á los justos; pero si su justicia relampaguea y despide sus rayos, no perderemos nosotros nuestro premio: aun cuando viniésemos á quedar envueltos en sus mismas desgracias, quedará mas pura nuestra virtud, y aun cuando quedásemos sepultados debajo de las mismas ruinas, nuestra salud eterna será nuestra recompensa.

PUNTO II.

La justicia de Dios nos solicita á hacer penitencia, por medio de caminos secretos que Jesucristo nos revela.

La amenaza que Jesucristo hizo al Pueblo en dos palabras, la extendió en una parábola, en que nos descubre secretos importantes: «y dijo tambien esta parábola: un hombre tenia una higuera plantada en su viña, y fué para buscar el fruto en ella, y no

lo halló. Y dijo al que cultivaba la viña; he aquí que ha ya tres años que vengo á buscar fruto en esta higuera, y no lo encuentro; córtala, pues, ¿para qué ocupa aun la tierra? Pero él respondió, y le dijo, Señor; déjala aun por este año, hasta que yo la cave al rededor, y le eche estiercol, y si con esto diere fruto, bien, sino entonces la cortarás... » Con esta parábola acabó su discurso el Redentor, dejando su interpretacion á la discrecion de su auditorio. Nosotros nos la debemos aplicará nosotros mismos, y en ella encontraremos seis motivos de hacer pronta penitencia.

Primero. *Los beneficios con que Dios nos ha prevenido.* — « Un hombre tenia una higuera plantada en su viña...» Esta higuera era el Pueblo Judáico sobre la tierra y en medio de los naciones : Jerusalen estaba en medio del pueblo escogido, de que era la dominante y la capital. Esta higuera somos nosotros mismos ingertos en Jesucristo por el bautismo, plantados en su Iglesia por la fe, acaso asociados á su sacerdocio por el orden, acaso incorporados en algun orden santo por la profesion; admitidos en una santa casa por un favor especial : y en cualquier estado, que nos hallemos, hemos estado cultivados en él con diligencia, regados con las gracias del cielo, y reparados contra los escándalos, y corrupcion del mundo. Nosotros nos gloriamos tambien de estos beneficios. ¿Pero pensamos alguna vez en dar gracias á aquel, de quien los hemos recibido? ¿Pensamos en corresponder; llevando frutos,

que él tiene derecho á esperar de nosotros? ¿Nos persuadimos acaso que tantos beneficios no nos empeñan, ni nos ponen alguna obligacion? ¿Pensamos por ventura que despues de haber derramado sobre nosotros, con santa profusion, su bondad, no ha de esperar ni ha de pedir cosa alguna de nosotros su justicia?

Segundo. *Nuestra ingratitud para con Dios.*—«Y fué á buscar el fruto, y no lo halló... » Tal fue el estado de la Nacion Judáica; tal fue el de la ingrata Jerusalen al tiempo del Mesías. ¿No es este por ventura el nuestro? ¿Esta esteril higuera no es la figura de nuestra ingratitud, y de nuestra esterilidad? ¿Dónde estan los frutos, que hemos dado? ¿Dónde estan las buenas obras? ¿Qué virtudes puede al presente encontrar el Señor en nosotros? ¡Ay de mí! En vez de frutos de virtud, hemos producido solamente frutos de pecado.

Tercero. *La paciencia del Señor con nosotros.*—«Y entonces dijo al que cultivaba la viña; he aquí, que ha tres años, que vengo á buscar fruto de esta higuera, y no le hallo...»

Corria ya el tercer año, desde que Jesucristo empezó á predicar públicamente la penitencia; pero ni la nacion de los Judíos, ni Jerusalen su capital habian aun empezado, ni pensaban en hacerla... ¿Y nosotros? Nosotros no tenemos cuidado de contarlos; pero Dios nos cuenta estos años, que pasamos en ocio, en la disipacion, en el olvido de nuestras obligaciones, de nuestra salud, de nuestra per-

feccion, y en una total esterilidad. Nosotros nos olvidamos de lo que debemos á Dios; pero él no se olvida : nosotros vivimos, como si nada le debiéramos; pero él viene á buscar lo que le estamos debiendo. Ya ha mucho tiempo, que espera, que llevemos frutos dignos de todos los cuidados, que ha tomado por nosotros, y ya ha mucho tiempo, que nosotros defraudamos su expectacion. ¡Ah! ¿Dónde estariamos, si nos hubiese castigado luego que cesamos de serle fieles? ¡Qué paciencia, habernos soportado tanto tiempo! No solo tres años, veinte, treinta, y acaso mas. De esto se ha lamentado el infierno, han murmurado los demonios; los réprobos, y muchos, que eran menos culpados, que nosotros, de los cuales algunos fueron nuestros cómplices, han blasfemado tambien, y nosotros ni aun nos hemos movido hasta ahora, ni estamos penetrados de reconocimiento.

Cuarto. *La Justicia de Dios.* — «Córtala pues ¿para qué está aun ocupando la tierra ...?»

¿Dónde estábamos nosotros; qué haciamos, cuando Dios pronunció contra nosotros esta sentencia? ¿De qué terror hubiéramos sido sobrecogidos, si hubiésemos oido estas fulminantes palabras? ¡Soy ciertamente desgraciado! Hoy acaso va Dios á pronunciarlas; y su justicia cansada de mis escándalos, de mis negligencias, de mi inutilidad, está próxima á dar orden absoluta de arrancarme de un terreno, que otro ocupara mas útilmente que yo, y muy cerca de cortarme de un cuerpo, que deshonró; de

quitarme una vocacion, que manchó, una fe, que profanó, una vida de que abusó. ¡Ah! Señor; piedad: he pecado; pero ahora comienzo; quiero volver á entrar en mí mismo, y humillarme; os pido gracia, ¡o Salvador mio!

Quinto. *La misericordia de Dios.* — «Pero él le respondió, y dijo; Señor, déjala estar por este año, hasta que yo le cave al rededor la tierra, y le eche el estiercol; y si con esto diere fruto (bien)...»

¿Quién es el que ha tenido tanto cuidado de mis intereses; que ha hecho suya mi causa; y que me ha patrocinado, mientras que yo no pensaba á otra cosa, que perderme?... ¿Sois vos, o Santísima Virgen: Vos, en quien yo siempre he confiado? ¿Sois Vos, o Santo abogado mio, o Angel de mi guarda; o Santos mios Fundadores, y protectores? ¡O Santos del Cielo, y vosotros justos de la tierra vosotros sois, los que todos juntos habeis empleado por mí vuestra poderosa intercesion! ¡O Salvador de mi alma, Vos sois el que con los méritos de vuestra muerte, habeis calmado el justo furor de vuestro Padre! ¿O misericordia de Jesus; Vos sois la que os oponeis á la sentencia de su Justicia, y habeis detenido el rayo que estaba á punto de ser arrojado sobre mi cabeza; y en vez del castigo, que merecia, Vos me preparais aun nuevos favores; quereis tomar nuevos cuidados de mí, y me procurais nuevos medios de salud. — Ahora pues. ¿Y abusaré yo aun de todo esto? ¡Ah! No lo permitais, Dios mio; sostenedme en la firme resolucion, en que estoy de aprove-

charme de vuestras misericordias, y de seros mas fiel.

Sexto. *El último término de la paciencia de Dios.* — « Y sino, entonces la cortarás... »

¡Infelices Judíos! No quisísteis vosotros comprender el sentido de esta Parábola, ni aprovechar este último año, que Jesucristo os concedia, y fuísteis cortados del número de los Pueblos. Errantes sobre la tierra, sin ciudad, sin templo, sin culto, sin altar, no subsistis por otra cosa, que para verificar una parte de la prediccion, que anunciaba el castigo preparado á vuestra impenitencia... ¡Ah! ¡cuántos otros pueblos no han comprendido el sentido de esta Parábola; han perdido la fe, y han sido cortados del número de los fieles!

Peticion y Coloquio.

¡O Dios mio! ¿Quién sabe si yo mismo lo comprendo bien? ¿A qué término llegará vuestra paciencia para conmigo, despues del cual ya no habrá para mí remedio? ¡Ah! acaso estoy ya muy cerca; acaso no tendré mas que este momento. Quiero de una vez concluirlo; quiero darme priesa á sacar provecho. He aquí, que yo sinceramente me vuelvo á Vos, y desde ahora empiezo á serviros con fervor, y á emplearme para llevar los frutos que Vos esperais de mí. Vos me dejais aun el derecho de esperar en vuestra bondad: ya no lo dilato mas: no

quiero exponerme á la dolorosa prueba de la verdad de vuestras amenazas : soy vuestro, o Señor , por el tiempo, y por la eternidad. Amen.

MEDITACION CLXVI.

MUGER ENCORBADA SANADA EN DIA DE SABADO.
S. Luc, c. XIII, v. x, xvii.

Consideremos primero la enfermedad de esta muger: segundo, la sana Jesucristo: tercero, la indignacion que muestra sobre este propósito el Príncipe de la Sinagoga.

PUNTO PRIMERO.

Enfermedad de esta muger.

«Y (Jesus) estaba enseñando en la sinagoga de ellos los Sábados, cuando he aquí una muger que ya habia diez y ocho años tenia espíritu de enfermedad; y estaba tan encorbada, que no podia mirar hácia arriba... »

Era digno de compasion el estado de esta muger: pero ¡ah! su enfermedad no es sino una debil imagen de lo que causa el pecado...

Primero. *¿Cuál era el origen de esta enfermedad?* — Esta enfermedad venia del demonio; ¿no vie-

nen por ventura tambien de él todos los males de nuestra alma? ¿No seguimos nosotros los consejos de este enemigo de la salud, cuando abandonamos á Dios, y nos damos en presa al pecado? ¿Este solo pensamiento no deberia causarnos horror, y abstenernos del mal? Cuando Dios lo permite, puede el demonio obrar sobre nuestros cuerpos, sin que nosotros tengamos culpa; pero si se enseñorea de nuestras almas, entonces la culpa es nuestra; nuestro el consentimiento.

Segundo. *¿Cuál era la naturaleza de esta enfermedad?* — Consistia en hacerla andar toda encorbada hácia la tierra: situacion igualmente penosa y humillante, de que no podia sufrir la violencia, ni esconder el rubor... Tal es la situacion de un alma esclava del pecado: no ve ella otra cosa que la tierra y el lodo; siempre inclinada á los bienes terrenos y entregada á los placeres infames, siente toda la indignidad de sus pecaminosos afectos, y no puede impedir que los otros echen de ver la vileza de sus sentimientos. ¡O deplorable estado! ¿Cómo es posible que un cristiano encuentre en él su placer? ¿Cómo no tememos nosotros de caer en él? ¿Cómo, habiendo caido, no buscamos el modo de volvernos á levantar!

Tercero. *¿Cuál fue la duracion de esta enfermedad?* — Diez y ocho años... ¿Y nosotros cuánto tiempo ha que estamos en el pecado? Cuando cometemos el primer pecado; cuando damos el primer paso en el camino de la iniquidad, nos lison-

jeamos de no perseverar en él y de renunciarlo luego. Pero ¡ o deplorable engaño ! ¡ o esperanza quimérica ! se pasan insensiblemente en el pecado veinte, treinta, cuarenta años, y muchas veces toda la vida.

Cuarto. *¿Cuál fue el efecto de esta enfermedad?* — Esta muger estaba de tal suerte encorbada , que de ninguna manera podia mirar hácia arriba... Decidle á aquel pecador, que alce sus ojos hácia el cielo, que vea en él un Dios liberal y magnífico, que emplea su omnipotencia en llenar de bienes y de delicias las almas que le son fieles, y en recompensarlas por toda la eternidad , de los falsos bienes y de los vanos placeres de que se privaron por algunos momentos por su amor sobre la tierra ; decidle á lo menos que considere allá arriba un Dios justo, vengador del pecado , que condenará al fuego del infierno las almas culpadas, que habrán quebrantado la santidad de sus leyes. ¡ Ah ! no puede alzarse tan alto su vista ; no ve otros bienes que los de la tierra, no apetece otros placeres que los de la carne, ni conoce otra pena que la de estar privado de ellos : fruto amarguísimo de una larga perseverancia en el pecado ! Decidle á aquella alma disipada, toda llena de sí misma, entregada á su vanidad y á sus divertimientos frívolos y pecaminosos ; decidle que se recoja , que ore , que medite , que recurra á Dios, que piense en él, que se ponga en su presencia ; ella ignora lo que le decís,no entiende cosa alguna. No ve otra cosa que la tierra ; no se ocupa en otra

cosa que en la tierra ; ella no puede de modo alguno mirar mas alto. Hace en vano algunos esfuerzos débiles ; el hábito está ya contraido ; el hábito la detiene y entretanto vive siempre encorbada bajo el yugo y el imperio del demonio.

PUNTO II.

La sana Jesucristo.

Primero. *Jesus la ve.* — « Y habiéndola visto Jesus... » Esta muger, no obstante su enfermedad, se fué á la asamblea, para aprovecharse de la instruccion. ¡ Ay de mí ! se buscan frecuentemente razones poderosas para dispensarnos de asistir á ella ; el menor pretexto nos basta , y muchas veces nos ausentamos aun sin pretexto alguno, por puro fastidio y por náusea de la palabra de Dios. ¿Y cuando asistimos á ella, con qué espíritu vamos, y en qué estado nos dejamos ver ? Ve Jesus esta muger, y la ve afligida, humillada, gimiendo bajo el peso de su enfermedad , y llena de un vivo deseo de ser librada de ella. ¿ Y á nosotros cómo nos ve ? Nos ve con todo el aparato de orgullo y de vanidad mundana, escandalizando al público con nuestro porte inmodesto y disipado ; nos ve encorbados bajo el peso de nuestros pecados y de nuestros hábitos ; estimándolos, y no temiendo otra cosa que el ser librados de ellos. ¡ Ah ! si queremos ser sanos, presentémonos de otra manera bien diversa á Jesu-

cristo ; comparezcamos á sus ojos humillados y consternados, conociendo nuestra enfermedad y deseando ser librados de ella.

Segundo. *Jesus la llamó.* — « La llamó á sí... » ¿Cuál fue pues el júbilo de esta muger afligida, cuando oyó que la llamaba aquella voz llena de dulzura y de poder ? ¿ Con qué prontitud obedeció á tan dulce llamamiento ? No teme comparecer en el miserable estado en que se halla en medio de aquella numerosa asamblea , y de llamar sobre sí los ojos de todos ; el amor le da ánimo , y la esperanza la sostiene... Ya ha mucho tiempo que nos llama la misma voz. ¡ Ah ! ¿ por qué diferimos el obedecer ? ¿ Qué tememos ? Un momento de confusion á los pies del ministro de Jesucristo será bien recompensado con el beneficio de nuestra sanidad, que llenando de un júbilo todo celestial nuestro corazon, edificará á los que nos conocen, y consolará á los que se interesan en nuestra situacion.

Tercero. *Jesus la habla y la toca.* — « Y le dijo : Muger, tu estás libre de tu enfermedad ; y le impuso las manos... » Imagen sensible del Sacramento de la Penitencia... Es tambien Jesucristo el que nos habla por boca de su Ministro ; es él el que nos impone las manos ; son sus méritos los que nos vienen aplicados, su omnipotencia la que nos absuelve y nos libra del peso tiránico bajo del cual gemimos. Acerquémonos pues con confianza ; llevemos un corazon sincero y contrito , y allí encontraremos nuestra sanidad. Si de aquí sacamos poco ó nin-

gun provecho, la sola causa es la mala disposicion con que nos presentamos.

Cuarto. *La muger queda sana.* — « É inmediatamente se enderezó y glorificaba á Dios. » Sanidad pronta, perfecta, pública, estable y permanente. En el momento mismo en que Jesucristo pronunció estas palabras y le impuso las manos, la muger se sintió sana, se alzó perfectamente derecha y sin esfuerzo; vió á su libertador, dió gracias á Dios de su milagrosa sanidad, y todo el pueblo la vió en esta nueva situacion, y con ella glorificó al Señor. — ¿Cuándo se verá en nosotros un cambiamiento tan feliz? En vano nos lisonjeariamos de haber obtenido enteramente nuestra sanidad, si no se cambia nuestro exterior, si siempre es la misma nuestra conducta, si siempre tenemos vueltas las miras hácia los placeres, hácia el mundo y hácia sus vanidades; si en nosotros no se ve mayor modestia y recogimiento, mayor devocion y amor á la oracion. El primer efecto de la sanidad interna del alma es la mudanza de la vida, y la primera obligacion de un alma que ha sanado de sus enfermedades, es el reconocimiento para con Dios. Si hemos sanado pues, y nos hemos mudado; si sentimos nuestro corazon despegado de la tierra y elevado hácia el cielo, démosle por esto gracias á Dios, y atribuyámosle toda la gloria; pero reflexionemos que hay mucha diferencia entre la enfermedad del alma y la del cuerpo. Esta muger enderezada por la palabra de Jesucristo, no tenia que temer que el de-

monio le hiciese encorbar otra vez hácia el suelo. No es así de nuestra alma: sanada una y muchas veces, está siempre sujeta á encorbarse y á envilecerse, si no imploramos continuamente el socorro de la mano omnipotente que nos ha enderezado; si continuamente no velamos, y si con la gracia de Jesucristo no hacemos todos los esfuerzos para sostenernos en el feliz estado en que nos ha puesto.—¡Ay de mí, o Dios mio! qué miserable soy! Por mas resoluciones que tome; por mas atenciones que use; por mas esfuerzos que haga; me veo á cada momento encorbado hácia la tierra; se insinuan en mi corazon mil afectos terrenos, y lo ocupan enteramente y casi sin que lo advierta. ¿Qué otra cosa puedo hacer en mi miseria, que de dia y de noche gritar hácia Vos: Sostenedme por piedad, o Señor: alzadme, o Señor; tened compasion de mí?

PUNTO III.

Indignacion del principal de la Sinagoga.

Primero. *Esta cólera y esta indignacion rebienta con artificio.* — Este Príncipe de la Sinagoga era uno de aquellos Fariseos orgullosos y celosos, á quienes hacia sombra la reputacion de Jesucristo, y se desesperaban por causa de sus milagros. A ejemplo de sus Concólegas no se mostró indignado, sino de la pretendida trasgresion de la Ley de Dios, porque esta sanidad se habia obrado en el dia de

Sábado. No se atrevió á estrellarse directamente contra el autor del milagro, pero se enderezó hácia el pueblo con un modo imperioso, y dijo: « Hay seis dias, en los que conviene trabajar; en estos, pues, venid, y haced que os cure, y no en el dia de Sábado... » Se ven tambien en nuestros dias ciertos excesivos celadores de las reglas de la Penitencia, que con el celo de la Religion, cubren los celos que tienen de la gloria y del buen éxito de los operarios Evangélicos que se emplean en la conversion de los pecadores. Aprendamos á desconfiar del celo que nos hace con tanta frecuencia condenar á los otros.

Segundo. *Esta condenacion es refutada con fuerza.* — « Y respondiéndole el Señor dijo: hipócritas, ¿cualquiera de vosotros no desata el dia de Sábado su buey y su asno del pesebre, y lo conduce á beber? Y esta hija de Abrahan, atada ya de Satanas por diez y ocho años, no debia ser desatada de este lazo en el dia de Sábado... »

¡Comparacion sensible para el pueblo; pero de mucha humillacion para los Fariseos orgullosos! Cuando el celo y la piedad nos inspiran dureza para nuestros hermanos; cuando nos hacen menos compasivos por las almas rescatadas con la sangre de Jesucristo, que ya de mucho tiempo gimen bajo la esclavitud del demonio, de lo que seriamos por unos viles animales, que sirven á nuestro uso; esta es una señal no equívoca, de que nuestro celo es falso, y de que es farisáica nuestra piedad.

Tercero. *Esta indignacion se vuelve en su confusion.* — « Y mientras decia tales cosas, se avergonzaban todos sus contrarios... » Frecuentemente sucede lo mismo á aquellos censores celosos de la pública devocion, cuando aparece sin máscara su hipocresía. Tales son los efectos ordinarios de la envidia : ella nos despedaza por dentro, y nos hace avergonzar por de fuera.

Cuarto. *Esta indignacion aumenta el júbilo del pueblo, y su devocion para con Jesus.* — « Y todo el pueblo se deleitaba de todas las gloriosas obras que por él se hacian... » Dios permite frecuentemente que la calumnia sirva para aumentar la gloria de quien es calumniado. Si es cosa gloriosa obrar bien, es mucho mas gloriosa el obrarlo entre las contradiciones de la envidia. El pueblo y las personas de bien se ponen siempre de parte de los que son el objeto de la malignidad. La feliz simplicidad del pueblo, y de las almas dadas á la piedad, les hace tomar el partido de la piedad, y las conduce seguramente por el camino de la salud, mientras que la pierde, y va errando de aquí para allá el doctor orgulloso.

Peticion y coloquio.

Miradme, o Señor, con ojos de misericordia. Estoy en un estado mucho mas deplorable que esta muger del Evangelio. No puedo de modo alguno alzar los ojos al cielo; sigo á ciegas las inclinaciones de mis deseos bajos y carnales: mi alma está sumergida en las cosas de la tierra, y voy caminando siempre encorbado hácia ella... ¡O Jesus! Llamadme á Vos; o haced antes bien, que sea docil á vuestra voz que me llama: tocad con vuestra gracia mi alma: enderezad mi corazon, y elevadlo hácia los bienes eternos, para que no mire otra cosa que el cielo, de quien espero mi socorro, y donde espero reinar eternamente con Vos. Amen.

MEDITACION CLXVII.

PARABOLAS DEL GRANO DE MOSTAZA Y DE LA LEVADURA.
S. Luc., c. XIII, v. XVIII, XXI.

La Ciudad ingrata á donde conducia Jesus á pasos lentos sus discípulos por todos los Lugares y Granjas que se encontraban por el camino, debia bien presto hacerles ver la sangrienta muerte de su maestro, y es cierto que justamente, por disponerlos para este espectáculo de la Cruz, y para la vista de su muerte á la que estaba anejo el cumplimiento de las promesas, les puso de nuevo el Salvador delante de los ojos esta agradable pintura de los progresos de la predicacion de su Evangelio, y les repite para su consuelo estas dos parábolas, que ya les habia propuesto con este mismo designio. Primero, la parábola del grano de mostaza: segundo, la parábola de la levadura.

PUNTO PRIMERO.

Parábola del grano de mostaza.

Lo primero. *De la atencion que pide esta parábola.* — « Decia por tanto: ¿A qué cosa es semejante el Reino de Dios, y á qué lo compararé...?

Sabia muy bien el Redentor, bajo qué figuras queria encubrir las verdades que anunciaba; y no tenia necesidad de buscar, ni hacer esfuerzo alguno para este propósito. No habla, pues, de este modo, sino para excitar la atencion de aquellos que le escuchaban, y de aquellos que meditarian sus palabras... Pidámosle aquella respetuosa atencion que nos imprima en el espíritu estas grandes verdades, que las haga gustar de nuestro corazon, y que penetre de ellas toda nuestra alma.

Lo segundo. *Del Reino de Dios representado en esta parábola.* — « Es semejante á un grano de mostaza que un hombre tomó y sembró en su huerto, y creció, y se hizo un arbol grande, y las aves del aire reposaban sobre sus ramas. »

Este jardin es aquel en que fue sepultado Jesucristo; de donde salió glorioso y triunfante para ser nuestra vida, nuestra justicia, y nuestra esperanza... ¿Somos nosotros de aquellas aves del cielo, de aquellas almas puras y elevadas, que toman en él su reposo; que buscan en él su refugio; que encuentran en él su fuerza, y que ponen en él todas sus delicias? Este jardin es el mundo, en que Jesucristo ha puesto su Iglesia tan debil en sus principios, y ahora tan triunfante, y tan extendida? ¿Estamos nosotros unidos á ella, la amamos, la servimos, y la edificamos...? Este jardin es nuestro corazon, en que ha sido sembrada la gracia... ¿Qué aumentos ha tenido en él? ¿Ha venido á ser un arbol extendido y fertil, en que hallemos nuestro re-

poso, y nuestra consolacion, y en que puedan tambien otros hallarla? ¿O no hemos sofocado nosotros esta preciosa simiente? ¿No hemos impedido con multiplicadas infidelidades sus progresos?

Lo tercero. *Del reino del demonio representado por esta parábola en un sentido contrario.*—Vencido y desterrado de la tierra el demonio por medio de Jesucristo; desterrado de su Iglesia; desterrado de nuestros corazones, vuelve otra vez á restablecer en ellos su reino, opuesto al reino de Dios. El escándalo en el mundo, la heregía en la Iglesia, la pasion en un corazon; todo esto es debil en el principio, es un pequeñísimo grano, y casi imperceptible. Es una semilla, que se esconde á la vista; pero si con tiempo no se sofoca; si se deja crecer, llega bien presto á ser un arbol, que extiende bien lejos sus ramos, y donde van, no las aves del cielo, sino las sabandijas de la tierra, las serpientes del infierno; esto es, los pecados, las impiedades, las impurezas, los sacrilegios, los errores, las blasfemias; y donde van, no á tomar reposo, sino á penerlo todo en desorden y en confusion, para ejercitar allí excesos de furor y de crueldad. — Tal es la diferencia del reino de Dios, y del reino del demonio; ahora, pues, ¿bajo cuál de estos dos reinos vivimos nosotros?

PUNTO III.

Parábola de la levadura.

Lo primero. *De la atencion que pide esta segunda parábola.* — « Y volvió á decir; ¿á qué cosa diré yo que es semejante el reino de Dios?.. »

Despierta todavía el Salvador la atencion de sus oyentes; despertemos la nuestra, para meditar esta segunda parábola, y pidámosle la luz necesaria para comprenderla, y la gracia para aprovecharnos de ella.

Lo segundo. *Del reino de Dios representado en esta parábola.* — « Es semejante á la levadura que una muger tomó y la escondió en tres medidas de harina, hasta que todo se fermentase... »

Estas tres medidas de harina son las tres partes del mundo entonces conocidas, la Asia, la Europa, y la Africa. En ellas fue anunciado el Evangelio, en ellas se ha predicado la palabra de Dios, y ha sido distribuido el Pan Eucarístico; se ha establecido el reino de Dios; y la fermetacion ha producido en ellas una multitud innumerable de Santos. Luego que fue descubierto el Nuevo Mundo, esta esposa atenta á la gloria de su esposo, ha mezclado tambien en él esta preciosa levadura que allí ha fermentado, y el fervor de esta cuarta parte del mundo ha producido en la América las virtudes

mismas del mundo antiguo... Estas tres medidas de harina son tambien las tres potencias de nuestra alma, en que la gracia, la palabra de Dios, y la Santa Eucaristía obran una fermentacion saludable, que eleva nuestros sentidos, nuestros espíritus, y nuestros corazones; que nos une á Dios, en él nos trasforma, y forma de nosotros panes vivos, dignos de serle ofrecidos sobre su altar sublime y eterno. Recibamos, pues, esta divina levadura con accion de gracias, dejémosla obrar en nosotros, no interrumpamos ni enturbiemos su operacion.

Lo tercero. *Del Reino del Demonio representado por esta Parábola, en un sentido contrario.* — Si la predicacion del Evangelio ha sido como una preciosa levadura, que ha santificado, y santifica aun las cuatro partes del mundo; ha quedado con todo eso en el mundo una levadura mala de orgullo, y de concupiscencia; que mantiene en él el Reino del Demonio, y produce el pecado, la impiedad, la incredulidad, el cisma, y la heregía.—Demos gracias á Dios, por habernos hecho nacer en un estado Católico, en que obra aun la divina levadura de la palabra de Dios. Pidámosle, y supliquémosle por aquellas provincias, que no han recibido aun esta preciosa levadura; por aquellas, que la han desechado, por aquellas que la han corrompido, y temblemos por nosotros mismos. Naciendo hemos traido esta mala levadura, que introduce en los corazones el Reino del Demonio. A esta levadura perniciosa se une la de una pasion que nace, la de

un mal ejemplo, de malos libros, de malos discursos, y de malas compañías : ¡Pero ah! estemos atentos, y velemos sobre nosotros mismos.

Peticion y coloquio.

Sí, o Señor, quiero aplicarme á echar lejos de mí todo lo que podria atacar mi fe, corromper mi corazon, manchar mis sentidos, y empeñarme de nuevo bajo del imperio del Demonio, de que por vuestra gracia, me habeis librado. O Dios mio ; lo sé, para avinagrar toda la masa, no se requiere mas, que un poco de levadura * ; pero será exacta, escrupulosa, y constante mi vigilancia. Sostenedla Vos, o Jesus, con el precio, y con los méritos de vuestra adorable sangre. Amen.

* 1. Ad Cor., c. V, v. VI, ad Galat., c. V, v. IX.

MEDITACION CLXVIII.

DEL PEQUEÑO NUMERO DE LOS QUE SE SALVAN.
S. Luc., c. XIII, v. xxii, xxv.

Examinemos primero lo que se debe hacer para ser de este número. Segundo. Las razones, porque seremos excluidos de él. Tercero. La desesperacion de aquellos, que serán excluidos.

PUNTO PRIMERO.

Lo que se debe hacer para ser de este número.

« Y Jesus iba enseñando por las Ciudades, y Aldeas, y caminando hácia Jerusalen : y uno le dijo : ¿Señor; son pocos los que se salvan...?» El divino Salvador, sin responder directamente á la pregunta sobre el grande, ó sobre el pequeño número de los que se salvarán, se contentó con decir lo que era necesario hacer para ser de este número, y esto es, lo que importa saber sobre esta materia. « Pero él, (enderezando la palabra á los que lo escuchaban) dijo; esforzaos á entrar por la puerta estrecha; porque os digo, que muchos procurarán entrar, y no podrán... »

Primero. *Consideremos cuál es esta puerta estrecha, por la que se debe entrar en el Cielo.* — Esta es el Evangelio; es la Fe, y la ley del Evangelio. Puerta muy estrecha, porque para entrar en ella, conviene humillar nuestro espíritu, abatir nuestro orgullo, contener, y refrenar nuestras pasiones, nuestras inclinaciones, nuestros deseos, nuestros pensamientos, y nuestros afectos; despojarse de todo apego á las cosas de la tierra, de nosotros mismos, y de todo amor propio, para amar á Dios solo, y practicar exactamente su santa ley. ¿Es esta aquella puerta, por la que nos esforzamos á pasar, y por la que queremos, y esperamos entrar en el Cielo?

Segundo. *Examinemos, cuáles son los esfuerzos, que se deben hacer para pasar por esta puerta.* — Esfuerzos generosos, constantes, y perseverantes; esfuerzos contra el demonio, el cual, en cuanto le es posible, nos tiene lejos de esta puerta; ahora excitando nuestras pasiones, ahora atrayéndonos con promesas lisonjeras de riquezas, de placeres, de honores, que no nos puede dar, y ahora apartándonos de la práctica del Evangelio, con llenarnos de espanto, exagerando las dificultades, y asegurándonos, que es imposible: Esfuerzos contra el mundo: el cual por tenernos lejos de esta puerta, nos enseña una moral cómoda, y corrompida; nos propone su ejemplo, y luego nos pregunta. ¿Qué? nos condenaremos todos nosotros...? Esfuerzos contra nosotros mismos, se lamentará la naturaleza, se

rebelará la carne; nuestro valor nos abandonará, todo nos dirá, que caminemos por lo ancho; que una sujecion tan austera no puede durar, y que no es necesaria. — ¡Pero ah! no nos dejemos engañar; hagamos todos los esfuerzos, rompamos los obstáculos, y no obstante todas las contradiciones, reduzcámonos á pasar por el que se entra en el Cielo: si el paso es estrecho, el término es la eterna libertad: por mas estrecho que sea este paso, el amor sabrá ensancharlo, y dilatarlo, y la gracia nos lo hará facil, y acomodado.

Tercero. *Observemos quiénes son aquellos que buscarán entrar, y no podrán.* — Si se trata de entrar por esta puerta estrecha; aquellos no podrán, que no lo procuran, como es menester; y que no hacen los esfuerzos necesarios para entrar en el cielo; no podrán aquellos que buscan otro camino distinto de aquel de la puerta estrecha. Los primeros, sin hablar aquí de los infieles que no conocen la Ley de Dios, son los Judíos, los cuales obstinados en seguir la Ley de Moises, rehusan el conocer aquel, á quien Moises los guia, y que es el fin y el cumplimiento de la Ley, y de los Profetas..... Despues son los Cismáticos, y Hereges, que recibiendo el Evangelio de Jesucristo, lo interpretan á su modo, y segun su genio, rehusando someterse á la enseñanza de la Iglesia, de que rompen la unidad, mudan los dogmas, y corrompen la moral... Y finalmente son los malos cristianos, que por vi-

vir á sus anchuras, pretenden unir el mundo con el Evangelio : satisfacer sus pasiones, sin quebrantar la ley : ó con una alternativa aun mas cómoda, quieren ser ahora del mundo, y hacer de su vida una serie monstruosa de penitencia y de recaidas, de devocion y de pecados ; ó que difieren el vivir en sujecion para Dios, cuando ya no les quedan mas dias de que puedan abusar. ¡ Ilusiones bien groseras ! ¡ Oh Dios ! ¿ Cómo es posible que tantos se dejen ofuscar de ellas ? ¡ Ah ! Hagamos sobre esto nuestras mas serias reflexiones, no nos imaginemos poder pasar por esta puerta estrecha sin grandes esfuerzos, sin hacernos mucha violencia, y sin conseguir gloriosas victorias.

PUNTO II.

Razones por las que seremos excluidos de este número.

Continuando Jesus la párabola, ó sea la alegoría de la puerta estrecha, representa á Dios su Padre, ó bien á sí mismo, reinando en el Cielo con los Santos, bajo la idea de un Padre de familia, cerrado en su casa con sus hijos y amigos, y que niega la entrada á los extraños que se la piden. Esta párabola es muy propia para disipar nuestras ilusiones, y nuestros pretextos, si queremos poner en ella nuestra atencion; y aunque fue dicha especialmente por los Judíos, es facil extenderla á todos

los pecadores, comprendiendo bajo de este nombre los Judíos, los Hereges, y los malos Católicos...

Primero. *Primera respuesta hecha á los pecadores.* — « Y cuando hubiere entrado el Padre de familia y cerrado la puerta : estareis fuera, y comenzareis á llamar á la puerta, diciendo; Señor, ábrenos : y él os responderá diciendo no sé de dónde sois vosotros... »

¡Qué sorpresa para hombres que se habian lisongeado de caminar por el buen camino, en la verdadera Religion! No podrán creer que á ellos se les quiera hacer un semejante tratamiento; é insistirán.

Segundo. *Razones que alegan los pecadores.* — « Entonces empezarán á decir, hemos comido y bebido contigo; y tú has enseñado en nuestras Plazas... »

Esto es lo que primeramente podrán decir los Judíos, ó á Jesucristo, con quien vivieron, ó que oyeron predicar en sus públicas plazas, ó á Dios su Padre, en presencia de quien comieron su porcion de las víctimas que habian ofrecido sobre su altar; y cuya Santa Ley habia sido leida, explicada y anunciada entre ellos... Los Hereges le dirán tambien; nosotros hemos debido y comido en vuestra mesa; hemos recibido vuestro Evangelio y ha sido enseñado y predicado entre nosotros. — Con mayor razon dirán tambien los Católicos; nosotros hemos recibido vuestra fe entera y ortodoxa; hemos participado de vuestros Sacramentos en el seno de la

Iglesia fundada por Vos, ¿cómo, pues, gritarán ellos, no nos conoceis? ¿Nosotros os somos gente desconocida? ¿Cómo podeis decir que no sabeis de dónde seamos nosotros? ¡Ah falsos pretextos, vanas razones, gritos inútiles! ¡Ay de mí! ¿Esperaremos nosotros á desengañarnos en el dia del juicio? ¿Querremos vivir ciegos hasta la muerte, y hasta que el Sumo Juez haya pronunciado la sentencia irrevocable de nuestra reprobacion, la que él mismo se esfuerza prevenir con tantos y tan saludables avisos, y con tan sensibles parábolas?

Tercero. *Ultima respuesta dada los pecadores.* — «Y os dirá, no sé de dónde seais vosotros; apartaos de mí todos los obradores de la iniquidad...»

Esta respuesta tiene dos partes. — Primera. No sé de dónde seais vosotros... » Vosotros os llamais discípulos de Moises; pero vosotros no habeis reconocido, antes habeis desechado al Mesías que Moises os anunciaba, y á quien os guiaba la Ley... Vosotros sois discípulos de Calvino, Lutero, etc. Pero no son estos los pastores, que yo he dado á mi Iglesia, ni los conductores, que os he mandado seguir... Yo os habia hecho Católicos, hijos de la Iglesia, pero vosotros habeis seguido la ley del mundo y de las pasiones, con desprecio de la Ley de mi Evangelio, que no cesaba de inculcaros la Iglesia: *No sé de dónde seais vosotros...*» — Segunda. « Apartaos de mí vosotros todos obradores de iniquidad...» La iniquidad comun de los Judíos es el Deicidio cometido en la persona de Jesucristo,

del cual participan todavía hoy en dia todos los de esta nacion, que perseveran en las mismas blasfemias. La iniquidad comun de los hereges es de perpetuar la rebelion de sus cabezas, y de participar en tal manera del atentado, con que los heresiarcas tuvieron la audacia de cambiar la fe de la Iglesia; han acusado de adulterio y de prostitucion la esposa de Jesucristo, y han pretendido reformar la obra del Espíritu Santo. ¿Y fuera de esta comun iniquidad, de cuántos delitos particulares se hallarán manchados aquellos hombres acérrimos secuaces, y defensores de ciertos monstruosos sistemas, que dejan reinar el pecado sin freno, sin remordimientos y sin remedio? ¡O cuán doloroso será para un católico bien instruido, para un Sacerdote, para un Religioso hallarse en aquel punto tan culpado, y acaso mas que los Judíos, que los hereges, y oirse decir como á estos: «Apartaos de mí vosotros todos los obradores de la iniquidad.....! » ¡O palabras terribles, que yo mismo he merecido ya oir de la boca de mi Juez!

PUNTO III.

Desesperacion de los que serán excluidos de este número.

Dos serán las causas y los principios de esta desesperacion de los pecadores.

La primera causa de esta desesperacion será la vista de aquellos, que vivieron antes que ellos... « Allí

será el llanto, y el crugir de dientes, cuando viereis á Abrahan, á Isaac y á Jacob, y á todos los Profetas en el Reino de Dios, y que vosotros sois echados fuera de él...»

Verán los Judíos reinar en el cielo á Abrahan, Isaac, Jacob y á todos los Profetas, y ellos se verán excluidos, por no haber creido al hijo de Abrahan, prometido á los Patriarcas y anunciado por los Profetas, como Hijo de Dios. Dios con nosotros; Mesías, y Salvador de los hombres. Verán los hereges reinar en el cielo á Pedro y á Pablo, á los Apóstoles fundadores de la Iglesia y á los Mártires, que con su sangre han sellado la fe, y ellos se verán excluidos, por haber roto la cadena, que los unia con Jesucristo por la sucesion de los legítimos Pastores. — Los malos Católicos verán reinar en el cielo á los Santos, que ellos han reverenciado sobre la tierra, á sus abogados, á aquellos cuyo nombre llevan, á sus fundadores cuya regla han recibido, y cuyo instituto han abrazado, y ellos se verán excluidos de allí, por no haber imitado sus ejemplos... Entonces habrá allí llantos, pesares y suspiros; pero ya no habrá mas tiempo. Entonces habrá allí solamente crugir de dientes, rabia, furor y desesperacion; pero todo inutil.

La segunda causa de esta desesperacion será la vista de aquellos, que con ellos han vivido y los que vivieron despues. — « Y vendr gente del Oriente y del Setentrion, y del Mediodía y se pondrá á la mesa en el reino de Dios...»

Los Judíos verán los Gentiles, que ni conocian á Moises, ni á los Profetas, y que reconocieron á Moises, y á Jesucristo Hijo de Dios; los verá venir en tropas de las cuatro partes del mundo y sentarse en el convite eterno del Reino de Dios, del cual ellos mismos serán excluidos... Los hereges tambien verán naciones Idólatras y Salvages, que habrán abrazado la fe Católica, abandonada por ellos mismos y que entraron en la Iglesia, de que ellos habian salido. Los malos Católicos verán allí los nuevos convertidos; los Sacerdotes verán allí á los legos; los Religiosos verán á los seculares, los ricos verán á los pobres; los Reyes verán á sus súbditos; los señores verán á sus criados sentados en el convite celestial y ellos serán de él excluidos. ¡Ah! Quién podrá concebir la amargura del dolor, y de la desesperacion, que causará una tal vista en el corazon de los réprobos!

Conclusion. — « Y he aquí, que son últimos los que serán primeros, y son primeros, los que serán últimos...»

¡O terrible cambiamiento, catástrofe sorprendente! ¿Quién no temerá, quién no temblará? No nos fiemos, pues, de nuestra clase, ni de nuestras luces, ni de las gracias que hayamos recibido, ni de las ventajas de nuestro estado. Si no servimos á Dios, con fervor; si no nos esforzamos para entrar por la puerta estrecha, acaso, veremos aquel pecador, un dia convertido, aquella persona baja, pero mas fervorosa, que nosotros, la veremos acaso en

el primer orden, y admitida en el cielo, y nosotros al fin sumergidos en el infierno, presa de aquellas penas y en una eterna desesperacion.

Peticion y Coloquio.

Ah! Lejos de mí, o Señor, una tal desventura. Conozco vuestras misericordias, o Dios mio; Vos me advertís aquí el rigor de vuestros juicios, para animarme á evitarlos. ¡O Jesus! detesto mi iniquidad, y quiero con el socorro de vuestra gracia, que instantáneamente os pido, aplicarme á observar vuestra santa ley, con tanta fidelidad, que Vos podais reconocerme, cuando la muerte me hará comparecer delante de Vos, y os pediré la entrada en vuestro santo Reino. Amen.

MEDITACION CLXIX.

RESPUESTA DE JESUCRISTO A LOS FARISEOS, QUE QUERIAN ATEMORIZARLO, PARA HACERLO SALIR DE LA GALILEA.

S. Luc., XIII, v. xxxi, xxxv.

Consideremos primero, la firmeza de Jesus. Segundo. Su compasion para con Jerusalen. Tercero. Sus amenazas, y sus predicciones contra aquella ciudad ingrata.

PUNTO PRIMERO.

Firmeza de Jesus.

« El mismo dia se llegaron á él algunos Fariseos diciendo : sal y vete de aquí, porque Herodes te quiere matar. Y les dijo : id, y decid á aquella zorra, mira que yo echo los demonios, y obro perfectas sanidades hoy y mañana, y al dia tercero soy consumado ; pero es necesario, que yo ande hoy y mañana, y el dia siguiente porque no cabe, que un Profeta muera fuera de Jerusalen... »

Lo primero. *La firmeza de Jesus se muestra en el caracter que pinta de Herodes.* — Algunas veces deseaba Herodes ver á Jesucristo por satisfacer su curiosidad*, otras habria querido hacerlo morir, para abolir enteramente la memoria de Juan Bautista; pero por otra parte temia irritar al pueblo con este nuevo delito : la política tenia sujetos á sí todos los sentimientos de su corazon, y animaba todas sus acciones. Pero esta política que se admiraba en este Príncipe, y por la que sabia captarse tambien el espíritu de los Judíos, y conciliarse el favor de los Romanos para aprovecharse de todo, y conducirlo todo á sus fines, y á sus intereses; esta grande política no era al juicio del Hijo de Dios sino una cobardía de espíritu, y una bajeza de sentimientos que lo degradaban de la nobleza de hombre, y lo bajaban á la condicion de un vil animal llevado por instinto á la astucia... Con estos ojos mira el Sumo Juez á los potentados que gobiernan el mundo, y que manejan los negocios mas importantes del Estado con la mayor cautela, si no ponen por basa de su política y de su sabiduría la religion, la verdad, y la justicia. — En todas las condiciones se hallan personas que tienen á honra esta vil astucia, que solo tiene en mira el propio interes, y se cree sabia cuando sabe llegar á su fin, sea el que fuere el camino, por donde va él. ¡Ah! detestemos un semejante caracter; sin ser astutos podemos obrar

* S. Luc., c. XXIII, v. VIII.

con candor y sinceridad : este camino conduce mas seguramente al término que se nos prefija; y sea el que se fuese el éxito, no será menos sólida y cierta la gloria en presencia de aquel que solo tiene el derecho de juzgarlo. Examinemos qué cosa es nuestra sabiduría á los ojos de aquel Juez soberano.

Lo segundo. *La firmeza de Jesucristo en declararse resuelta á no innovar cosa alguna en el plan de sus operaciones.* — No obstante el terror que las violencias de Herodes querian inspirarle, continuará á obrar con libertad, á ir y á venir donde mejor le parezca para la instruccion y alivio de los pueblos, y no saldrá de la Galilea, sino en el tiempo que él mismo ha establecido, y precisamente despues de tres dias... Hay apariencia, que con esta literal expresion « y el dia tercero soy consumado... » quisiese el Redentor aludir al fin de sus dias, que no estaba muy lejos. En este sentido, no es necesario aplicar esta expresion á la muerte de Jesucristo, sino á su Resurreccion... No es el tercero dia en que sea muerto, sino resucitado : la obra de nuestra redencion fue consumada igualmente que el Cristo por la Resurreccion; y por ella ha venido Jesus á ser el consumador de nuestra fe. — Por esta firmeza de ánimo, de que el divino Salvador da aquí el ejemplo á los operarios Evangélicos, venia desconcertada toda la malicia de los Fariseos, porque en la astucia de que nota á Herodes, diciéndoles : *decidle á aquella zorra*, estaban tambien comprendidos ellos, aunque indirectamente. Los Fariseos

de Jerusalen habian formado la conjuracion, como veremos bien presto, * de hacer arrestar á Jesucristo el primer dia de la fiesta de los Tabernáculos, que estaba ya próxima. Es creible que los Fariseos de la Galilea, donde se hallaba entonces Jesucristo, informados de cuanto se trataba en Jerusalen, y no pudiendo sufrir mas largo tiempo una luz que los ofuscaba, ni una virtud que condenaba sus desórdenes, observasen todos los pasos de este hombre Dios, para ver si tenia la idea de ir á Jerusalen para la fiesta. El tiempo urgia ya, y no veian en él disposicion alguna para el viage. Esto es verosimilmente lo que los indujo á darle este aviso, para solicitar su partida. Se inquietaron con la respuesta de Jesucristo, porque de ella conocieron que partiendo él solamente despues de tres dias, era dificil que pudiese llegar á Jerusalen para el primero de la fiesta, y que no hallándose allí en aquel dia, se habria frustrado la conjuracion, como efectivamente sucedió, segun los designios del divino Salvador, que habria regulado la hora de su muerte para la fiesta de la Pascua, y no para la de los Tabernáculos, mucho menos solemne... ¡O sabiduría eterna! ¿qué pueden contra Vos la malicia y la astucia de vuestros enemigos? Vos jugais con sus interesados proyectos, y ejecutais, como os agrada, en favor de los que os obedecen, los designios de vuestra infinita misericordia. ¿Qué tengo yo que

* S. Juan, c. VII, v. xx, xxv.

temer, ó por qué inquietarme por los peligros, que me amenazan? Estoy bajo las alas de vuestra providencia, y cumpliendo mis obligaciones, nada me puede suceder, sino para mi mayor provecho, y por orden de vuestra infinita providencia, á la que en vida, y en muerte quiero estar perfectamente sujeto.

Lo tercero. *Firmeza de Jesucristo, en el conocimiento que muestra tener de los designios perversos de los Fariseos.* — « Porque no cabe que un Profeta muera fuera de Jerusalen... » Como si les hubiese dicho: en tres dias, despues que habré cumplido mi ministerio, no solo saldré de la Galilea, como me aconsejais, sino que iré á Jerusalen, como deseais; porque ya de largo tiempo la infiel Jerusalen se ha reservado el derecho de inmolar los Profetas; y en este mismo lugar, en que ha abierto ella siempre sus sepulcros, debo yo morir como ellos, por defensa de la verdad, y de la Justicia... Con estas palabras, hacia ver Jesus á los Fariseos, que penetraba el fondo de sus corazones, y que sabia cuanto se tramaba contra él en Jerusalen; y que ellos estaban tambien interesados en lo mismo; y les hacia observar al mismo tiempo, que así como el temor de Herodes no le hacia anticipar su partida, tampoco el temor del senado de Jerusalen le impedia ir á aquella ciudad, y que ninguna impresion podia hacer en él el consejo artificioso, que le daban. — ¡O y cuán grande sois, o Jesus! ¡o y cuán sabio; cuán bueno, y cuán generoso! No os espanta la

muerte, que por todas partes os amenaza. Entre tantos peligros, estais firme, intrépido, y animoso, no porque podais evitar la muerte, sino porque quereis sufrirla por nuestro amor. ¿Qué cosa podrá temer jamas el que solo desea morir por Vos?

PUNTO II.

Compasion de Jesucristo sobre Jerusalen.

Jesucristo no podia pensar en la muerte que debia sufrir; ni en Jerusalen, donde debia sufrirla, sin quedar enternecido sobre la suerte de esta ciudad ingrata.

Primero. *Compasion de Jesucristo sobre Jerusalen á la vista de sus pecados.* — « ¡Jerusalen, Jerusalen, que haces morir á los Profetas, y apedreas á los que son enviados á tí...! » Jerusalen habia ya derramado la sangre de muchos Profetas; dentro de poco debia derramar la del Mesías, y despues la de sus Apóstoles, y de sus discípulos... ¡Qué desventura para una ciudad, donde reina un tal odio, y de cuántos delitos no se hace ella culpable! Lloremos aquí los pecados de que nosotros mismos estamos manchados. ¡O y cuántas instrucciones, cuántos avisos, cuántas inspiraciones, cuántos remordimientos sofocamos para satisfacer á nuestras pasiones!

Segundo. *Compasion de Jesucristo sobre Jerusalen, á vista de las gracias de que abusa.* — « ¿Cuántas

veces quise juntar tus hijos, como el ave su nido debajo de sus alas, y no quisiste...? » ¡Cuántas veces nos ha llamado Dios á sí : cuántas veces ha querido Jesucristo meternos debajo de sus alas, y nosotros no hemos querido! ¡O y cuán poco hemos conocido en esto nuestros propios intereses! ¡Cuán feliz habria sido nuestra suerte bajo las alas de Jesus, en el recogimiento, en la oracion, en la meditacion de sus mandamientos y en la práctica fiel de su santa voluntad! Allí hubiéramos gozado nosotros una paz perfecta, y una total seguridad, y en vez de esto, estamos siempre agitados de remordimientos, de inquietudes, de temores, y de espanto. Bajo las alas de Jesus habriamos pasado nuestra vida en la inocencia, y en el fervor ; libres de todos los peligros; lejos de las asechanzas del demonio, é inaccesibles al contagio del mundo ; y en vez de esto, hemos caido en mil precipicios, hemos sido el juguete de nuestros enemigos, y arrastrados de los malos ejemplos. Bajo las alas de Jesus, habriamos visto la muerte con ojos tranquilos, y aun con júbilo, y hubieramos estado al seguro de la cólera de Dios, y de sus venganzas, y en vez de esto, miramos la muerte con espanto, y acaso, no la veremos acercarse, sino con desesperacion.

Tercero. *Compasion de Jesucristo sobre Jerusalen, á la vista de su reprobacion.* — La sentencia de la reprobacion contiene la justificacion de Dios, y la condenacion del pecador, y estas dos cosas estan comprendidas en estas dos palabras... « *He querido,*

y no has querido... » He querido ; y ¡ o cuántas veces , y por cuánto tiempo , y con cuántos medios ! Y tú no has querido : ves aquí la justificacion de Dios... Y lo que hace la condenacion del pecador es , que puede decirse á sí mismo : Dios ha querido darme su Paraiso ; Dios ha querido , que yo viviese de manera de merecérmelo ; y ¡ o cuánto ha hecho para esto ! Y yo no he querido ; y soy yo el que no he querido. ¡ o furor , o desesperacion , o pensamiento mas cruel que el fuego mismo del Infierno ! A nosotros toca ahora ver , si queremos , ó no : ¡ Ah ! no nos engañemos , entre tanto sobre la manera , con que queremos.

PUNTO III.

Amenazas, y predicciones de Jesucristo contra Jerusalen.

Primero. *Para esta vida.* — « Mirad ; que será dejada para vosotros desierta vuestra casa... » Este Templo será demolido ; Dios lo abandonará ; y os quitará su culto. Os servirán de sepulcro vuestras mismas casas echadas por tierra ; y vuestra Ciudad destruida se reducirá á un desierto, á una soledad... Tal es la venganza , que ha tomado Dios , y que toma aun de la infiel Jerusalen , por haber derramado la sangre del Mesías , y por no haber querido aprovecharse de ella. —De esta misma manera castiga Dios tambien la infidelidad , ó de una entera nacion , quitándole el don de la fe , ó de un alma

en particular, privándola de las gracias especiales, de que ha abusado, dejándola como una tierra desierta, y como una casa que se arruina.

Segundo. *Para la otra vida.* — Cuando hablaba Jesus á sus enemigos, solia segun su costumbre, añadir la amenaza de su último juicio á la idea de su muerte; y por esto, seguiremos nosotros aquí el sentimiento de aquellos, que aplican á este dia extremo las últimas palabras de este capítulo... « Y os digo, que no me vereis hasta tanto, que suceda, que digais; bendito el que viene en el nombre del Señor... » Como si les hubiese dicho : sí, seguid pues en no quererme reconocer, y en blasfemarme; hacedme tambien morir; apartadme de vuestros ojos, importunados de mi presencia; vendrá el dia, en que se doblará toda rodilla delante de mí, en que me vereis en la gloria de mi Padre *; en que os vereis obligados á reconocerme, y exclamar; veis allí el bendito de Dios; aquel que vino en el nombre de su Padre, y en su propio nombre, para juzgarnos, y condenarnos. — Sí, vendrá este dia grande, en que el Judío, el impío, y el pecador se verán obligados á rendir homenage á aquel, que ellos mismos han ultrajado.

Tercero. *Observaciones sobre estas últimas palabras.* — « Bendito el que viene en el nombre del Señor... »

Estas palabras estan tomadas del Salmo ** en que

* Ad Thesal.. c. II, v. x, xi.

** Psalm. CXVII, v. xxvi.

por espíritu de profecía hablaba David del Mesías, y desde entonces le daba gracias por el tiempo de su venida... Estas fueron repetidas en las aclamaciones, que el pueblo hizo en la entrada triunfante de Jesucristo en la ciudad de Jerusalen *, y el Salvador las trae aquí para aludir, no solo al Salmo de donde son tomadas, sino tambien al pueblo que debia bien presto hacerlas resonar en las orejas de los indignados Fariseos... Las mismas endereza aquí Jesucristo á los Fariseos de la Galilea antes de su entrada triunfante en Jerusalen; y las mismas repetirá despues el dia de su triunfo á los Fariseos de Jerusalen ** con las mismas alusiones, en las mismas circunstancias, y con el mismo fin de hacer temer la magestad de su última venida. Finalmente la Iglesia las repite en el terrible Sacrificio del altar, y antes de empezar el Canon de la Misa. Repitámoslas, pues, tambien nosotros con toda la devocion posible, y con los sentimientos de humildad y de reconocimiento que exige de nosotros tan grande beneficio.

* S. Mat., c. XXI, v. IX.

** S. Mat., c. XXIII, v. XXXIX.

Peticion y Coloquio.

¡Ah, sea bendito aquel que viene en el nombre del Señor! Gloria en lo mas alto de los Cielos! Seais para siempre bendito, o Señor, por haber venido sobre la tierra para salvarnos, y por venir aun sobre este altar, para nutrirnos y santificarnos! Pueda yo incesantemente bendeciros aquí en la tierra, y continuar vuestras alabanzas despues de aquel dia terrible, en que vendreis á juzgarnos! Amen.

MEDITACION CLXX.

RESPUESTA DE JESUCRISTO A SUS PARIENTES, QUE QUERIAN IMPEDIRLE EL IR A JERUSALEN.

S. Juan, c. VII, v. 1, XIII.

Examinemos primero la proposicion que hacen á Jesucristo sus parientes. Segundo. La respuesta que Jesucristo les da. Tercero. Los efectos que produce la falta de Jesucristo en Jerusalen el dia de la fiesta.

PUNTO PRIMERO.

De la proposicion que hacen á Jesucristo sus parientes.

Primero. *¿En qué lugar se la hacen?* — En Galilea... «Despues de este andaba Jesus por la Galilea porque no queria ir á la Judea; porque los Judíos lo buscaban para matarle...»

Jesus iba recorriendo ya algun tiempo la Galilea, donde reinaba Herodes, y donde los Judíos que gobernaban en Jerusalen, no tenian autoridad alguna. Se guardaba de entrar en la Judea, donde habrian podido arrestarlo, porque sabia que querian

hacerlo morir. No era ya el temor de la muerte el que detenia á Jesucristo en Galilea, pues deseaba morir por nosotros; sino que habia regulado el dia de su sacrificio, segun la voluntad de su Padre, y no queria prevenir los momentos. Habria podido dejarse ver en la Judea, y librarse de las manos de sus enemigos por medio de milagros, pero no queria servirse de este divino poder entre los Judíos, sino para el alivio de los miserables; y quiso mas darnos aquí ejemplos de humildad, de paciencia, de prudencia y de sumision á la voluntad divina, que derramar milagros que no eran necesarios. Jesus refugiado en la Galilea no estaba escondido ni ocioso: recorria las ciudades y las campañas, predicando y sanando en todos los lugares, y dándonos por todas partes ejemplos, y pruebas de su santidad, de su caridad y de su celo. La Galilea, pues, era para Jesus un lugar de refugio, de trabajo, y al mismo tiempo de persecucion. Sus parientes verosímilmente le hablaron en el mismo lugar, y en el mismo dia que los Fariseos; los cuales, para hacerlo salir de la Galilea, le habian dicho, entonces, que Herodes queria quitarle la vida. ¡O Jesus: qué cruel, y qué injusta persecucion se levanta contra Vos! Vos edificais; Vos instruís por todas partes, con un cuidado y con un celo infatigables: Vos colmais de beneficios todos los lugares por donde pasais, con todo eso, por cualquier camino por donde enderezais vuestros pasos, no se habla de otra cosa que de haceros morir. ¿Minis-

tros y discípulos de Jesucristo, podeis vosotros despues de esto, lamentaros de las persecuciones que tan frecuentemente encontrais en el ejercicio de vuestro ministerio y en el cumplimiento de vuestras obligaciones?

Segundo. *¿En qué ocasion los parientes de Jesucristo le hacen esta proposicion?* — En la ocasion de la fiesta de los Tabernáculos. « Y estaba próxima la fiesta de los Judíos llamada de los Tabernáculos... » Esta fiesta, la de la Pascua, y la de Pentecostes, eran las tres grandes solemnidades de los Judíos: se celebraban con octava, y cuando no caian en dia de Sábado, tenia cada una tres dias festivos: esto es, el primer dia de la octava, el último, y el Sábado que caia en el intermedio... El primer dia tomaba simplemente el nombre de la solemnidad, y se llamaba, por ejemplo en esta solemnidad, la fiesta de los Tabernáculos, ó sea en griego, la fiesta de la *cenopeya*. Esta caia el dia quince del séptimo mes del año de los Judíos, que para nosotros seria cerca del principio de Octubre *. Los otros dos dias festivos, ó sea las otras dos fiestas de esta solemnidad son notadas aquí por San Juan; esto es, la fiesta de en medio, y la última **. Esta solemnidad habia sido establecida en memoria de los Tabernáculos, ó de las tiendas, bajo las cuales habian habitado los Judíos por cuarenta años en el desi-

* Levitic., c. XXIII, v. XXXIV.

** S. Juan, c VII, v. XIV, XXXVII,

erto*, y para dar gracias á Dios por haberles dado casas en la tierra de promision... Nosotros estamos en este mundo como en un desierto, en que habitamos debajo de tiendas que no tienen firmeza, estabilidad ni duracion. ¡Ah! aspiremos continuamente á la tierra prometida del cielo, á la santa Ciudad, á la Jerusalen celestial, en que será fija y eterna nuestra habitacion.

Tercero. *¿Por qué motivo los parientes de Jesucristo le hacen esta proposicion?* — « Sus hermanos... » Esto es, los parientes de Jesucristo habiendo partido de sus casas para hallarse en Jerusalen en la fiesta de los Tabernáculos, y habiendo encontrado á Jesus en los confines de la Galilea... » Dijeron por tanto á él; pártete de aquí, y vete á la Judea, para que tus discípulos vean tambien las obras que haces; porque ninguno que busque ser aclamado del Público, hace sus obras á escondidas: si tú haces estas cosas, date á conocer al mundo: porque ni aun sus hermanos creian en él...»

El primer motivo que hizo portarse de este modo á los parientes de Jesucristo, fue la incredulidad..... No creian en él; no lo miraban como Hijo de Dios, y el Mesías prometido... Los parientes son por lo ordinario, los menos dispuestos á reconocer los dones de Dios: son los enemigos mas peligrosos en el negocio de la salvacion, y los mas propios para dar consejos que aparten de la fe, y de los ca-

* Levitic., c. XXIII, v. XLIII,

minos de Dios. El segundo motivo fue la ambicion. Aun cuando no creyesen en Jesucristo, y no lo mirasen como Mesías, no podian dejar de admirar las obras maravillosas que obraba, y querian sacar de ellos algun provecho. Deseaban que fuese con ellos para que la gloria de sus obras redundase en honor suyo, y se tuviese con ellos mayor ateneion. — Los que tienen menos fe, no son los menos atentos á aprovecharse segun las miras de su ambicion, y de su interes, de los dones de Dios, en los cuales por otra parte no creen, y justamente porque no creen, tienen miras tan bajas, y tan distantes del espíritu de la religion. El tercer motivo fue la seduccion. La proposicion que hacen á Jesucristo sus parientes, para que salga de la Galilea, es tan semejante á la que le habian hecho los Fariseos, bien que bajo diferentes pretextos, que casi no se puede dudar que estos no se la hayan insinuado á aquellos, como mas claramente se verá en la respuesta del Salvador. — Los que no tienen fe siempre se corrompen mas los unos á los otros, y por lo ordinario los mas simples son el blanco de los mas perversos. — Reflexionemos á nosotros mismos. O Jesus, ¿creo yo firmemente en Vos? ¿Tengo una verdadera fe? ¿Si la tuviese, serian mis acciones como son? ¿Tendria por ventura los discursos que tengo? ¿daria los consejos perversos que doy, y que he dado hasta ahora? ¿oraria de la manera que oro?

PUNTO II.

De la respuesta de Jesucristo á sus parientes.

Ella contiene las razones que le asisten para no ir con ellos, y hace ver á sus enemigos que conoce distintamente todos sus designios. Estas razones son las siguientes.

Primera. *La voluntad de Dios su Padre que le detiene donde se halla presentemente.*—«Y les dijo Jesus: no ha llegado aun para mí el tiempo; pero vuestro tiempo está siempre preparado...»

Esta es la respuesta que Jesucristo habia dado á los Fariseos, diciéndoles que las funciones de su Ministerio lo detenian aun por tres dias. Y he aquí como este hombre Dios no tiene otra regla de su conducta que la voluntad de su padre. — Los que siguen solamente su propia voluntad, estan siempre dispuestos á todo lo que les puede ser de honor ó de gusto; pero no es así para el que consulta con Dios y con su deber. Jamas abandona este sus obligaciones, ó por una facil condescendencia para con los otros; ó por satisfacer á sí mismo. Su primer pensamiento es cumplir la obra que se le ha confiado, y despues consultar con Dios lo que le queda que hacer.—Dichosa dependencia que pone al alma en una verdadera libertad, y que hace santa la vida, y la llena de buenas obras, de virtudes, y de méritos.

Segunda. *El odio del mundo.* — «Y sus parientes le decian: hazte conocer del mundo...» Querian decir en el gran mundo: en la Capital; en Jerusalen, y Jesus les respondió... «No puede el mundo aborreceros, pero á mí me aborrece, porque doy testimonio de él, que sus obras son males...»

He aquí el motivo porque aun hoy en dia aborrece el mundo las personas de bien, y los operarios Evangélicos que cumplen con sus obligaciones. ¡Odio glorioso, y que debe ser nuestra consolacion! ¿Y si es tal para con nosotros la disposicion del mundo, por qué iremos en busca de este mundo? ¿Por qué estaremos aun deseosos de obtener sus favores, su honor y su estima? Los que el mundo no puede aborrecer son los que como él no tienen fe; ó que hablan y obran como si no la tuvieran. ¡Ah! Es una grande desventura el ser amados del mundo, y no poder ser aborrecidos. Desventura tanto mayor, cuanto que lejos de gemir muchos en ella, se glorian, y se alegran esforzándose siempre mas para mantenerse en posesion de este favor, que al fin viene á ser la causa de nuestra condenacion.

Tercera. *La conjuracion de los Judíos para arrestarlo y hacerlo morir el primer dia de la solemnidad.* — «Subid vosotros á esta fiesta; yo no subo á esta fiesta, porque no se ha cumplido aun mi tiempo...»

Tanto los parientes de Jesucristo, cuanto los Fariseos, ni le habian hablado de Jerusalen, ni de la fiesta; antes parece que afectasen el no hacer mencion de ella: los unos y los otros le hablaron sola-

mente de salir de la Galilea, y volver á entrar en la Judea. Pero respondiendo Jesucristo á los Fariseos, habia hablado de Jerusalen, y respondiendo á sus parientes, habla de la solemnidad que iban á celebrar en Jerusalen. ¿Por qué, pues, una tal conducta, sino porque en aquel dia cabalmente de solemnidad debia rebentar el odio concebido contra él? Pero no se ha cumplido aun el tiempo: no ha llegado aun el tiempo de morir: su tiempo para salir de la Galilea, é ir á Jerusalen no ha venido aun: no está cumplida aun su mision en la Galilea; en una palabra, no irá á esta fiesta el primer dia de la solemnidad. Si los Fariseos tenian aun alguna duda sobre el partido que tomaria Jesus, ahora estan ya iluminados. Si pueden aun dudar de que conocia sus conspiraciones, ven por lo menos que por esta fiesta se han disipado, y que aquel que quieren prender, no cae en la red que le han tendido. — Adoro, o Jesus, esta divina sabiduría que desconcierta á vuestros enemigos, y que me asegura que cuando estos triunfaran de Vos, no será vuestra debilidad la que os hará ceder á sus esfuerzos, sino que será vuestro amor por mí el que os entregará en sus manos, y os condenará á la muerte cruel que ahora os preparan.

PUNTO III.

De los efectos que produce la falta de Jesus en Jerusalen el primer dia de la fiesta.

Primero. *Diligencias de los Judíos para encontrarlo.* —«Dicho esto, se detuvo en la Galilea; pero luego que se fueron sus hermanos, se fué tambien él á la fiesta, no públicamente, sino casi de oculto...»

Demoró Jesucristo, como habia dicho, tres dias aun en la Galilea, y dejó que se partieran sus parientes; despues se partió tambien él para ir á Jerusalen el dia de la fiesta que habia determinado. De hecho llegó allí, no ya con la multitud del pueblo de la Galilea, y de Judea, que iban el primer dia, sino solamente con sus Apóstoles, y acaso con algunos de sus discípulos, y usando ciertas precauciones, como veremos aquí despues... «Ahora los Judíos lo buscaban el dia de la fiesta, y decian: ¿dónde está aquel...? Lenguage de desesperacion, cuando los malos no pueden hallar la ocasion que buscan para perder á los buenos. Lenguage de triunfo, cuando han reducido los buenos á no atreverse ya á comparecer y á obrar. Lenguage de insulto, cuando mirando la prudencia de los buenos como flaqueza, insultan la justicia de su causa, y toman de aquí ocasion para desacreditar la virtud, y la religion. Y ¿o qué no dijeron en esta ocasion las cabezas de la

conspiracion urdida contra Jesus, cuando vieron frustradas sus esperanzas! ¡O! ¿con qué impíos discursos no procuraron ellos recompensarse del éxito infeliz de su conspiracion?

Segundo. *Division de sentimientos acerca de Jesus.*— « Y habia un gran susurro de él entre las turbas. Porque los unos decian él es bueno, y los otros no que engaña al Pueblo... »

Jesus era la materia ordinaria de todos los discursos; tanto entre el Pueblo, cuanto entre los Grandes, no se hablaba sino de él. Pero el Pueblo no estaba tan generalmente corrompido como los Grandes. Los unos decian él es bueno; trabaja, predica, instruye, y edifica con su conducta. Los otros decian, no: engaña y pervierte al Pueblo: todas estas apariencias edificantes no son otra cosa que imposturas: todos los trabajos que emprende, y todas las penas á que se sujeta, se dirigen solamente á engañar los pueblos, y á llevarlos tras sí... Así se hablaba de Jesucristo: así se hablará de sus discípulos hasta la fin del mundo Los que tienen el corazon recto, que no estan ciegos por sus pasiones; ni por las de los otros, ven fácilmente la verdad. Dichosos si tienen valor y constancia para mantenerse siempre unidos á ella.

Tercero. *Diferencia entre aquellos que estaban contra Jesus, y los que estaban á su favor.* — Los primeros hablaban abiertamente, y á cada momento contra él; y esta es aun ahora la costumbre de aque-

llos que combaten la piedad, la virtud. la Fe, y la Religion. Los segundos hablaban en su favor, sí; pero secretamente... « Pero ninguno hablaba abiertamente de él, por miedo de los Judíos. » He aquí el escándalo del mundo: ¡Ay de aquellos que se hacen temer de tal modo, que ninguno se atreva á mostrarse Cristiano en su presencia! Y he aquí por otro lado el escándalo de la Religion: ciertos Cristianos, y aun aquellos que por su estado debian ser el apoyo y la defensa de sus hermanos, temen al mundo hasta hacer traicion á las obligaciones de la Religion.

Peticion y Coloquio.

O Jesus, ¡cuán pocos hay aun hoy en dia que esten á vuestro favor, y que tengan valor para declararse vuestros discípulos! Sostenedlos, o Señor, contra la tiranía del mundo, sostenedme á mí mismo, y haced que el temor de los hombres no me haga jamas olvidar lo que os debo. Amen.

MEDITACION CLXXI.

DE CUANTO SUCEDE EN EL TEMPLO CUANDO JESUS COMPARECE A LA SEGUNDA FIESTA DE LOS TABERNACULOS.

S. Juan, c. VII, v. XIV, XXIV.

Primero. Jesus en el Templo responde al Pueblo sorprendido de su ciencia. Segundo. Reprende á los Judíos los designios que tienen de hacerlo morir. Tercero. Justifica la sanidad del Paralítico, obrada en el dia de Sábado.

PUNTO PRIMERO.

Jesus responde al Pueblo sorprendido de su ciencia.

Primero. *Admiracion de los Judíos.* — «Y al medio de la fiesta subió Jesus al Templo, y enseñaba, y se maravillaban los Judíos, y decian: ¿Cómo sabe este letras, sin haber aprendido...?»

Habia Jesus regulado de tal manera su viage, que llegó cerca de Jerusalen el Viernes por la tarde, sin que alguno lo supiese, ó lo advirtiese. El Sábado, que dividia la octava de la solemnidad de los Tabernáculos, y que era su segundo dia festivo, ó sea

la fiesta de en medio, compareció en el Templo. En los tres ó cuatro dias desde que habia comenzado la solemnidad, y que ya ninguno esperaba verlo, habian tenido tiempo los espíritus para calmarse; y el furor de los Fariseos para resfriarse, hallándose ya desconcertadas las medidas que habian tomado para arrestarlo al principio de la solemnidad. Luego que el Pueblo vió á Jesus, corrió de tropel á cercarlo; y el Divino Salvador, segun su costumbre, comenzó á instruirlo. En este grande auditorio compuesto de diferentes pueblos venidos de la Palestina, se hallaba un gran número, principalmente de la Judea, y tambien de Jerusalen, que no habia oido jamas á Jesus. Quedaron enteramente sorprendidos al oirlo hablar con tanta fuerza, y con tanta profundidad. ¿Quién sabe, se decian los unos á los otros, quién sabe, de dónde ha sacado tanta doctrina este, que jamas ha estudiado? ¿De qué fondo saca este todas la maravillas que salen de su boca? Así hablaban, ó sea por que no lo habian visto jamas en Jerusalen frecuentar los maestros y los doctores de la ley, para tomar lecciones; ó sea porque los Escribas y los Fariseos habian tenido la advertencia de representarlo al Pueblo como hijo de un artesano de Nazareth, sin estudio, sin letras, sin ciencias, y que no merecia ser escuchado. Tal ha sido siempre el artificio de los enemigos de la Religion, de no hablar de aquellos que la sostienen, sino con extremo desprecio. Al oirlos, son ellos solos los que tienen talento, y que saben discurrir, hablar,

y escribir. Todo lo que hacen los otros es enfadoso, despreciable, insulso, sin método, sin estilo, y sin garbo. ¡Ah! no nos dejemos sorprender de estas vanas declamaciones, y antes desconfiemos de los que hablan de los otros con tan universal desprecio.

Segundo. *Respuesta de Jesucristo.* — El Señor para continuar su instruccion, se aprovechó de la sorpresa de este Pueblo, y tomó ocasion de descubrir á sus oyentes las cosas siguientes.

Primero. *El origen de su doctrina.* — «Les respondió Jesus, y dijo: mi doctrina no es mia, sino de aquel que me ha enviado..» Esto es, esta doctrina que yo os predico como hombre, os la digo como enviado, y pertenece toda enteramente á aquel de quien yo he recibido mi mision. No soy yo hombre que la haya inventado, ó perfeccionado; esta doctrina no es el fruto del estudio, ni de la produccion del espíritu humano; Yo no la he aprendido de mortales ciegos; la he recibido del que me ha enviado para comunicarla al mundo: yo la he sacado de mi Padre; nada le he quitado; nada le he añadido: yo os la doy tal cual la he recibido... He aquí el origen de la Doctrina Cristiana: he aquí lo que la hace sublime y verdadera: he aquí lo que dice hoy en dia la Iglesia. Atiendan, pues, los Sabios del mundo, los Filósofos, y grandes genios, á fabricar sistemas: á amontonar objeciones sobre objeciones; ninguna cosa hay mas vana. La Doctrina Cristiana, y Católica no es un sistema humano:

elle tiene por autor al Criador del Universo, que se muestra en una manera tan impenetrable en la grande obra de la Religion, como en la de la Creacion. ¡Qué suerte tan dichosa estar en un estado de poder conocer esta doctrina! ¡Qué reconocimiento no debemos tener por esto!

Segundo. *La manera de conocer la Divinidad de esta doctrina.*—«El que quisiere hacer su voluntad *, conocerá de la doctrina, si sea de Dios, ó si hable yo de mí mismo...» Esta celestial doctrina no puede conocerse con disputar, con imaginar, con discurrir segun nuestro espíritu, y finalmente, con esforzarnos á penetrar lo que es superior á nosotros. Hay un medio de conocerla mas seguro, y mas facil, recogiéndonos en nuestro propio corazon; reprimiendo nuestras pasiones, y empezando por la práctica de la Ley de Dios. Entonces se disipan las nubes, y aparece en su claro dia la verdad. ¡Ah! Del corazon es, y no del espíritu, de donde nacen la impiedad, la irreligion, el cisma, y la heregía.

Tercero. *La consecuencia, que se debe sacar de la declaracion hecha por Jesucristo.*—«El que habla de sí mismo, busca su propia gloria; pero el que busca la gloria de aquel, que lo envió, este es verdadero, y no hay en él injusticia...» Debemos naturalmente desconfiar de aquel que anuncia sus propias invenciones, y sus propios descubrimientos: el deseo, que tiene de hacerse en esto honor, y de encontrar

* Esto es la voluntad del Padre que me ha enviado.

su propia gloria, puede engañarlo y empeñarlo en engañar á los otros. Sobre este principio, habria debido el mundo despreciar todos los Novatores, que hasta ahora han comparecido, bien lejos de escucharlos... Aquel es el Ministro fiel, y merece ser escuchado, que dice, yo no os enseño otra cosa, que lo que enseña la Iglesia, y la doctrina, que ella presentemente os propone, y de que soy únicamente órgano, la ha enseñado siempre, siempre la ha conservado sin alteracion, despues de haberla recibido de los Apóstoles, estos de Jesucristo y Jesucristo de Dios su Padre. Es verdad, que esta confesion es humilde, que no causa alguna admiracion, que no lleva tras sí secuaces y no forma partido; pero un herege, un Novator, que no teniendo valor para decirse el autor del dogma, que propone, se vende solamente por su restaurador, que declama contra la ignorancia de su tiempo y que para hacernos encontrar la verdad, quiere hacernos subir hasta los siglos mas remotos, á los siglos anteriores, en que le da gana de decir, que ella se sepultó; este herege, este Novator busca su gloria, y hacerse honor con el descubrimiento nuevo, y hacer admirar su erudicion; pero esta misma vanidad, que le hace hablar y es causa, de que tantos espíritus igualmente vanos, se declaren en su favor, es la prueba de su error y el indicio seguro de su impostura, porque la Iglesia no puede cambiar doctrina; y el que no sigue la doctrina de la Iglesia de hoy, en vano se gloría no seguir la de la primitiva. Lo que dice aquí el

Salvador, tenia en su boca una fuerza invencible; porque si era verdad, como de hecho lo era y como por sí mismos lo conocieron los Judíos, que él no habia estudiado jamas, y si no queria sacar gloria alguna de su doctrina, reconociendo, que toda enteramente pertenecia á quien lo habia enviado, no se podia sospechar en él falsedad, injusticia, ni impostura especialmente probando, como probaba la divinidad de su mision con obras, que no podian provenir de otro, que del mismo Dios. ¡Ah! Fortifiquémonos y consolidémonos siempre mas en la verdad, que nos enseña la fe Cristiana y Católica.

PUNTO II.

Jesus reprende á los Judíos el designio que habian formado de quitarle la vida.

Primero. *Reprension de Jesucristo.* — « ¿Por ventura, no os dió Moises la Ley?... » Esto es; no me maravillo, que vosotros esteis contra mí, que en todos mis designios, en todas mis obras, no tengo otra cosa en mira, que la sola gloria de Dios, que me ha enviado, y cuya doctrina os anuncio, supuesto que no teneis consideracion alguna por Moises mismo, que vosotros haceis profesion de honrar, como vuestro Legislador. Él os ha dado una Ley, pero ninguno de vosotros la observa. Bien lejos de observarla, haceis todo lo contrario de lo que ella os ordena. ¿Por qué buscais vosotros

el quitarme la vida..? Su Ley os manda defender los inocentes, y en vez de defenderlos, los oprimís. No hay alguno entre vosotros, que tan religiosamente, y tan exactamente observe la Ley como yo, y con todo eso vosotros maquinais secretamente mi muerte, como si yo fuese su trasgresor. Yo soy inocente, vosotros nada teneis que echarme en cara, y no obstante esto, poneis asechanzas á mi vida, por mas que la Ley os prohiba el homicidio, y por mas que solo os dé derecho sobre los culpados. ¿Qué es lo que yo os he hecho? ¿Qué razon os anima contra mí? ¿Por qué, pues, á las demas prevaricaciones de la Ley, quereis añadir tambien la de un atentado contra mis dias...? ¡Ay de mí! A cuántas personas conviene esta reprension del Salvador? ¿Y no conviene, por ventura, tambien á nosotros? ¿No tenemos nosotros la Ley pero sin hacerla regla de nuestra conducta? ¿No tomamos, antes bien, de ella ocasion para juzgar, para censurar, para criticar, y para condenar la conducta de otros, muchas veces inocente, mientras la nuestra es tan culpable? ¿No vamos acaso muchas veces aun mas lejos? ¿No llegamos al exceso, y al colmo de la injusticia, de aborrecer, y desear el mal, y aun de alegrarnos del que sucede á nuestros hermanos, y de buscar todas las ocasiones de hacérselo, como si todo esto no estuviese prohibido por la Ley.

Segundo. *Respuesta de los Judíos.* — Respondió la turba, y dijo: Tú estás endemoniado: ¿quién busca el quitarte la vida...? Puede ser que estas pa-

labras: *Tú estás endemoniado*, no fuesen entre los Judíos una injuria tan atroz como lo serian entre nosotros, pero de cualquier modo que se quieran moderar, se debe convenir que una tal respuesta contiene en sí alguna cosa de indecente y de injurioso en extremo. ¿Quiénes fueron los que entre todo este pueblo tuvieron el atrevimiento de darla? No fueron ciertamente los Galileos, ni los otros extrangeros, que no podian saber cuanto sucedia en Jerusalen en orden á Jesucristo. Tampoco fueron aquellos mismos Judíos, que poco antes habian admirado la doctrina de Jesus. ¿Habrá sido acaso una parte del pueblo de Jerusalen, que no sabia los designios de los grandes de esta capital? Pero fuera de que los designios de estos eran demasiado públicos en Jerusalen para ser ignorados; ¿cómo este pueblo, que no habria creido ver en las palabras de Jesucristo sino un vano temor, habria puesto en su respuesta tanta amargura? Es pues mas probable que una tal respuesta se dió solamente por aquellos que se sentian culpados; que fuese dada por aquella parte del pueblo ya engañada, enemiga de Jesucristo, y vendida á la conjuracion de aquellos que buscaban hacerlo morir. — ¿Y no es este el uso ordinario de los malvados, cuando vienen á ser descubiertos y revelados sus malignos designios de reclamar con mayor altanería y temeridad, y de acusar con mayor fuerza á aquellos que los conocen mejor, de rebatirlos con audacia con mayores acusaciones, de cargarlos de injurias y de ultrages, y

de imputarles á delito su misma penetracion y sus mismas quejas? Con este artificio los enemigos de Jesucristo vinieron, con el tiempo, á revolver contra él el odio del pueblo, de quien ellos mismos hubieran sido la víctima si el pueblo no hubiera creido ciegamente á su descaro y á su constancia en acusarlo. Sea como se fuese, Jesucristo habia previsto el ultrage; lo sufrió en silencio, y continuó á instruir el pueblo. — ¡O cuántas virtudes! ¡Cuántos ejemplos nos deja que admirar aquí Jesucristo...!

PUNTO III.

Jesus justifica la sanidad del Paralítico obrada en el dia de Sábado.

Primero. *Autenticidad del milagro.*— «Respondió Jesus, y les dijo: Hice una obra, y todos os maravillais ..» Esto es: yo sé muy bien que se procura escusar todo designio injusto y toda mala intencion. Vosotros quereis perderme, porque ha ya tiempo que en vuestra presencia hice aquí una obra que os pareció una trasgresion de la ley. Sané un paralítico; le mandé caminar, y tomar su lecho, y llevárselo á su casa. He obrado este milagro en un dia de Sábado; veis aquí mi delito; veis aquí lo que entre vosotros me hace odioso; pero para desvanecer vuestras prevenciones, y haceros comprender que nada he hecho que no sea segun orden, solo quiero que me oigais, poniéndoos á vosotros mis-

mos por jueces, y vereis si mi accion es un delito, ó si vosotros no os servís de un falso pretexto, para cubrir y colorir vuestra pasion. — ¡Ah! la sanidad instantánea de un paralítico de treinta y ocho años, obrada por Jesucristo con una sola palabra, era un milagro incontestable, cuya fuerza no podia disminuirse por la circunstancia del sábado quebrantado, y que habria debido ser para los Judíos una prueba decisiva de la verdad de las palabras de Jesucristo, si en materia de religion pudiese haber algo de decisivo contra la prevencion del espíritu, sostenidas por las pasiones del corazon; pero cuando una persona está determinada á no ceder en nada, encuentra siempre que oponer y que contrastar; y en el espíritu del pueblo crédulo basta una circunstancia y una cosa de nada, que se sepa exagerar y hacer valer por inteligentes engañadores, para hacer desaparecer las razones mas sólidas y los hechos mas verificados.

Segundo. *Respuesta de Jesus á la objecion tomada de la circunstancia del Sábado.* — « Por esto Moises os dió la circuncision, no porque ella venga de Moises, sino de los Patriarcas, y circuncidais al hombre en Sábado ¿Si recibe el hombre la circuncision en Sábado, por no quebrantar la Ley de Moises, os indignais conmigo, porque he curado todo un hombre en Sábado... ? » Esto es: Si por observar la ley de la circuncision, no os creeis obligados á observar tan exactamente el dia de reposo, y antes, lejos de escrupulizar, mirais como un acto de religion circun-

cidar sin dilacion uno de vuestros hijos, si acaso ocurre que el octavo dia despues de su nacimiento cae en Sábado, ¿por qué me condenais como si haciendo una obra de caridad, hubiese quebrantado este precepto? La circuncisiou sin duda merece un particular respeto, porque es mas antigua que el mismo Moises; él la encomienda, no como simple ceremonia de la ley, sino como un Sacramento instituido desde el tiempo de Abrahan, y llegado á él de este Patriarca por tradicion; pero las obras de caridad son de la ley natural, la primera y la mas indispensable de todas las leyes. La ley de la misericordia, que me ha hecho obrar la sanidad del Paralítico, es una ley de Dios mas antigua que Moises y que Abrahan. ¿Por qué pues esta sanidad, obrada con una sola de mis palabras en el dia de Sábado, pasará por un sacrilegio, mientras que la circuncision, que en este dia se recibe, y que antes de hacerla requiere preparativos, exige la accion en hacerla, y cuidados despues de haberla hecho, no es opuesta á las leyes del reposo? — Pero ¿cómo una objecion tan opuesta á las luces de la razon y á las reglas de la equidad, destruida tan frecuentemente y tan sensiblemente, podia aun hacer impresion en el pueblo? ¡Ay de mí! Todos nosotros somos pueblo; la calumnia, para hacerse creer, no necesita de otra cosa, que de arrogancia, y de inconstancia.

Conclusion. —Regla para juzgar bien: « No juzgueis segun la apariencia, sino juzgad con justo jui-

cio... » ¿Aquello que se dice está probado? ¿está fundado? ¿es tambien verosímil? Esto es puntualmente lo que no se examina. ¿Y quién es el que lo dice? ¿Contra quién se ha dicho esto? He aquí la regla que nosotros seguimos. Nos dejamos engañar de la reputacion, del nombre, de la esfera, del crédito, de la riqueza, de la multitud y de todo lo que es exterior. Un tono de seguridad, un cuento circunstanciado, una apariencia de ingenio, ó un estilo deleitable nos engañan: nos dejamos llevar de nuestro corazon y principalmente de nuestros odios, de nuestras prevenciones y de nuestros celos. De estos contra aquellos todo nos parece bueno y creible: cámbiense los personages, y entonces haremos juicios del todo contrarios. Estas son las reglas que nosotros seguimos en nuestros juicios: reglas opuestas á la que Jesucristo nos ha señalado, y que nos hacen precipitar en mil culpas, no solo contra la caridad, sino tambien muchas veces contra la fe

Peticion y Coloquio.

¡Ah! haced, o Dios mio, que yo reforme mis juicios, y que en adelante juzgue solamente *con juicio recto*, y no *segun la apariencia*: ó si yo mismo soy la víctima de los falsos juicios de los hombres, haced que con Vos me consuele, o Redentor mio, que tambien habeis querido serlo para servirme de ejemplo. Concededme reconocer, creer y practicar

la doctrina que habeis recibido de vuestro Padre, que por medio de vuestra Iglesia me enseñais y que me debe conducir á Vos. Amen.

MEDITACION CLXXII.

FIN DE LO QUE SUCEDIÓ EN EL TEMPLO CUANDO JESUCRISTO COMPARECIÓ LA SEGUNDA FIESTA DE LOS TABERNACULOS.

S. Juan, c. VII, v. XXV, XXXVI.

Consideremos primero, los discursos de los habitadores de Jerusalen: segundo, la respuesta que les da Jesus: tercero, el discurso del pueblo: cuarto, las palabras que Jesus le dirige: quinto, la interpretacion que los Judios dan á estas palabras.

PUNTO PRIMERO.

Discursos de los habitantes de Jerusalen.

Primero. *Observemos su declaracion.* — « Decian por tanto algunos de Jerusalen ¿no es este aquel que buscaban para matarle..? » Se sabia, pues, en Jerusalen, que las cabezas de la Sinagoga, y los de su conspiracion buscaban á Jesucristo, para quitarle la vida: su animosidad era conocida, y sus designios no eran ya un secreto. No obstante esto,

cuando Jesucristo les hace cargo, y les pide la razon, todo lo niegan con descaro: ultrajan al que solo quiere justificarse, y acusan al mismo como culpado, y poseido del demonio, solamente por haber formado una sospecha tan injuriosa. — ¡O abuso de malicia! no eres tú impenetrable á los ojos de los hombres sensatos y tranquilos ¿cómo, pues, lo serás á los ojos de Dios? O Jesus: Vos sois el que se busca: Vos sois el que quieren hacer morir; y no se os permite siquiera lamentaros. ¡Ah! ¿De qué me podré yo lamentar?

Segundo. *Observemos su respuesta.* — «Y he aquí, que habla públicamente, y nada le dicen; ¿han reconocido acaso los Príncipes que este es el Cristo.. ?»

¡Ah! No era esta la causa de su silencio: era sí; el que á la presencia de un pueblo desinteresado y equitativo, no se atrevian á comparecer delante de aquel que tan frecuentemente les habia quitado la máscara y los habia confundido: esparcir contra él falsos rumores; cargarlo de calumnias en su ausencia; y buscar las ocasiones de arrestarlo para tenerlo en su poder: estos eran sus manejos; y esto es lo que aun hoy dia hacen los enemigos de su nombre y de su Iglesia. Asaltan por todas partes la religion, y ninguno de ellos comparece. Se dejan ver sus defensores; se conocen; pero se esconden sus enemigos... Interceptaciones calumniosas; fingidas anédoctas, fábulas diestramente esparcidas, y de que se ignora la fuente; anotaciones imperti-

nentes y descaradas á los libros que llevan títulos sagrados ó morales ó políticos, y puestas en ellos con estudio, para inducir aun á los simples á leerlas, libelos anónimos y razonamientos falsos é inconsiguientes, mil veces destruidos, y siempre repetidos : he aquí lo que se ve : he aquí lo que se oye. ¿Pero dónde estan los que tiran estos golpes á la religion? Poquísimos tienen la desverguenza de comparecer, y de hacer ver en la frente su nombre; por la mayor parte se estan en las tinieblas, de las que no se atreven á salir, y si se tienen fundadas y racionales sospechas sobre alguno de ellos, este todo lo niega; todo lo desaprueba. Estos por cierto son los incógnitos Maestros que se siguen con placer; estos los conductores ciegos de quienes muchos se dejan guiar.

Tercero. *Consideremos el error de los habitantes de Jerusalen.* — « Pero este sabemos de dónde es y cuando viniere el Cristo, ninguno sabe de dónde sea... »

Esta idea del pueblo podia fundarse sobre el texto de Isaías [*]. « *La generacion de él, ¿quién la explicará?* » Pero si el Cristo debia tener como Dios, una generacion eterna, é inefable, debia tambien tener una como hombre, la cual debia ser conocida, pues segun los Profetas, debia ser hijo de Abraham; de la Tribu de Judá, de la familia de David, y nacer en Belen... Pero cuando alguno

[*] Isai, c. LIII, v. VIII.

se arroga el derecho de interpretar la Santa Escritura sin consultar, y de decidir de las materias de Religion, sin ser capaz de examinar á fondo las cosas, no puede dejar de errar, y el yerro es tanto mas obstinado, cuanto nace de la presuncion, y es sostenido por el orgullo.

PUNTO II.

Respuesta de Jesus.

Jesus en su respuesta nos hace conocer tres Misterios.

Primero. *La verdad de Dios su Padre.* — « Alzaba, pues, Jesus la voz enseñando en el Templo, y diciendo; y me conoceis, y sabeis de dónde soy: y no he venido de mí mismo. Pero es verdadero aquel que me ha enviado, á quien vosotros no conoceis. »

Dios es la eterna esencial y sustancial verdad, y sobre ella está fundado todo el edificio de la fe. Dios ha enviado en el tiempo señalado, y con todas las circunstancias anunciadas por los Profetas, y ha confirmado esta mision, con obras que no pueden venir sino de él, y que no pueden por consiguiente atestiguar, sino la verdad. Jesus Hijo de Dios, enviado de Dios, ha enviado sus Apóstoles; les ha prometido estar con ellos hasta la fin del mundo, y que las puertas del Infierno no prevalecerian ja-

mas contra la Iglesia; con que todo lo que la Iglesia nos enseña como de fe, es segun Jesucristo la verdad de Dios mismo. Los Judíos que no reconocen la mision de Jesucristo; los Cismáticos que se han separado de su Iglesia; los Hereges que no creen lo que ella enseña, dicen, es verdad que conocen á Dios; pero no conocen realmente á este Dios de verdad. Nosotros que no tenemos otra fe que la de la Iglesia, si nos engañásemos, seria Dios mismo el que nos engañaria: y así como estamos ciertos, que este Dios de toda verdad no puede engañarnos, debemos estar seguros de nuestra fe, y prontos, como nuestros Padres, á morir por ella. ¿Pero son estos nuestros sentimientos?

Segundo. *Jesucristo nos hace conocer su generacion eterna.* — «Pero yo lo conozco, porque soy de él...»

Jesucristo como Dios, es la segunda persona de la Santísima Trinidad que procede del Padre, por via de generacion, y su Hijo, su Verbo, su sustancial conocimiento, verdadero Dios de Dios verdadero *, haciendo con su Padre y con el Espíritu Santo un solo y un mismo Dios. Generacion inefable é incomprensible, que solo Jesucristo conoce, porque él es su Hijo adorable. ¡O qué profundidad, qué riquezas, qué esperanzas, qué delicias descubren en este misterio las almas puras al meditarlo, bien que no lo comprendan!

* Simb. Nizen.

Tercero. *Jesucristo nos hace conocer su mision temporal.* —«Pero yo lo conozco porque de él soy, y él me envió...»

Esta mision es la Encarnacion del Verbo con todos los efectos que resultan de ella. Jesucristo es el Verbo encarnado, verdadero Dios y verdadero hombre, una sola Persona, que es la del Verbo. Nosotros lo tenemos todo en Jesucristo, y por Jesucristo, y Dios Padre enviándonoslo y dándonoslo, nos lo ha dado todo... ¿Qué idea debemos nosotros tener de Jesucristo? ¡Ah! tenia bien razon el Santo Precursor en decir que él no era digno de desatar la correa de su zapato. Mi Salvador es hombre como yo; pero es Dios como su Padre. ¿Quién jamas fuera de él podia enseñarnos estos Misterios? Por esto alza la voz en el Templo, para enseñárnoslos sin temor de la conjuracion de los que lo buscan, y sin retraerse por la indocilidad de los que lo escuchan. — Alzad aun esta voz, o Dios mio, hacedla oir á todos los pueblos de la tierra, y todas las naciones os adoren: hacedla oir á mi corazon: ya cree él estas verdades; hacédselas gustar; haced que penetrado de ellas, os manifieste los sentimientos de respeto, de reconocimiento y de amor que le deben inspirar estos grandes Misterios.

PUNTO III.

Discurso del Pueblo.

Primero. *De la inaccion de los Malévolos.* — «Procuraban por esto el prenderlo; pero ninguno le puso encima las manos, porque su hora no habia llegado todavía...»

Casi todos sabian que los Príncipes de la nacion, y las cabezas de la Sinagoga, los Magistrados, los Doctores, los Escribas y los Fariseos buscaban la ocasion de hacer arrestar a Jesus, y que les habrian hecho un grande servicio con entregarlo en sus manos; en el auditorio no faltaban personas dispuestas para ejecutar este designio, y acaso los Fariseos estaban esperando que alguno lo haria; pero, ó sea que los malvados temiesen al Pueblo, ó sea que estuviesen sobrecogidos de la presencia y de los discursos de Jesus, ninguno se atrevió á ponerle encima las manos, *porque su hora no habia llegado todavía.* Nada podian contra Jesus sus enemigos, sino cuando él queria, y no lo queria, sino en el tiempo y en la manera que habia regulado su Padre. ¡Ah! estemos unidos á nuestra cabeza; esperemos como él los momentos de Dios nuestro Padre; sometámonos á su santa voluntad, y nada temamos bajo la proteccion de su Omnipotencia.

Segundo. *De la fe del Pueblo.* «Pero muchos del Pueblo creyeron en él, y decian: ¿el Cristo, hará, por ventura, mas prodigios que los que este hace...?»

Este razonamiento del Pueblo era simple y concluyente, y cortaba todas las dificultades. Los que lo hacian, habian visto muchos milagros de Jesucristo, y habian oido contar una multitud de otros de los que habian visto, y acaso de aquellos mismos sobre quienes los habia obrado... Así, ¿cualquiera que considere sin pasion la Religion Cristiana, su historia, sus dogmas y su moral, los libros del Antiguo y Nuevo Testamento, viendo esta union de todos los tiempos, este testimonio de todas las naciones, este encadenamiento de hechos, esta conducta, y esta divina sabiduría superior á toda fuerza y á toda prudencia humana, podrá no reconocer que Dios solo es el Autor?

Tercero. *Del furor de los Fariseos.* — «Oyeron los Fariseos estos susurros que habia en el Pueblo, en orden á él; y enviaron los Fariseos y los Príncipes (de los Sacerdotes) los ministros para que lo prendiesen...»

Estos discursos que se esparcian, como en voz baja, entre el Pueblo, llegaron á las orejas de los Fariseos, y quedaron espantados; y en vez de rendirse á un razonamiento tan plausible, ó de presentarse á lo menos para combatirlo, corrieron á dar parte de él á los Príncipes de los Sacerdotes, y todos juntos determinaron hacer

arrestar á Jesucristo. El divino Salvador que no podia ignorar las andanzas de sus enemigos y sus movimientos, para asegurarse de su persona, y las órdenes dadas para este efecto, se aprovechó de este intervalo de tiempo, para dejar que sus oyentes no penetrasen que conocia el atentado, que actualmente se meditaba contra él, y para apartarse de sus pesquisas, no queriendo prevenir la hora señalada por su Padre, ni hacer milagros para librarse de las manos de sus enemigos. ¡Qué ceguedad, qué furor por una parte! ¡y por otra, qué bondad, qué dulzura, qué paciencia, qué humildad!

PUNTO IV.

Palabras de Jesus enderezadas al Pueblo.

Primero. *Jesus predice su próxima muerte.*— « Les dijo pues Jesus: por poco estoy aun con vosotros, y voy á aquel que me envió... »

Era de suma importancia para los Judíos el aprovecharse de aquel poco tiempo que habia de estar Jesus con ellos. ¡Ah! ¿es, por ventura, menos importante para nosotros el aprovechar bien el tiempo, durante el cual está este mismo Jesus con nosotros, como Salvador, y despues del cual será nuestro Juez? ¡Ay de mí! si comprendiésemos bien cuán breve es este tiempo, no lo perderiamos inútilmente; no dilatariamos nuestra conversion, y nues-

tra santificacion ; no nos causarian sentimiento los objetos de que conviene despegarse, ni temeriamos la pena que esto nos debe costar.

Segundo. *Jesus predice á los Judíos sus vanas pesquisas.* —« Me buscareis, y no me encontrareis...»

Despues que Jesucristo subió á los cielos, los Judíos incrédulos lo han buscado , como persona privada, haciendo todos sus esfuerzos para abolir su nombre , y su memoria , y para destruir su Iglesia ; pero no han podido salir con ello : lo han buscado , y lo buscan aun ahora como Mesías , esperando el Libertador prometido , que no han querido reconocer cuando lo han tenido. Lo llaman, lo invocan en la larga esclavitud que sufren, y en el exceso de las calamidades donde estan oprimidos; pero buscan y esperan en vano otro Libertador , fuera de aquel mismo que han crucificado. Tales son los vanos esfuerzos del impío contra Jesus; tal es la vana esperanza del pecador , el cual querria salvarse por otro camino que por el de la Cruz , y por la renuncia de su pecado, y querria pasar toda su vida en su desorden , mantenerle siempre el afecto hasta la muerte , y encontrar despues un Salvador propicio, en vez de un Juez severo é inexorable... ¡Ah! busquemos á Jesus mientras podemos, y de la manera con que puede ser hallado. ¡Ay de mí! él mismo nos busca , y se ofrece á nosotros, no lo desechemos; de otra manera , vendrá el tiempo, en que lo buscaremos en vano.

Tercero. *Jesus predice á los Judíos su impenitencia*

final. — « Y donde yo estoy, no podeis vosotros venir... »

Jesus, como Dios, estaba en el cielo, y en el seno de su padre : Jesus, como hombre, gozaba aun en esta vida de la vision beatífica; cosa que no pudieron obtener sus mas amados discípulos, sino despues que murieron *. Jesus, como hombre, debia despues de su Resurreccion subir al cielo, y allí sentarse á la diestra de su Padre ; allí iba él : allí lo debia conducir su pasion, y allí irán despues de la muerte, para vivir y reinar con él eternamente sus siervos fieles, que morirán en su gloria **. Cuando, al contrario, los Judíos incrédulos, igualmente que los pecadores que morirán en su pecado, jamas podrán ir allí ***. ¡Cuán deseable eres tú, o muerte, en la gracia de mi Dios ! ¡ O muerte en el pecado, cuán terrible eres! ¿Cómo, pues, es posible, ¡ay de mí! que la mayor parte de los hombres nada trabaje para obtener la primera, y que emprenda sin temor todo cuanto puede conducirlos á la segunda?

* S. Juan, c. XIII, v, xxxiii.
** S. Juan, c. XII, v. xxvi,
*** S. Juan, c. VIII, v. xxi.

PUNTO V.

Discursos de los Judíos.

Lo primero. *Consideremos en sus discursos un espíritu de ligereza y de disipacion.* — Decian por esto entre sí los Judíos : dónde, pues, irá este, que nosotros no lo encontremos?»

Despues de haberles hablado Jesucristo, se retiró del Templo, y los abandonó á sus propias reflexiones; pero en lugar de reflexionar útilmente sobre sí mismos, sobre su indocilidad, sobre su endurecimiento, sobre los castigos que merecian, y de que estaban amenazados; y en lugar de aprovecharse de los primeros rayos de fe que habian comenzado á resplandecer á sus ojos, se entretuvieron solamente en hacer infructuosos comentarios sobre lo que poco antes habian oido á Jesus. ¿Dónde, pues, irá él? iba diciendo entre sí mismos. ¿Dónde se esconderá que nosotros no podremos hallarlo? — ¡Ah! Guardémonos de hacer semejantes comentarios á las palabras de Jesucristo : pasemos sobre lo que ellas pueden tener de oscuro ó de dificil : evitemos todas las preguntas curiosas é inútiles : busquemos solamente nuestra instruccion, nuestra edificacion, nuestra enmienda, y nuestro adelantamiento en la virtud.

Lo segundo. *Consideremos en el discurso de los Judíos un espíritu de malicia, y de envidia.* — « An-

dará por ventura entre las naciones dispersas, y predicará á los Gentiles...?»

No, Judíos ciegos, no; no andará: y vosotros no suponeis en él una tal intencion por otra cosa, que por hacerle de eso un delito; pero vendrá un dia en que vuestra indocilidad, obligará á sus Apóstoles á andar á esas naciones: y vosotros bien presto, despues de vencidos, y echados de vuestra heredad, os vereis obligados á ir á mostrar á las naciones de que sereis el oprobio, la enormidad de vuestro delito, y la perpetuidad de vuestro castigo. ¡Ah! y cuántos de estos espíritus malvados, y envidiosos se ven, que ni quieren ellos aprovecharse de las instrucciones que se les dan, ni sufren que se aprovechen otros. A sus ojos es un delito que un hombre apostólico sea infatigable en hacer á todos bien, y que le sean agradecidos.

Lo tercero. *Observemos en el discurso de los Judíos un espíritu de befa y de desprecio.* — «¿Qué hablar es este que él tiene: me buscareis, y no me encontrareis; y donde yo estoy no podeis vosotros venir...?»

Es muy verosimil que los Judíos, solo por burlarse de Jesucristo, y por una especie de insulto, repitiesen sus palabras, y anduviesen diciendo los unos á los otros, ¿qué quiere, pues, decir este? ¿Qué modo de hablar es este que tiene? ¿Quién podrá comprender un discurso semejante? ¿Qué sentido tienen estas palabras? Podemos mirar como el último grado de obstinacion y ceguedad, aquel

espíritu de burla que hace aquel pecador, no comprendiendo las cosas de Dios, ponga en ridículo los misterios mas adorables, y tome á juego con insolencia las mas terribles amenazas, de que él mismo debe ser un dia la víctima eterna.

Peticion y Coloquio.

¡Ah! Señor: lejos de hacerme culpable de semejantes blasfemias, estaré siempre lejos de oirlas; y si por mi desgracia viniese á quebrantar vuestra ley, no me dejaré llevar á este colmo de maldad y de impiedad, de insultar vuestra suprema magestad, y de cerrarme todos los caminos que llevan á vuestras misericordias. ¡Ah! Preservadme, o Dios mio, de aquella terrible amenaza; de aquel Juicio preventivamente pronunciado contra los Judíos ciegos y obstinados en no querer conoceros; y concededme la dicha de ser fiel á vuestra gracia; *de creer vuestras palabras;* y de practicar vuestros santos mandamientos. Amen.

MEDITACION CLXXIII.

JESUS COMPARECE DE NUEVO EN EL TEMPLO EL ULTIMO DIA DE LA FESTIVIDAD.

S. Juan, c. VII, v. XXXVII, XXXIX.

Primero. Atendamos el discurso que hace Jesucristo. Segundo. Meditemos la explicacion que hace de el el Evangelista. Tercero. Observemos la razon que alega el Evangelista de no haber dado aun el Espíritu Santo.

PUNTO PRIMERO.

Discurso de Jesucristo.

Lo primero. *Del celo que Jesucristo muestra en este discurso.* — « Y en el último dia de la fiesta, se estaba Jesus en pie; y en alta voz decia.»

Habian los Príncipes de los Sacerdotes dado las órdenes necesarias para arrestar á Jesucristo la segunda fiesta de los Tabernáculos; pero los ministros de Justicia habian llegado al Templo, cuando el Divino Salvador ya habia salido de él. En el dia

siguiente y en los demas, que no eran festivos no compareció Jesus, y como no se sabia el lugar, donde se hubiese retirado, fue necesario esperar al último dia de la solemnidad, que era entre los Judíos el mas grande de todos. Jesus no dejó de ir é igualmente fueron tambien aquellos, que lo debian arrestar, pero su celo animado del gran concurso del pueblo, no tuvo miedo de la violencia de sus enemigos. Entró con una noble y magestuosa intrepidez, se estuvo en pie, alzó la voz, habló con autoridad, y todo el mundo lo escuchó en silencio. Hablad ahora á mi corazon, o divino Jesus; habladle en alta voz, porque está lejos de Vos; Reina en él el estrépito, y el tumulto, se sienten dentro de él mil voces confusas, alzad Vos la vuestra, Señor, callen todas las otras, y si en él teneis Vos aun enemigos, echadlos fuera, ó reducidlos al silencio. Escucha alma mia, las palabras de tu Salvador, ya que él se digna de instruirte y de manifestarte su amor.

Lo segundo. *Del convite, que Jesus hace en este discurso.* — « Decia, si alguno tiene sed venga á mí, y beba,..»

¡Ay de mí! ¿Qué cosa es esta tierra, sino un seco desierto, y un terreno ardiente, cuyos habitadores todos estan atormentados de una sed cruel, que nada puede apagarla? Dad una ojeada á todos los trabajos, á que se dan los hombres: solo por apagar la sed, que los abrasa, estan en un tal continuo movimiento. ¡Insensatos! ¿Dónde correis? ¿No os

desengañará jamas vuestra experiencia? Los objetos, tras que correis, las aguas cenagosas y envenenadas, que vosotros bebeis, bien lejos de aliviar vuestra sed, sirven mas bien para irritarla y para atormentarla siempre mas. ¡Ah! Bien lo he experimentado yo mismo: pero, alma mia, vuelve, vuelve á tu Salvador; vuelve á aquella fuente inexhausta de aguas puras y vivas, que solas pueden, no solo aligerar tu tormento y hacerte desabridos todos los bienes y placeres de la tierra: sino tambien colmarte de santas delicias y llenarte de bienes infinitos. Sí; el interior recogimiento, la union con Jesucristo, la meditacion de sus misterios y la participacion de sus sacramentos, son las fuentes únicas y abundantes, en que podemos calmar plenamente nuestra sed y hallar la verdadera felicidad. ¡Ah! ¿Por qué no bebemos de ellas? Nos convida el mismo Jesucristo.

Lo tercero. *De los bienes, que Jesucristo promete en este discurso.* — « El que cree en mí, brotarán (como dice la Escritura) de su seno rios de agua viva... * »

Creyendo, y por medio de la fe, se va á Jesucristo. Cuanto mas viva es la fe, tanto mas nos acercamos á él, y á la medida que la fe se disminuye, nos vamos alejando de él... Por esto, queremos saber cuál sea nuestra fe, juzguémoslo de lo que ella obra... A los que van á Jesus, con una fe viva, y con una sed ardiente de su salud y de su

* Isai, c. XLIV, v. III, LVIII, v. XI.

perfeccion, les promete el Salvador hartarlos y llenarlos con tal abundancia, que ellos mismos vendrán á ser para los otros una fuente de gracias, de edificacion y de salud. Esto es cabalmente lo que se ha visto en los Santos, y esto es lo que vemos en las almas fervorosas, cuyos entretenimientos estan todos llenos de Dios, y cuyos discursos se derraman, como rios abundantes, que fecundan los corazones y producen en ellos frutos de conversion, de fervor y de perfeccion. ¿Somos nosotros de este número? ¿Y por qué no lo somos?

PUNTO II.

Explicacion que da el Evangelista al discurso de Jesucristo.

« Ahora, esto lo dijo en orden al espíritu que habian de recibir los que creian en él; porque no habia sido dado aun el espíritu... »

Primero. *¿Cuál fue el tiempo en que recibieron el Espíritu Santo los que creian en Jesucristo?* Fue el dia de Pentecostes : cincuenta dias despues de la Resurreccion del divino Salvador, y diez dias despues de su Ascension. Este término no estaba lejos; debia llegar antes que se acabase el año. De esta manera Jesucristo, con positivas predicciones, bien que envueltas en figuras, disponia los corazones á una fe perfecta.

Segundo. *¿Cuál es el tiempo en que nosotros que*

creemos en Jesucristo, recibimos el Espíritu Santo? — Lo recibimos en una manera particular en el Sacramento de la confirmacion; y esto no impide que lo recibamos tambien en el Bautismo, y en todos los otros Sacramentos, porque todo lo que se hace en la Iglesia, todos los misterios de Jesucristo; todo se hace por operacion del Espíritu Santo.

Tercero. *¿En qué manera no se habia dado aun el Espíritu Santo?* — No habia venido, ni se habia dado con la magnificencia y magestad de un Dios, y con las señales sensibles de su Divina Persona. No se habia dado aun con aquella abundancia de dones, de luces y de fuerzas para obrar milagros, y enseñar toda verdad, y para cambiar en un instante los hombres en hombres nuevos. Bien que hayan cesado las señales y los dones, porque ya no son necesarios, no dejamos por eso de participar de la misma comunicacion del Espíritu Santo que recibieron los Apóstoles. Aun hoy dia el Espíritu Santo da á los Sacerdotes mayor potestad; y enseña á los simples fieles mayor abundancia de verdades, de lo que jamas se hayan comunicado á los Patriarcas y á los Profetas. ¡Ah! Para hacernos Santos no nos falta otra cosa que pensar y reflexionar en la sublimidad de nuestro estado, consultar al Espíritu Santo, que hemos recibido, y dejar que él mismo gobierne nuestro corazon. ¡Ay de mí! ¡De qué culpa somos reos, si no lo hacemos!

PUNTO III.

Razon que alega el Evangelista, por qué no habia sido aun dado el Espíritu Santo.

« No se habia aun dado el Espíritu Santo, porque no habia estado aun glorificado Jesus... »

¿Por qué razon no se dió el Espíritu Santo, sino despues que Jesucristo fue glorificado? Podemos para nuestra edificacion considerar muchas razones, tomadas de cada una de las tres Pesonas de la Santísima Trinidad.

Primera razon tomada del Padre, y de la Divina economía de sus designios. — Dios ha querido dar un Salvador á los hombres, y se lo ha prometido desde el principio del mundo. Ha querido que el cumplimiento de esta grande promesa fuese largo tiempo esperado por muchas generaciones : que la venida de este Salvador fuese despues anunciada por medio de figuras ; que su vida, sus acciones, sus cualidades fuesen ordenadas, y que fuese señalado y predicho por los Profetas el tiempo de su venida, y finalmente, que él mismo compareciese, como Hijo de Dios; que enseñase y cumpliese todo aquello que fuese recibido en el seno de la gloria, antes de enviar el Espíritu Santo á los hombres, para darles la inteligencia de todos los caminos de Dios, de todos los Misterios, y de todas las verda-

des de la Religion revelada. En una palabra, todo debia estar cumplido antes que el Espíritu Santo viniese á enseñar todas las cosas.

Segunda razon tomada de parte del Hijo : de su Santa Humanidad, y de la constitucion de su cuerpo místico. — En Jesucristo hay una Persona sola, que es la segunda de la Santísima Trinidad ; pero tiene dos naturalezas. Por la Divina, es con el Padre el principio de que procede el Espíritu Santo, por la Humana ha venido á ser nuestra cabeza, y nuestro Redentor, y por su muerte ha satisfecho por nuestros pecados, y nos ha merecido los dones del Espíritu Santo : se necesitaba que todo fuese cumplido, y que Jesucristo segun su Humanidad, fuese á la gloria del Padre, para enviar solemnemente su espíritu, y comunicarlo á todos sus miembros.

Tercera razon tomada de parte del Espíritu Santo. — La comunicacion del Espíritu Santo á los hombres era el precio de la obediencia de la muerte, y de los méritos del Hijo de Dios hecho hombre. En vista de estos méritos, la Iglesia de Jesucristo lavada y purificada en su Sangre venia á ser la Esposa del Espíritu Santo. Este Santo Espíritu habia comenzado á formarla desde los primeros dias del mundo. Habia instruido á los Patriarcas, dictado su ley, é inspirado á los Profetas. Cumplidos los tiempos para la venida del Salvador, previno con sus dones la Madre que lo debia llevar, formó en su seno la Santa Humanidad que nos debia salvar; le dió la

union de la Divinidad, y sobre él reposó á la vista del Precursor que habia santificado. Luego que la Sangre del Cordero de Dios hubo purificado la tierra, y este divino Redentor entró en el Cielo á la diestra de su Padre, entonces solamente convenia que el Espíritu Santo hiciese con la Iglesia aquella alianza solemne, por la que se empeñaba á no abandonar jamas aquellos que creyesen en Jesucristo, aquellos que se viniesen, ó sucediesen en aquella sociedad de hombres reconocidos por discípulos de Jesus, y á la cual bajando visiblemente sobre ellos, imprimia el sello de su verdad, de su amor, y de su divinidad. — Qué felicidad vivir en estos dichosos dias en que vemos cumplidos todos estos misterios, y en que gozamos de ellos con seguridad y con abundancia.

Peticion y Coloquio.

O gran Dios, ¡cuán admirables son vuestras obras! os adoro, o Padre omnipotente, que tan grandes cosas habeis hecho por nosotros; os adoro, o Hijo liberal, é infinito en misericordias que habeis sufrido por nosotros, y nos habeis merecido favores tan grandes. Os adoro, Espíritu Santo, que habeis comenzado, perfeccionado, y consumado tan grandes misterios; o Santísima Trinidad, seais para siempre alabada y bendita de todas las criaturas. Amen.

MEDITACION CLXXIV.

EFECTOS, QUE PRODUJO EN EL PUEBLO EL DISCURSO HECHO POR JESUCRISTO LA ULTIMA FIESTA DE LOS TABERNACULOS.

S. Juan, c. VII, v. XL, XLIV.

Primero. Excita en él diversos sentimientos. Segundo. Hace suscitar una objecion contra Jesucristo. Tercero. Puede inducirnos á nosotros mismos á hacer una pregunta.

PUNTO PRIMERO.

De los diversos sentimientos del pueblo.

Las pocas palabras, que refiere el Evangelio, dichas por el Redentor en esta ocasion, y que no podia entender el pueblo, fueron verosímilmente el preliminar de un discurso mas largo, y mas adaptado á la capacidad de los oyentes: sea como se fuese, lo que sucedió en esta Asamblea es lo que vemos suceder en el mundo.

Lo primero. *Algunos tienen solamente una fe im-*

perfecta.—«Muchos de aquella multitud, habiendo oido estos sus discursos, decian; este es verdaderamente un Profeta... » No basta decir esto... Hay algunos entre nosotros, que tienen de Jesucristo, y de su Iglesia una fe debil, y mal fundada; una fe de educacion, y por decirlo así, de nacion, y de clima, una fe que tiene sus dudas, y sus restricciones, siendo así, que la fe es indivisible. Jesucristo se ha dicho Hijo de Dios; y ha prometido la infalibilidad á su Iglesia: ó él es Hijo de Dios, y la Iglesia es infalible: ó es un engañador, un impío, y la Iglesia es una fábula, una quimera. Si nos causan horror estas blasfemias, es prueba de que tenemos fe en Jesucristo, en su doctrina, y en sus promesas, une fe entera, é inconcusa, una fe llena de respeto, de confianza, y de amor.

Lo segundo. *Otros tienen una fe perfecta.*—«Otros decian, este es el Cristo... » Es el Mesías prometido, y que esperamos. Estos tenian razon, y de hecho confrontando los discursos de Jesucristo con sus acciones; su doctrina con sus milagros, los hombres imparciales, y desapasionados, estaban en necesidad de confesar que él era el Cristo, y el Mesías prometido; y este es el juicio que hará cualquiera, que se halle en las mismas disposiciones, y haga las mismas reflexiones. Sí, o Señor, Vos sois el Cristo, el Hijo de Dios: yo lo creo.

Lo tercero. *Otros combaten la fe, con el razonamiento, y con la Escritura.* — «Otros decian; pero qué ¿vendrá el Cristo de la Galilea? No dice la

Escritura * que de la estirpe de David, y del Lugar de Belen donde habitaba David, vendrá el Cristo...?» Al impío no le faltan jamas razonamientos, ni al Herege textos de la Escritura, para mantenerse en sus prejuicios. Estos razonamientos, y estos textos vienen diestramente insinuados, publicados, y esparcidos por las cabezas de la impiedad y del error, y despues adoptados, y repetidos por una multitud de personas las menos considerables del vulgo, creyendo con esto poderse echar fuera de esta vil clase con el orgullo, y con la temeridad.

Lo cuarto. *Hay tambien disensiones sobre el artículo de la Religion.* — « Nació, pues, por respeto de él division en la multitud... » Los primeros no podian contrastar la evidencia de los hechos, por una dificultad, de que á la verdad, no veian la solucion, pero que no destruia los hechos. Los otros muy satisfechos de la objecion que proponian, y que fomentaba su vanidad, cerraban los ojos á todo lo demas, y ni aun sospechaban, que en su razonamiento, ó en su interpretacion pudiese haber falsedad. Y así, cada uno se quedó en su sentimiento. Los unos encuentran la verdad en su humilde docilidad; los otros el error en su orgullosa obstinacion.

Lo quinto. *La Iglesia no padece, sino cuanto Dios permite.* — « Y algunos de ellos querian prenderlo; pero ninguno le puso encima las manos... porque

* Mich., V, v. ii.

no habia aun llegado su hora... » Era facil á los Ministros de Justicia enviados por el Consejo de los Judíos el prender á Jesus, principalmente en el tumulto, y en la confusion, en que estaba la asamblea : ellos habian venido con intencion de ejecutar la orden recibida, y pensaron en ello; pero no se atrevieron á ponerlo en ejecucion. Penetrados de veneracion por la persona de Jesucristo, y encantados de sus discursos, lo escucharon con atencion y respeto, y despues de su instruccion, dejaron que se retirase del Templo, y se retiraron tambien ellos, sin haber intentado contra él cosa alguna.— Respecto de la Iglesia no tengamos temor alguno : si tiene quien la combata; esta es su porcion, y la tendrá siempre : y si tiene quien la persiga no harán estos contra ella, sino solo cuanto Dios les permitirá, y su persecucion misma le servirá de aumentar su felicidad, y su gloria.

PUNTO II.

De la objecion hecha contra Jesus.

Esta objecion consistia en decir, que Jesus era de Galilea, y no de Belen, y de la familia de David. En esta objecion hay muchas cosas, que observar.

Primera. *Que no era esta sola la objecion que se hiciese.* — Se hacian en toda suerte de ocasiones, por toda suerte de personas, y se haciau tambien de las contradictorias á esta. El Mesías, decian, debe dar el ejemplo de la observancia de la Ley, y

este la quebranta, obrando sanidades en dia de Sábado. El Mesías debe venir, sin que se sepa de dónde viene, y ya se sabe de dónde viene este... El Mesías debe ser de Belen, y este es de Galilea... He aquí como la impiedad, y la heregía esparcen contra la fe objeciones diversas, y aun contradictorias, para que cada uno adopte la que mas le guste; y para que todos se dejen sobrecoger de alguna, se les permite abandonar las otras, y aun burlarse de ellas, y detestarlas. Por esto en el Impío, y en el Herege no se sabe hacer mas, que combatir, porque no se sabe lo que sostienen: y entretanto estan siempre dispuestos á abandonar un punto, por defenderse sobre otro. No es así de la doctrina de la Iglesia; todos los puntos de su creencia son fijos, y unidos entre sí: ella los sostiene todos con igual firmeza, y desecharia á cualquiera, que abandonase uno solo.

Segunda. *Conviene reflexionar que esta objecion nada tiene de sólido.* — Primeramente nada de sólido en sí misma. — Jesus es de Galilea, esto es, ha demorado en Nazareth, y allí está su familia. ¿Prueba esto, por ventura, que esta familia no pudiese ser la de David? ¿Prueba esto acaso que no pueda él mismo haber nacido en Belen? He aquí los razonamientos de los incrédulos de nuestros dias; estos se venden por Filósofos; y si se redujesen á la forma exacta del silogismo las frases pomposas y floridas expresiones con que cubren su miseria, podrian acaso no avergonzarse de sus propios

pensamientos?—Segundo. Nada de sólido contra las pruebas que Jesucristo daba de su mision. — Aun cuando no se hubiese hecho alguna reflexion sobre la naturaleza de la objecion, todo á lo mas hubiera sido una dificultad, de que alguno hubiera ignorado la solucion. Ahora una dificultad no destruye la evidencia. Jesus se dice el Mesías; todo concurre á hacerlo creer, y él lo prueba con milagros verificados é innumerables, luego yo creo que él lo es. Pero el Mesías debe ser de la familia de David; creo tambien que ciertamente lo es. El Mesías debe nacer en Belen. Creo tambien que en Belen ha nacido. Pero Jesus es de Galilea: esto es lo que no comprendo, esto es lo que yo no examino: yo sé su vida, oigo sus discursos, veo sus milagros, esto basta para mí: vuestra objecion no destruye cosa alguna: ella tiene su respuesta, bien que la ignore; cuando llegará el tiempo, ella encontrará su declaracion. — Así pensaba el pueblo fiel, y todos los razonamientos de los Fariseos no impedian que los miserables, que conocian el poder de Jesucristo, le gritasen detras: « Hijo de Dios, tened piedad de nosotros *... » Empleen pues impío y herege toda su sutileza para engañar; el mas simple de los fieles se hallará en estado de responder al primero: el Cristianismo está probado, y al segundo: La Iglesia es infalible. Vuestra objecion no destruye cosa alguna, ni puede hacer impresion sobre mi espíritu.

* S. Mat., c. IX, v. XXVII.

Tercera. *Es necesario reflexionar que esta objecion estaba apoyada en vano.* — Era falso que Jesus fuese Galileo de nacimiento, y que hubiese nacido en Nazareth. Él habia nacido en Belen, y era él solo heredero del ramo primogénito de David; y por consiguiente, heredero de su trono, y el legítimo rey de Israel. No obstante se suponia lo contrario con una total seguridad, hasta decir que se sabia por todos, y que ninguno dudaba del hecho... He aquí los juicios de los hombres y principalmente de los incrédulos: suponen estos con descaro; aseguran con temeridad, y hacen pompa de un profundo saber tan falso cuanto engañoso. — Pero no nos dejemos engañar de un tono tan decisivo; supongamos de nuestra parte que se pueden muy bien engañar en sus razonamientos y en sus suposiciones.

Cuarta. *Se debe reflexionar que esta objecion servia de prueba.*—Esta objecion era por sí misma el cumplimiento de lo que habian dicho los Profetas, *que seria llamado Nazareno*; y por consiguiente el nombre mismo de Galileo que se le daba, probaba su mision, bien lejos de destruirla. — Para los corazones fieles y á los ojos iluminados todo se convierte en prueba... Luego nuestra fe ni es conmovida por el escándalo de la impiedad, ni por la obstinacion de la heregía. El uno y la otra han sido predichos, y vienen á ser una prueba de esta verdad revelada: Es necesario que haya escándalos; es necesario que haya heregías *.

* S. Mat., c. XVIII, v. VII. — S. Paul, I, ad Cor., c. XI, v. XIX.

PUNTO III.

Una pregunta que aquí se puede hacer.

Aquí se puede preguntar: ¿Por qué razon no desatase el Salvador la dificultad de los Judíos sobre el lugar de su nacimiento; siendo así que podia hacerlo con una palabra...? Sobre esta pregunta y sobre otras semejantes que tocan á la conducta de Dios, tenemos aquí tres puntos que tratar...

El primero. *Del peligro que hay de hacer semejantes preguntas.* — ¡Ay de mí! tenemos, y esto es cierto, tenemos una grande propension á preguntar á Dios y pedirle cuenta de su conducta, sin pensar que á nosotros toca darle á él cuenta de la nuestra. Todo lo que Dios hace es bueno, justo y sabio: esto es lo que á primera vista debia bastar para humillar nuestro espíritu. Con estas preguntas sobre la conducta de Dios, si no usamos de toda la precaucion posible, nos exponemos á turbar nuestra fe, á enflaquecerla y aun á perderla. Han introducido ya en el mundo semejantes preguntas la incredulidad, y la sostienen, y la dilatan mas cada dia. Toda la ciencia del incrédulo se reduce á preguntar ¿por qué ha hecho Dios esto? ¿y por qué no ha hecho lo de mas allá? En estas preguntas se pierde y pierde á aquellos que lleva consigo el que las hace... La respuesta á todas ellas es facil, y nos la dicta la recta

razon. Dios no está obligado á darnos cuenta de su conducta; son muy altas sus miras, son muy altos sus caminos, y muy estrechos los límites de nuestro espíritu, para poder alcanzarlos. Nuestra porcion aquí en la tierra es una fe sumisa, apoyada sobre pruebas evidentes, que no pueden ser destruidas por esta suerte de preguntas. Vendrá el dia, y será necesario esperarlo, en que manifestará la razon de todas las cosas, y bienaventurados aquellos que habrán creido sobre la palabra de Dios.

El segundo. *Del orden que se debe tener en semejantes preguntas.* — Antes de pedir á Dios cuenta de su conducta, es necesario pedir cuenta á los hombres de la suya. Por esto preguntemos aquí primeramente ¿por qué los Judíos mismos no aclararon la dificultad de que se trataba? Ninguna cosa era mas importante, á lo menos para aquellos que por sola esta razon se obstinaban contra todas las otras pruebas, y particularmente contra milagros tan sin número y tan estrepitosos. Los parientes de Jesucristo estaban actualmente en Jerusalen: podian informarse de ellos de qué tribu eran y de qué familia. Jesus no era tan avanzado en edad que no se pudiesen hallar personas de Nazareth que hubiesen podido decir si era ó no cierto que habia nacido allí. Podian fácilmente encaminarse á su madre, y sobre su testimonio podia tambien el gran Consejo enviar á Nazareth y á Belen para asegurarse de la verdad. Pero nada hacen de todo esto: sobre una cuestion de tanta importancia no dan un paso, ni

hacen la menor diligencia jurídica. ¿Y por una tal inaccion? ¡Ah! ¿quién no ve luego la razon? Los incrédulos de aquel tiempo, como los de todos los demas. Las cabezas de los Judíos y sus partidarios, bien lejos de querer aclarar esta dificultad, estaban encantados por haberla inventado ú oido, de poderla oponer á las pruebas evidentes contrarias, de sembrarla en todas las asambleas del pueblo, y de engañar con esto á los unos, y cerrar la boca á los otros. Parece tambien que la hiciesen valer aun mas de aquello que ellos mismos pensaron. ¿Podian ellos acaso ignorar totalmente lo que tantos miserables sabian, y que por todas partes llamaban á Jesus Hijo de David? Luego si en vez de pedir cuenta á Dios de los desórdenes que reinan entre los hombres, la pidiéramos á ellos mismos, no encontrariamos por todas partes otra cosa que negligencia, pereza, indiferencia, malicia, enormidad, y pecados de todas las especies, que justificarian con evidencia los castigos que Dios ejecuta sobre los culpados. El verdadero origen de los desórdenes procede de que los hombres prefieren las tinieblas que aman á la luz que aborrecen*.

El tercero. *Del respeto con que se debe responder á semejantes preguntas.* — Podemos preguntar con fruto las razones de la conducta de Dios, cuando lo hagamos solo para adorar sus caminos, para entrar y conformarnos con sus designios, y para instruirnos

* S. Juan, c. III, v. XIX.

y edificarnos nosotros mismos. Con este espíritu podemos considerar que Jesucristo no hablase de su familia y del lugar de su nacimiento. Lo primero, porque Dios, en la comunicacion de sus luces, y en la distribucion de sus gracias, no se regula sobre nuestra pereza, sino sobre nuestras verdaderas necesidades. Manifiesta, es verdad, manifiesta Jesucristo á los Judíos su divinidad y su generacion eterna, bien que por su culpa no quisiesen darle crédito, porque no podian aprenderla sino de él mismo; pero nada les dijo de lo que por sí mismos podian saber. Haced vosotros lo que podeis, y pedid lo que no podeis. Segundo. Porque Dios en la conducta que tiene con nosotros, se regula sobre su sabiduría, y no sobre nuestra malicia. Nos da abundantemente las luces y los socorros que necesitamos; pero cuando abusamos de los bienes que nos da; cuando obstinadamente resistimos á sus luces y á sus gracias, querer que la aumente á proporcion de nuestra obstinacion, es querer una necedad. Caminemos á Dios con la rectitud de nuestros corazones, que jamas nos faltará él. Aprovechémonos de las gracias que nos hace, y nos hará otras mayores. Si tal vez ha vencido Dios con magnificencia la obstinacion de ciertos pecadores, él es el Señor. ¿Quién podrá jamas investigar la profundidad de su ciencia y de su sabiduría * ?... Pero hacer gran cuenta de un semejante milagro, y pedírselo, lo repito aun otra vez, es una suma necedad.

* Ad Rom., c. XI, v. XXXIII.

Peticion y Coloquio.

Adoro , o Dios mio , la profundidad de vuestros caminos ; todo en Vos es santo, justo y sabio ; Vos nos colmais de vuestros bienes ; Vos nos prevenís ; nos convidais, nos ayudais y yo me pierdo. Si lo yerro, si me condeno, toda la culpa es mia. ¡ Ah ! lejos de mí, o Señor , aquel orgullo del espíritu, y aquella corrupcion del corazon que resiste á todos los medios de la salvacion. Amen.

MEDITACION CLXXV.

DE CUANTO SUCEDE EN EL CONSEJO DE LOS JUDIOS EL ULTIMO DIA DE LA FIESTA DE LOS TABERNACULOS.

S. Juan, c. VII, v. XLV. LIII.

Observemos primero el testimonio que dan los Soldados de justicia enviados para arrestar á Jesus. Segundo. La respuesta de los Fariseos á este testimonio. Tercero. La representacion que á este propósito hace uno de los Senadores. Cuarto. La respuesta de los Fariseos á esta representacion.

PUNTO PRIMERO.

Testimonio de los Soldados de justicia enviados para prender á Jesus.

«Volvieron, por tanto los ministros á los Fariseos y á los Príncipes de los Sacerdotes; los cuales les dijeron: ¿por qué no lo habeis traido? Respondieron los ministros: ningun hombre ha hablado jamas como este hombre...»

Como se esperaba infaliblemente que Jesucristo compareceria de nuevo en el templo, el último dia

de la fiesta de los Tabernáculos se tuvo un gran Consejo, á que intervinieron los Pontífices, los Sacerdotes, los Príncipes ó cabezas del Pueblo, y los Fariseos. Habian estos enviado soldados ó sea ministros del Pueblo para arrestar á Jesus, cuando hubiese allí comparecido; pero estos se estuvieron escuchándole, sin atreverse á emprender contra él cosa alguna. Entre tanto los esperaban con impaciencia en el Consejo, y cuando los vió volver sin Jesus, les preguntaron los Pontífices y los Fariseos: «¿Por qué no lo habeis vosotros traido...? Toda la respuesta que estos pudieron darles, fue decir: «ningun hombre ha hablado jamas como este hombre...» Si un solo discurso de Jesucristo habia hecho sobre ellos tan grande impresion, ¿qué impresion no debe hacer sobre nosotros la union de todos sus discursos, que nos han conservado los Evangelistas? Llamémosnoslos á la memoria algunas veces, y exclamemos con estos ministros del Templo... «Ningun hombre ha hablado jamas como este hombre...»

Primero. *En cuanto á la moral.* — Ningun hombre ha dado jamas reglas tan puras y tan santas; ninguno ha ordenado para con Dios tanta piedad, tanta sinceridad, tanto respeto, tanto amor, tanta confianza; para con el prójmo tanta caridad, compasion, generosidad, paciencia; para nosotros mismos tanta abnegacion, tanta sobriedad, tanta caridad, tanto desinteres.

Segundo. *Cuanto á su origen.* — Ninguno se ha

hecho jamas creer por Hijo de Dios, existente en el seno de Dios antes de haber nacido sobre la tierra, conociendo todos los secretos de Dios y haciendo con él una misma cosa.

Tercero. *Cuanto á su ministerio.* — Ninguno ha dicho jamas, que ha venido al mundo para salvar á los hombres de sus pecados, para ser la fuerza de los débiles, el consuelo de los afligidos, la luz del mundo, el camino, la verdad, la Resurreccion, y la vida, para ser el Juez Supremo de los hombres, resucitarlos y querer dar á cada uno segun sus obras, ó una vida eterna, ó un eterno suplicio.

Cuarto. *Cuanto á la adhesion y amor, que le debian sus discípulos.* — Ningun maestro ha dicho jamas á sus discípulos, que si no le amaban mas que á su padre, que á su madre, y mas que á sí mismos no serian dignos de él, que debiesen estar dispuestos á dar por él su vida, á gloriarse y tenerse por dichosos en ser despreciados, calumniados, azotados y crucificados por amor suyo.

Quinto. *Cuanto á su recompensa.* —Todo lo promete en la otra vida, una gloria inmensa, una felicidad infinita, una vida eterna, pero nada les promete en este mundo; porque no es de este mundo su Reino: aquí solo promete penas, llantos, suplicios y cruces.

Sexto. *Cuanto á sus propias acciones.* — Ninguno como él, ha dicho jamas aquello que debia hacer durante su vida, lo que haria despues de su muerte, que moriria en tal tiempo, en tal lugar, en tal

manera, porque así queria, y que tres dias despues resucitaria, que etc.

Séptimo. *Cuanto á sus milagros.* — «Ninguno ha dicho jamas, cuando no querais creerme á mí, creed á mis obras * ... Los ciegos ven, los cojos caminan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen y los muertos resucitan ** ...»¡Ah! Son ciertamente divinos estos y otros pasos, que seria cosa larga el referir, y en los cuales tenemos motivos para exclamar, no: « ningun hombre ha hablado jamas como este hombre...» El Hijo de Dios, el Verbo de Dios hecho hombre ha tenido sobre la tierra un lenguage; que la ficcion y la fábula, la malicia de los hombres y de los demonios no ha podido, ni podrá jamas imitar. Avergüéncense, pues, los impíos del indigno cotejo, que se atreven á hacer del Hijo de Dios, con míseros mortales, ó hagan por lo menos este cotejo con algun aspecto de equidad; y antes bien postrados á los pies de este Divino Maestro adoren, y exclamen con nosotros: « ningun hombre ha hablado jamas como este hombre. »

* S. Juan, c. X, v. xxxviii.
** S.Mat., c. XI, v. v.

PUNTO II.

Respuesta de los Fariseos á este testimonio.

Lo primero. *Desechan el testimonio que dan de Jesus, y lo tratan de engaño.* — « Pero los Fariseos les respondieron : ¿ Habeis quedado acaso tambien engañados vosotros...?»

¡*Falsos juicios de los hombres*! Miran como engañados á aquellos que ceden únicamente á la evidencia de los motivos y á las luces de su conciencia, y á aquellos que renuncian la impiedad y el error, por seguir la verdad, que abandonan el vicio por seguir la virtud, y que dejan el mundo, por asegurar su salvacion; y no ven que ellos solos estan engañados de la pasion, del partido, de los manejos, de los prejuicios, de los placeres, del libertinage y de los atractivos del mundo, sin querer hacer jamas una seria reflexion sobre los caminos, por donde andan y sobre el término, á que ellos conducen... No, o Señor, ninguno puede ser engañado en seguiros: en el escuchar la voz de vuestra Iglesia; en ceder á los remordimientos de su conciencia, en dedicarse á vuestro servicio, á vuestro amor, y á la imitacion de vuestras virtudes. El que seriamente reflexiona á esto se confirma mucho mas en su eleccion, y gusta siempre mayor consolacion. ¡Ah! Se debe temer la seduccion, cuando se sigue un partido sin reflexionar, y sin una reflexion tan viva.

Lo segundo. *Los Fariseos rebaten el testimonio dado á Jesus oponiendo á él el testimonio del mundo.*—«Hay por ventura alguno de los principales, ó de los Fariseos, que haya creido en él...?»

¡*Falsa regla de los hombres*! En las cosas esenciales á la salud está siempre manifiesta la voz de Dios, y en esta materia no se nos ha dado por regla el ejemplo del gran mundo. Deslúmbrense, pues, los ojos de los grandes, á la vista de su esplendor; entren en su partido los que esperan participar de sus favores; celebren la impiedad y el error sus sabios, cúbranse estos de su gloria; admiren la sutileza de sus invenciones, y la belleza de su estilo, háganse tambien honor de sus aparentes virtudes; nada de esto puede engañar un corazon recto que busca á Dios, y pone en su salud su primero, y su único interes. El Evangelio; he aquí nuestra regla. La enseñanza de la Iglesia: he aquí su explicacion, y nuestra seguridad.

Lo tercero. *Los Fariseos desechan el testimonio que dan de Jesus, despreciando á los que lo siguen.*—«Pero estas gentes que no entienden la Ley, son malditas...»

¡*Falsa estima de los hombres*! Estiman estos el nacimiento, y desprecian una baja condicion. «Estas gentes...» Como si el Pueblo no tuviese el mismo Criador: no fuese formado del mismo barro: no estuviese destinado al mismo fin como los nobles, y los grandes: como si el Pueblo no tuviese la razon, el recto sentir y la conciencia como los nobles,

y los grandes... Estiman un vano saber, y desprecian la humilde ignorancia... «Estas gentes que no entienden la ley...» No, el Pueblo no sabe disputar, ni sutilizar sobre la Ley: no sabe interpretarla, segun el gusto de sus inclinaciones, y segun su capricho; pero sabe observarla con mayor fidelidad y simplicidad... Finalmente estiman las riquezas, y desprecian la pobreza... «Pero estas gentes son malditas...» Es verdad que no gozan de las bendiciones de la tierra; pero imaginarse que por esto esten privados de las bendiciones del Cielo, es mirar como un impedimento para estas, lo que es una disposicion favorable para recibirlas con mayor abundancia. Los primeros Cristianos han sido mirados por mucho tiempo como un Pueblo ignorante y maldito; pero por un milagro único y propio del Cristianismo, este Pueblo ha sugetado los grandes, estos ignorantes han desengañado los sabios; estos pobres han persuadido á los ricos el despego de las riquezas. La fe simple de este Pueblo ignorante, y maldito, ha triunfado del orgullo, del fausto, del poder, de la ciencia, de la elocuencia, del crédito, y de la autoridad de los grandes, de los sabios, de los ricos del siglo. Bienaventurado el que en la escuela de Jesucristo viene á ser humilde, simple, y pobre; esto no basta aun: Bienaventurado el que llega á hacerse niño.

PUNTO III.

Representacion á los Senadores.

«Les dijo á ellos aquel Nicodemus, que habia ido de noche á Jesucristo, y era uno de ellos. ¿Nuestra Ley, por ventura, condena á un hombre antes de haberlo oido, y de haber sabido qué es lo que haga...»

Primero. *Representacion generosa.* — El Senador que la hizo era aquel ilustre Fariseo, y al mismo tiempo uno de los Príncipes, ó Cabezas de la nacion, llamado Nicodemus, que desde el primer viage que hizo Jesucristo á Jerusalen, sobrecogido de la grandeza de sus milagros, habia tenido con él un coloquio secreto de noche, y despues habia estado siempre inviolablemente unido á él, y de su parte *: de todo el cuerpo, él solo se habia preservado de la corrupcion, y del veneno de la envidia. Él solo tuvo valor de hablar en favor del inocente, y se expuso al odio de todos los culpados... ¡O cuánto cuesta á la naturaleza una tal generosidad: cuán rara es, y cuántos pretextos se encuentran para dispensarse de ella!

Segundo. *Representacion fuerte.* — Habia Nicodemus oido los Fariseos, sus Cólegas que pronunciaban la gran palabra de la *Ley*, con su fausto ordina-

* S. Juan, c. III v. 7

rio, hablar de Jesus como de un engañador; insultar aquellos que creian en él, y tratarlos de malditos y de prevaricadores de la Ley, mientras que veia á ellos mismos quebrantar la Ley de Dios en un punto esencial, y que dicta á todo hombre la sola equidad natural... La bondad que formaba su caracter, no le permitió estarse en silencio. Presentó la ley misma á los que la quebrantaban, acusando á los otros de ignorarla... ¿Cuántas ocasiones no tendriamos cada dia de ejercitar el mismo celo, si tuviésemos para con Jesucristo y sus discípulos el mismo amor que este grande de Jerusalen?

Tercero. *Representacion modesta.* — Nicodemus no mezeló en su discurso ni invectivas ni reprensiones.— En él no mostró alguna animosidad ni aspereza: llamó solamente los Judíos á un punto fundamental de la Ley, y á los primeros sentimientos de la equidad natural.— Todo el mundo confiesa la equidad de esta Ley: ¿pero si los Jueces la observan en los Tribunales, donde se trata de juzgar los hombres, cuántos particulares la quebrantan en los juicios que hacen, no solo sin autoridad, pero aun sin conocimiento de causa? ¡Ah! no nos alejemos, pues, jamas de la Ley y de la equidad, y ofreciéndose la ocasion, procuremos tambien traer los otros á ella.

PUNTO IV.

Respuesta de los Fariseos á esta representacion.

Primero. *Rompen en injurias.* — « Le respondieron y dijeron: ¿eres tú tambien por ventura Galileo..?

¡Qué respuesta para hombres de tal caracter! Basta citar y alegar la ley de la equidad en favor de los inocentes oprimidos, ser mirados como para vendidos á su partido, empeñados en sus intereses, y para tirarse sobre sí los nombres mas odiosos.— ¿Luego vuestro nombre, o Jesus, ha venido á ser una injuria, y un oprobio? El nombre de aquel afortunado pais, que desde el principio de vuestra predicacion, ha visto la grande luz, segun la expresion del Profeta * está empleado por estos ciegos Doctores, como un nombre de invectiva, y de insulto; pero insulto glorioso para aquel que lo recibe por defender vuestra gloria, y vuestros intereses.

Segundo. *Los Fariseos por quedar triunfantes de Nicodemus, sin responder á su juiciosa reflexion, proponen otra cuestion.* — « Escudriña las Escrituras, (añadieron) y verás que de la Galilea no se levantó jamas Profeta... »

* Isai, c. IX, v. ii.

¡Qué altanería, qué desprecio, qué orgullo! Pero bajo unas palabras tan pomposas, ¡qué debilidad de razonamiento! He aquí aun ahora la famosa dificultad de la Galilea. ¿Pero sea ó no sea este hombre de la Galilea, acaso esto impide que se observen con él las reglas de la equidad? Si se quiere seriamente examinar esta dificultad, no se trata ya de profundizar las Escrituras, se trata solamente de verificar un hecho genealógico, y saber dónde ha nacido este hombre. ¡O y cuán fácilmente nos engaña la pasion y el prejuicio! El Impío nos llama y apela á la razon, mientras se trata solamente de examinar los hechos históricos que prueban la revelacion. El Herege nos llama, y cita la Escritura, mientras que se trata únicamente de aprender de la Iglesia cuál sea el sentido de la Escritura. ¡Ah! Aquellos son únicamente engañados que quieren serlo.

Tercero. *Los Fariseos se retiran sin querer oir cosa alguna.* — Despues de estas palabras llenas de orgullo y de aspereza, los Fariseos se retiraron, se separó la Asamblea... « Y se fué cada uno á su casa... » persistiendo en sus sentimientos. El Senador fiel perseveró en su adhesion á la doctrina; y á la persona del Salvador, y los otros perseveraron en sus prevenciones, en su odio, y en el designio formado de hacer morir á Jesucristo. Consecuencia ordinaria de las disputas de religion. La verdad modesta se pone en ridículo, y es desechada con desprecio por el orgulloso error. Persevera cada

uno en su sentimiento, y con este sentimiento entra en la casa eterna, donde el Justo Juez manifestará finalmente los motivos secretos que se tuvieron para vivir nosotros, y hacer vivir á los otros en un continuo engaño.

Peticion y Coloquio.

Preservadme de una tal desgracia, o Dios mio, y del engaño que á ella guia. Para evitar un peligro tal, haced, o Señor, que no abuse jamas del gran medio de salud que me ofrece vuestra misericordia, esto es, de vuestra divina palabra, porque *ningun hombre ha hablado jamas como Vos.* O Verbo de Dios hecho hombre por nosotros, o Jesus, Hijo de Dios, Dios mio, Salvador mio, y Maestro mio, delante de Vos soy nada: adoro vuestra divina palabra: no merezco ya la gloria de morir por ella; pero concededme la gracia de vivir de ella, y que ella sola sea en todo la única regla de mi conducta. Amen.

MEDITACION CLXXVI.

JUICIO DE LA MUGER ADULTERA: EL PRIMER DIA DESPUES DE LA OCTAVA DE LA FIESTA DE LOS TABERNACULOS.

S. Juan, c. VIII, v. i, xi.

Primero. Este negocio suministra muchas dificultades. Segundo. Los Escribas y los Fariseos quedan confundidos. Tercero. La muger adúltera queda absuelta, y se va libre.

PUNTO PRIMERO.

Dificultades de este negocio.

«Y Jesus se fué al Monte de las Olivas; y bien temprano por la mañana volvió nuevamente al Templo, y todo el Pueblo fué á él, y estando sentado enseñaba. Y los Escribas y los Fariseos condujeron á él una muger cogida en adulterio; y poniéndola en medio, le dijeron: Maestro, esta muger ha sido ahora mismo cogida, que cometia adulterio. Ahora Moises en la Ley nos mandó apedrear á estas tales; ¿pero tú qué dices? Y esto lo decian ellos para tentarlo, y para tener de qué acusarlo...»

Simplicísimo parece en sí mismo este negocio de la muger adúltera, y la sentencia que Jesucristo dió; pero si consideramos atentamente todas las circunstancias, se verá que jamas se denunció á Tribunal alguna causa mas intrincada, y que ninguna decision ha presentado jamas con mas claridad las señales de un Dios Salvador, ni podia ser mas digna de aquel que es mayor que Salomon.

Lo primero. *Este negocio era difícil, por los designios llenos de malicia, que habian formado los Escribas, y los Fariseos.* — Dos veces habian querido arrestar al Salvador, y lejos de verse la ejecucion, habian tenido el disgusto de ver los ministros de su furor declararse en su favor, y uno de sus mismos compañeros tomar animosamente su defensa. Creyeron, pues, que antes de emprender otra cosa semejante, convenia desacreditar la doctrina de Jesucristo, y excitar contra él la indignacion del Pueblo. Y con esta intencion, delegaron á él el juicio de la muger adúltera. Si Jesus recusaba el juzgarla, caia en el desprecio. Si la juzgaba, ó la condenaria y perderia el afecto del Pueblo, ó la absolveria y se declararia enemigo de la Ley. Este proyecto les parecia á ellos indefectible, y por otra parte, era la ocasion mas favorable, que pudieran desear. Jesus que habia pasado la noche en un retiro del monte de las Olivas, habia venido al Templo al romper el dia. Luego se halló cercado de la multitud del Pueblo, y habiéndose sentado, habia ya empezado su instruccion. Este era el momento, en que sus ene-

migos se tenian por seguros de triunfar de él y de perderlo irremisiblemente.

Lo segundo. *Este negocio era difícil por los designios llenos de misericordia que Jesucristo queria ejercitar.* — Jesus en esta ocasion tan crítica debia sostener su autoridad, conservar el afecto del Pueblo, confundir la malicia de sus enemigos, salvar la muger adúltera, y no contravenir á la Ley; y todo esto lo queria hacer sin estrépito, sin publicidad y sin milagro.

Lo tercero. *Este negocio era difícil por el gran número de los que en él se interesaban.* — Aquí se hallaban comprendidos no solo la delincuente, sino tambien el juez, los acusadores, y todos los presentes; y tambien nosotros, y todos los hombres de todos los siglos, á quienes nuestro Divino Salvador queria dar en esta ocasion una idea de su dulzura inefable para con todos los pecadores contritos y humillados á sus pies. Recojamos, pues, todas las líneas de este gran diseño, con todo el respeto posible, con todo el amor, y con todo aquel reconocimiento de que somos capaces.

PUNTO II.

Los Escribas y Fariseos quedan confundidos.

Consideremos lo primero. *Su asalto.* — Mientras Jesus instruia el Pueblo «los Escribas y los Fariseos condujeron á él una muger (de la Nacion) cogida en adulterio; y poniéndola en medio le dijeron: Ma-

estro, esta muger ahora mismo ha sido cogida que cometia adulterio... » La Ley ordena, que las personas cogidas en semejante delito, sean apedreadas. — El hecho no es dudoso; no falta otra cosa, que pronunciar sobre la Ley; y esto es sobre lo que queremos saber tu sentir. ¿Tú qué piensas? Era facil conocer que no buscaban otra cosa que sorprender á Jesucristo, y hacerle decir alguna cosa de que poder hacerle un delito para desacreditarle con el Pueblo. Y bien que se conociese la asechanza, no se veia cómo Jesucristo pudiese salir bien de ella. No podia decir como otras veces al que pedia justicia contra su hermano *. « ¿Quién me ha constituido Juez entre vosotros...?» Los Escribas y los Fariseos, Jueces legítimos de esta muger se enderezaron á él, y á él le delegaron el juicio, como á un Maestro de Israel, y á un Doctor de la Ley; y no se podia dispensar Jesus de pronunciar la sentencia sin perder para con el Pueblo alguna cosa de su autoridad. Por otro lado si se escusaba de tomar conocimiento en este negocio, esta muger estaba perdida, y él ciertamente queria salvarla... O Jesus, sabrá muy bien vuestra Divina Sabiduría romper el lazo, que se os pone delante; confundir aquellos que lo han tendido, y abandonar á vuestra misericordia este corazon penitente... «Pero Jesus inclinándose hácia abajo escribia con el dedo en tierra... » Estaba sentado el Divino Salvador, é inclinándose hácia la tierra,

* S. Luc., c. XII, v. XIV.

parece que se ocupase en delinear indiferentemente sobre ella distintas letras, acaso sin orden y sin continuacion como un hombre distraido del negocio que se le habia propuesto en alguna otra cosa mas seria... ¿Qué cosa, pues, os ocupaba en aquel momento, o Salvador mio? Vos veiais la malicia de vuestros enemigos, la doblez de su corazon, la hipocresía de su celo y toda la corrupcion de sus costumbres. — ¡Ay de mí! Qué cosa pensais vos de mí en mil ocasiones en que busco ser estimado de los hombres: Vos callais y me dejais obrar; pero veis el fondo de mi corazon, y cuanto se anida en él. ¡Ah! y cuánto debo velar sobre mí mismo, pensando que estoy siempre en vuestra presencia, y que Vos veis hasta mis secretos pensamientos!

Lo segundo. *Su instancia.* — « Mas continuando ellos en preguntarle, se alzó... « Cuando los Escribas y Fariseos vieron que Jesus nada les respondia, lo creyeron embrollado, y pensaron que estaban ya en el momento de su triunfo. Animados de un tan próspero principio, redoblaron sus instancias y sus gritos, urgiéndole á que hablase, á que se explicase y á que pronunciase. ¡Ah falsos hipócritas! mereceríais que este hombre Dios hablase, que descubriese la corrupcion de vuestros corazones, y que manifestase el horror de vuestras almas; pero no: se interesa aun su bondad por vosotros. Confundiéndoos sabrá perdonaros, y presentaros tambien una salida para que os echeis fuera del mal paso en que os ha empeñado vuestra malicia... « Se alzó y

les dijo : el que entre vosotros esté sin pecado tire primero la piedra contra ella , y de nuevo se inclinó y escribia sobre la tierra...» Dicho esto, se puso Jesus de nuevo en la misma postura en que estaba primero , y continuó á formar caracteres sobre la tierra. ¡Pero , o cuán admirables son las palabras que dijo ahora ! ¡ O y cuán instructiva es esta sentencia! No podremos jamas meditarla como se debe. ¡Ah! Si la tuviéramos presente en nuestro espíritu , si estuviéramos bien penetrados de la idea de nuestra indignidad; si tuviéramos siempre á la vista nuestras miserias, nuestros pecados y nuestra flaqueza , no reprenderiamos con tanta aspereza , no nos lamentariamos con tanta altanería, ni perseguiriamos con tanto rigor á los culpados. Una reflexion sobre nosotros mismos calmaria nuestro corazon, produciria en él la humildad, la dulzura, la compasion y la caridad , edificaria al prójimo , y se sabria ganar el corazon de Dios.

Lo tercero. *Su retirada.* — « Y ellos luego que oyeron esto, el uno despues del otro se escaparon , empezando por los mas viejos; y quedó solo Jesus, y la muger que se estaba en medio...» Las palabras divinas del Salvador fueron para los Escribas y los Fariseos un golpe de rayo que seguramente no esperaban, y cada uno comenzó á pensar en sí mismo. Por mas que ellos afectasen algun desprecio contra el nuevo Maestro , y se atreviesen á desacreditarlo en su ausencia, temian sin embargo sus luces. Tuvieron miedo que si le urgian algo mas , hablase

mas claro, y revelase ciertos misterios, que no redundarian en honor suyo... Nuestros impíos, que tanto se alaban de su bondad y rectitud, se hallarian ciertamente desconcertados en semejante caso. Los mas viejos, y al parecer los mas culpados, fueron en esta ocasion los mas prudentes; toda la Asamblea estaba en silencio: Jesus no atendia á lo que sucedia, y parecia determinado á no explicarse. Se aprovecharon de la coyuntura, y como si hubiese sido cosa inutil el estarse allí mas largo tiempo, tomaron el partido de retirarse quietamente. Lo que hicieron los primeros, lo imitaron los otros, y todos abandonaron el puesto, dejando á Jesus solo, y á la muger culpada en medio de la Asamblea. El Pueblo debió quedar bien sorprendido de una tan repentina, tan silenciosa, y tan general retirada. La muger debió sentir una grande consolacion al verse libre, y con su causa remitida enteramente á la decision de Jesus. ¿Cuáles fueron, entre tanto, los sentimientos de los Fariseos? Se retiraron cada uno á su casa con la confusion en el rostro, y con la rabia en el corazon, y mas determinados que antes á hacer perecer aquel, de quien acababan de recibir tan enorme afrenta. ¡Ay de mí, o Dios mio! ¿Si una sola de vuestras palabras, dicha con tanta bondad, yela de espanto vuestros enemigos, aun cuando les perdonais la vista de vuestro rostro, y la severidad de vuestros ojos airados; qué sera cuando vendreis en vuestra gloria á manifestar su conciencia, y á pronunciar la última sentencia de su reprobacion?

¿Dónde huiré yo entonces? ¿Qué desierto podrá esconder mi verguenza, y librarme del castigo? Antes de comparecer en aquel terrible tribunal, véisme aquí, o Señor, á vuestros pies, con la muger adúltera, confesándoos mis pecados, y esperando con ella la sentencia de vuestra misericordia.

PUNTO III.

La muger adúltera queda absuelta.

Primero. *Jesus le pregunta.*—La muger adúltera, libre de sus acusadores, concibió sin duda una dulce esperanza de evitar el suplicio; ¿pero puesta en presencia del Santo de los Santos, y en medio de un Pueblo innumerable, que tenia los ojos fijos en ella; podria evitar una confusion humillante, tan terrible, acaso, como la muerte? No temas, pues, o pecadora penitente; tu Salvador te librará de la muerte, y de la vergüenza que padeces... « Y Jesus alzándose...» no viendo ya al rededor de esta muger ni Escribas ni Fariseos, «le dijo: muger, ¿dónde estan los que te acusaban? ¿Ninguno te ha condenado? Y ella dijo: ninguno, o Señor...» Esta es la sola palabra que pudo decir sin avergonzarse. No solo pudo dar esta respuesta sin confusion, sino tambien con el mas sensible consuelo. ¡O muger pecadora, cuán bueno es aquel que con su pregunta te ha puesto en la boca esta consolante respuesta;

qué tierno es, y qué amable; tiene motivos para merecerse toda la ternura de nuestros corazones, y todo nuestro afecto! O Divino Jesus, ¿no aprenderé yo jamas á conoceros? ¿Os miraré siempre con espanto, y no hará jamas vuestra inefable dulzura impresion alguna en mi alma?

Segundo. *Jesus absuelve.* — Y Jesus le dijo: ni yo tampoco te condenaré...» ¡Ah! Dios mio, esto es lo que el corazon me decia que esperase ¿Vos condenar un alma pecadora, pero humilde y contrita? ¿Vos, que habeis venido á llamar los pecadores, y á dar por ellos vuestra sangre; Vos los condenareis? ¡Ah! lejos de nosotros semejantes temores. ¿Y á mí, o Señor, me perdonareis? Estoy, es verdad, cargado de innumerables pecados; pero finalmente vengo á Vos. No vengo arrastrado, contra mi voluntad, de violentos acusadores, vengo solicitado del arrepentimiento de mis pecados, y del pesar y dolor de haberos ofendido. Vuestros ministros, á quienes ya los he manifestado, no solo no me han condenado, sino que en vuestro nombre me han absuelto. ¿Y Vos querreis, querreis Vos condenarme? No será así; todo lo espero de vuestra misericordia. Esta esperanza será toda mi consolacion, y no será eternamente confundida.

Tercero. *Jesus la despide.* — « Vete, y no peques ya mas...» Proveia con esto el Salvador á su seguridad, y la animaba á la fidelidad. Despues de haber sido enviada así, podia con toda seguridad, retirarse: habia comparecido delante de los Jueces, y

la habian enviado sin condenarla : no podia ya haber otra revision de esta causa. Por otra parte, no era conveniente á los Escribas y á los Fariseos renovar la causa; habrian, antes bien, deseado poder borrar para siempre su memoria... Ya no se podia acusar á Jesucristo de haber mitigado el rigor de la Ley y de haber usado demasiada indulgencia, pues no habia hecho otra cosa, que lo que habian hecho los mismos Fariseos. Habia tenido él la precaucion, de hacer declarar á la misma muger, que ninguno la habia condenado. A su ejemplo, ni tampoco él la condenará... De este modo, con este célebre juicio, en que resalta la sabiduría de Jesus, su santidad, su conocimiento de los arcanos del corazon, su dulzura y su misericordia, evita el lazo, que le habian tendido; conserva su dignidad; desconcierta sus enemigos, sostiene la Ley, salva la muger culpada y se concilia siempre mas la admiracion, el respeto y el amor del pueblo...

Retirada la muger, se deshizo la Asamblea, pero esta humilde penitente, despues de tan gran peligro y despues de una tan grande misericordia, no se olvidó, de cierto, del último aviso de su divino Libertador : *No peques mas.*

Peticion y Coloquio.

¡Ah Señor! Ni yo tampoco me olvidaré de este saludable aviso. Me guardaré del pecado de recaida, cuyos efectos son tan terribles; ó antes bien, será vuestra gracia misma, que aquí con vivas instancias solicito, la que me comunicará al mismo tiempo el don de la penitencia, y el don del perdon, y finalmente el don de la perseverancia final. Amen.

MEDITACION CLXXVII.

DISCURSO DE JESUCRISTO EN EL SEGUNDO DIA DESPUES DE LA OCTAVA DE LA FIESTA DE LOS TABERNACULOS.

S. Juan, c. VIII, v. XII, XX.

Primero. Jesus instruye el Pueblo. Segundo. Los Fariseos lo ponen una objecion, y Jesus la rebate. Tercero. Le hacen una pregunta, y Jesus les responde.

PUNTO PRIMERO.

Instruccion de Jesus al Pueblo.

« Y otra vez despues les habló Jesus... » Probablemente tuvo este discurso el segundo dia despues de la octava de la fiesta de los Tabernáculos. Esta vez los Fariseos se habian unido con la multitud, para oirlo, ó antes bien, para sorprenderlo en sus palabras. Desde las primeras, que pronunció, juzgaron á propósito el interrumpirlo, con pretexto de pedirle las necesarias declaraciones. « Yo soy, (les decia) la luz del mundo, el que me sigue no

camina en tinieblas; sino tendrá la luz de la vida...» Examinemos seriamente, y con toda la posible atencion, estas tres palabras.

Primera palabra de Jesus. « Yo soy la luz del mundo... » Primero. *Es la luz increada por su divina generacion.* Jesus en el seno de Dios es la luz eterna, y esencial; el Hijo eterno de Dios Padre; el esplendor de su gloria, y la imagen de su sustancia *... Os adoro, o luz divina, luz inaccesible, é incomprensible, os adoro con el Padre de quien sois engendrada, y con el Espíritu Santo, que procede de Vos, y del Padre. Santa Trinidad, Dios solo, y único en tres Personas, os adoro, y someto á Vos todas mis débiles luces, que no son otra cosa delante de Vos, que espesas tinieblas. ¿Cuándo os veré, o luz divina, cuándo seré trasformado en Vos? Segundo. *Jesus es la luz encarnada por su nacimiento temporal; por sus misterios, y por su Evangelio.* — A los rayos de esta divina luz han huido los espíritus de las tinieblas: han enmudecido los idólos, y han quedado sin adoradores; el hombre finalmente ha reconocido el Autor de su ser, el homenage que le debia, el culto con que debia honrarlo, y los bienes eternos, que debia esperar. Os doy las gracias, o luz invisible, por haberos manifestado á nosotros, haciéndoos sensible y visible á nuestros ojos. Contemplo con el corazon penetrado de reconocimiento, aquel divino esplendor, que

* Ad Hebr., c. I. v. XIII.

esparcís sobre la tierra, despues de haberla librado de las espesas tinieblas, de que estaba cubierta. ¿Es posible, que haya aun nombres ó tan ciegos para no ver una luz tan viva, y tan brillante, ó tan furiosos, que se obstinan en cerrar los ojos á los puros rayos de una luz tan dulce, y tan benéfica? Tercero. *Jesus es la luz infusa, que él nos comunica por medio de su gracia.* — Cuando Jesus esparce en nuestros corazones esta divina luz, los ilumina, los purifica, los calienta, les hace gozar de un dia puro y sereno, y les procura una calma, y una paz inefable. ¡Ah venid á mi corazon, luz sagrada! Al resplandor, que Vos causais en él, resaltan de júbilo, y de alegría, mi alma, y todas sus potencias, al desaparecer, aunque por poco, caigo en las tinieblas, en el tedio, y en la tristeza. ¡O Jesus! ¡o luz mia! ¡o bien de mi alma! ¡o amor de mi corazon! ¡Ah venid, y no os separeis jamas de mí!

Segunda palabra de Jesus. — « El que me sigue no camina en tinieblas... » ¿Quién es el que camina en las tinieblas? Primero. *Y el que en vez de seguir á Jesus, sigue solamente su propia razon*; porque esta razon nada le dice de preciso sobre su origen, sobre su futuro destino; y sobre todos estos puntos importantes se queda en las tinieblas. — Segundo. *El que en vez de seguir á Jesucristo, y de escuchar su Iglesia, quiere seguir solamente su propio espíritu, para entender el sentido de la revelacion*; porque este espíritu particular nada le dice de seguro, nada que lleve el sello de la divinia infalibi-

lidad, y de este modo, aun cuando recibe la letra, y el texto de la Escritura, queda en la incertidumbre, y en las tinieblas. De aquí procede, entre los Hereges, como tambien entre los Filósofos, aquella diversidad, y oposicion de sentimientos, que hace ver, que no siguiendo á Jesucristo, caminan en las tinieblas, y sin saber dónde esten, ni á donde vayan. Tercero. *El que en vez de seguir á Jesucristo, de imitar sus virtudes, y practicar su Ley, quiere seguir su inclinacion, y satisfacer sus pasiones.* Sus obras son tenebrosas, las esconde á los hombres; querria poderlas esconder tambien á Dios, y así mismo su corazon se endurece; se oscurece su fe, y en las tinieblas, en que camina, está agitado de temores; teme ser sorprendido de sus enemigos, y caer cuando menos lo piense, en el abismo abierto debajo de sus pies; abismo, que él no ve, y de que se lisonjea estar muy lejos. ¡Ah! no es así de aquellos que siguen á Jesucristo, y que sumisos á su palabra, dóciles á su Iglesia, y fieles á su Ley, se aplican á agradarle; imitan sus ejemplos, y no lo abandonan en el tiempo de la tentacion, en los sufrimientos, y hasta sobre el mismo Calvario. Estos caminan en la luz, esta los ilumina en todos sus pasos, los asiste, y los asegura en todas sus operaciones, y hasta en la noche del último pasage les mostrará el camino resplandeciente, que conduce á la eterna felicidad.

Tercera palabra de Jesus.— « Si no tendrá la vida rna... » ¿Qué cosa es esta luz de vida¿ Es la luz

de la vida espiritual que conduce á la vida eterna... Se distinguen tres grados de ella: el primero nos constituye en la gracia santificante: en el estado de gracia: echa fuera todo pecado mortal de nuestras operaciones, de nuestra alma, y de nuestra vida, y nos hace merecedores de participar de la luz de la vida eterna: esto es lo que se llama vida purgativa. El segundo nos establece en el fervor: nos hace trabajar para evitar todo pecado venial, y toda imperfeccion voluntaria, y deliberada. Entonces la luz, no solo nos descubre lo que puede ofender á Dios; sino lo que puede agradarle: lo que puede hacernos mas agradables á sus ojos: lo que exige de nosotros por reconocimiento á todo lo que él ha hecho por nosotros, y á todo lo que nos promete: esto es lo que se llama vida iluminativa. El tercero nos une á Dios en una manera especial é íntima. En este grado la luz es tan viva, y tan abundante; que no se ve otra cosa que Dios, sus infinitas perfecciones, y su suma amabilidad: no se ve otra cosa en las criaturas, en nosotros mismos; y en todo lo que mira á la vida presente, que nada, bajeza, indignidad, y objetos de aversion, y de desprecio, de que el alma se siente rebatida con una especie de horror para conservarse fuertemente unida á Dios, y á todo aquello que él ama, y puede agradarle; esto es lo que se llama vida unitiva.—Feliz el que camina al esplendor de esta luz divina, siguiendo fielmente á Jesucristo! ¡Ah! Si fuésemos fieles en seguir la luz que tene-

mos. Esta creceria de grados en grados, y llegaria hasta aquel dia resplandeciente, que es el preludio de la luz celestial, de que gozan los bienaventurados en la vida eterna de la gloria.

PUNTO II.

Objecion de los Fariseos, y respuesta de Jesus.

Los Fariseos que habian venido á oir á Jesus para contradecirle, no dejaron de interrumpirlo desde el principio de su discurso... « Y le dijeron los Fariseos: Tú das testimonio de tí mismo: tu testimonio no es verdadero, (no es legítimo, no es admisible...) »

Primero. *Jesus respondió á esta objecion, exceptuándose de la regla general.* — « Respondió Jesus, y les dijo: aunque yo doy testimonio de mí mismo, mi testimonio es verdadero: porque sé dónde vine, y á dónde voy: pero vosotros no sabeis de dónde vengo, ni á dónde voy... » La luz que nos hace ver todos los objetos, se deja ver por sí misma. El Verbo de Dios se habia hecho Hombre; de él solo podiamos aprender este grande misterio. Jesus habia comparecido sobre la tierra, con una tal fama de santidad: habia anunciado una doctrina tan celestial: habia ejercitado una potencia tan absoluta, que no faltaba ya otra cosa, sino saber de él mismo quién era: su testimonio en estas circunstancias era superior á todo otro testimonio, y la verdad de

Dios mismo. Se requeria una ceguedad semejante á la de los Fariseos, para no quedar sorprendidos del esplendor de aquella viva luz, y para no reconocer la autoridad de este testimonio.

Segundo. *Jesus responde á esta objecion, descubriendo el origen de su error.* — « Vosotros juzgais segun la carne : Yo no juzgo á ninguno... » Se pierde la fe queriendo juzgar de los misterios de Dios, segun las luces de la razon natural : se destruye la caridad juzgando de las personas, segun la pasion, y los afectos del propio corazon; y este era el doble delito de los Fariseos, en orden á Jesucristo. Este Divino Salvador no ha juzgado sobre la tierra, no ha condenado á ninguno. Ha excusado los pecadores, los ha llamado, los ha reconciliado á la gracia; ha amenazado á los indóciles, y los ha aterrado con el pensamiento del juicio, y de los suplicios de la otra vida; pero en esta ha sufrido sus insultos; se ha sujetado á sus sentencias, ha padecido los tormentos, y la muerte á que lo han condenado. — ¿Cómo, pues, nosotros discípulos de Jesucristo, tenemos el atrevimiento de juzgará nuestro prójimo? ¿Cómo no nos avergonzamos de tener una conducta del todo opuesta á la de que Jesus, nuestro modelo, nos ha dado ejemplo?

Tercero. *Jesus responde á esta objecion, haciendo reflexionar que su testimonio no es solo, y que es admisible, segun los términos de la Ley.* — « Yo no juzgo á ninguno; y aun cuando yo juzgase, mi juicio es seguro, porque yo no soy solo, sino Yo y

el Padre que me envió : y en vuestra Ley está escrito, que el testimonio de dos personas es idónco. Yo soy el que doy testimonio de mí mismo, y da testimonio de mí el Padre que me envió.....» Jesus se aprovechaba en todas las ocasiones de la malicia misma de sus enemigos, y de sus objeciones, para instruirnos siempre mas. ¡Cuántos misterios se encierran en estas palabras! Jesus es Hijo de Dios, Dios es su Padre, su Padre lo ha enviado á los hombres sobre la tierra, para instruirlos y salvarlos; pero de tal suerte es Jesus Hijo de Dios, y de tal suerte es enviado de Dios; que no se ha separado de su Padre; que su Padre está en él; y que él está en su Padre; que los juicios que profiere, la doctrina que anuncia, las obras que hace; son juicios, doctrina, y obras de su Padre. Aquellas obras milagrosas que interrumpen y cambian el curso de la naturaleza, son el testimonio que le da su Padre. El que las hace diciendo quién es él, es necesariamente todo aquello que dice que es. La impiedad no puede oponer á este testimonio otra cosa que su ceguedad, que sus pasiones, que su dureza; pero este testimonio será siempre el fundamento inconcuso de la fe de los Cristianos, su seguridad, y su dulce consolacion.

PUNTO III.

Pregunta de los Fariseos, y respuesta de Jesus.

Primero. *De la malicia de los Fariseos manifestada en la pregunta que hacen.* — Pero le decian: ¿dónde está tu Padre...? Era bien facil de comprender, que Jesucristo hablando como hablaba de su Padre, no hablaba ya de un hombre, sino de Dios. Bien lo comprendian los Fariseos; pero fuera de que nada de esto creian, habrian querido que Jesucristo se hubiese explicado con mas claridad delante del Pueblo, para acusarlo de blasfemo, como que se decia Dios, é igual á Dios. El Pueblo, que no estaba acostumbrado á este lenguage, se habria escandalizado extremamente, habria olvidado luego las pruebas sobre que estaba apoyado; y fácilmente se habria dejado llevar á algun exceso, que hubiese favorecido los designios de los Fariseos contra Jesus... ¡Ah! Somos bien dignos de compasion cuando preguntamos solo por sorprender: cuando leemos la Escritura únicamente para encontrar que censurar: y cuando escuchamos la palabra de Dios, solamente para criticarla.

Segundo. *De la ceguedad de los Fariseos, manifestada en la respuesta de Jesucristo.* — « Respondió Jesus: no me conoceis á mí, ni á mi Padre; si me conociéseis á mí, conoceríais, tambien á mi

Padre...» Esta respuesta que desconcertaba los designios de los Fariseos, les daba en cara al mismo tiempo con su ceguedad voluntaria. Se obstinaban estos en no reconocer á Jesucristo por el Mesías, no obstante todas las pruebas que les daba, tampoco cuidaban, perseverando en esta obstinacion, de reconocer que Dios era su Padre.... Cuando hemos abusado de las primeras gracias, y hemos resistido á las luces que se nos han comunicado, no merecemos recibir otras: somos justamente privados de aquellas que nos estaban destinadas, y siempre nos cegamos mas, y nos endurecemos. — Solo por Jesucristo tenemos un verdadero conocimiento de Dios, de su bondad para con nosotros, de su amor infinito, y de su justicia. Estudiemos en Jesucristo, su doctrina, su vida y sus misterios, y cada dia creceremos en el conocimiento, en el temor, y en el amor de Dios.

Tercero. *Del furor impotente de los Fariseos que se descubre en la separacion de la Asamblea.* — « Tales palabras dijo Jesus en el Gazofilacio, enseñando en el Templo; y ninguno lo arrestó, porque no habia llegado aun su hora...» Despues de haber dado Jesus esta respuesta á los Fariseos, se despidió de la Asamblea, que inmediatamente se separó sin estrépito. Salió él mismo, despues que ellos, de la sala del tesoro, situada en el atrio exterior del Templo, y muy adaptada por su grandeza, y amplitud, para un tumulto popular. Pero lo dejaron salir libremente, *porque no habia llegado aun su hora;* y esto quie-

re por la tercera vez notar el sagrado historiador; porque esta reflexion le pareció muy importante para la gloria de su Maestro, y sin duda tambien para asegurarnos á nosotros contra nuestros enemigos, y contra los enemigos de Dios; los cuales nada pueden contra nosotros, sino cuanto, y en el tiempo que él se lo permite... ¡Cuántas pesonas en la Asamblea habrian querido arrestar á Jesus... ! Pero este Hombre Dios porque no habia llegado aun su hora, contenia las pasiones de sus enemigos en una suspension que se puede contar en el número de los mayores milagros, se habria podido decir que con un poder invisible los tenia encadenados.

Peticion y Coloquio.

¡Ah! Señor, los designios, y los proyectos de los hombres contra mí, no me impedirán el continuar la obra de mi salvacion que Vos habeis comenzado en mí, y que me habeis encomendado. Vuestros son mis enemigos, y para hacerme mal solo tendrán este tiempo, y aquel poder que Vos querreis concederles: y si al fin os agradase abandonarme á su violencia, estoy cierto que no sabreis entonces olvidaros de vuestra bondad, y de mi flaqueza. Este tiempo de prueba es la hora del Justo; y por otra parte ¿qué cosa es este tiempo? ¡Ah! Él es breve en comparacion del tiempo de la recompensa que Vos me prometeis. Amen.

MEDITACION CLXXVIII.

DE LA MUERTE EN EL PECADO.

DISCURSOS DE JESUCRISTO EN EL TEMPLO EL SABADO DESPUES DE LA FIESTA DE LOS TABERNACULOS.

S. Juan, c. VIII. v. XXI, XXIX.

Consideremos primero para quien es temible la muerte en el pecado. Segundo. Lo que debemos hacer, para evitar la muerte en el pecado. Tercero. En quien debemos poner nuestra confianza, para hacer una buena muerte.

PUNTO PRIMERO.

Para quien sea temible la muerte en el pecado.

Volvió Jesus al Templo, para enseñar en él, el tercer dia despues de la octava de la fiesta de los Tabernáculos, y como se ve por lo que se sigue, era el dia de Sábado. Por eso su discurso fue mas largo, y mas numerosa, y mas ruidosa la Asamblea. No se atrevieron en aquel dia los Fariseos á

manifestarse personalmente delante de todo el Pueblo, pero en su lugar enviaron sus emisarios, que pensaron llevar las cosas á los últimos excesos. En este discurso no anduvo Jesucristo en contemplaciones, ni tomó medida alguna por respeto á los Judíos: empleó las expresiones mas fuertes, y las mas vivas reprensiones, para vencer la dureza de sus corazones, y empezó amenazándoles con la suerte funesta de morir en su pecado, repitiéndoselo por tres veces, desde el principio de su instruccion. Esta amenaza tan reiterada, tanto para ellos como para nosotros, nos debe llenar de un temor saludable, que nos haga evitar una tan funesta desgracia... «Otra vez les dijo Jesus: yo me voy, y me buscareis, y morireis en vuestro pecado. A donde voy yo, no podeis venir vosotros. Y decian los Judíos: ¿por ventura se matará á sí mismo pues ha dicho: A donde yo voy, no podeis vosotros venir...?» Ya hemos esplicado * lo que aquí repite el Salvador, solo nos queda que meditar lo que añade de la muerte en el pecado.

Lo primero. *Consideremos, cuán temible sea esta muerte en el pecado, para aquellos que dilatan la conversion, hasta la muerte.* — Muchos han sido sorprendidos de una muerte repentina, que no les dejó tiempo alguno para reconocerse, ó se engañaron con el progreso de una enfermedad, que desde el principio pareció ligera, y que esperó á decla-

* Medit. CLXXII.

rarse mortal, cuando ya no dejó alguna especie de libertad. Muchos en la muerte se hallan sobrecogidos de un endurecimiento tal, que resiste á cuanto se les puede decir de mas afectuoso. Muchos son engañados de algunos buenos principios precipitados, é insuficientes efectos de su temor, y de promesas de enmienda, arrancadas, como por fuerza por el deseo de la vida; pero que las desmiente el corazon. ¡Ah! Ello es cosa bien rara, que la muerte sea un tiempo para buscar á Dios, y principalmente despues de haber huido de él por largo tiempo, cuando él mismo nos buscaba.

Lo segundo. *Cuán temible sea esta muerte en el pecado, para aquellos, que viven una vida mundana.* — No comprendieron los Judíos la amenaza que Jesucristo les hacia, y él mismo les descubrió la razon, añadiendo « vosotros sois de abajo, yo soy de arriba : vosotros sois de este mundo, yo no soy de este mundo... » Nosotros tenemos un nacimiento, y una vida terrena, segun la carne, por la cual somos de este mundo; pero tenemos tambien una celestial, segun el espíritu que recibimos en el bautismo, y por la cual hemos renunciado á la carne, y al mundo. Si vivimos segun esta, somos miembros de Jesucristo, é iremos donde él vaya. Los miembros seguirán la cabeza. Pero si vivimos segun la primera, segun el mundo : si vivimos en el pecado, en el hábito del pecado ¿qué debemos esperar, sino morir en nuestro pecado? Examinemos ahora, si somos de este mundo con los pecadores, ó de Je-

sucristo con sus Santos. Observemos, si en los pensamientos de nuestro espíritu; en las máximas de nuestra conducta; en los afectos de nuestro corazon; en el proceder de nuestro cuerpo; en las acciones de nuestra vida; en las ideas que tenemos de las cosas; en el juicio, que de ellas hacemos; y finalmente en los hábitos contraidos seguimos al mundo, ó á Jesucristo... ¿Somos, ó no somos nosotros de este mundo? Si lo somos ¡ah! temamos la muerte en nuestro pecado, y para evitarla, cesemos de ser del mundo, para ser de Jesucristo.

Lo tercero. *Cuánto sea de temer esta muerte en el pecado, para aquellos á quienes falta la fe.* — « Os dije por tanto, que morireis en vuestros pecados: porque si no creyéreis que yo soy, morireis en vuestro pecado... » Si no creeis que yo soy el Mesías, el enviado de Dios, el Hijo de Dios, el Señor de los hombres, su mediador, su Redentor, y su Juez soberano: si no creeis que soy yo, el que os he enviado mis Apóstoles; que he fundado mi Iglesia; que enseño, y decido por medio de ella, y que estoy con ella hasta la consumacion de los siglos, vosotros morireis en vuestro pecado; porque solo por esta fe, y en esta Iglesia; por su ministerio, y por sus Sacramentos podeis recibir la remision. ¡O cuánto importa, en materia de fe, no empeñarse en partidos, de los cuales difícilmente se puede salir! Tengámonos, pues, estrechamente unidos al tronco del arbol; á la fe de la Iglesia Católica, Apostólica, y Romana, y el funesto

ejemplo de los que la han abandonado, nos haga atentos á no separarnos de ella en nada. No basta, no, llevar el nombre de Cristianos, de Católicos, si con esto solo tenemos una fe debil, lánguida, vacilante, y sin alma : una tal fe no se hace victoriosa de nuestras pasiones, de nuestras tentaciones, y de nuestros hábitos; y no nos impedirá el morir en nuestro pecado.

PUNTO II.

Lo que debemos hacer para evitar la muerte en nuestro pecado.

Lo primero. *Conocer á Jesucristo.* « Y le decian ¿quién eres tú...? » preguntemos nosotros como estos, pero no como ellos, no por incredulidad, por desprecio, por insulto y por acusarlo, sino con un profundo respeto, y con deseo sincero de instruirnos. Llenos de estos sentimientos, escuchemos la respuesta del Divino Salvador, y meditémosla... A esta pregunta... « *¿Quién eres tú? Jesus les dijo : el principio y el que hablo á vosotros...*» Esta respuesta breve y misteriosa, es susceptible de muchas explicaciones, todas las cuales pueden servir para nuestra edificacion. Esto es, en primer lugar : Yo soy el principio de todas las cosas, aquel por quien se han hecho todas las cosas, y sin el cual nada se ha hecho [*]; el que me he dignado de bajar sobre la

[*] S. Juan, c. I, v. 1, iii.

tierra; que me quiero mostrar á vosotros, hablaros é instruiros... Adoremos esta suprema Magestad, y démosle gracias por su infinita bondad... Esto es, en segundo lugar : Yo soy lo que os he dicho, que soy desde el principio : lo que no he cesado de ser, desde que empecé á comparecer entre vosotros, y á predicaros : esto es, el enviado del Padre, la vida y la salvacion; la consolacion, y la luz del mundo; el que no viene del mundo y de la tierra, sino de lo alto del cielo. Esto es lo que yo soy. Ya os lo he dicho desde el principio, os lo he probado con mil obras : vosotros os obstinais en no creerme ¿ y me preguntais ahora quién soy ? ¡ Ah ! Yo creo, o Salvador mio, creo todo lo que sois; todo lo que habeis dicho : solamente os pido que os digneis de imprimirlo en mi corazon y en mi espíritu, para que jamas me olvide... Esto es en tercer lugar : Yo soy aquel que os habló desde el principio : el que mucho tiempo ha os instruyó, os exhortó, os solicitó, y á quien siempre resistís. — ¡ Ay de mí ! y cuán bien nos conviene á nosotros esta reprension. ¿Cuánto tiempo ha que Jesucristo nos habla, nos amenaza, nos convida, y nos solicita de mil maneras para que nos demos enteramente á él? Reconozcamos, pues, hoy su voz, y hagámonos dóciles á ella, si queremos evitar la muerte en el pecado, y morir la muerte de los justos.

Lo segundo. *Conocernos y juzgarnos á nosotros mismos.* — « Muchas cosas tengo que decir de vosotros, y que condenar... » Como si hubiese dicho :

vosotros me preguntais sobre lo que yo soy : ya os lo he dicho suficientemente , pero yo tendria muchas cosas que decir sobre lo que vosotros sois , y encontraria en vosotros muchas cosas que condenar : juzguémonos , pues , á nosotros mismos , y condenémonos mientras vivimos , si no queremos ser juzgados y condenados en la muerte. ¡Ah! ¡Cuántas cosas dignas de condenacion ve el Señor en nosotros? ¿Cuántas desde que tenemos uso de razon? ¿Cuántas en cada edad , en cada año , en cada empleo ? ¿Cuántas en nuestros pensamientos , en nuestras acciones , en nuestros afectos , en nuestras intenciones , y aun en nuestras buenas obras, y en nuestras devociones? ¡Ah! Dios mio ¿quién soy yo á vuestros ojos? ¿Si los hombres me conociesen tal cual soy , y que Vos me conoceis , ¿ qué seria de mí ? Detesto , Dios mio, todos mis pecados, todos mis desórdenes, todas mis abominaciones : las lloro amargamente , os pido perdon , y con el socorro de vuestra gracia quiero comenzar una vida mas digna de Vos.

Lo tercero. *Conformar nuestra vida á la Ley del Evangelio.* — « Pero el que me envió es verdadero, y yo lo que oí de él esto hablo en el mundo... » La Ley Evangélica es la verdad de Dios mismo. Verdad que subsistirá eternamente, y sobre la cual todos los hombres serán juzgados á proporcion de sus luces... La Ley del mundo no es otra cosa que mentira ; viene solo de las pasiones , y para cada uno de nosotros acabará con nuestra vida. ¡ Ay en aquel último momento , de quien habrá preferido

esta falsa ley á la Ley de Dios! Feliz de aquel que habrá despreciado la mentira por unirse á la verdad; ella lo salvará en aquel terrible momento, y lo coronará de una gloria eterna.

PUNTO III.

En quién debemos poner nuestra confianza para hacer una santa muerte.

Primero. *En Jesus crucificado.* —La Cruz de Jesucristo es la prueba de nuestra fe...En las palabras dichas de Jesucristo no entendieron los Judíos, que su Padre debia ser Dios; pero mucho menos debieron comprender lo que añadió del misterio de la Cruz, cuando les dijo: « Cuando habreis levantado al Hijo del hombre, entonces conocereis que Yo soy, y que nada hago de mí mismo sino que hablo, segun lo que el Padre me ha enseñado...» Esto es, cuando me habreis condenado, como un malhechor y un blasfemo; cuando me habreis hecho sufrir el último suplicio, y me habreis visto espirar sobre una Cruz; entonces conocereis que yo soy el Mesías, el nuevo Adan, el Salvador de los hombres, el Hijo de Dios, que Yo mismo soy Dios, igual á mi Padre, y el mismo Dios con él; que todas mis acciones y palabras Divinas; que nada hago por mí mismo sin estar unido, y sin obrar con mi Padre, y que nada enseño sino lo que he aprendido de mi Padre..

No dijo jamas el Salvador cosa tan sublime, tan incomprensible, tan elevada sobre la razon como lo que aquí dice: y ciertamente nosotros vemos su cumplimiento á nuestros ojos. Solo despues que espiró sobre un patíbulo se creyó en él, en sus Misterios, y en su Doctrina. ¿Quién, pues, ha dado á la Cruz una virtud tan admirable y sorprendente? Esta no puede ser obra de los hombres. Un Hombre Dios, y que no se cree Dios sino despues de haber sido crucificado! No; hasta allí no llega el poder de los hombres; ni aun les habria jamas pasado por el pensamiento semejante cosa. Conviene, pues, decir que las pruebas que han acompañado este misterio, han sido bien evidentes, y que la gracia que ha obrado sobre los corazones haya sido bastante poderosa para obtener del mundo entero una fe tan incomprensible... Jesus crucificado y adorado: he aquí mi fe y al mismo tiempo la justificacion y la prueba de mi fe. Prueba que supone todas las otras, y que es su perfeccion y su compendio. ¡O Cruz adorable, me basta el veros para quedar persuadido, y convencido de mi fe.

Segundo. *La cruz de Jesucristo es el alivio de nuestras penas.* — « Y el que me envia, está conmigo, y no me ha dejado solo...» No, o Señor, el que os ha enviado no os ha dejado solo, ni aun en vuestra cruz. Ha querido que la plenitud de la Divinidad habitase siempre en Vos para reconciliarlo todo en Vos, y por Vos, y pacificar el cielo, y la tierra con vuestra Sangre; y vuestra cruz es aquella

sobre que se ha obrado este grande misterio de la reconciliacion general, y de la pacificacion del cielo con la tierra. En ella árbitro de la paz, y mediador entre Dios y los hombres, habeis satisfecho enteramente, y abundantemente á la justicia de Dios ofendido, y habeis librado, rescatado, y reconciliado los hombres esclavos y pecadores. ¡O misterio inefable! ¡o cruz saludable! ¿puedo yo veros sin quedar enternecido, sin quedar penetrado de reconocimiento, sin sentir nacer en mi corazon, el júbilo, y la esperanza? ¡Ah! qué viva satisfaccion, pensar que cuando yo he de sufrir alguna cosa, si uno mis dolores á los de Jesus, si sé cumplir de mi parte los empeños tomados sobre la cruz, y aplicarme los méritos de la pasion de mi Salvador, entonces lejos de estar solo en mis penas, estoy unido á Jesus paciente, y por él á Dios, y á los bienaventurados habitadores del cielo; estoy asociado á su cruz, y participo de la grande reconciliacion obrada sobre ella.—¡Qué dulzura no me hace hallar este pensamiento en mis penas! ¡qué júbilo, qué gloria, qué consolacion!

Tercero. *La cruz de Jesucristo es la recompensa de nuestra fidelidad.*—« Por qué hago siempre aquello que es de su agrado... » ¡Ah! ¿cómo, pues, o Señor; Vos que en todo habeis buscado siempre el agrado de vuestro Padre; cómo, pues, este Padre tan fielmente obedecido, os ha destinado, o Hijo tan tiernamente amado, á morir sobre una cruz? ¿es acaso este el precio de vuestra obediencia, y la

señal de su amor? Sí: el misterio de la reconciliacion que os habeis encargado de cumplir sobre la cruz, ha sido la gloriosa recompensa de vuestra fidelidad en ejecutar las órdenes de vuestro Padre. Por esto os habeis adquirido el Imperio del cielo y de la tierra; el derecho de reinar sobre los corazones, de juzgar los vivos y los muertos, de recibir las adoraciones de los Angeles, y de los hombres, y de formar á vuestro Padre un Pueblo perfecto que reine con Vos en la eternidad. ¿Quién habria comprendido jamas un tal misterio? Y despues que Vos fuísteis elevado en la cruz, ¡cuántos lo han comprendido! ¿Cuántos han pedido á Dios, no otra recompensa de sus trabajos que la gloria de morir, y derramar por él su sangre...! ¡Ah! vivamos tambien nosotros santamente, y comprenderemos este grande misterio de la felicidad, y la gloria del padecer. Entonces, ni la muerte, ni los dolores que la acompañan, podrán aterrarnos, y cuanto mas suframos, tanto mas agradeceremos á Dios el habernos asociado á su Hijo, y habernos hecho participantes de su gloria.

Peticion y coloquio.

Señor, os suplico que me concedais que estos sentimientos puedan animar continuamente mi espíritu, y mi corazon: cada dia os lo pediré, como la mayor de todas las gracias. Haced que por ellos pueda yo merecer agradaros. Haced que yo padezca,

que yo espire, no sobre la cruz del mundo, ni sobre la cruz de la naturaleza, sino sobre vuestra cruz, o Salvador mio. Amen.

MEDITACION CLXXIX.

DE LA FALSA ESTIMA DE NOSOTROS MISMOS.

CONTINUACION DEL DISCURSO DEL SALVADOR EN EL TEMPLO, EL SABADO DESPUES DE LA FIESTA DE LOS TABERNACULOS.

S. Juan, c, VIII, v. XXX, XLV.

Primero. Nos creemos libres, y somos esclavos. Segundo. Nos creemos hijos de los Santos, y somos hijos de los pecadores, y de los mundanos. Tercero. Nos creemos hijos del demonio.

PUNTO PRIMERO.

Nos creemos libres, y somos esclavos.

El primer error es de aquellos que se creen enteramente libres, porque han comenzado á salir de la esclavitud. — « Diciendo él estas cosas, muchos creyeron en él. Y decia Jesus á aquellos Judíos que habian creido en él; sereis verdaderamente mis discípulos, si perseveráreis en mi Doctrina, y co-

nocereis la verdad, y la verdad os hará libres... » Aun cuando las palabras dichas por Jesucristo no pudiesen ser perfectamente comprendidas por los Judios, resplandecia en su discurso tanta sabiduría y santidad, tanta magestad y grandeza que muchos creyeron en él; y Jesus que conocia la buena disposicion de sus corazones, les encarga aquí que perseveren constantemente en su doctrina, y en la fe que tienen en él. — No nos fiemos, pues, de un principio de conversion, de tal suerte, que nos miremos ya luego como libres y sueltos del yugo de nuestras pasiones. Este error ha perdido á muchos que viviendo sin precaucion y sin temor, han recaido bien presto en las cadenas que habian roto con mucha dificultad... El solo medio de asegurar nuestra libertad, es perseverar en la práctica de la ley, y en la meditacion de las verdades de la salud, velando sobre nosotros mismos, huyendo las ocasiones, y resistiendo á las tentaciones. Entonces se introducirá poco á poco la verdad en nuestro corazon, veremos las cosas con otros ojos, y gustaremos las dulzuras de una sólida libertad, que fácilmente conservaremos.

El segundo error es mas material, y de aquellos que se creen enteramente libres, porque lo son en lo exterior. — « Le respondieron ellos; somos linage de Abrahan, y nunca servimos á ninguno. ¿Cómo, pues, dices tú; sereis libres..? » Hay algunos que conocen solamente el exterior de la libertad, y de la esclavitud: se creen libres, porque son miem-

bros de una nacion libre, gobernada por sus Príncipes, y por sus Leyes, y se creen tanto mas libres, cuanto en el pais que ellos habitan, estan menos sujetos por la religion, y por las costumbres, y cuanto mas les es permitido en ellos el pensar, el hablar, y escribir como quieren, y vivir á su gusto. Esta es aquella libertad exterior de que solo eran celosos los Judíos. Descendientes de Abrahan, por Isaac hijo de la promision, no habian perdido jamas los sentimientos de independencia, que este origen les aseguraba; y actualmente sujetos á los Romanos, esperaban del Mesías solamente su libertad temporal. ¡Ah! Cuántos entre los Cristianos tienen todavía el corazon judáico, no reconocen otra libertad, otra gloria, otros bienes, que los de este mundo y son insensibles á la esclavitud del alma, que es conocida á Dios solo, y cuya vergüenza y miseria comparecerán solo en la otra vida.

El tercer error, mas deplorable aun es de aquellos, que se creen libres en sus mismos desórdenes. — « Les respondió Jesus; en verdad, en verdad os digo, que cualquiera, que hace el pecado, es siervo del pecado: ahora el siervo no está siempre en la casa, el hijo está siempre en la casa, por lo cual, si el hijo os libertara, sereis verdaderamente libres... » Muchos se imaginan, que encuentran una feliz libertad, sacudiendo el yugo de la Ley de Dios, sofocando los remordimientos de su conciencia, y abandonándose sin freno á todos los excesos y á todos los caprichos de sus pasiones. ¡Ah! ¿Qué im-

porta, que gocen de la libertad? «Cualquiera, que hace el pecado, es siervo del pecado...» Esclavo infeliz, aun en este mundo, en el cual, aunque no quiera, siente el rigor de su esclavitud, y el peso de las cadenas, sin poderlas romper; y mucho mas infeliz aun en la otra vida, cuando arrojado de este mundo, en que ha querido recibir la libertad, excluido del cielo, donde el Hijo reina eternamente con aquellos, que ha hecho libres, no tendrá otra habitacion, que la prision eterna del infierno, llena de viles esclavos, como él. Lo mismo á proporcion decimos de aquellos, que se creen libres en la disipacion y en la indiferencia por las culpas ligeras. Cuanto mas atentos, profundamente recogidos y constantemente mortificados estamos sobre nosotros mismos, tanto mas gozamos de una libertad perfecta... Lloremos aquel tiempo desgraciado que hemos pasado en una tan dolorosa y peligrosa esclavitud. Demos gracias á nuestro divino Redentor, que con el precio de toda su sangre, nos ha vuelto á comprar, á librar y á salvar: á este Hijo adorable, generoso y benéfico, que no solo nos ha hecho libres, sino que nos ha adoptado tambien por sus hermanos; nos ha elevado hasta su esfera y á la calidad de hijos de Dios, para que pudiésemos habitar eternamente con él en la casa, y dividir con él su herencia eterna. ¡O Dios, qué libertad, qué favor, qué honor, qué esperanza! ¿Tendré aun corazon para renunciaros, y para hacerme esclavo del pecado y del infierno?

PUNTO II.

Nos creemos hijos de los Santos, y somos hijos de los pecadores y de los mundanos.

Se gloriaban los Judíos de ser los descendientes de Abrahan, por Isaac y Jacob. — Nosotros tambien nos gloriamos de ser hijos de santos. Tenemos santos de nuestra nacion, de nuestra ciudad: santos protectores, de quienes celebramos la fiesta, de quienes llevamos el nombre, santos fundadores, de quienes seguimos la regla, y de quienes llevamos el hábito, cuya santidad alabamos acaso tan bien como los Judíos, con cualquier sentimiento de emulacion, de vanidad y de celos pretendiendo con esto, ser mas que los otros. Pero comparémonos con estos santos, de quienes nos decimos hijos. ¡Qué desigualdad!

Primero. ¿Nos asemejamos nosotros á los santos, en cuanto al amor, que ellos han tenido á la palabra de Dios?

« Sé (continua Jesucristo) que sois hijos de Abrahan; pero buscais quitarme la vida, porque no cabe en vosotros mi palabra. Yo digo lo que he visto en mi Padre, y vosotros igualmente haceis lo que habeis visto en vuestro padre... » Esto es, Yo sé, que descendeis de Abrahan, pero si fuéseis sus dignos hijos, no buscaríais, como haceis, los medios de quitarme la vida; este infame designio, es

un efecto de la dureza de vuestro corazon, siempre inflexible y rebelde á mi palabra.—No me maravillo, que tengais tanta aversion á mi persona y á mi doctrina: Yo bien sé la causa. Ciertamente todo lo que yo os digo, lo he aprendido de mi Padre, y de esto tengo un conocimiento seguro; pero vosotros, vosotros no haceis otra cosa que lo que vuestro Padre os ha enseñado. — La palabra de Dios ha sido siempre el fundamento de la fe de los Santos que nos han precedido. Inviolablemente unidos á la enseñanza de la Iglesia de ella recibian la palabra de Dios y su interpretacion, y detestaban todo aquello, que aunque por poco se alejaba de su doctrina, y de la obediencia debida á los legítimos pastores. La palabra de Dios era la regla de conducta. Observaban los preceptos; guardaban tambien los consejos en cuanto se lo permitia su estado, y en todo seguian las máximas del Evangelio. La palabra de Dios era las delicias de su corazon; la leian con ansia: la meditaban dia y noche; la gustaban, y estaban penetrados de ella. Una sola palabra los arrebataba, y los llenaba de la mas tierna devocion. Pero nosotros: nosotros abandonamos esta divina palabra, sacada del seno de Dios. Nosotros miramos lo que piensa, y cómo vive el mundo. Nuestra fe es la fe del mundo. Nosotros hablamos de la Iglesia, y de la religion, como el mundo, y como le agrada al mundo. Nuestras reglas, y nuestras máximas son las que vemos que sigue el mundo. Nos parece extrangera la palabra

de Dios, y no encuentra en nosotros lugar alguno: no en nuestras ocupaciones, no tenemos tiempo para oirla, ó leerla : no en nuestro espíritu, este está demasiadamente distraido, para poder meditar : no en nuestro corazon, este está lleno de objetos terrenos para poderla gustar. Piedad, fervor, devocion : estos sentimientos nos son desconocidos, ni siquiera conocemos los términos, ni sabemos su significado. ¡Ah! No somos aquellos hijos de los Santos que celebramos, sino hijos del mundo que vemos, y de los mundanos que imitamos.

Segundo. ¿*Nos asemejamos nosotros á los Santos, en cuanto á la práctica de la virtud*? — « Le respondieron, y dijeron; nuestro Padre es Abrahan. Les dijo Jesus, si sois hijos de Abrahan, haced las obras de Abrahan... » ¡Ay de mí! ¿No puede tambien decir á nosotros, si sois hijos de los Santos, imitad las virtudes de los Santos; haced las obras de los Santos? ¡Ahora en los Santos qué obras, qué virtudes, qué fe, qué esperanza, qué amor de Dios, qué caridad para con el prójimo! ¡Qué paciencia en los males, qué desinteres en el uso de los bienes, qué despego de ellos, qué fortaleza para vencerse, qué cuidado para conservarse en la pureza, y en la gracia, qué dulzura, qué humildad, qué obediencia, qué recogimiento, qué modestia, qué continuacion en la oracion, qué frecuencia de Sacramentos, qué fervor en todos los ejercicios espirituales...! ¡Qué mortificacion, qué penitencia, qué ayunos, qué vigilias! ¿Si nada hacemos de todo esto, con que

título pretendemos nosotros pertenecer á los Santos? ¿Pero los Santos no han hecho por ventura demasiado? No: ¿Y podian ellos hacer demasiado por Dios, á quien habian de servir, por el Salvador, á quien habian de imitar; por el enemigo, que habian de vencer; por los obstáculos, que habian de superar; por el cielo, que habian de ganar y por el infierno que habian de evitar? ¡Ah! guardémonos de que temiendo hacer demasiado, no hagamos lo bastante, y que queriendo disminuir alguna cosa de esto, nada hagamos, y lo vengamos á perder todo.

Tercero. *¿Nos asemejamos nosotros á los Santos, en cuanto al huir de los vicios.* — « Pero añadió Jesucristo ahora buscais el quitarme la vida siendo hombre que os he dicho la verdad, que oí de Dios: Abrahan no hizo esto..» ¡Si á todas las acciones de nuestra vida aplicásemos los ejemplos de los Santos, cuántos vicios encontrariamos que cortar! Nosotros mantenemos en nuestro corazon los odios, las antipatías, los desprecios, los celos, las sospechas, y los deseos de venganza: los Santos no han hecho esto. Nuestros discursos estan llenos de maledicencia, de murmuracion, de calumnia, de ultrage, de quejas, de errores, y de mentiras: esto no lo han hecho los Santos. — Continuemos á aplicar esta regla á todas nuestras acciones, á todos nuestros deseos, y á toda nuestra conducta, y veremos que nuestra vida es del todo diferente de la vida de los Santos, y toda semejante á la de los pecadores y mundanos. Cualquiera nom-

bre, cualquiera hábito que llevemos, si tenemos solamente las obras del pecado y costumbres viciosas, nada tenemos de comun con los Santos, no tenemos derecho alguno á su recompensa, y solo podemos, y debemos esperar el experimentar los suplicios eternos, reservados á los pecadores.

PUNTO III.

Nos creemos hijos de Dios, y somos hijos del demonio.

Primero. *El caracter de los hijos de Dios es amar y recibir todo aquello que de él viene.* — « Vosotros haceis aquello que hizo vuestro padre, y ellos le dijeron: Nosotros no somos nacidos de fornicacion; tenemos un solo Padre, Dios. Pero Jesus les dijo: Si Dios fuese vuestro Padre, ciertamente me amaríais á mí, porque de Dios he venido, ya que no he venido de mí mismo, sino que él me ha enviado. ¿Por qué razon no entendeis vosotros mi lenguage? ¿Por qué no podeis sufrir mis palabras?...» ¿De dónde viene que vuestros ojos no pueden sufrir mi luz, que es la de Dios? ¡Ah! vuestra obstinacion es la que os hace sordos á mi palabra. — Los impíos modernos, como otras veces los Judíos, se glorían aun cada dia de tener á Dios por padre, y de reconocerlo á él solo: pero si tuvieron los sentimientos que deben tener los hijos dóciles, amarian á aquel que por su naturaleza es el Hijo de este Padre Omnipotente que es igual á su Padre, y que ha hecho

ver en una manera tan evidente que habia venido de parte de Dios á los hombres, para librarlos de sus males, para adoptarlos en él y conferirles los verdaderos bienes; estarian ansiosos de saber lo que este único Hijo ha venido á anunciarles de parte de su Padre y de seguirlo; amarian lo que él ha establecido sobre la tierra, á su Iglesia y al que ha puesto en ella para enseñarnos despues de él. Este es el caracter de los verdaderos hijos de Dios; pero estos que lo son solo por la creacion, y no por los sentimientos, quieren un padre que nada les hable, que nada les diga, que nada les mande, que no los reprenda, que nada les castigue, que los deje vivir á su gusto y quebrantar impunemente todas las leyes de la justicia, del pudor, de la subordinacion, y de la religion; y si les hace anunciar su voluntad, nada quieren comprender, nada quieren creer, ni quieren aun oir hablar de esto; y despues de todo se creen justificados, viniéndonos á decir que todos tenemos el mismo Dios por Padre. ¡Ah! hijos ingratos y desnaturalizados, vosotros lo tendreis por juez y por vengador de vuestra indocilidad.

Segundo. *El caracter del demonio es de ser cruel y falso.* — « Vosotros teneis por padre al diablo, y quereis satisfacer á los deseos de vuestro padre; él fue homicida desde el principio, y no perseveró en la verdad, porque en él no hay verdad; cuando habla con mentira, habla de lo suyo, porque él es mentiroso y padre de la mentira... » El demonio

busca solo nuestra perdicion y nuestra muerte segun el cuerpo y segun el alma. Él es el que desde el principio ha introducido la muerte en el mundo, y quien provoca tambien á ella, incitando á los hombres á que se destruyan entre sí. Él es el que ha introducido la muerte del alma por el pecado, y el que continuamente nos solicita al pecado, para procurarnos la muerte eterna, haciendo que seamos condenados á los mismos suplicios destinados para él. Él es falso, perverso, engañador, mentiroso y padre de la mentira. Dijo á nuestros primeros padres: Comed, no morireis: sereis como dioses. Nos dice á nosotros: Seguid vuestra pasion; en ella encontrareis sólidos placeres y la verdadera felicidad de la vida: no morireis tan presto; os convertireis. — Despues dice: No podeis ya convertiros; estais desesperados; entre tanto os la podeis gozar. O de otra manera: Os convertireis en la muerte. Dice finalmente que en la muerte no teneis que temer: morireis enteramente; la otra vida es una fábula, el infierno un espantajo y la religion una impostura y una supersticion; el alma muere con el cuerpo; el alma no es otra cosa que el cuerpo; no hay espíritu, no hay alma. Ved aquí los pensamientos, los errores y las mentiras que el demonio no cesa, segun la ocasion, de sugerirnos. ¿Y los hombres que tienen la audacia de publicarlas abiertamente, qué otra cosa son que ministros del demonio? ¡O y cuántas veces hemos sido engañados por las imposturas de este enemigo capital de nuestra

alma ! ¿Queremos nosotros ser siempre engañados? ¿Queremos aun escuchar al demonio ?

Tercero. *El caracter de los hijos del demonio es asemejarse á su Padre en la crueldad , en el odio de la verdad y en el gusto del error.* — « Pero á mí no me creeis (continúa Jesucristo) , porque os digo la verdad... » Si el demonio mismo hubiera podido hacer morir á Jesucristo que destruya su imperio, lo hubiera hecho ; pero animó á los Judíos, y estos lo hicieron, cumpliendo sus deseos. Los que son aun sus ministros, son los que persiguen á Jesucristo en sus miembros y en su Iglesia. — Se dice amar la verdad, ¿pero qué verdad? verdad de ciencia , verdad de sistema, verdad humana, y que muchas veces es pura mentira; pero la verdad de Dios, la verdad revelada, la verdad enseñada por la Iglesia, no se quiere creer, ni aun oir. Al opuesto, se lee con deseo y con ansia todo lo que es contrario á esta santa verdad, contra la religion y contra la Iglesia. Se da fe á cuanto se puede oponer al Cristianismo. Los razonamientos mas inconsiguientes , los mas contradictorios, las fábulas mas absurdas y las sátiras menos verosímiles, son creidos sobre la fe de personas preocupadas de la pasion, é interesadas en esparcirlos.

Peticion y coloquio.

Libradme, o Señor, de este espíritu de indocilidad, de error y de mentira, y hacedme gustar la verdad de vuestros Misterios, de vuestra Moral, y de vuestras Máximas. Concededme la gracia que despues de haberla gustado me atenga á ella, y me una estrechamente con ella, para no separarme jamas. Amen.

MEDITACION CLXXX.

FIN DEL DISCURSO DEL REDENTOR EN EL TEMPLO EL SABADO DESPUES DE LA FIESTA DE LOS TABERNACULOS.
S. Juan, c. VIII, v. XLVI, LIX.

INSTRUCCION DE JESUCRISTO SOBRE SU DOCTRINA.

Instruccion de Jesucristo primero, sobre la verdad. Segundo, sobre las utilidades. Tercero, sobre el origen de su doctrina.

PUNTO PRIMERO.

Instruccion de Jesucristo sobre la verdad de su doctrina.

Primero. *Pruebas de la verdad de esta doctrina.* « ¿Quién de vosotros me convencerá de pecado? ¿Si os digo la verdad, por qué no me creeis? El que es de Dios, escucha las palabras de Dios; por esto vosotros no las oís, porque no sois de Dios... »

Jesus es irreprensible en su persona, en su moral, en sus dogmas, y en sus milagros. Desafíese, pues, el mas declarado enemigo del Cristianismo,

y vea si puede hallar alguna cosa que replicar, que criticar, y que oponer con razon contra alguno de estos puntos. Nada por cierto. La vida de Jesucristo es el espejo de todas las virtudes, y sus enemigos no le han echado jamas en rostro algun vicio personal, alguna accion hecha contra la Ley de Dios. Una vida santa é irreprensible no es la primera prueba que los Impostores, los Filósofos, los Novatores esten acostumbrados á dar de la verdad de su doctrina... La moral de Jesucristo no es menos irreprensible que su vida. ¿Hay acaso en esta moral cosa alguna que no sea conforme á las mas puras luces del espíritu, á los mas perfectos deseos del corazon, á los mas íntimos sentimientos de la conciencia? ¿Es acaso lo mismo de las doctrinas opuestas á la de Jesucristo? Sus dogmas son superiores á las fuerzas de la naturaleza; sí: pero lo deben ser, porque contienen los misterios y las obras de Dios; y si estos dogmas contienen cosas incomprensibles, no contienen cosas contradictorias, falsas, pueriles, disparadas, como se encuentran con abundancia en los dogmas que á ellos se oponen. Y si estos dogmas son superiores á la razon, no solo no son contra la razon, sino que vienen confirmados tambien por las obras superiores á la naturaleza... Los milagros de Jesucristo son incontrastables por su publicidad, por su esplendor, por la manera con que han sido obrados, y por el fin por que se han hecho. Los han visto, y los han examinado. ¿Han encontrado acaso en ellos la mas mí-

nima sombra de dolo, de engaño, de mentira? No es así de los de los Impostores. Pero dirá alguno: ¿si Jesucristo nos ha anunciado una doctrina tan evidentemente verdadera, y ha obrado tantos milagros para probarla; por qué, pues, no han creido todos en él...? Dificultad ya de largo tiempo propuesta, y varias veces repetida. La ha prevenido el Salvador, y nos da aquí él mismo su solucion. Apliquémosla á los incrédulos de nuestros tiempos. ¿Cómo se hallan aun de aquellos que no creen la doctrina de Jesucristo, ó que tienen de ella una fe debil, y que no la aman? ¡Ah! porque no aman á Dios, no son de Dios; son dados al mundo, al demonio, y á sus pasiones. Si se tratase solamente de una fe especulativa é histórica, todos creerian; pero esta doctrina nos llama á Dios, nos acerca á Dios, y los pecadores quieren estar lejos de él.

Segundo. *Respuesta de los Judíos á esta propuesta simple y modesta que les hace el Hijo de Dios.* — Le dan una respuesta injuriosa que lo ultraja. « Pero le respondieron los Judíos, y dijeron: ¿No decimos nosotros con razon, que tú eres un Samaritano, y que tienes demonio...? Consolaos ficles ministros de Jesucristo; cuando el mundo, con interpretaciones vanas y quiméricas, os dará el nombre ó los nombres mas odiosos: consolaos, cuando unidos á la Iglesia, y sumisos á sus decisiones, sereis acusados é injuriados de aquellos que la han abandonado, ó que ya no reconocen su voz. Cuanto mas desafiareis á vuestros enemigos, á que busquen

si hay en vosotros alguna cosa reprensible, y que no sea edificativa en vuestra conducta, y no la hallarán, tanto mas gritarán ellos, publicarán, y se persuadirán que tienen razon, y que hacen bien en trataros como os tratan.

Tercero. *Réplica de Jesucristo.* — « Respondió Jesus; yo no tengo demonio, sino que honro á mi Padre, y vosotros me habeis vituperado; pero yo no busco mi gloria, hay quien la busque, y juzgue... » ¡Qué modelo, qué enseñanza da aquí Jesucristo! Primero. Nos enseña á no responder á las injurias. *Tú eres un Samaritano.* A un tal ultrage Jesucristo nada responde. Segundo. Nos enseña á negar simplemente los hechos calumniosos, y que podrian impedir el fruto del ministerio. Habria podido muy bien Jesucristo añadir, que ellos habian empleado contra él toda la malicia, la mentira, la calumnia, las conspiraciones, y los mas violentos procederes. Tercero. Nos enseña á buscar únicamente la gloria de Dios, y no la nuestra « Yo no busco mi gloria...» Esto es lo que, á ejemplo de Jesucristo, debemos decir; pero diciéndolo, examinemos, si este lenguraje de nuestra boca, no viene acaso desmentido por el de nuestro corazón, y de nuestras acciones. Cuarto. Nos enseña á poner en las manos de Dios el éxito de nuestra justificacion, esperando su juicio. Digámonos á nosotros mismos: Yo sé sobre quien debo asegurarme, en orden á mi reputacion, y á mi gloria; hay otro que tendrá cuidado, *y tomará la venganza.* — Si hay

un Dios, que todo lo ve, y guia todas las cosas; todo lo manifestará, y lo juzgará todo. En él pongo toda mi confianza, y espero con paciencia su dia, entonces recibirá cada uno, y para siempre segun sus obras.

PUNTO II.

Instruccion de Jesucristo sobre las utilidades de su doctrina.

Primero. *Promesa de Jesucristo hecha á los que seguirán su doctrina.* — « En verdad, en verdad os digo; el que guardará mi doctrina, no verá la muerte eternamente... » ¡O grande promesa confirmada por la verdad de Dios! ¡Ay de mí! ¿Qué tememos nosotros mas que la muerte? ¿Qué deseamos nosotros mas que el estar para siempre libres de ella? ¡Ah! la muerte del cuerpo es una muerte solo para los pecadores, porque es para ellos el pasage de esta vida á una separacion eterna de Dios, y á un suplicio sin fin, y sin límites; mas para un Cristiano, fiel observador de la Ley de Jesucristo, no es ella una muerte, sino el pasage de una vida temporal, miserable, y mortificada á una vida eterna, bienaventurada, y gloriosa... ¡O recompensa poco proporcionada á nuestras penas; pero bien digna de Dios, y de los méritos de Jesucristo su Hijo!

Segundo. *Respuesta de los Judíos* — « Le dijeron, por tanto los Judíos; ahora conocemos, que tú eres

un endemoniado. Abrahan murió, y los Profetas: y tú dices; el que guardará mi Doctrina, no gustará eternamente la muerte; ¿eres tú por ventura mas que nuestro Padre Abrahan, el cual murió? Y los Profetas murieron. ¿Quién pretendes ser tú... » Bien se ven en este discurso de los Judíos los funestos efectos de la prevencion. — Primero. Evidencia quimérica. « Ahora reconocemos, que tú eres un endemoniado... » La pasion hace ver todo lo que se quiere: ella es un delirio con que el hombre es tanto mas ciego, cuanto cree que ve mas claramente. Los que no se hallan con él y ven los objetos, como son en sí, no pueden concebir una semejante ceguedad; pero la pasion no durará siempre; el sumo Juez quitará este encanto, descubriendo lo que de el fondo del corazon ofuscaba los ojos de la razon. — Segundo. Interpretacion absurda. « Abrahan murió, y los Profetas: y tú dices, quien guardará mis preceptos, no gustará la muerte jamas... » ¿Y quién habria podido pensar, que estas palabras del Salvador mirasen la muerte del cuerpo? Moises, y los Profetas esperaban de Jesucristo la vida eterna, que habian merecido, creyendo en él... La malignidad da á las palabras de aquellos, que ella persigue, interpretaciones tan extrañas, que por sí misma se descubre á los ojos de cualquiera que no está ciego por las mismas pasiones. — Tercero. Triunfo insultante. « ¿Eres tú por ventura mas que nuestro Padre Abrahan, el cual murió? Y los Profetas murieron. ¿Quién

pretendes ser tú...? Despues que se han interpretado, segun el propio gusto, las palabras de quien se quiere calumniar, y desacreditar, es facil triunfar, é insultarlo... Jesus se daba por Mesías, por Hijo de Dios, y probaba que lo era. ¿Quién podrá jamas dudar, que en esta calidad fuese infinitamente superior á los hombres, y á los Angeles? Pero los Fariseos frecuentemente tenian en la boca á Abrahan, á Moises, y á los Profetas, porque creian dar golpe con estos grandes nombres en las orejas, y en el espíritu del Pueblo, y borrar de esta manera la impresion, que sobre él podian hacer los discursos, y los milagros de Jesucristo.

Tercero. *Réplica de Jesucristo.* — « Respondió Jesus; si yo me glorifico á mí mismo, mi gloria es nada; es mi Padre el que me glorifica, el cual vosotros decís, que es vuestro Dios... » Una respuesta tan sabia era muy propia, para apagar el fuego, que querian encender ciertos Judíos, y confirmaba al mismo tiempo todo cuanto habia dicho Jesus hasta ahora. Nosotros, entretanto encontramos en ella lo primero un ejemplo de humildad. — Glorificarnos á nosotros mismos, y atribuirnos una gloria que no nos es debida, es hacer consistir nuestra gloria en la estimacion de los hombres, es procurarnos deliberadamente esta estimacion de los hombres, obrar con intencion de obtenerla; alegrarnos de haberla obtenido, y afligirnos de haberla perdido; ahora todo esto es nada, es una vanidad. Lo segundo una instruccion sobre la verda-

dera gloria. — No hay otra, que la que viene de Dios; busquemos solamente esta, y apliquémonos á agradarle á él solo... Si él quiere, que los hombres tengan de nosotros alguna estimacion, no la recibamos, sino por él, y sirvámonos de ella solamente por su Iglesia. Si quiere que estemos olvidados, humillados, despreciados, y desacreditados, reposemos sobre él, estemos contentos de sufrir, y padecer por él. Buscando á él solo, lo encontraremos, y encontrándolo, lo tendremos todo. Lo tercero una confirmacion de la divinidad de Jesucristo. — Aquí Jesucristo se anuncia claramente por Hijo de Dios, y de hecho; Dios lo glorifica, por medio de los milagros entrepitosos, que le da la potestad de hacer. Estas dos cosas no se pueden hallar reunidas, en el error, y en la mentira. Sola la verdad puede ser su nudo, de otra manera, Dios emplearia su omnipotencia, para dar un apoyo á la blasfemia: cosa imposible. Y lo cuarto un aviso para aquellos que conocen á Dios, y dicen que él es su Dios. — Lo decian los Judíos; pero se engañaban, porque no creian la divinidad de Jesucristo, que Dios atestiguaba con la voz de los milagros. Lo dicen los Impíos, y se engañan tambien por la misma razon. Lo dicen los Hereges; pero se engañan tambien estos, porque no es reconocer á Jesucristo por Dios, el creer, que su Iglesia pueda enseñar el error. Nosotros Católicos; nosotros lo decimos tambien; pero temamos engañarnos, porque si creyendo á Jesucristo, y cuanto

nos enseña su Iglesia, no observamos su Ley, no vivimos con su espíritu, no nos llenamos de su amor, y no anhelamos á los bienes eternos, que nos ha prometido, en vano decimos, que Dios es nuestro Dios; él no nos reconoce, porque reconoce solamente aquellos, que son reconocidos, y confesados por su Hijo.

PUNTO III.

Instruccion de Jesucristo sobre el origen de su doctrina.

Primero. ¿De dónde ha traido Jesucristo su doctrina?.... « Es mi Padre el que me glorifica, el cual vosotros decís que es vuestro Dios; pero no lo habeis conocido: yo sí que lo conozco; y si dijese que no lo conozco, seria mentiroso como vosotros; pero lo conozco, y observo sus palabras.... » La doctrina de Jesucristo consiste en sus palabras, y en sus ejemplos. Las dos cosas nos vienen del conocimiento perfecto que él tiene de Dios, sabiendo de él todos sus secretos, y todos sus designios, y cuyas voluntades ha ejecutado en todo lo que ha hecho... « Abrahan, vuestro Padre, suspiró por ver este mi dia: lo vió, y se alegró... » Aquí habla el Salvador verosímilmente de una mirada de Fe, y Profética: acaso tambien habla de un conocimiento que el Santo Patriarca habria podido recibir en el Limbo, por una especial revelacion; sea como se fuese, nos-

otros somos felices en haber nacido en la mitad de los tiempos, y en el seno de la Iglesia, depositaria de tantos tesoros. Reconozcamos nuestra dicha: démosle gracias á Dios, y aprovechémonos de ella.

Segundo. *Respuesta de los Judíos.*—Le dijeron por esto los Judíos: «¿Tú no tienes aun cincuenta años, y has visto á Abrahan?» En esta respuesta vemos lo primero las ideas bajas y groseras con que los incrédulos interpretan todo lo que se les dice de Dios, y de la Religion, y la ceguedad voluntaria en que se sumergen aun cuando se les presentan mayores luces. La segundo. Una demostracion de cómputo; como cabalmente viene opuesta cada dia á la verdad de la Religion, por la Filosofía de los impíos. Lo tercero. Un modelo de aquellos motes amargos, ó de aquellas insulsas bufonadas que los modernos libertinos no cesan de vomitar por su infame boca, contra la piedad, y contra lo que presenta la Religion de mas terrible, ó de mas sagrado. ¡Ah! ¡Deploremos una tal ceguedad: demos gracias á Dios por habernos librado de ella, y temamos caer en tanta infelicidad!

Tercero. *Súplica de Jesus.* — «Les dijo Jesus: en verdad os digo, antes que hubiese sido hecho Abrahan, Yo soy...» Primero. Admiremos aquí la constancia de Jesucristo. No obstante el abuso que hacian sus enemigos de sus palabras, sin embargo de sus insultos, y sus burlas, y á pesar tambien de su furor, de que sabia que se habrian dejado arrebatar, continúa á enseñar, y á revelar los mas pro-

fundos Misterios de su Divinidad, porque en este auditorio, fuera de sus discípulos, habia muchas personas dispuestas, para aprovecharse de sus instrucciones, y porque un dia tambien habian de hacer fruto en nosotros. Imitemos su constancia : démosle gracias por su bondad, y adoremos su eternidad. Jesus es el Verbo de Dios encarnado : no habian pasado áun treinta y tres años desde que se habia Encarnado, tomando un cuerpo, y un alma, como nosotros; pero por su Divinidad, Eterno, Omnipotente, Dios, y el mismo Dios, era primero que Abrahan, y primero que todos los tiempos.

Segundo. *Consideremos el furor de los Judíos.* — « Por esto echaron mano á las piedras para tirárselas...» Los Judíos que hasta ahora se habian opuesto y contradicho á la doctrina de Jesucristo, ofendidos de sus últimas palabras, cogieron piedras para apredrearlos, como á un blasfemo... Nada excita tanto el furor de los Impíos, cuanto la constancia de los fieles en sostener la verdad. Su odio se enciende con la resistencia que halla, y no hay exceso á que no sean capaces de arrojarse.

Tercero. *Observemos la retirada de Jesus.* — «Pero Jesus se escondió... » O sea haciéndose invisible por un milagro, ó sea mezclándose entre la multitud de los que se le habian aficionado..... No era ya la muerte la que Vos temísteis, o Divino Salvador mio; Vos obedeceis á vuestro Padre, y por nosotros os reservais á un suplicio mas ignominioso, y

mas cruel... « Y salió del Templo...» Jesus salió sin que le siguiesen sus enemigos, y no volvió á entrar en él durante el poco tiempo que se detuvo en Jerusalen. Las sublimes verdades que habia manifestado en este discurso, habian hecho impresion sobre los corazones rectos, y cegaron los corazones indóciles. Pero para consuelo de los unos, y para conversion, ó confusion de los otros, quiso en aquel dia mismo confirmar todo lo que habia dicho con un milagro de los mas estrepitosos.

Peticion y Coloquio.

¡Ah! Señor, castigadme aquí como quisiéreis con vuestra misericordia; pero no me castigueis en una manera terrible, escondiéndoos á mí, y abandonándome en vuestra cólera, como os retirásteis de aquellos Judíos irritados por vuestra santa palabra. ¿Sin vos, o Jesus, quién podrá conocer á Dios, quién irá á él? Vos solo, como el Hijo amado, habeis sido admitido en aquel Santuario impenetrable, en que todo se os ha descubierto, y nada se os ha ocultado. ¿Qué cosa son todos los conocimientos, no digo ya de los Filósofos, sino tambien de los Patriarcas, y de los Profetas, en comparacion del vuestro, y de todos aquellos que por vuestro Espíritu habeis de comunicar á vuestra Iglesia? Haced, o Divino Jesus, que brille en mi alma aquel rayo de vuestra divina luz, para que comprenda en vues-

tras palabras los Misterios de Dios, y vea en vuestros ejemplos lo que de mí pide; y concededme las gracias que necesito, para cumplir vuestra santa voluntad. Amen.

FIN DEL TOMO SEXTO.

INDICE

DEL TEXTO EMPLEADO EN LAS MEDITACIONES DE ESTE SEXTO TOMO.

(El asterisco * indica el fin del capítulo.)

SAN LUCAS.

Capitulos.		Versiculos.		Meditaciones.		Páginas.
IX.	—	LI, LVI.	—	CLI.	—	1
	—	LVII, LXII.*	—	CLII.	—	8
X.	—	I, XVI.	—	CLIII.	—	19
	—	XVII, XXIV.	—	CLIV.	—	31
	—	XXV, XXIX.	—	CLV.	—	44
	—	XXX, XXXVII.	—	CLVI.	—	56
	—	XXXVIII, XLII*.	—	CLVII.	—	68

XI. Todo este capítulo por la necesidad de la concordancia, se halla en el tomo cuarto.

XII.	—	I, XII.	—	CLVIII.	—	77
	—	XIII, XXI.	—	CLIX.	—	88
	—	XXII, XXXI.	—	CLX.	—	101
	—	XXXII, XXXIV.	—	CLXI.	—	110
	—	XXXV, XLI.	—	CLXII.	—	119

Capitulos.	Versículos.	Meditaciones.	Páginas.
—	XLII, XLVIII. —	CLXIII. —	131
—	XLIX, LIX*. —	CLXIV. —	141
XIII. —	I, IX. —	CLXV. —	152
—	X, XVII. —	CLXVI. —	163
—	XVIII, XXI. —	CLXVII. —	173
—	XXII, XXX. —	CLXVIII. —	179
—	XXXI, XXXV*. —	CLXIX. —	189

SAN JUAN.

VII. —	I, XIII. —	CLXX. —	200
—	XIV, XXIV. —	CLXXI. —	211
—	XXV, XXXVI. —	CLXXII. —	224
—	XXXVII, XXXIX. —	CLXXIII. —	238
—	XL, XLIV. —	CLXXIV. —	246
—	XLV, LIII.* —	CLXXV. —	258
VIII. —	I, XI. —	CLXXVI. —	270
—	XII, XX. —	CLXXVII. —	281
—	XXI, XXIX. —	CLXXVIII. —	292
—	XXX, XLV. —	CLXXIX. —	304
—	XLVI, LIX.* —	CLXXX. —	317

INDICE

DE LAS MEDITACIONES CONTENIDAS EN ESTE SEXTO TOMO.

		Páginas.
Meditacion	CLI. Una Ciudad de Samaria niega la entrada á Jesucristo.	1
—	CLII. De la Vocacion al Apostolado: al estado Eclesiástico ó Religioso.	8
—	CLIII. Eleccion y Mision de los setenta y dos Discípulos.	19
—	CLIV. Vuelta de los setenta y dos Discípulos de su Mision.	31
—	CLV. De la Ley de Dios.	44
—	CLVI. Parábola del Samaritano.	56
—	CLVII. Jesus en casa de Marta y María.	68
—	CLVIII. Discurso de Jesus al Pueblo sobre varios puntos de Moral.	77
—	CLIX. Sobre las riquezas.	88
—	CLX. De la Confianza en Dios.	101
—	CLXI. Jesus anima á sus Apóstoles.	110
—	CLXII. Parábola sobre la muerte.	119
—	CLXIII. Parábola del Administrador.	131

Páginas.

MEDITACION CLXIV. De la venida de Jesucristo. 141
— CLXV. Parábola de la higuera. 152
— CLXVI. Muger encorbada sanada en dia de Sábado. 163
— CLXVII. Parábolas del grano de mostaza y de la levadura. 173
— CLXVIII. Del pequeño número de los que se salvan. 179
— CLXIX. Respuesta de Jesucristo á los Fariseos, que querian atemorizarlo, para hacerle salir de la Galilea. 189
— CLXX. Respuesta de Jesucristo á sus parientes, qee querian empeñarlo á ir á Jerusalen. 200
— CLXXI. De cuanto sucede en el Templo cuando Jesus aparece la segunda fiesta de los Tabernáculos. 211
— CLXXII. Fin de cuanto sucede en el Templo cuando Jesus compareció la segunda fiesta de los Tabernáculos. 224
— CLXXIII. Jesus de nuevo se deja ver en el Templo la última fiesta de los Tabernáculos. 238
— CLXXIV. Efectos producidos en el Pueblo del discurso hecho por Jesucristo la última fiesta de los Tabernáculos. 246
— CLXXV. De cuanto sucedió en el Consejo de los Judios el último dia de la fiesta de los Tabernáculos. 258
— CLXXVI. Juicio de la muger adúltera. 270
— CLXXVII. Discurso de Jesucristo en el Gazofilacio del Templo, el segundo dia despues de la octava de la fiesta de los Tabernáculos. 281

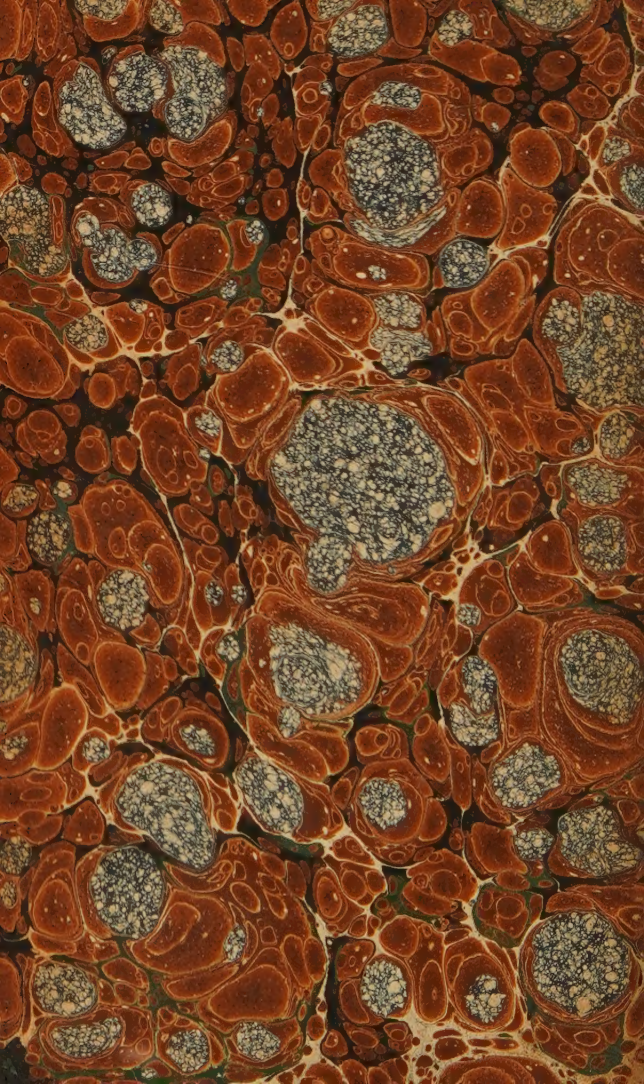
Páginas.

MEDITACION CLXXVIII. De la muerte en el pecado. 292

— CLXXIX. De la falsa estima de nosotros mismos. 240

— CLXXX. Fin del discurso de Jesucristo en el Templo, el Sábado despues de la fiesta de los Tabernáculos. 317

FIN DE LOS INDICES.



248.3
D76
Duchesne
AUTHOR
Evangelio Meditado, El
TITLE
vol. 6